JESS GR



ALEX

Lealtad, rabia, sacrificio y castigo

ALEX

Clan Z 3

Jess GR

Copyright © 2024 Jess GR

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

Portada: Luce G. Monzant
Corrección: Nia Rincón

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficti?cios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.



Prólogo

Angy

Siempre he tenido claro que lo mío no son los chicos buenos. Algunas mujeres sentimos atracción por los villanos de la historia y, personalmente, no creo que sea algo malo, aunque, a la larga, pocas veces termina bien. Lo más común es acabar con el corazón hecho pedazos y acudiendo a sesiones interminables de terapia, sin embargo, es algo inevitable. Puedes huir de tus propios instintos, negarlo e intentar ir por el buen camino. Con un poco de suerte, incluso encontrar a un buen hombre y fingir que eres feliz, o como yo, aceptarlo con todas sus consecuencias. Solo hay una forma de sobrevivir a ello: Debes aprender a dominarlo, forjar tu carácter y convertirte en alguien peor que él.

Yo lo descubrí a una edad muy temprana. Tenía solo siete años el día en el que Alexandro Urriaga me dio mi primer beso, justo antes de tirarme del pelo y reírse de mí. Lo odié mucho en ese momento, sin embargo, también fui consciente de que mi vida y la suya estarían ligadas para siempre.

Treinta años después, aún sigo pensando que jamás tuve otra opción. Él no hizo nada para seducirme, no me enamoró, y yo tampoco a él. Solo fuimos dos almas destinadas a encontrarse en medio del caos y la destrucción. Tal vez, si hubiésemos nacido en otra parte, si nuestros padres no se dedicaran al negocio del dolor y el sufrimiento, las cosas hubiesen sido distintas. Quizá él y yo estaríamos envejeciendo juntos y no nos separarían más de cuatro mil kilómetros.

Me he preguntado muchas veces si cambiaría algo de mi pasado, si todo lo que vivimos juntos fue lo bastante bueno como para opacar lo malo. Ni siquiera ahora, mientras le apunto a la

cabeza con una pistola, soy capaz de encontrar una respuesta.

—Llevo esperándote mucho tiempo —susurro.

Cinco años. Cinco malditos años en los que he temido que este momento llegara. Sabía que vendría a matarme, y por eso he tenido que convertirme en una sombra. Me mudé a Nueva York, tuve cuidado de no contactar con nadie de mi otra vida. Cada día miro por encima del hombro al salir de casa y, aun así, aquí está, cumpliendo su promesa. Solo ha sido un descuido. Hace tres días se averió la videocámara que vigila la entrada del edificio en el que vivo, la que yo misma coloqué allí para que me alertara de la presencia de algún extraño. Debí haberla reparado, pero no lo hice. Me confié demasiado, y ahora voy a pagar las consecuencias.

Una sombra junto al pasillo llama mi atención y cometo otro error, dejo que Alex se gire, y cuando quiero reaccionar ya me está encañonando.

—¿Dónde está la cría? —pregunta.

Su mirada me deja paralizada por segundos. ¿Maya? ¿Ha venido a por ella? ¿Por qué? ¿Para qué quiere Alex a la niña? Antes de poder contestar a su pregunta, vuelvo a ser consciente de que hay alguien más con nosotros. Dirijo la mirada hacia la puerta por la que acaba de entrar Alex y lo reconozco enseguida. ¿Qué hace él aquí? Hace quince años que se marchó con Gabriel, Oscar, Luna y Beni. «¿Urriaga ha logrado encontrarlos? ¿Fue Alex quien los delató?». No, eso no tiene sentido. Él se quedó con su padre para protegerlos. Jamás los traicionaría.

—Hola, Arturo. Me alegra verte. —Tras él hay una chica de cabello negro y ojos azules. Su rostro me resulta familiar, pero no logro recordar quién es—. ¿Quién te acompaña? —inquiero.

—La madre de Maya —contesta Alex, y entonces todo cobra sentido.

Ese es el motivo de su poco amistosa visita. Sabía que existía esa posibilidad. Vuelvo a mirar de reojo a la chica e inspiro profundo por la nariz. Ahora la reconozco, *Ryzhaya*, la chica que Urriaga tenía en propiedad. La vi solo un par de veces cuando la traían a la finca, siempre llevaba los ojos tapados mientras la acompañaban al sótano.

Quiero preguntarle cómo ha terminado encontrándome, pero antes de que pueda abrir la boca, escucho unos pasos que se acercan desde el pasillo que lleva a las habitaciones. Echo un vistazo en dirección a la puerta por la que estoy segura que en cualquier momento entrará uno de los niños, y rezo en silencio para que sea Maya y no Lucas. Es mucho más seguro que nadie conozca la existencia de mi hijo.

—Mierda —murmuro, y con un movimiento rápido, me giro y escondo la pistola a mi espalda. Intento cubrir a Alex y su arma para que Maya no se asuste—. Cielo, vuelve a la cama —le pido en cuanto veo su cabeza de pelo rojizo asomarse.

Maya nos mira a todos con gesto confuso.

—¿Qué está pasando? —pregunta.

—Nada —respondo, e intento ir hacia ella cuando noto las manos de Alex sobre las mías, es solo un pequeño roce, pero lo siento por todo el cuerpo. Entonces agarra mi arma y, aunque la sujeto con fuerza, no soy capaz de evitar que me la quite. Miro hacia atrás con rabia. Acabo de firmar mi sentencia de muerte. Sin un arma con la que defenderme, sé que no saldré viva de esta. Vuelvo a respirar hondo y me agacho un poco para quedar a la altura de la niña—. ¿Recuerdas lo que dijimos que pasaría cuando vinieran a por ti? —le pregunto mientras acaricio su rostro con suavidad. Maya asiente.

—¿Va a venir mi madre?

—Ya está aquí, cariño —contesto con un hilo de voz. Mira a la chica que Arturo mantiene pegada a su costado y después a mí de nuevo—. Debes irte con ella.

He visto crecer a esta niña. La conozco desde que solo era una bebé, tenía cinco años cuando me la llevé conmigo de la finca y ha pasado otros cinco bajo mi tutela. La quiero como si fuese mi propia hija, pero no es así, y eso es algo que siempre he tenido claro. Su madre tiene derecho a llevársela. A ella se la quitaron y es justo que la recupere.

—Yo quiero quedarme contigo y con…

—No puede ser —digo cortándola antes de que pueda mencionar a Lucas—. Ya hemos hablado de esto, Maya. Debes regresar con tu madre.

La escucho resoplar y sé que no está de acuerdo con lo que le estoy pidiendo que haga. Siempre la he animado a que no se conforme con lo que los demás decidan para ella, sin embargo, en este caso, me gustaría que lo hiciera. Eso lo haría todo mucho más sencillo.

—¿Tú también vienes? —pregunta, y niego con la cabeza.

—No, cariño. Yo me quedo.

Puedo notar como todo su pequeño cuerpo se tensa, farfulla algo en voz baja que no soy capaz de entender y suspira con fuerza.

—Vale —murmura a desgana.

Recibo su beso y su abrazo como lo que es, una despedida. Por la forma en la que me mira Alex, sé que no volveré a verla nunca porque esta noche será la última de mi vida. Tras apartarme, sonrío de manera forzada y le doy un pequeño empujón para que vaya con su madre.

—Es una niña muy especial. Espero que te la merezcas —digo mientras clavo la mirada en la de ella.

Ryzhaya asiente y acaricia el rostro de su hija mientras la mira con los ojos brillantes de felicidad. Se dicen algo, pero no soy capaz de prestar atención porque estoy demasiado ocupada librando mi propia batalla de miradas con Alex. Hay tanto odio en sus ojos… Lo entiendo, y me lo merezco, pero no por ello dejaré que me humille. Si cree que voy a suplicar clemencia se equivoca. Ya he aceptado mi destino. No puedo hacer más que intentar morir con mi dignidad intacta.

—Salid de aquí —ordena Alex, alzando la voz. Apenas tengo tiempo de despedirme de Maya con una sonrisa antes de que su madre se la lleve y vuelvo a tener una pistola apuntándome a la cabeza—. Te advertí que si volvía a verte te mataría.

«Lo sé. He repetido esa amenaza en mi cabeza todos los días desde que la escuché». Contengo el aliento y alzo la barbilla de manera desafiante. «No dejes que vea tu debilidad, Angy», me digo a mí misma.

—Has tardado cinco años. Esperaba más de ti. —Su mirada se estrecha y puedo intuir que su decisión de matarme acaba de ser reafirmada. «Lucas. ¿Qué va a ser de él?». Un nudo de angustia me cierra la garganta al ser consciente de que en cuanto yo no esté, mi hijo quedará a merced de Alex. No puedo permitirlo. Echo un vistazo por el rabillo del ojo. Arturo no se ha movido de su sitio. Hace muchos años que perdí el contacto con él, pero siempre fue un buen tipo, el mejor de todos nosotros, y no le teme a Alex—. Arturo, cuando todo acabe, recoge todas mis pertenencias del apartamento, por favor, y no permitas que él se quede con nada. ¿Puedes hacer eso por mí?

Alex frunce el ceño y ladea la cabeza, como cada vez que intenta descubrir qué es lo que

estoy tramando. Hay cosas que nunca cambian, y una de ellas es que sigo siendo capaz de leer sus gestos como un jodido libro abierto.

—Alex, baja la pistola —escucho que dice Arturo.

Como es obvio, él no le hace caso. Respira profundo y su mandíbula se tensa.

—Voy a cumplir una promesa. Sal de aquí, Lagos —ordena.

Da un paso hacia mí y mi corazón se salta un latido. Va a hacerlo. Voy a morir.

—Promételo —pido.

«Cuida de él, te lo suplico. No dejes que nadie lastime a mi pequeño».

—Sí, lo prometo.

Exhalo despacio por la boca y doy un paso hacia Alex. Su mirada y la mía se unen, y por un instante soy capaz de sentir toda esa rabia y dolor que lo torturan. Sigue sufriendo. «Por mi culpa».

—Que sea rápido —susurro con un hilo de voz.

Mientras lo veo prepararse para disparar, mil recuerdos invaden mi mente. Imágenes de nosotros dos, una infancia marcada por la violencia, nuestros primeros besos, la primera vez que hicimos el amor, su sonrisa deslumbrante el día en que nos casamos… «Te he amado tanto…». Alex toma una bocanada profunda y esbozo una pequeña sonrisa.

—¿Mamá? —Dejo de respirar al escuchar su voz.

Giro la cabeza a la velocidad de un látigo y lo veo junto a la puerta, mirándome con gesto adormilado. «Mi pequeño vaquero».

—Lucas, vuelve a tu habitación —ordeno.

—¿Qué pasa? —pregunta asustado al reconocer el peligro.

Hay dos desconocidos en nuestra cocina, y uno de ellos está amenazando a su madre con una pistola. Antes de que pueda reaccionar, Alex me atrae hacia él tirando de mi brazo.

—Hija de puta… —Su aliento me golpea el rostro—. ¿Es mío?

Inspiro hondo por la nariz y, una vez más, elevo la barbilla en un gesto desafiante mientras me encojo de hombros. Tal vez tenga una oportunidad. Si digo la verdad… «No, debo guardar silencio, esa es la clave, y quizá la única manera de salir de esta con vida».

—Supongo que esa información está a punto de morir conmigo. Ahora termina de una maldita vez, pero no lo hagas frente a mi hijo. —Trago saliva con dificultad. Rezo para que mi plan funcione—. Arturo, espero que cumplas tu promesa. No permitas que nadie le ponga un dedo encima.

Siento la mano de Alex en mi barbilla. Me aprieta con fuerza y pega el cañón de su pistola a mi sien mientras maldice en voz baja.

—Te crees muy lista, ¿verdad? —La duda brilla en su mirada—. Tu ejecución acaba de ser aplazada. —Me empuja con fuerza y señala a Lucas—. Coge al mocoso. Os venís conmigo.

¡Santo Cristo! ¡¿Qué acabo de hacer?! Camino despacio en dirección a mi pequeño y enseguida lo cojo en brazos bajo la mirada furiosa de Alex. Estoy segura de que voy a arrepentirme de no haber escogido la muerte.



Capítulo 1

Alex

Cinco putas horas de vuelo infernal hasta llegar a Phoenix, en las que me he bebido casi una botella entera de tequila mientras no le quitaba la mirada de encima a Angy y al mocoso. ¡Se parece a mí, joder! O tal vez eso es lo que quiero creer. ¿Qué edad tiene? ¿Cuatro? Si es así, las fechas coinciden, aunque tampoco puedo estar seguro.

El crío se mueve y farfulla algo en sueños, sentado en el regazo de su madre mientras el avión al fin toma tierra. Angy cierra los ojos unos segundos, y cuando vuelve a abrirlos me mira a mí.

—¿Dónde estamos? —pregunta en un susurro.

No respondo. Solo sigo mirándola con toda la rabia y el odio que siento por ella. Deseo acercarme, colocar mis manos alrededor de su cuello y apretar con fuerza hasta que exhale su último aliento. Doy otro trago a la botella y aparto la mirada, contrariado. No puedo hacerlo, aún no. Antes debo saber si el mocoso es mío, y solo ella puede decírmelo.

La asistente de vuelo se acerca contoneando las caderas. Supongo que, después de haberla follado en la habitación privada del jet en el vuelo de ida, esperaba lo mismo a la vuelta, pero no ha ocurrido. En parte porque he estado demasiado ocupado intentando entender cómo demonios he terminado en esta situación. Hace unas horas iba a matar a Angy, estaba convencido y mentalizado para hacerlo, y ahora está aquí con quien puede ser mi propio hijo durmiendo en sus brazos. Además, tampoco es que haya sido un polvo memorable. La chica le pone ganas, pero poco más.

Siento una mano sobre mi hombro y giro la cabeza de inmediato. Lagos está a mi lado, mirando a Angy y al mocoso con atención.

—Acabo de hablar con Zarco. Quiere que te pases por casa para hablar contigo.

—Regreso a la finca en cuanto podamos volver a despegar —afirmo—. Si quiere decirme algo, que venga a verme.

Lagos bufa con fuerza y se sube las gafas con el dedo índice.

—Por una vez, ¿puedes obedecer sus órdenes? Acabarás logrando que te mate si sigues desafiándolo.

—Me gustaría ver cómo lo intenta —replico, arrastrando las palabras.

Niega con la cabeza y su mirada regresa a Angy.

—¿Qué vas a hacer con ellos? Ese niño…

—No es asunto tuyo —escupo—. Tu mujercita ya tiene a la cría. He cumplido con mi parte, así que largaos de una maldita vez.

—Gracias por la ayuda —dice tras asentir.

Chasqueo la lengua y esbozo una sonrisa engreída antes de darle otro trago a la botella.

—Prefiero que me lo agradezca tu esposa. Dile que acepto una mamada como pago.

—Qué te jodan —sisea con los dientes apretados.

—Eso también me sirve. —Sonrío de nuevo—. Eres muy amable, Arturito.

—Ya han abierto la puerta. —*Ryzhaya*, Ness o como mierda se llame, sale de detrás de Lagos y me mira frunciendo el ceño—. Tenemos que bajar.

—Yo no. Dile a tu hermano que me llevo su juguete. Le diré al piloto que regrese después de dejarnos en Sonora.

Ella mira a Angy, que, aunque parece no estar prestando atención a lo que decimos, apuesto que sí lo hace.

—No le hagas daño, Alex. Esa mujer ha criado a mi hija durante cinco años.

—Oh, créeme, daño le voy a hacer, y mucho. Ahora largaos de una puta vez.

Se miran entre ellos y Ness parece estar a punto de replicar, pero Lagos la sujeta por el brazo y tira de ella hacia la salida del *jet*. Al pasar, Angy sonríe en dirección a Maya y la cría le dice adiós con la mano. A mí ni siquiera me ha reconocido. Supongo que es lógico, solo tenía cinco años la última vez que la vi. Lagos se detiene antes de bajar del avión y niega con la cabeza, dándome por imposible. Enseguida dejo de verlo y echo la cabeza hacia atrás con un bufido.

—Hasta otra, hijo de puta —susurro para mí justo antes de volver a beber y exhalar con fuerza. Me fumaría un cigarrillo si lo tuviese. Alzo la vista y encuentro a Angy observándome con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa? ¿Quieres un trago? —Niega con la cabeza y el crío se remueve en su regazo, tal vez porque mi tono de voz no ha sido moderado en absoluto—. Entonces, ¿a qué viene esa mirada cuestionadora?

—Nada. —Acaricia la espalda del mocoso con la mano sin apartar sus ojos de los míos—. Solo intento averiguar cómo de borracho estás. No me gustaría estar encerrada aquí con olor a vómito por todas partes.

—En ese caso, puedo pedirle al piloto que vuele bajo y lanzarte del avión. —Sonrío por mi propia broma y pestañeo un par de veces para enfocar la vista—. Eso sería divertido.

Angy chasquea la lengua y dirige la mirada a la ventanilla justo cuando la asistente de vuelo aparece para pedirnos que nos abrochemos los cinturones. Vamos a despegar otra vez. Hago como que la escucho, y antes de que pueda marcharse, la sujeto por la cintura y la obligo a sentarse sobre mí.

—Señor Urriaga, no creo que… —Muerdo su cuello mientras mantengo su espalda pegada a mi pecho y ella suelta un pequeño grito de sorpresa.

Enseguida mi mirada va a parar a Angy. He llamado su atención. Sonrío y meto la mano bajo la camisa de la chica, de la que ni siquiera recuerdo el nombre, para agarrar uno de sus pechos.

—¿Quieres que te folle otra vez? —susurro en su oído, aunque lo bastante alto como para que Angy pueda oírme.

La chica suelta una risita nerviosa, pero no intenta apartarse. Sujeto su rostro con una mano y le giro la cabeza para besarla. Introduzco la lengua en su boca mientras sigo amasando su pecho, no obstante, tras unos segundos me doy cuenta de que Angy ya no nos está prestando atención. El mocoso ha despertado y ella está intentando que no se gire para que no pueda vernos. Empujo a la chica despacio y le hago un gesto con la cabeza.

—¿Lo espero en la habitación? —me pregunta en voz baja.

Niego con la cabeza. La verdad es que no tengo ganas de follarla de nuevo. Además, estoy demasiado borracho como para intentarlo siquiera.

—Tráeme un café cargado —ordeno. Frunzo el ceño, y antes de que pueda quejarse, chasqueo los dedos frente a su rostro y señalo con el pulgar sobre mi hombro—. Café. Ahora. ¿Tengo que hacerte un jodido dibujo?

—No, señor —responde de mala gana.

La escucho marcharse y dirijo mi mirada al lugar donde Angy sigue hablando con el mocoso en voz baja. Ajusta su sombrero de vaquero mientras le frota los brazos. El crío solo lleva puesto un pijama de cuerpo entero y, por la forma en la que se encoge, parece tener frío. Angy mira a un lado y a otro, y cuando la asistente de vuelo regresa con mi café, se dirige a ella en tono autoritario.

—Dame una manta —ordena. La chica me mira a mí y después de nuevo a Angy—. ¿No me has escuchado? Necesito una manta.

Esbozo una pequeña sonrisa al oír ese tono demandante y autoritario. Durante muchos años admiré la forma en la que sabía hacerse respetar. Vi a hombres que le doblaban en peso y tamaño mearse encima cuando Angy les amenazaba, y eso siempre me ponía cachondo. Bueno, todo en ella me hacía comportarme como un puto adolescente hormonado. Cierro los ojos cuando las imágenes que me arruinaron la vida se cuelan en mi mente. Hace ya cinco años que me torturan.

—Dale la jodida manta —siseo entre dientes.

La chica lo hace y no tarda en marcharse. En cuanto nos quedamos a solas, Angy suspira y aprieta al mocoso contra su pecho, ya cubierto por la manta.

—Gracias —susurra.

La miro a los ojos y niego con la cabeza.

—No me las des. Este es el único gesto compasivo que vas a recibir de mí. En cuanto lleguemos a la finca, voy a convertirte en mi maldita prisionera. No tendré piedad contigo, Ángela. Vas a desear que te hubiese volado la cabeza.



Capítulo 2

Angy

Los exteriores de la finca no han cambiado nada. El mismo portalón de metal alto, aunque tal vez un poco más oxidado, el sendero estrecho de tierra árida sigue siendo el mismo, y por lo que puedo ver de la casa, tampoco parece haber sido modificada en exceso. El todoterreno se detiene frente a la puerta principal y puedo ver a través de la ventanilla que un grupo de hombres se acercan, entre ellos está Rai, destaca sobre los demás por su piel color chocolate repleta de tatuajes y el pelo rizado y oscuro.

Alex bufa con fuerza y el interior del vehículo se inunda de un fuerte olor a alcohol. Me sorprendió que lograra bajar del avión sin caer de bruces debido a la borrachera. Supongo que los tres cafés que se tomó antes de aterrizar le han servido para despejarse un poco. Tras salir, lo escucho hablar con Rai unos segundos. Después, alguien abre mi puerta y veo el cañón de una pistola apuntándome. Aprieto el cuerpo de Lucas contra mi pecho con más fuerza y le lanzo al tipo, que no conozco, una mirada poco amistosa.

—Baja la pistola, imbécil —ordeno.

Escucho una risa, que enseguida reconozco como la de Rai, y no tarda en apartar al tipo de la pistola y asomar la cabeza en el interior del vehículo.

—Esto sí es una sorpresa. ¿A quién tenemos aquí?

—Rai… —mascullo a modo de saludo.

—Creí que no volvería a verte. No tienes ni idea del trabajo que me has dado. Han sido unos

cuantos años intentando encontrarte.

—Y no lo lograste —replico, esbozando una sonrisa socarrona.

Tengo claro que no ha sido él quien me ha encontrado. No es tan listo. Decidí esconderme en Nueva York porque es un terreno muy desconocido para el cártel de Sonora. Los Urriaga no tienen contactos allí, y alguien como Rai jamás podría localizarme.

—Sal del coche —farfulla, cambiando su expresión a una mucho más seria.

Está a punto de tirar de mi brazo cuando Lucas despierta y se aparta un poco, aún con los ojos medio cerrados.

—Mamá, ¿ya hemos llegado? —pregunta con su vocecilla infantil.

—Sí, Vaquero. —Beso su sien y, aunque se me complica un poco salir del vehículo con él en brazos, decido no dejarlo en el suelo.

Lo cubro con la manta que conseguí en el avión y camino entre más de una veintena de hombres en dirección a la puerta principal de la casa. Todos nos miran, pero ninguno dice nada. Van armados con fusiles y pistolas cortas, y no reconozco a ninguno de ellos. En realidad, me da la impresión de que hay algo distinto aquí. Han pasado cinco años y supongo que es normal que se hayan hecho cambios, pero esto es diferente. Dentro de un par de horas habrá amanecido y hay muy poca gente vigilando el perímetro.

Mientras me adentro en la casa reafirmo mis sospechas. Apenas nos cruzamos con un par de hombres de camino a la sala de estar. Incluso el olor del lugar es distinto, parece como si hubiesen reconstruido gran parte de las paredes interiores. Alex se detiene y Rai, que nos ha seguido, me sujeta por el brazo para que yo haga lo mismo.

—Quieta —ordena.

—No me toques —siseo, girándome para fulminarlo con la mirada.

Alex carraspea y ambos lo miramos.

—Rai, ve a buscar a Jacinta.

—Está durmiendo.

—Pues la levantas. Ve a buscarla.

Asiente y enseguida se marcha. Alex me mira a mí y engancha los dedos en las presillas de su pantalón vaquero mientras enciende un cigarrillo.

—Ahora vas a entregarle el mocoso a Jacinta y tú y yo tendremos una conversación muy interesante.

—No voy a separarme de mi hijo —afirmo, negando con la cabeza.

Alex sonríe de esa forma macabra y maliciosa tan suya, y trago saliva con fuerza. Durante todo el viaje hasta aquí he estado temiendo que llegara este momento. Sé que va a intentar hacerme hablar.

—No es una sugerencia. Jacinta se llevará al crío a una habitación para que pueda descansar. No le sucederá nada malo. —Se acerca más tras darle una calada a su cigarrillo y clava su mirada en la mía—. A no ser que tú decidas no cooperar, entonces tendré que tomar medidas drásticas.

—¿Vas a pedirle a tu padre que interceda? —inquiero, conteniendo las náuseas al darme cuenta de que no hay nada que pueda hacer para evitar que se lleven a Lucas.

—¿No lo sabes? —Sonríe de nuevo y niega con la cabeza mientras expulsa una gran

bocanada de humo—. Ese hijo de puta está de vacaciones permanentes en el infierno. Gabriel se lo cargó hace unos meses.

¡¿Qué?! ¿Urriaga ha muerto? Ahora entiendo los cambios.

—No voy a fingir que siento pesar por su muerte —comento, encogiéndome de hombros.

Antes de que Alex pueda decir nada más, Rai regresa con Jacinta. Al menos a ella sí la conozco. Desde que me alcanza la memoria, siempre se ha encargado del servicio. Cuando era niña solía darme caramelos a escondidas. Es una buena mujer.

—Alex, ¿qué ocurre? No sabía que regresabas hoy —dice. Entonces me mira a mí y se detiene de golpe, frunciendo el ceño—. Angy… —susurra.

—Hola, Jacinta —la saludo.

Dirige la mirada a Alex de nuevo y se cruza de brazos.

—¿Por qué no la has matado? ¿Qué hace aquí, muchacho?

«Vale, está claro que no voy a poder contar con su ayuda para huir. Debí suponerlo. Todos me odian».

—No es asunto tuyo. —Se aleja para coger una botella de tequila del mueble bar y, tras abrirla y darle un buen trago, me señala con un gesto de su brazo—. Llévate al crío a una de las habitaciones y vigílalo.

Lucas intenta salir de su escondite de debajo de la manta, pero lo agarro más fuerte. Jacinta abre mucho los ojos y niega con la cabeza.

—¡¿Un niño?! Déjame verlo. —Da un paso hacia mí y yo retrocedo.

—Ángela, no lo compliques más —sisea Alex—. Puedes hacerlo por las buenas o arriesgarte a que esto acabe muy mal, tú decides.

Lucas intenta quitarse la manta de encima de nuevo y esta vez se lo permito. Tomo una respiración profunda y escucho el jadeo ahogado de Jacinta.

—¡Santo Dios! ¿Es tuyo, muchacho?

Alex ladea la cabeza sin apartar su mirada de la mía.

—Eso es lo que estoy a punto de averiguar. Llévatelo.

Jacinta asiente y vuelve a caminar hacia mí.

—Ni un paso más —escupo con rabia. Se detiene, algo temerosa, y cierro los ojos un par de segundos para tranquilizarme.

Dejo a Lucas en el suelo y me acuclillo para quedar a su altura. Sé que no voy a conseguir nada negándome. Necesito ganar tiempo para elaborar un plan de fuga, y la única forma es permitiendo que Jacinta se lleve a mi hijo.



Capítulo 3

Angy

—Mamá, quiero ir a casa —lloriquea Lucas.

Esbozo una sonrisa forzada y le coloco sobre la cabeza el sombrero que lleva colgando del cuello en la parte alta de su espalda.

—No pasa nada, Vaquero. Ahora vas a tener que ir con esta señora. Ella va a darte un vaso de leche caliente y después podrás dormir hasta que mamá vaya a buscarte, ¿vale?

—No quiero dormir. —Echa un vistazo en dirección a Jacinta y se acerca más a mí—. La señora está enfadada —susurra.

Acaricio su rostro con suavidad y sus ojos azules y enormes me miran suplicantes.

—Es muy buena, de verdad. Además, yo enseguida me reuniré contigo. Vas a tener que ser valiente. ¿Puedes hacerlo por mí?

Inspira hondo y alza la barbilla mientras asiente.

—¿Vendrás pronto?

—Sí —digo, aunque es posible que le esté mintiendo.

Le doy un beso en la mejilla y me incorporo. Alzo la vista y le indico a Jacinta con un cabeceo que ya puede acercarse. Ella lo hace despacio, estira la mano y espera a que Lucas se la coja.

—Eres un niño muy guapo. ¿Cómo te llamas? —le pregunta.

Mi hijo me mira a mí, buscando aprobación, y asiento de nuevo.

—Lucas —responde en un susurro.

—¿Cómo te gusta la leche, Lucas? ¿La quieres con azúcar?

—Mamá no me deja tomar azúcar por la noche. Dice que me pongo nervioso.

Contengo una sonrisa. Es cierto. Cuando toma azúcar no hay quien lo pare.

—Bien, entonces sin azúcar. Vamos a la cocina a buscarlo, ¿quieres?

Deja que ella tire de él y, antes de abandonar la sala de estar, se gira para mirarme de nuevo. Puedo notar el miedo en su expresión, pero no dice nada. Al verlo alejarse, siento como si me estuviesen arrancando una extremidad. Necesito protegerlo. Haré cualquier cosa para lograrlo.

—Es inaudito. —La risa ronca de Alex llama mi atención y lo miro, frunciendo el ceño.

—¿El qué? —inquiero.

Se acerca despacio, con la botella en la mano y el cigarrillo entre los dedos. Se detiene a pocos centímetros de mí. Rai también se marcha, así que nos quedamos él y yo solos por primera vez en cinco años.

—Creí que las zorras como tú carecían de instinto maternal. Supongo que me equivocaba.

Tenso la mandíbula y me encojo de hombros.

—Supongo que sí. Ahora acabemos con esto de una vez.

—Muy bien. —Me agarra del brazo y, con un tirón fuerte, me atrae hacia su cuerpo—. ¿Es mío? —sisea a milímetros de mi rostro. El aroma a alcohol y tabaco que emana su aliento me golpea como una bofetada.

He estado pensando en ello en el avión. Si le digo que sí, no dudará en matarme y entonces se quedará con mi hijo. Lucas será otro Urriaga más, criado entre muerte, sangre y violencia. No, debo seguir viva para poder sacarlo de este lugar. La otra opción es peor. Si lo niego, yo terminaré muerta de todos modos y solo Dios sabe qué pasará con Lucas. La duda es mi mejor aliada, debo mantenerla hasta que encuentre la forma de salir de este agujero.

—Es posible —respondo, esbozando una sonrisa ladeada.

No veo venir la mano que rodea mi garganta. Intento empujarlo, pero me aprieta con fuerza y empiezo a jadear en busca de aire.

—No vas a jugar conmigo, Ángela. ¡Quiero la puta verdad! ¡¿Es mi hijo?!

Clavo las uñas en su mano e intento golpearlo, pero retrocede sin soltar mi cuello. Estoy segura de que voy a perder la consciencia cuando al fin me libera. Me doblo sobre mí misma y tomo una bocanada profunda para llenar mis pulmones.

—Hijo de puta —farfullo sin aliento.

—¡Ya habrás comprobado que no estoy para aguantar tonterías! ¡Dame una respuesta, joder! —brama.

Toso un par de veces antes de enderezarme y niego con la cabeza.

—Mátame y te quedarás con la duda el resto de tu vida.

La mirada de odio que me lanza estoy segura de que haría cagarse de miedo a unos cuantos. A mí no. Lo conozco demasiado bien. Alex está enfadado. Me odia, y sí, estoy segura de que sería capaz de acabar con mi vida, pero jamás le haría daño a Lucas, no mientras siga dudando de que puede ser su hijo.

—¿Crees que no hay formas de saberlo sin que tú me lo digas? —Sonríe y le da un trago largo a la botella—. Puedo solicitar una prueba de ADN.

—Hazlo. —Carraspeo para aclarar mi voz, y me toco la garganta dolorida.

«Eso me dará el tiempo suficiente para lograr huir».

—También puedo sacártelo a golpes.

Me tenso de pies a cabeza. «No lo hará». Me odia, me aborrece y juró matarme, pero no sería capaz de torturarme, al menos, no él mismo.

—Haz lo que tengas que hacer —mascullo entre dientes.

Su rostro se contrae de furia y lanza la botella contra la pared, haciendo que se rompa en miles de pequeños trozos. Vuelve a sujetarme por el brazo y me arrastra mientras camina en dirección al pasillo que da a las habitaciones. Intento resistirme, le golpeo el hombro y clavo los talones en el suelo para frenar su avance, pero tiene mucha más fuerza que yo y no logro detenerlo. Al llegar al que era mi antiguo dormitorio, abre la puerta y me empuja al interior. Intento salir corriendo, sin embargo, no tardo en ser lanzada sobre la cama.

—Te lo he dicho. No tendré piedad —sisea furioso. Lo veo rebuscar en los cajones de la mesita de noche y después alza la mano. Lleva unas esposas colgadas del dedo índice—. ¿Las recuerdas? —Sonríe de manera macabra y se acerca más a mí—. Apuesto a que sí. —Coge mi mano derecha y rodea mi muñeca con una esposa, después estira mi brazo a la fuerza y engancha la otra al barrote metálico del cabecero—. Acostúmbrate a ellas porque no voy a quitártelas hasta que me digas lo que quiero escuchar.

—¡Eres un jodido enfermo! —grito.

—Sí, aunque no recuerdo escuchar que te quejaras nunca de eso. Es más, puedo asegurar que lo disfrutabas.

—Trae a mi hijo —exijo.

Suelta una carcajada y se inclina sobre mí, colocando una mano a cada lado de mi cuerpo sobre el colchón.

—De eso nada. Vas a quedarte aquí sola. No verás al mocoso hasta que decidas ser sincera al menos una vez en tu puta vida. —Se endereza y vuelve a sonreír—. Veamos cuánto aguantas.

Da media vuelta, y mientras se dirige a la puerta, intento levantarme con rapidez para agarrarlo. Lo hago con tanta fuerza que el tirón en la muñeca me provoca un dolor agudo y lacerante. Alex se detiene y se gira a medias para mirar sobre su hombro.

—Hijo de puta —siseo.

—Te estás repitiendo, Angy. —Niega con la cabeza—. Buenas noches.

—Espera… ¡Alex! ¡Alex, joder! —Sale del dormitorio y la puerta se cierra con un ruido sordo.

Mascullo un par de maldiciones, y al sentarme en el borde de la cama intento pensar en la mejor manera de salir de este lugar. Paso más de una hora tratando de liberar mi mano de la esposa. Después pruebo a golpearla, pero no se abre. Al fin, termino tumbada boca arriba sobre la cama, exhausta y derrotada. No va a ser sencillo huir. Voy a tener que cambiar de estrategia.



Capítulo 4

Alex

Veinte años atrás

Permanezco de pie junto a mi padre, en el lugar que me corresponde como su primogénito y futuro heredero. Todos en la sala tienen claro que algún día seré el líder del cártel de Sonora, pero no solo me respetan por eso. A mis diecinueve años he demostrado una infinidad de veces que tengo más pelotas que cualquiera de los hombres de mi progenitor.

—Hay un cargamento de mujeres en camino —informa Lagos, el mano derecha de mi padre.

—¿Cuándo llega? —pregunta Sandoval.

—Esta noche. Van a traerlo por mar.

—¿Los rusos? —inquiero, atrayendo toda la atención de los presentes.

—Sí —responde Lagos—. Hay que recogerlo en el puerto.

—Yo puedo encargarme. —Miro a mi padre, buscando su aprobación, y él asiente.

—Llévate a Gabriel contigo. Ya va siendo hora de que se involucre en el negocio.

Frunzo el ceño, confuso.

—Solo tiene quince años. Aún es un crío —replico.

—Yo a su edad ya me había cargado a unos cuantos —apostilla Lagos con una sonrisa engreída—. De paso, llévate a mi hijo.

—Hazlo —ordena mi padre—. Y al crío de Santos también, ese que siempre está con tu hermano y Arturo.

—Oscar —murmuro.

—Eso es. Tenemos que comenzar a adiestrar a la nueva generación. Si no lo hacemos, se convertirán en unos inútiles.

Asiento. No me gusta la idea, pero he aprendido por las malas que a Leonardo Urriaga no se le lleva la contraria.

—Samuel te ayudará con el transporte —comenta Sandoval.

Vuelvo a afirmar con un cabeceo. No soporto a Samu. Es un capullo engreído que se cree el jodido ombligo del mundo. Además, lo he pillado más de una vez rondando a Angy, y eso ya le ha costado varias palizas. Nadie toca lo que es mío.

Tras recibir las últimas órdenes e instrucciones, salgo del despacho de mi padre y me encuentro con Rai cerca de la cocina. El muy capullo no deja perseguir a las chicas del servicio. Nada más verme, se acerca comiendo un pedazo de pastel.

—¿Tenemos trabajo? —pregunta, aún con la boca llena.

—Sí, en unas horas. ¿Has terminado ya de hacer manitas con la cocinera?

Suelta una carcajada, y trozos de bizcocho y saliva salen disparados hacia mi camisa negra. Lo empujo con fuerza, frunciendo el ceño. Me ha manchado el muy hijo de puta.

—¡Jacinta es como una madre para mí, cabrón! —replica, partiéndose de risa.

—No seré yo quien juzgue tus gustos. —Intento limpiarme la ropa y hago una mueca de asco—. Voy a tener que cambiarme. Habla con Samu, que organice el transporte. También nos llevamos a Gabriel, Arturo y Oscar.

—¿En serio? —inquiere, frunciendo el ceño.

—Son órdenes del viejo. Quiere que empiecen a involucrarse en los trabajos más sencillos.

—¿Nos dará tiempo para acercarnos a la fiesta?

—¿Qué fiesta?

—Es el día de la patrona. Hay fiesta en el pueblo.

—¿Y por qué quieres ir al jodido pueblo?

—Hay chicas —responde, alzando ambas cejas de manera sugerente.

Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza.

—Te follas a todas las mujeres que te da la gana en el sótano.

—Eso es distinto. Lo interesante está en la caza. Además, creo que Angy está planeando ir. La escuché hablar con Luna.

Estiro el brazo con rapidez y lo agarro por el cuello de la camiseta.

—No te acerques a ella —siseo a centímetros de su rostro.

—¡Ya lo sé! Tranquilo. —Levanta ambas manos y lo empujo para apartarlo de mí—. Solo lo decía por si te animabas a ir. Angy es tuya, lo tengo claro.

—Grábatelo a fuego, Rai. No me obligues a hacerlo a mí. Cualquiera que la toque es hombre muerto.

Me sacudo de nuevo la camisa y chasqueo la lengua de mal humor. Al pasar por la encimera,

cojo un trozo de pastel y me dirijo a mi habitación. Estoy harto de tener que advertir a todo el mundo. A estas alturas ya debería haber quedado claro que Ángela no se toca, ni siquiera se mira. Solo yo puedo hacerlo.

Angy

Me miro en el espejo de cuerpo completo y hago una mueca. Nunca me han gustado demasiado los vestidos, pero no quiero despreciar el regalo de papá por mi diecisiete cumpleaños. Fue hace un par de días, aunque pretendo celebrarlo esta noche en la fiesta del pueblo.

Ajusto los tirantes del vestido y hago una mueca de dolor al rozar la zona en mi hombro, donde aún está cicatrizando el último tatuaje que me hizo Oscar. La mitad de los hombres del cártel ya llevan en la piel alguno de sus diseños. Aparte de talentoso, el chico también es mono, aunque un par de años más joven que yo. Es una pena que sea tan retraído y poco accesible. A veces parece como si viviera en su propio mundo.

Me coloco el pequeño bolso cruzado sobre el pecho y me dispongo a salir de la habitación cuando dos manos me empujan de nuevo hacia el interior. Me sobresalto y, por puro instinto, lanzo un puñetazo que va a parar a su mandíbula.

—¡Mierda, Alex! —exclamo cabreada.

Levanta la vista mientras se sujeta el mentón con una mueca de dolor.

—Hola a ti también —sisea entre dientes.

¿Está cabreado? ¡Será idiota! Soy yo la que debería estar furiosa.

—No puedes asustarme así, imbécil.

—¿Quién creíste que era? —Su entrecejo se arruga aún más.

—¡Yo qué sé! Hay un montón de pervertidos en la finca.

Da un paso en mi dirección con gesto amenazante. No retrocedo. Al contrario, alzo la barbilla y lo encaro. La experiencia me ha enseñado que solo hay una manera de tratar con Alex Urriaga. Si muestras temor o debilidad, acaba contigo. Es un hecho.

—Nadie se atreverá a tocarte nunca porque, si lo hace, lo mataré —afirma. Ruedo los ojos de manera teatral y paso por su lado con intención de marcharme, pero me sujeta por la cintura y me atrae hacia su cuerpo con un tirón contundente—. Por cierto, bonito vestido. —Hunde el rostro en el hueco de mi cuello y lo escucho inspirar con fuerza.

—Gracias. Ahora suéltame.

Se aparta un poco, sin llegar a liberarme del todo, y esboza esa sonrisa canalla que tanto me obsesiona.

—Quítatelo —ordena.



Capítulo 5

Angy

Veinte años atrás

Lo empujo con ambas manos. Es inútil. No logro moverlo ni un centímetro.

—Alex, deja las tonterías. Me están esperando.

—¿Quién?

—No es asunto tuyo. —Vuelvo a intentar apartarlo con el mismo resultado.

Su mano va a parar a mi barbilla y me obliga a mirarlo a la cara.

—Escúchame bien, Ángela. Todo lo que tenga que ver contigo es asunto mío. Ahora contéstame: ¿Quién te está esperando?

Podría seguir peleando. Tal vez incluso llegar a ganar, pero eso sería una enorme pérdida de tiempo que no nos llevaría a ningún lado, por lo tanto, elijo ceder esta vez.

—Luna —mascullo, ladeando la cabeza para que me libere.

—¿La hija de Sandoval? Si ni siquiera te cae bien.

—No le cae bien a nadie. La chica es una arpía de cuidado, pero tampoco tengo mucha más gente con quien relacionarme.

Sonríe de nuevo el muy cabrón y sus manos se deslizan por mis costados hasta llegar a mi culo. Le da un pequeño apretón y sigue bajando. Encuentra el borde del vestido y empieza a

subirlo con lentitud. Mi corazón se acelera, y al intentar moverme rozo su erección con el muslo.

—Yo estoy encantado de relacionarme contigo en todos los sentidos —susurra, y su boca se dirige a la mía.

Muevo rápido la cabeza hacia un lado y lo empujo, usando toda mi fuerza. Lo he tomado desprevenido porque consigo apartarlo, y me mira frunciendo el ceño.

—No puedes hacer esto —siseo cabreada.

—¿El qué? —Parece confuso de verdad, y eso me enfada aún más.

—¡Esto, joder! —Señalo con un gesto de mi mano el espacio vacío entre nosotros—. Se supone que lo hemos dejado, ¿recuerdas?

—¡¿Qué?! ¡¿Quién demonios lo dice?!

—Yo, y la zorra a la que le metiste la lengua hasta la garganta la semana pasada. ¿Qué te pasa? ¿Sufres amnesia selectiva?

—¿Aún sigues con eso? —Bufa con fuerza y rebusca en el bolsillo trasero de sus vaqueros, saca un paquete de cigarrillos y se mete uno entre los labios—. Fue ella la que me besó a mí, joder. Ya te lo expliqué.

—No fumes en mi habitación, y tus excusas de mierda no te van a servir esta vez, Alex.

Vuelve a guardar el cigarrillo en el paquete con un resoplido y me mira, frunciendo el ceño.

—No sé qué más quieres que te diga. Ella me besó. No hice nada.

—Ese es el problema, que no hiciste nada, ni siquiera apartarla. Le devolviste el beso y te importó una mierda que yo estuviese allí, viéndolo todo. —Chasqueo la lengua y tomo una respiración profunda—. Da igual, ni siquiera debería estar diciéndote esto. Se acabó. Deja de buscarme, de colarte en mi habitación y de hacer toda la mierda que haces.

—¿Hablas en serio? —inquiere, arqueando una ceja. Asiento, intentando demostrar más seguridad de la que siento en realidad. ¿De verdad voy a ser capaz de mantenerme alejada de él? No lo creo, pero al menos debo darle una lección. No puede usarme a su antojo. Si quiere estar conmigo, debe ofrecerme un mínimo de respeto. Esboza una sonrisa ladeada y se encoge de hombros—. Muy bien, tú ganas. Volverás suplicando, eso te lo aseguro.

Esta vez soy yo la que sonrío. Me cruzo de brazos e imito su gesto con la ceja.

—¿Apostamos a ver quién suplica primero?

Alex

Se supone que hoy iba a ser una buena noche. El traslado salió genial. Me quedé bastante sorprendido por la actuación de Gabriel. Por primera vez se comportó como un verdadero líder, y, aunque jamás se lo diré, eso es algo que me hace sentir orgulloso. Después del encargo regresamos a la finca y fui en busca de Angy. ¿Quién demonios podría haber imaginado que aún seguía cabreada por la tontería del beso de la semana pasada? Es ilógico. Ni siquiera conozco a la chica. Me besó, y sí, tal vez debí apartarla, pero tampoco fue para tanto.

Bueno, está claro que Angy no piensa lo mismo; de ser así, ahora estaría aquí a mi lado y no en medio de la multitud bailando y riendo mientras me ignora. Además, aposté que volvería a mí suplicando, y no dejo de pensar en que voy a ser yo el que acuda a ella antes de que termine la noche. Ese jodido vestido me está poniendo enfermo. ¿Por qué tiene que ser tan guapa? «Mi ángel demoníaco». Solo tengo ganas de arrastrarla al primer callejón oscuro que encuentre y

follarla hasta que se disculpe por haberme rechazado.

—¿Quiénes son esos? —murmura Rai a mi lado.

Termino de darle un trago a mi cerveza y me coloco el cigarrillo entre los labios antes de girar la cabeza para comprobar a quién se refiere. Frunzo el ceño al ver a un grupo de chicos voceando y moviéndose de un lado a otro. Parecen borrachos y muy escandalosos.

—No son de por aquí —comento.

No, los habría visto antes. Conozco a casi todos los habitantes del pueblo, y a los que no… Bueno, seguro que han escuchado hablar de mí. Soy un Urriaga, la sola mención de mi apellido provoca que cualquier persona con un mínimo de sentido común decida no provocarme. Observo al grupo de revoltosos mientras doy pequeñas caladas a mi cigarrillo y me bebo la cerveza. Son cinco, y uno de ellos parece muy interesado en las chicas que bailan en medio de la plaza abarrotada de gente. Está buscando una presa, y, por su bien, espero que no elija a la mía.

—¡Mierda! ¡¿Esos son Gabriel y Arturo?!

Me giro hacia el lado opuesto y los veo, parecen estar discutiendo. No, más que eso, se están peleando. Dejo lo que me queda de cerveza sobre la barra y lanzo la colilla al suelo mientras corro hacia ellos. Arturo está en el suelo, intenta cubrirse el rostro mientras mi hermano lo golpea una y otra vez con los puños. Al llegar a su lado, lo sujeto por detrás e intento arrastrarlo. El muy cabrón se revuelve. Tiene más fuerza de la que pensaba.

—¡Suéltame, joder! —brama.

Lo ignoro y consigo inmovilizarlo mientras Rai se ocupa de levantar a Arturo.

—¿Qué demonios está pasando? —Lo alejo bastante de la multitud y al fin lo libero—. ¡¿Te has vuelto loco?! ¡Arturo es tu amigo! ¡¿A qué viene este numerito?!

—¡Se lo merece! ¡Ese hijo de puta bajó al sótano! —Bufo con fuerza y me pinzo el puente de la nariz—. ¡Tú lo sabías, ¿verdad?! —Suelta una risa irónica y niega con la cabeza—. Claro que sí. A ti también te gusta abusar de esas pobres chicas.

—¡Eh! Yo no las toco, idiota.

—Ya, lo que tú digas. No sé cómo puedes mirarte al espejo, Alex. Esas mujeres están ahí encerradas, son violadas, golpeadas y vendidas para que sigan haciendo con ellas lo que les apetezcan. ¿Solo a mí me parece una locura? ¿Y si fuese tu madre? —Estrecha su mirada sobre mí—. ¿Y si fuese Angy?

—Cállate —siseo, notando como la rabia me hierve en las venas.

—Tal vez algún día tengas que averiguar lo que se siente. Su padre no durará para siempre. Es un anciano, y cuando muera no tendrá a nadie que la proteja. Tarde o temprano, ella también acabará en el sótano. Es el puto karma, hermanito.

—Hijo de… —Lo sujeto por el cuello y estoy a punto de lanzarle un puñetazo cuando siento una mano en mi hombro. Giro el cuello y veo a Oscar a mi lado.

—Angy no está —dice, frunciendo el ceño.

Suelto a Gabriel y la busco con la mirada. No logro encontrarla en la plaza.

—¿A dónde ha ido? —pregunto, con el corazón latiendo a toda velocidad.

—No lo sé. Estaba vigilándolas a ella y a Luna, y cuando quise darme cuenta había desaparecido.

Vuelvo a revisar con la mirada el centro de la plaza y sigo sin verla. Entonces recuerdo a los

escandalosos y la forma en la que uno de ellos estaba paseándose entre la multitud, con toda probabilidad, buscando a alguna chica que follarse esta noche.

—Voy a matarlo —siseo antes de salir corriendo.

Voy directo al lugar que, con seguridad, yo habría elegido para llevarme a una chica. Es un callejón estrecho muy cercano a la fiesta. La luz es escasa y casi nadie se asoma por allí. Nada más acercarme, me doy cuenta de que estaba en lo cierto. Él está aquí, y Angy también. La escucho decir algo que no logro comprender, y después lo empuja. El escandaloso responde con otro empujón y se abalanza sobre ella.

Lo alcanzo con un par de zancadas largas, y antes de que pueda llegar a tocarla ya lo estoy golpeando. Lanzo puñetazos a su rostro y después a las costillas, cuando cae lo pateo, y entonces lo obligo a ponerse en pie para seguir pegándole. Escucho los gritos de Angy a mi espalda. Intenta sujetarme, pero no se lo permito. Empujo al capullo al que he convertido en papilla y su espalda golpea la pared de ladrillo con un sonido sordo. Gime una vez y está a punto de caerse, pero no lo permito. Lo agarro del cuello con ambas manos y empiezo a apretar con todas mis fuerzas.

—¡Alex, vas a matarlo! —grita Angy, tirando de mí hacia atrás.

No me muevo, ni siquiera pestañeo. Sigo ejerciendo cada vez más fuerza en su garganta, y entonces lo noto. Soy consciente del momento exacto en el que el último hilo de vida abandona su cuerpo. Me aparto y cae al suelo.

—Lo he hecho —susurro, mirándome las manos.

He pensado mucho en el momento en el que me tocaría arrebatar mi primera vida. De donde yo vengo, y haciendo lo que hago, era extraño que aún no hubiese pasado. No siento pena ni remordimientos. En realidad, no siento nada. Acabo de matar a una persona y me da igual. ¿Eso en qué me convierte? ¿Soy un monstruo o solo alguien demasiado acostumbrado a la violencia?

—¡Mierda, Alex! —Angy me rodea y enmarca mi rostro con sus manos—. Tenemos que salir de aquí. Alguien puede vernos.

Pestañeo un par de veces y frunzo el ceño al ver un pequeño corte en su labio superior.

—¿Te ha pegado? —inquiero con la mandíbula tensa y los puños apretados.

—Eso no importa ahora. ¡Hay que irse, maldita sea!

—¡Contéstame, joder! —La sujeto por los hombros y pego mi frente a la suya—. Dime que ese hijo de puta no te ha hecho daño.

Angy suspira y siento que sus manos rodean mi cintura.

—Estoy bien. Me tomó por sorpresa, pero no ha pasado nada. Ahora debemos irnos. Pueden vernos y vas a meterte en problemas.

Intenta apartarse, pero la agarro por la nuca y la atraigo hacia mí para estrellar mi boca contra la suya. La beso con rabia y pasión. Todo mi cuerpo tiembla por la adrenalina y el corazón me late tan fuerte que temo que salga disparado a través de mi pecho. Cuando me aparto, la miro a los ojos con intensidad.

—Lo suplico —susurro sin aliento.

—¿Qué?

—Tú ganas otra vez. Haré lo que quieras. No volveré a tocar a otra jamás, pero no me apartes de ti.



Capítulo 6

Alex

En la actualidad

Desconecto la llamada y lanzo el teléfono sobre el escritorio con un gruñido. Odio hablar con mi hermano. He logrado evitarlo durante los últimos dos días, pero hoy me amenazó por mensaje con venir él mismo a verme y no tuve más remedio que atender su petición. No lo hice por temor, solo prefiero que no me toque más los huevos. El muy hijo de puta está convencido de que puede tratarme como a uno más de sus perros. Se equivoca. Jamás me someteré. Se supone que yo iba ser su líder y no al revés. No voy a permitir que mi hermano pequeño me mangonee a su antojo.

—¿Cómo está Sandoval? —pregunta Rai.

Bufo de nuevo y me enciendo un cigarrillo antes de responder.

—Fuera de peligro. Están esperando a que se despierte para empezar a sacarle información.

—¿No ha dicho nada sobre esas supuestas mujeres encerradas? —Niego con la cabeza y le doy una nueva calada—. Si es verdad, podrían estar ya muertas.

Me encojo de hombros mientras expulso el humo por la boca. Lo siento por esas chicas, pero tampoco es que podamos hacer más. El único motivo por el que Sandoval sigue respirando es para confirmar si la información que dio es real. Si dependiera de mí, ya le habría pegado un tiro en la frente. Tal vez debí haberlo hecho, sin embargo, pensé que Luna lo disfrutaría más. La muy idiota apuntó al pecho.

—¿Le has llevado la comida a Angy? —inquiero, apartando la mirada.

—Sí, una al día, tal como ordenaste.

—Bien. ¿Empieza a estar aburrida o voy a tener que esperar para hacerle una visita?

Rai suelta una risa baja y niega con la cabeza.

—¿Aburrida? A mí me parece bastante cómoda. No deja de hacer comentarios mordaces, y su actitud es tan tranquila que resulta inquietante.

Tras dar una última calada al cigarrillo, aplasto la colilla en el cenicero y me pinzo el puente de la nariz. Hace dos días que la tengo encerrada y esposada a la cama. He ordenado que solo le lleven comida una vez al día y bastante escasa. Nadie más, aparte de Rai, entra en ese dormitorio, ni siquiera yo. Creí que tal vez la soledad y el hambre la harían darse cuenta de que voy en serio. Debí haber supuesto que no funcionaría. Angy es demasiado lista para caer en esa trampa. Aguantará hasta el final solo por no dar su brazo a torcer.

—Reduce la ración de comida. —Rai frunce el ceño y tensa la mandíbula—. ¿Qué pasa? ¿A qué viene esa actitud?

Se queda callado unos segundos y resopla antes de contestar.

—No me parece bien lo que estás haciendo, Alex. Sé que la odias por la manera en que se comportó hace cinco años, y entiendo que desees lastimarla, pero sigue siendo Angy. Mátala con un disparo, no de hambre.

Me inclino hacia delante y clavo mi mirada en la suya.

—No creo haber pedido tu opinión. Haz lo que te mando y cierra la maldita boca. Solo yo… —Me corto a media frase al escuchar un enorme alboroto. Parecen gritos, como de una pelea—. ¿Qué mierda pasa ahora? —mascullo, poniéndome en pie.

Salgo del despacho a toda prisa y sigo los gritos hasta una de las habitaciones del servicio. Me detengo frente a la puerta abierta y veo a Jacinta sujetando al crío mientras él se remueve e intenta escapar. Chasqueo la lengua y entro en la estancia. Agarro al chiquillo del gorro de la sudadera que lleva puesta y lo empujo en dirección a la cama.

—¡Quiero a mi madre! —grita desgañitado.

Baja de la cama de un salto y sale corriendo hacia la puerta, pero vuelvo a interceptarlo y lo devuelvo al mismo lugar.

—Quieto, mocoso —ordeno, señalándolo con el dedo índice.

—¡Tú no me mandas! ¡¿Dónde está mi madre?! ¡Mamá! ¡Mamá! —sigue gritando mientras Jacinta intenta tranquilizarlo sin éxito.

—Lucas… ¡Lucas! —El crío la ignora y sigue llamando a su madre a gritos—. Lleva rebelde toda la mañana, Alex.

—¿Y qué pretendes que haga yo? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Deja que vea a Angy. Tal vez eso lo calme.

—¡Quiero a mi madre! ¡Mamá!

Me pinzo el puente de la nariz y me acerco a él con un par de zancadas largas.

—¡Eh, cállate! —ordeno en tono autoritario.

Me mira con rabia y alza la barbilla de manera desafiante.

—Quiero ver a mamá. ¿Dónde está?

—Eso no es asunto tuyo. Ahora cállate de una puta vez y haz lo que Jacinta te diga.

—Has dicho una palabrota —farfulla entre dientes.

—¿Y qué?

—No se dicen palabrotas.

Bufo con fuerza y me inclino hacia delante para dejar mi rostro a la altura del suyo.

—Esta es mi casa, yo decido lo que se puede hacer o no en ella. ¿Entendido?

Aprieta los labios con fuerza y estrecha su mirada sobre mí.

—Si no me dejas ver a mamá, voy a pasar todo el día gritando hasta que me quede sin voz.

—¿Eso es una amenaza? —Me acerco más para intentar amedrentarlo, y aunque al principio parece tener intención de retroceder, me sorprende ver cómo alza de nuevo la barbilla y se encoge de hombros—. Si sigues gritando, te lanzaré al corral de los cerdos y dejaré que te coman vivo, Mocoso.

Su labio inferior tiembla, parece como si estuviese a punto de echarse a llorar, pero una vez más, saca pecho y se encoge de hombros. Nadie puede negar que es hijo de Angy. Ha heredado su maldita cabezonería y orgullo.

—Haz lo que quieras. ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

Bufo con fuerza y me enderezo mientras sigue gritando a viva voz.

—¡Vale, joder! —Se calla, y puedo ver un amago de sonrisa antes de que vuelva a ponerse serio—. Haz caso a Jacinta y en un rato podrás ver a tu madre.

—Promételo —exige.

—No voy a prometer una mierda —replico.

—Has dicho otra palabrota.

—*His dichi otri palabroti* —me burlo, imitando su voz infantil—. Eres igualito a ella, joder —mascullo en voz baja antes de salir de la habitación a toda prisa.

Esto era lo que me faltaba. Ahora no solo tengo que aguantar la presencia de la mujer que me destruyó, humilló y pisoteó como a una cucaracha, también a su insoportable y malcriado vástago. Esto me pasa por meterme donde no me llaman. Si tan solo hubiese dejado que el idiota de Lagos buscara a Maya por su cuenta, ahora no estaría en esta situación.



Capítulo 7

Angy

Me duele el brazo derecho por mantenerlo en la misma postura durante tanto tiempo y mi estómago no deja de rugir de hambre. Después de dos días encerrada en mi antiguo dormitorio, empiezo a ser consciente de la verdadera intención de Alex. No pretende doblegarme con torturas físicas, su intención es debilitarme, llevarme al extremo de mi propia paciencia con poca comida y, sobre todo, no permitiéndome ver a mi hijo. Bueno, no va a funcionar. Si hay algo que tengo es paciencia. Al contrario de los Urriaga, que son impulsivos y desesperan con facilidad, yo sé mantener la cabeza fría. Solo es cuestión de tiempo que logre salir de aquí. Rai tiene las llaves de las esposas que me mantienen presa al cabecero de la cama, tengo que hacerme con ellas como sea.

La puerta de la habitación se abre y ni siquiera me molesto en apartar la mirada del techo.

—Ya era hora. Necesito ir al baño.

—Por mí como si te lo haces encima.

Giro la cabeza en dirección al origen de esa voz que tan bien conozco y esbozo una sonrisa ladeada al ver a Alex junto a la entrada.

—Su alteza real ha decidido venir a visitarme. ¿A qué debo el honor?

Frunce el ceño y camina hacia mí con lentitud y sin dejar de mirarme.

—Esa impertinencia no va a ayudarte.

Me muevo para sentarme al borde de colchón. Contengo una mueca de dolor cuando mi

hombro dolorido se resiente y vuelvo a sonreír de manera burlona.

—Impertinente es mi segundo nombre.

—¿Y el primero? —Su ceja se arquea y me encojo de hombros.

—Dímelo tú.

Tras unos segundos de silencio, inspira hondo por la nariz antes de responder.

—Zorra.

«Hijo de puta». Si cree que con insultos puede hundirme es que no me conoce.

—Me gusta. Ángela Zorra Impertinente. No suena nada mal.

—¿Crees que esto es una broma? —Echa el brazo hacia atrás y pierdo la sonrisa. Por un instante pienso que va a sacar una pistola, sin embargo, enseguida me doy cuenta de que tiene un papel en la mano—. Tranquila, no voy a matarte… Aún —murmura sonriendo. Se acerca más y desdobla el papel antes de darle la vuelta para enseñármelo—. ¿Sabes qué es esto?

—Las zorras tenemos problemas de visión —replico.

Cabecea y se acuclilla para quedar a mi altura. Estira el brazo y deja el documento sobre mi regazo. Enseguida lo reconozco.

—Ordené que revisaran el cuchitril en el que vivías en Nueva York y encontraron esta partida de nacimiento. Lucas Chávez, hijo de Ángela Chávez y de padre desconocido. Las fechas coinciden. Te marchaste de la finca embarazada. —Ladea la cabeza sin dejar de mirarme a los ojos—. Dime la verdad y prometo matarte rápido. ¿Es mío?

—Sí. —Abre mucho los ojos, con gesto sorprendido, y amplío mi sonrisa—. O tal vez no. Las zorras impertinentes también tenemos problemas de memoria.

—No juegues conmigo, Ángela —sisea con la mandíbula apretada.

Lo estoy llevando al límite de su paciencia, lo noto. Bufa con fuerza y se pone en pie.

—Espero que, aparte del certificado, también hayas recuperado algo de mi ropa del apartamento. Como no me duche y me cambie pronto, empezaré a atraer a las moscas.

Resopla de nuevo y me lanza una mirada furiosa.

—Es lo que tiene ser un pedazo de mierda —escupe.

No reacciono a su insulto y sigo sonriendo.

—Bueno, este pedazo de mierda tiene que mear. ¿Vas a soltarme o tengo que hacerlo aquí mismo?

Masculla una maldición y respira hondo antes de mirarme de nuevo. Me conoce bastante bien como para saber que su estrategia no está dando resultados. Esa era mi intención, obligarlo a improvisar. La improvisación no es buena, se cometen errores.

—Voy a quitarte las esposas. Después irás al baño, dúchate y haz lo que sea que tengas que hacer y regresa en menos de diez minutos, ¿entendido?

—¿Diez minutos? Qué amable. Con ese tiempo casi puedo darme un baño relajante. ¿Tienes sales o jabón perfumado?

—Angy, estás tentando tu suerte —sisea a modo de advertencia. Ruedo los ojos, enfureciéndolo aún más, y antes de que pueda darme cuenta de su siguiente movimiento, tengo su mano en mi barbilla, apretándome y obligándome a mirarlo a los ojos—. Voy a decirlo una vez más. No. Juegues. Conmigo. ¿Lo has entendido? —Sujeto su muñeca con la mano que tengo

libre y le mantengo la mirada.

—Sí —respondo sin mostrar ni pizca de temor.

Enseguida me suelta y se gira para alcanzar la esposa que está enganchada al cabecero. Saca las llaves del bolsillo delantero de su pantalón vaquero y tomo nota mental de ello. «Hay dos llaves, una la tiene Rai y la otra Alex». En cuanto abre la esposa, le acerco mi muñeca para que haga lo mismo, pero me sorprende ver que engancha la que estaba abierta al lado de la otra.

—Ve acostumbrándote a ellas. Cuando no estés atada a la cama, las llevaras como un jodido complemento más.

—Son monas —susurro, haciendo que se muevan y emitan un sonido metálico al chocar la una contra la otra—. Tú sí que sabes hacerle regalos a una mujer.

—La última vez que te regalé una joya fue un anillo de matrimonio, y no veo que lo lleves puesto —farfulla entre dientes.

Sus palabras me dejan sin aliento, y no por lo que significan, sino por la forma en la que las pronuncia. Puedo percibir el odio y el resentimiento en su tono de voz, pero también el dolor. Han pasado cinco años y sigue sufriendo por mi culpa. Ignoro el nudo de angustia en el centro de mi pecho y me pongo en pie. Ni siquiera me planteo salir corriendo. Sé que me atraparía en segundos y solo lograría empeorar la situación. No, tengo que ser más lista que eso, y paciente, muy paciente.

—Alex, quiero ver a mi hijo —digo sin rastro de burla o diversión.

—Lo verás cuando yo lo decida. Por ahora, ve a ducharte.

—Mi ropa…

—Ve a ducharte, Angy. Hazlo ahora, antes de que cambie de idea —sisea.

Decido no seguir tentando a la suerte y me dirijo al baño. Este es el camino a seguir. Ya estoy haciendo avances. Encontraré la manera de salir de aquí. Solo necesito más tiempo.



Capítulo 8

Alex

En cuanto la puerta del baño se cierra, exhalo con fuerza y cierro los ojos. Esto es peor de lo que podría haber imaginado nunca. Sigue siendo ella, mi ángel demoníaco, con su sonrisa burlona, comentarios mordaces y actitud impertinente. La odio con todas mis fuerzas y al mismo tiempo siento que una parte de mí que creía muerta está volviendo a la vida.

Abro los ojos y me enciendo un cigarrillo. Tengo que pensar bien mi próximo movimiento. Angy es astuta, intentará huir, pero tenerla encerrada en esta habitación no va a dar resultados; además, lo que menos me apetece es seguir escuchando los gritos del mocoso llamando a su madre. Debo cambiar de estrategia, agotar su paciencia hasta que ya no quede nada de esa arrogancia y desparpajo. Voy a destruirla despacio, muy lentamente, y después disfrutaré dándole el tiro de gracia. Esa es la mejor manera de vengarme y, al mismo tiempo, librarme del fantasma de su recuerdo, de lo que una vez fuimos y ella se encargó de destrozar.

Apoyo la espalda contra la pared, sin perder de vista la puerta del lavabo mientras le doy caladas largas a mi cigarrillo y termino de perfilar mi plan. Echo un vistazo alrededor y soy consciente de que esta es la segunda vez en cinco años que entro en esta habitación. No permití que nadie viniera aquí después de que Angy se marchó. La ropa que dejó atrás aún sigue en el guardarropa, su olor continúa flotando en el ambiente, como si jamás se hubiese marchado. Inspiro hondo y dejo que ese aroma me lleve al pasado, a todas esas noches que pasé aquí con ella, en esta misma cama, con las mismas sábanas.

Sacudo la cabeza de un lado a otro y tenso la mandíbula con fuerza para librarme de toda esa

mierda. Por suerte, la puerta se abre y entonces me doy cuenta de que mi problema no es el pasado. No, el presente es mucho peor, porque caminando hacia mí, con el cabello húmedo y solo una toalla rodeando su cuerpo, está la mujer que más he querido en toda mi vida; también la única que fue capaz de arruinarme para siempre.

Trago saliva, y de forma inevitable mi mirada viaja por su escote, sus hombros desnudos salpicados de pequeñas gotas de agua que caen de su cabello castaño y los brazos repletos de tatuajes coloridos hasta las muñecas, donde en una de ellas lleva puestas las esposas. Sigo descendiendo por sus piernas morenas y torneadas, y entonces regreso a su rostro de rasgos sutiles y esos ojos verdes y enormes que me miran con una ceja arqueada.

—¿Vas a quedarte ahí mirando como un pervertido? —pregunta en tono divertido.

Inspiro hondo por la nariz e intento ignorar la erección instantánea que me ha provocado. Lo único que deseo ahora mismo es acercarme, arrancarle la toalla, lanzarla sobre la cama y follarla como un maldito animal, pero no lo haré, no después de lo que hizo.

—Tus cosas están en el guardarropa. Vístete —ordeno.

Asiente y se pasea justo por delante de mí contoneando las caderas como una jodida estríper. Aprieto los puños y tenso la mandíbula con fuerza. ¿En serio cree que puede provocarme? No permitiré que se ría de mí.

Me muevo deprisa. La alcanzo con unas cuantas zancadas, y al llegar a su lado, tiro de su brazo para girarla hacia mí. Me mira con sorpresa, pero no le doy tiempo a reaccionar. Agarro uno de los bordes de la toalla y con un pequeño tirón se la quito.

—¡¿Qué demonios haces?! —exclama confusa.

Esbozo una sonrisa maliciosa y la repaso con la mirada. «Maldición, sigue estando exactamente igual». Todas esas curvas, esos pechos perfectos y más abajo… «Mierda». Me recompongo e inspiro hondo por la nariz sin que ella se dé cuenta de lo afectado que estoy.

—Yo decido cuándo puedes usar ropa o no. Si me da la gana, haré que te pasees en pelotas por toda la finca, así que deja de provocarme, Angy. Eso no va a salir bien para ti.

La muy hija de puta se atreve a sonreír, coloca las manos en las caderas y alza la barbilla de manera desafiante.

—¿Has terminado ya de darte golpecitos en el pecho? No sé qué es lo que entiendes tú como provocación. Te aseguro que en ningún momento se me pasaría por la cabeza pensar que careces de autocontrol. —Frunzo el ceño. Olvidaba que a veces no sé si me toma el pelo o habla en serio. Es lo que tiene intentar mantener una conversación con alguien que usa el sarcasmo y los dobles sentidos en casi todo momento—. Ambos sabemos que podría abalanzarme sobre ti, meterte la jodida lengua hasta la garganta, cabalgarte como si no hubiera un mañana y, aun así, no lograría obtener reacción alguna por tu parte, ¿verdad?

Las imágenes de todas las cosas que acaba de decir se instalan en mi mente, provocando que mi erección se apriete con fuerza contra la cremallera de mis vaqueros. «Te está tentando, Alex. No caigas en su maldito juego». Retrocedo un par de pasos y estrecho mi mirada sobre ella, frunciendo el ceño.

—Tienes dos putos minutos para vestirte. Después de ese tiempo, te arrastraré fuera de esta habitación como estés —amenazo.

—Me sobra uno —masculla dándose la vuelta y, de paso, regalándome un primer plano de su redondo y esculpido trasero. Más arriba, una mancha de tinta en la parte baja de su espalda

parece burlarse de mí.

Aparto la mirada de inmediato y respiro hondo para intentar tranquilizarme. No voy a ceder. Por más que me provoque, no logrará sacar nada de mí. Es su jodida estrategia. Cree que puede ponerme las tetas en la cara y esperar a que caiga rendido a sus pies. No, ya no. Después de la mierda que tuve que tragar por su culpa, de toda la vergüenza y la humillación, jamás podría volver a tocarla.

Angy

Mientras camino por el pasillo justo por delante de Alex, no dejo de preguntarme qué demonios está tramando. Ha cambiado su plan inicial, eso lo tengo claro. Ya no va a intentar matarme de hambre y aburrimiento. Entonces, ¿qué es lo que pretende? Mi confusión llega a su punto álgido cuando me obliga a detenerme frente a la puerta cerrada de uno de los dormitorios que antes estaban ocupados por las chicas del servicio. No sé para qué los usan ahora, aunque deduzco que estoy a punto de descubrirlo.

—¿Qué hay ahí dentro? —me atrevo a preguntar.

Me da un pequeño empujón en la parte baja de la espalda para acercarme a la puerta y lo escucho chasquear la lengua.

—Ábrela y descúbrelo por ti misma.

Tomo una respiración profunda y, sin pensarlo demasiado, tiro de la manilla. En cuanto asomo la mirada hacia el interior de la habitación, una sonrisa involuntaria tira de mis labios.

—Hola, Vaquero —saludo emocionada.

Lucas, que está sentado en el suelo jugando con dos muñecos que enseguida reconozco como suyos, se pone en pie de un salto y viene corriendo hacia mí.

—¡Mamá! —grita, y lo cojo al vuelo para abrazarlo contra mi pecho.

Sus pequeños brazos rodean mi cuello y cierro los ojos al inhalar su aroma dulce e infantil. Camino con él en brazos hasta la cama que hay en el dormitorio y me siento en el borde del colchón, colocándolo en mi regazo. Al fin se aparta un poco y me mira con sus preciosos ojos azules rebosantes de felicidad.

—¿Cómo estás, cariño?

—Te echaba de menos. Grité mucho para que vinieras a buscarme. ¿No me escuchaste?

Echo un vistazo hacia la puerta, donde Alex está observándonos, con el hombro apoyado en el marco y los brazos cruzados sobre el pecho. La mirada que le lanzo es de auténtica furia. ¿Qué clase de persona no deja que un niño vea a su propia madre? «Un puto animal. Eso es lo que es, pero eso siempre lo has sabido, Angy». Fuerzo una sonrisa y desvío la mirada hacia mi pequeño.

—No, Vaquero, no te escuché —respondo, acomodándole el sombrero sobre la cabeza—. ¿Estás bien? ¿Has comido?

Asiente deprisa y sonríe, enseñando al completo sus dientes de leche.

—Jacinta no es tan mala —susurra, mirando de reojo a Alex—. Él sí. Me llama mocoso, y dijo que si me porto mal dejará que los cerdos me coman. ¿Los cerdos se comen a las personas?

Vuelvo a lanzarle una mirada asesina a Alex y él esboza una sonrisa engreída. Ha escuchado lo que ha dicho Lucas. Inspiro hondo por la nariz para tranquilizarme y acaricio su rostro con suavidad.

—No, cielo, no te preocupes por eso. Alex es un bromista.

Lucas mira mi mano con confusión y abre mucho los ojos.

—¡Hala, tienes una pulsera como las esposas del *sheriff*! —Agarra mi muñeca y mueve las piezas metálicas que la rodean, haciéndolas tintinear—. Yo también quiero unas.

—Sigue tocándome los huevos y las tendrás —dice Alex desde la puerta.

Lo ignoro y me centro en mi pequeño. Le pregunto qué ha comido, dónde ha estado y con quién y si alguien le ha hecho daño. Como siempre, se explaya contándome cada detalle. Lo dejan moverse por la casa acompañado por Jacinta. Le gusta ir a la cocina con ella y la ayuda a preparar la comida, además, le han dado su ropa y varios juguetes que tenía en nuestro apartamento de Nueva York. Pone especial empeño en contarme que el dormitorio en el que estamos es en el que duerme él solo. Lo dice con orgullo, para demostrarme lo valiente que es, y yo solo soy capaz de sonreír y comérmelo a besos.

Necesito sacarlo de aquí. He visto que niños como él acabaron convertidos en escoria tras crecer en la finca. Este sitio corrompe a todo aquel que lo pisa. Haré cualquier cosa, lo que sea, pero no voy a permitir que mi hijo sea uno de ellos.



Capítulo 9

Alex

Observo a Angy desde la entrada del dormitorio. Por un instante me quedo prendado de ella, de su forma de tratar al mocoso con tanta dulzura y cariño, aunque enseguida recuerdo lo bien que se le da mentir y engañar. Es una experta en el arte de la manipulación, yo mejor que nadie lo sé.

Jacinta entra en la estancia y me mira con gesto interrogante. Le pedí que regresara en veinte minutos antes de ir a buscar a Angy. Inspiro hondo por la nariz y me centro en mi objetivo.

—Se acabó la visita —anuncio. Angy me mira, frunciendo el ceño, y el crío imita su postura defensiva. Me acerco despacio—. Mocoso, ve con Jacinta —ordeno.

—Me llamo Lucas —me corrige enfadado.

—Me importa una mierda. Vete con Jacinta. —Angy se pone en pie y da un paso adelante para cubrir al crío con su cuerpo. Esbozo una sonrisa burlona y clavo mi mirada en la suya—. Ni siquiera lo pienses —advierto. Me acerco más e inhalo por la nariz de manera audible—. ¿Lo notas?

—¿El qué? —masculla con los dientes apretados.

—Ese aroma, como a… —Sonrío—. Niño muerto, ¿verdad? —Doy un nuevo paso en su dirección, hasta que solo unos centímetros separan nuestros rostros—. Con cada uno de tus actos rebeldes, el olor se intensifica.

Tras unos segundos en los que se mantiene firme, noto como su postura se relaja y aparta la

vista con una exhalación larga y profunda. «Bien, ya ha empezado».

—Vaquero, ve con Jacinta.

—¡¿Por qué?! —Angy se acuclilla para quedar a la altura del crío y lo sujeta por los hombros—. ¿No podemos irnos a casa con Maya?

Niega con la cabeza y acaricia su mejilla con suavidad.

—Aún no. Debemos quedarnos aquí un tiempo, y necesito que te portes bien y hagas lo que Jacinta te pida.

—Pero vamos a volver, ¿verdad? No me gusta esta casa.

—Claro que sí, mi vida. Solo serán unos días.

El chiquillo asiente, aunque no parece demasiado conforme, y tras darle un abrazo a su madre, Jacinta se acerca para cogerlo de la mano y sacarlo de la habitación. Al pasar a mi lado, se queda parado y alza la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Pasa algo, Mocoso? —inquiero, arqueando una ceja.

—¿Te duele la pierna?

—No —respondo confuso.

No veo venir la patada que se estrella contra mi canilla. Aparto la pierna con una mueca de dolor y el jodido crío sonríe de oreja a oreja.

—Ahora sí —murmura, y sale de la habitación con la barbilla en alto y la espalda recta.

En cuanto la puerta se cierra, me giro furioso hacia Angy y la encuentro sonriendo.

—Esa impertinencia que ha heredado de ti va a traerle muchos problemas —siseo.

—Espero que un carácter fuerte sea suficiente para mantener alejados a los cabrones arrogantes. Tal como yo lo veo, su educación es impecable.

—¿También le has enseñado a mentir? Porque tú lo haces de maravilla. Eso de que en unos días volveréis a casa… —Chasqueo la lengua, divertido—. Incluso yo he estado a punto de creerlo.

—No es una mentira. Pretendo largarme de aquí muy pronto con mi hijo.

—¿Ah sí? ¿Cómo piensas hacer eso? —Se encoge de hombros y mueve los hombros en círculos, supongo que para desentumecerlos—. No vas a salir de aquí con vida, Angy, eso es un hecho.

—¿Qué quieres de mí? —pregunta, sorprendiéndome—. Si pretendieras matarme, ya lo habrías hecho, así que habla claro de una vez. ¿Qué es lo que tengo que hacer para que nos liberes?

—¿Has pensado que, tal vez, no te he matado porque tengo planes mucho más divertidos para ti?

—Bien, ¿cuáles son esos planes? ¿Vas a torturarme?

—Es posible —farfullo sin apartar mi mirada de la suya.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Pretendes enviarme al sótano? ¿Es eso lo que quieres, Alex? —Resopla con fuerza y bracea alterada—. ¡Dime qué mierda quieres!

En un parpadeo estoy a su lado, sujetándola por el rostro con una mano y pegando mi nariz a la suya.

—¡¿El sótano?! ¡El puto sótano no es castigo suficiente para ti! ¡Lo disfrutarías como la zorra que eres! —La empujo para liberarla y retrocedo con la respiración alterada. Tardo unos segundos en calmarme y dirigir mi mirada a ella de nuevo—. Vas a convertirte en una jodida esclava. Harás todo lo que te diga, sea lo que sea. ¿Sabes qué pasará si no me obedeces?

—¿Me matarás? —No me pasa desapercibido su tono sarcástico y burlón.

—No, quien morirá será tu pequeño bastardo.

—No serías capaz —replica con un amago de sonrisa.

—¿Eso es lo que crees? No me conoces, Angy, ya no. Podría cortarle la puta cabeza y traértela como regalo, aún con esos ojitos azules muy abiertos.

—¿Matarías a un niño? —Voy a contestar, pero me interrumpe alzando una mano—. Voy a reformular la pregunta. ¿Matarías a un niño sabiendo que existe la posibilidad de que sea tu hijo?

—Nunca he tenido instinto paternal —respondo, encogiéndome de hombros—. Lo poco que conozco de ese crío me saca de quicio. ¿Tienes alguna pregunta más? —Parece pensarlo unos segundos y, tras resoplar con fuerza, niega con la cabeza—. Bien, entonces acompáñame. Hoy empieza tu nueva vida. Espero que sepas apreciarla porque pinta a que va a ser muy corta.

Mientras camino a paso rápido por el pasillo, sonrío por dentro ante mi pequeña victoria. Voy a lograr doblegarla, estoy seguro. Su punto débil es el mocoso, y pienso usarlo a mi favor. Jamás se me ocurriría matarlo. No soy un puto asesino de niños, menos aún si cabe la posibilidad de que sea mío, sin embargo, también soy consciente de que la mejor forma de mantener controlada a Angy es colocando una espada de Damocles sobre la cabeza de su hijo. No se atreverá a hacer ninguna tontería mientras lo tenga bajo mi poder, y esa es la clave para su propia destrucción.

Al llegar a la cocina, varias mujeres del servicio se giran al vernos entrar, entre ellas hay algunas que llevan años aquí en la finca y otras más recientes. Dora, una de las más veteranas, se acerca enseguida. Por la mirada que le lanza a Angy, queda claro que no le agrada su presencia.

—Señor Urriaga, ¿puedo ayudarlo en algo? —pregunta.

Señalo a Angy con un gesto de mi mano y me cruzo de brazos.

—Dale trabajo. Cuando termine, llamas a Rai y él se encargará de llevarla a los establos.

—Eh… —La mira a ella y después a mí—. ¿Trabajo? ¿Qué tipo de trabajo?

Sonrío de oreja a oreja mientras veo como la mandíbula de Angy se tensa.

—La tarea más pesada y engorrosa que tengas.

—Pero su esposa…

—Ella no es nada mío —la corto con voz autoritaria—. Quiero que todas la tratéis como a una empleada más. No, mejor aún, como a vuestra jodida esclava personal. —Angy me lanza una mirada furiosa que ignoro de forma deliberada—. En esta casa se le han acabado los privilegios. ¿Entendido?

—Sí, señor —responde, asintiendo.

Miro una vez más a Angy y esbozo una sonrisa engreída.

—Bienvenida al principio del fin de tu vida, Ángela —susurro antes de dar media vuelta y salir de la cocina sonriendo de oreja a oreja.



Capítulo 10

Angy

Me duelen los brazos, los hombros y las manos de tanto frotar la piedra ennegrecida de la enorme chimenea del salón principal. He pasado gran parte de la mañana y media tarde con esta tarea. La orden de Dora fue clara: solo habré terminado cuando parezca que está como nueva. Es algo casi imposible ya que, desde que tengo memoria, ha sido usada durante los inviernos y pocas veces se limpiaba. Solo retiraban las cenizas antes de hacer un nuevo fuego.

Estiro la espalda, haciendo una mueca de dolor, y noto cómo las gotas de sudor se deslizan por mi piel. Al menos, sé que tengo ropa para cambiarme. Me sorprendió ver que en mi antiguo dormitorio estaban todas mis cosas. Creí que las habrían tirado. Fue extraño, aunque ahora mismo, con las pintas que tengo, lo agradezco. Los tatuajes de mis brazos apenas se distinguen a causa del hollín que los cubre, y estoy segura de que mi pelo y mi rostro no están mejor.

—No te he dado permiso para que descanses —escucho la voz de Dora a mi espalda, y contengo un bufido.

Es una perra desagradecida. Aún recuerdo el día que llegó a la finca pidiendo trabajo. Le advertí que este no era un buen lugar para una mujer, pero no me escuchó. Por suerte, la chica no es demasiado guapa y Urriaga pensó que le sacaría más provecho como criada que encerrándola en el sótano, sin embargo, yo hice todo lo que pude por ella. La ayudé a instalarse, procuré que los hombres no la molestaran y ahora… La muy hija de puta está disfrutando viéndome humillada.

—Sabes, en algún momento llegué a pensar que éramos amigas —comento sin mirarla.

—¿Amigas? —Suelta una carcajada, y entonces decido girarme—. Yo soy leal a los Urriaga, Angy.

—Eso no significa que tengas que comportarte como una zorra conmigo.

Su sonrisa muere de inmediato y frunce el ceño.

—Después de lo que hiciste, no creo que seas la persona indicada para llamar zorra a nadie.

—¿Lo que hice? —Lanzo el cepillo de cerdas duras al interior del balde de agua y me seco las manos a los costados del pantalón—. No creo que sea asunto tuyo. Mis problemas con Alex…

—¡¿Alex?! ¿De verdad piensas que eso es todo? Tus actos tuvieron consecuencias graves. Tú te largaste, pero los demás nos quedamos. ¿Recuerdas a Mauro? —Asiento con gesto confundido. Mauro era uno de los vigilantes de la finca. Creo que tuvieron una especie de romance—. Pues está muerto —afirma, y me señala con el dedo índice—. Por tu culpa. Al igual que muchos de los hombres que vivían aquí. Algunos de ellos eran horribles y despiadados, pero otros no, Angy. Gente inocente murió, y que ahora estés aquí, pretendiendo ser de nuevo la esposa perfecta de un Urriaga, es una maldita falta de respeto hacia sus memorias.

Estoy a punto de preguntarle a qué demonios se refiere cuando veo a una chica que no conozco entrar en el salón. Es bajita, con el pelo corto de color violeta. Tiene el cuello y los brazos tatuados y viste de forma bastante provocativa. Es guapa, aunque lo que más me llama la atención es la forma en la que camina, como si fuese la dueña y señora del lugar.

—¿Esposa de un Urriaga? —inquiere, mirándome con el ceño fruncido—. ¿Eres la mujer de Zarco?

Dora fuerza una sonrisa y niega con la cabeza.

—Eh… Hola, Sabina. ¿Necesitas algo?

—Solo que te calles, estoy hablando con ella. —Me señala con un gesto de su cabeza—. No me has contestado. ¿Eres la mujer de Zarco? ¿Él está aquí?

Arqueo una ceja por su tono demandante, pero no contesto. No sé quién es esta mujer, no obstante, ya me cae mal.

—No lo es —responde Dora por mí.

La tal Sabina dirige la mirada en su dirección.

—Entonces…

Dora suspira y me señala con la mano.

—Ella es Angy, es… —Hace una mueca con los labios—. Era la esposa del señor Urriaga.

—¡¿Alex?! —exclama, abriendo mucho los ojos. Dora responde con un asentimiento y la chica da un paso en mi dirección—. Con que tú eres la zorra de la que todo el mundo habla… —Me repasa con la mirada de pies a cabeza—. Te imaginaba distinta. Más… —Sonríe de manera cínica—. Solo más. ¿Qué haces aquí? ¿Has venido a suplicarle a Alex que te perdone? Lo siento, pero no va a poder ser. Además, tu puesto ya ha sido ocupado, bonita.

Arqueo una ceja con diversión. Vale, ahora todo tiene sentido. La tal Sabina se comporta como una reina porque cree que lo es. Se tira al jefe. Pobre chica. ¿De verdad cree que Alex va a darle un lugar en su vida? En su cama sí, pero dudo que sea algo más que eso.

—Tranquila, no estoy aquí por gusto, y espero marcharme muy pronto. No tienes nada que temer.

—¿Ocurre algo? —escucho la voz de Rai, y alzo la vista por encima del hombro de la reina. Él se acerca con el ceño fruncido—. Sabina, ¿qué haces aquí?

—Estoy buscando a Alex. ¿Lo has visto? —responde, apartando su mirada de mí.

—Te dijo que no volvieras a la casa principal sin ser llamada. —Ella va a replicar, pero Rai masculla una maldición en voz baja y niega con la cabeza—. Da igual. Regresa a la cabaña y le diré que quieres verlo.

—Pero…

—Haz lo que te digo, Sabina —la corta de malas formas. Me mira a mí y esboza media sonrisa—. Menudas pintas. Parece como si acabaras de caer en una mina de carbón. ¿Has terminado?

Echo un vistazo a la chimenea. Dudo que pueda dejarla más limpia de lo que ya está.

—Creo que sí.

—Bien, entonces ven conmigo. —Estira un brazo, se hace a un lado para indicarme que pase y le echa una mirada de reojo a la reina—. Tú vete de una vez. Si Alex te ve aquí va a cabrearse. —La chica aprieta los labios, contrariada, y me lanza una última mirada furiosa antes de marcharse a toda prisa.

Sigo a Rai hasta el exterior de la casa principal. A pesar de que el sol ya empieza a bajar, es agradable sentir la claridad sobre el rostro y respirar aire puro. Nos cruzamos con varios vigilantes, que me miran extrañados en nuestro trayecto hacia los establos. Una vez allí, un par de hombres se acercan al vernos entrar.

—Rai, necesitamos un par de manos más —informa el más joven.

Debe tener unos veinticinco años, es alto y fornido. Tiene el cabello y la barba en color castaño, sin embargo, lo que más me llama la atención son sus ojos, uno oscuro, casi negro, y el otro verde. Repaso con la mirada su pecho desnudo, sudoroso y tatuado. Es muy guapo.

—Te las traigo —responde, señalándome. El chico fija la vista en mí y sonríe—. Esta es Angy, vuestra nueva ayudante.

—Gus —se presenta.

Saludo con un cabeceo y Rai se gira para mirarme.

—El trabajo es sencillo. Haz todo lo que Gustavo te ordene. —Lo mira a él, frunciendo el ceño—. No le des tareas leves solo porque es mujer.

—No se me ocurriría —dice el chico, estirando más la sonrisa.

—Vendré a buscarte en cuanto anochezca. Si sales de aquí sin permiso… —Deja la frase en el aire y suspira—. Esto tampoco me gusta a mí, ¿vale? Solo cumplo órdenes, así que te pido por favor que no me lo pongas más difícil. Haz lo que se te ordene, no busques problemas y todo irá bien.

Me muerdo la lengua para no decirle que nada va a ir bien. Alex está convencido de que humillándome y haciéndome trabajar hasta el agotamiento logrará castigarme, y entonces, cuando esté satisfecho, puede que termine de una vez con mi vida. Está bien. Puedo soportar el trabajo duro. Además, el no estar encerrada en mi dormitorio día y noche me da la oportunidad de buscar formas de huir. No voy a negarme a nada, haré todo lo que me pidan y ganaré tiempo para buscar una salida.



Capítulo 11

Alex

Apago el cigarrillo y exhalo la última calada antes de dar paso a quien sea que acabe de tocar a la puerta del despacho. Es Rai el que entra, y no tarda en tomar asiento al otro lado de la mesa.

—¿Has hablado con Vargas?

Asiento y me pinzo el puente de la nariz, recostándome en la silla de respaldo alto.

—Sigue sin aceptar reunirse conmigo.

Desde que me hice cargo de lo que queda del cártel de Sonora, he intentado acordar un encuentro con nuestro principal proveedor bolivariano. Nos han cortado el suministro de mercancía. No confían en Gabriel, en mí tampoco. Al fin y al cabo, matamos a nuestro propio padre para quedarnos con su organización e infraestructura, y eso es algo que no está bien visto en este mundo.

—¿Crees que hay alguien más en la jugada? ¿Otro cártel tal vez?

—Es posible —mascullo una maldición—. Necesitamos esa cocaína. Si no hago las entregas pactadas, los estadounidenses pedirán la cabeza de alguien.

—Se supone que tu hermano es el nuevo jefe.

—¿Lo ves por aquí? Gabriel está a tomar por culo con los rusos y sus negocios.

—Pídele que haga algo. Tal vez pueda conseguir la mercancía para los estadounidenses.

—No, esto voy a resolverlo a mi manera. Vargas va a tener que hablar conmigo y cumplir con su parte del trato.

—No nos conviene un enfrentamiento. Por cierto, he conseguido encontrar una docena más de hombres. Acabo de instalarlos en los barracones de la zona norte.

—Bien, sigue buscando más.

—Necesitamos más dinero. El fondo se está secando.

—Oh, eso sí es algo de lo que va a tener que encargarse el cabrón de mi hermano. Si quiere jugar a ser jefe, que asuma los gastos que eso conlleva. Mañana lo llamaré. —Frunzo el ceño y clavo la mirada en la suya—. Espera, ¿tú no deberías estar vigilando a Angy? ¿Dónde está?

—En su dormitorio. Tenía un aspecto horrible y apestaba a mierda de caballo. La dejé duchándose hace poco más de una hora.

—¿No la esposaste?

—No, pero ordené que vigilaran la puerta de su habitación.

Me pongo en pie como un resorte y mascullo una maldición.

—¡Eso no basta, joder! —Salgo del despacho y cruzo toda la casa casi a la carrera.

Al llegar, encuentro a dos hombres apostados frente a la puerta del dormitorio. Paso de largo y la abro de un tirón. Entro en la estancia con la respiración acelerada y bufando como un jodido toro.

—¡Ya era hora! —exclama Angy, sentada en el centro de la cama con las piernas encogidas. Exhalo con fuerza y asomo la cabeza en el interior del baño. La ventana sigue cerrada. Hay barrotes metálicos en el exterior, pero no me fio, así que decido comprobar que todo esté correcto. Después regreso al dormitorio y hago lo mismo con la ventana principal, todo bajo su atenta mirada—. Ahora que has terminado la inspección, ¿puedes llevarme a ver a mi hijo?

Respiro hondo y me giro con una ceja arqueada.

—Te veo demasiado activa para haber pasado todo el día trabajando duro. Supongo que tendré que ordenar que te pongan más tareas.

—Haz lo que quieras, Alex, pero deja que vea a mi hijo —replica con el ceño fruncido.

—No. —Meto las manos en los bolsillos delanteros y me acerco un poco más a la cama—. Vas a tener que ganarte las visitas al mocoso. —Chasquea la lengua, contrariada, y aprieta los puños—. Si haces todo lo que se te ordena y no das problemas, podrás verlo una vez al día. Sé complaciente e incluso dejaré que lo veas una segunda vez.

—¿A qué llamas tú ser complaciente?

—Yo no voy a decírtelo. —Sonrío, encogiéndome de hombros—. Sé creativa.

Bufa con fuerza y hunde los dedos en su cabello castaño oscurecido por la humedad antes de regresar la mirada a mi rostro.

—¿Te das cuenta de lo ridículo que es esto? ¿Crees que voy a trabajar hasta desfallecer? ¿Quieres humillarme?

—Sí a ambas.

—¿Y qué ganas tú con eso? —Se levanta de la cama y camina hacia mí con lentitud. Alza la cabeza para mirarme a los ojos—. Nada de lo que hagas podrá cambiar el pasado.

Mueve su mano en mi dirección. Está a punto de rozar mi rostro cuando la detengo al

sujetarla con fuerza por la muñeca.

—Si quieres conservar el brazo, no vuelvas a intentar tocarme —siseo contra su rostro. La suelto y retrocedo un par de pasos—. No tienes que entender mis motivos, solo acata lo que te ordeno como una buena perrita y puede que tu ejecución sea rápida.

Resopla de nuevo y se sienta en el borde del colchón.

—Muy bien, Alex. Juguemos con tus normas, pero sabes que tarde o temprano vas a tener que matarme o dejarme ir.

—Dime si tu pequeño bastardo es mío o no y agilizarás el proceso —replico.

Me mantiene la mirada unos segundos y, tras suspirar, agacha la cabeza.

—He conocido a tu puta. Es guapa, aunque un poco temeraria. —Estrecho mi mirada sobre ella, y cuando alza la vista, lo hace luciendo una sonrisa burlona—. ¿Sabina?

Decido pasar por alto su insulto. No me ofende. En realidad, no creo que le moleste ni a ella. Vuelvo a cruzarme de brazos sin dejar de mirarla.

—¿Qué quieres decir con que es temeraria?

—Pues eso, que lo es. Intuyo que va a ser una jodida piedra en mi zapato, y ya sabes que me gusta caminar cómoda.

—¿Eso es una amenaza?

—No, solo un comentario. Tal vez quieras advertirle de que no es buena idea provocarme.

Admito que una parte de mí se siente satisfecha al pensar que puede estar celosa de Sabina. Sin embargo, no tardo en darme cuenta de que no tiene nada que ver conmigo. Angy es una mujer orgullosa y no admite que nadie la haga de menos. Sabina no es rival para ella. Si se lo permito, la aplastará como a una cucaracha antes siquiera de que la muchacha pueda verla venir.

—Ángela, suenas como una novia celosa.

Su sonrisa se estira aún más y niega con la cabeza.

—Soy tu esposa, no tu novia. Así no te guste a ti ni a ella. Esto es lo que hay.

—Qué bien entonces que no tardaré en ser un hombre viudo.

—¿Puedo darte un consejo?

—Por favor. —Hago un gesto con mi mano.

Me niego a admitir que estoy disfrutando de esta batalla de palabras. Es como si el tiempo no hubiese pasado. Lo echaba de menos.

—Amenázame menos veces, pero con más contundencia. Es que, si sigues repitiendo a cada momento que vas a matarme, como que pierde un poco de credibilidad; además, rompes el factor sorpresa.

Contengo una jodida carcajada y tenso la mandíbula.

—Duérmete de una vez. Rai vendrá a por ti al amanecer y te espera un día más duro que el de hoy.

Se deja caer de espaldas sobre el colchón y suspira.

—¿Podré ver a Lucas por la mañana? —inquiere sin mirarme.

—Sí —suelto sin pensar, y enseguida me arrepiento de mis palabras. «No puedo ceder así de fácil». Antes de decir alguna tontería más, me acerco a ella y estiro mi brazo con la palma hacia

arriba—. La mano —demando.

Angy me mira de reojo y me tiende su muñeca. Enseguida le quito una de las esposas y la engancho al barrote metálico del cabecero. Doy media vuelta y me dispongo a salir del dormitorio cuando escucho su voz.

—Buenas noches, Alex. —Cierro los ojos con fuerza, inspiro hondo por la nariz y sigo caminando.

Esto va a ser mucho más duro de lo que creí. La voy a destruir, de eso estoy seguro, pero ¿qué pasará conmigo? No sé si seré capaz de soportarlo.



Capítulo 12

Angy

Quince años atrás

Tiro de las riendas y el caballo enseguida aminora la marcha. No tardamos en llegar a los establos, y cuando estoy a punto de desmontar, noto como unas manos me sujetan por la cintura y tiran de mí hacia abajo. No me sobresalto. Reconocería su tacto entre un millón. En vez de dejarme en el suelo, Alex me aprieta contra su cuerpo y aprovecho para rodear su cintura con las piernas y abrazar su cuello.

—Mi ángel demoniaco —susurra contra mis labios antes de besarme.

Disfruto del roce de su lengua contra la mía, de su sabor, de la forma en la que sus dedos se hunden en la piel de mis muslos. Cuando nos apartamos, ambos jadeamos en busca de aire con el que llenar nuestros pulmones. Jamás me cansaré de esto, de él, de nosotros.

—Suéltame —pido.

Aunque a regañadientes, me deja sobre mis propios pies y retrocede unos centímetros, pero no deja de tocarme.

—¿Qué tal ha ido el paseo?

—Bien. —Palmeo el cuello del caballo y sonrío—. Podrías haber venido conmigo.

—Antes muerto que subirme a esa cosa —masculla en voz baja.

Sonrío. Sé a la perfección por qué lo dice. Alex me atrae hacia él, una vez más, tirando de mi

cintura y besa mi frente.

—Quiero que esta noche me montes igual que a él —murmura contra mi pelo.

Suelto una carcajada y lo aparto con un empujón mientras niego con la cabeza. Entonces soy consciente de la forma en la que va vestido. Ya casi ha anochecido y no lleva puesta la misma ropa que esta mañana.

—¿Vas a algún lado? —pregunto extrañada.

—Sí. Tengo que cumplir con un encargo. —Inspiro hondo y asiento.

Odio los malditos encargos de su padre. Sé que es su trabajo, pero hay tantas cosas que pueden salir mal…

—¿Qué encargo? —inquiero.

—Un paso fronterizo. Lo tenemos controlado.

—¿Necesitas apoyo? Puedo crear una línea de vigilancia y…

—Esta vez no hace falta —dice interrumpiéndome—. Volveré en unas horas, y espero encontrarte en mi cama, desnuda a poder ser.

Tomo una respiración profunda y esbozo una sonrisa forzada. Lo amo tanto que el simple hecho de pensar que podría resultar herido me resulta insoportable. Nuestra relación es de todo menos ideal. Discutimos y nos peleamos a menudo. Alex tiene un carácter de mierda, y admito que el mío tampoco es el más agradable del mundo. Ya he perdido la cuenta de todas las veces que hemos terminado y después volvemos a estar juntos, aunque nunca de manera oficial. Solo nos acostamos, pasamos tiempo juntos y después ya no, hasta que uno de los dos da el paso y empezamos de nuevo. Es agotador, pero la alternativa sería no tenerlo en absoluto, y eso es algo que ni siquiera se me ocurriría aceptar.

—Me pensaré lo de quitarme la ropa, pero mejor nos vemos en mi habitación. No quiero que papá vuelva a pillarme en la tuya.

El muy cabrón sonríe de oreja a oreja.

—Fue divertido. Además, me importa un carajo que nos vean. —Inspira hondo y me mira a los ojos con fijeza—. Eres mía, todos en esta finca lo saben, y tu padre puede comerme el ra… —Le tapo la boca con la mano y él vuelve a sonreír—. Tranquila, va a venir con nosotros —comenta en cuanto la bajo.

—¿Mi padre? —Asiente.

—Tortolitos, dejad eso para después —escuchamos la voz de Arturo, y aunque intento apartar a Alex, no lo hace hasta después de haberme besado una vez más.

—¿Dónde mierda está Gabriel? —pregunta, frunciendo el ceño al ver que Arturo llega solo.

Uno de los chicos de los establos se acerca para llevarse el caballo y se lo agradezco con un cabeceo. Alex ni siquiera se gira para mirarlo. Así de amable y simpático es.

—Dijo algo de hablar con vuestro padre. No va a venir.

Alex resopla, pinzándose el puente de la nariz.

—¿Y Oscar?

—Ni idea. No lo he visto desde ayer.

—¿Y a qué demonios esperas para ir a buscarlo? Vamos a llegar tarde.

—Yo lo haré —intercedo—. De todas formas, pensaba ir a buscar a Luna y me queda de

camino. —Me giro hacia Alex y esbozo una pequeña sonrisa—. Ten cuidado, ¿vale? —Asiente, y me despido con la mano de Arturo antes de emprender el camino hacia las cabañas.

Cruzo todo el jardín y las veo a lo lejos. Hay una veintena de ellas en la parte este de la finca. Enseguida me acerco a la que vive Oscar junto a su padre. Algunos de los hombres más cercanos de Urriaga prefieren no quedarse en la casa principal. Mi padre no dispone de ese estatus. Solo es un soldado más, uno muy leal y de los más veteranos, pero un perro, al fin y al cabo. No me avergüenzo de él por eso. Al contrario, me enorgullece que, a pesar de su trabajo y el mundo en el que siempre ha vivido, siga siendo un buen hombre. Amó a mi madre hasta el día en que murió, cuando yo apenas tenía seis años, y después se encargó de mí lo mejor que pudo.

Me detengo frente a la puerta de la cabaña y toco con los nudillos. Tras unos segundos sin recibir respuesta, repito la misma operación.

—¿Oscar? ¿Señor Santos? —Coloco la mano en la manilla y me doy cuenta de que la puerta no está cerrada con llave, así que me atrevo a abrirla un poco—. Oscar, te están esperando para… —Nada más asomar la cabeza en el interior, abro mucho los ojos, horrorizada.

Oscar está sentado en el suelo, junto a la pared del fondo. Hay sangre por todos lados. Las paredes, el suelo, los muebles, el sofá… Hay salpicaduras en cada lugar de la cabaña.

—Él me obligó —susurra Oscar con un gemido ahogado.

Trago saliva con fuerza y me atrevo a dar un par de pasos hacia el interior. Piso algo viscoso que ni siquiera me detengo a descubrir qué es, y por el rabillo del ojo veo una especie de bulto a mi derecha, en el suelo. Giro la cabeza y encuentro la imagen más grotesca y bizarra que podría imaginar nunca. La bilis sube por mi garganta y estoy a punto de vomitar, pero consigo contenerme. Aparto la mirada de inmediato y descubro que Oscar tiene la suya fija en mí.

—¿Qué has hecho? —pregunto con un hilo de voz.

—Me obligó. Yo no quería. —Sorbe por la nariz y se pone en pie. Está desnudo y cubierto de sangre de pies a cabeza—. Se metió en mi cabeza. Se estaba riendo. —Traga saliva con fuerza y sacude la cabeza de un lado a otro—. Le pedí que parara, que no lo permitiera, y no me hizo caso.

Respiro profundo y el olor metálico de la sangre sube por mi nariz, provocándome náuseas.

—Tienes que irte. Alex y Arturo te están esperando.

—Él…

—Sabes que si Urriaga se entera de esto te matará. Yo me encargo. Solo límpiate, vístete y lárgate de aquí.

Capítulo 13

Alex

Quince años atrás

Lo que iba a ser un encargo sencillo y rutinario se ha convertido en un jodido infierno. Para empezar, llegamos tarde por culpa de Oscar. Se comportó de manera muy extraña durante el trayecto en coche hasta la frontera. Una vez allí, cuando íbamos a encontrarnos con el coyote encargado de traer al grupo de personas que vamos a colocar en Estados Unidos, me di cuenta de que algo no iba bien. Estaba demasiado nervioso sin ningún motivo aparente. Bueno, no me equivocaba, en cuestión de segundos nos vimos rodeados por varias patrullas fronterizas. Mi primera reacción fue escapar, pero el imbécil de Oscar empezó a abrir fuego contra ellos, enseguida respondieron con más disparos y tuvimos que usar el todoterreno a modo de escudo.

—¡Estate quieto, maldición! —gruñe Lagos, intentando sujetar a Oscar mientras Rai y yo seguimos disparando a los policías.

—¡Haz que se calme! —ordeno a gritos, y me agacho cuando una nueva ola de proyectiles pasa rozando mi cabeza.

Recargo mi pistola y bufo con fuerza al ver por el rabillo del ojo que Oscar se revuelve y le asesta un puñetazo en la cara a Lagos.

—Ese idiota va a hacer que nos maten a todos. ¡¿Qué mierda le pasa?! —exclama Rai.

No tengo una respuesta para esa pregunta. Oscar siempre ha sido un chico raro. De vez en cuando habla solo, se queda en blanco y en alguna ocasión ha tenido un arranque de ira y violencia cuando lo han molestado, pero nada parecido a esto.

Chávez, el padre de Angy, está junto a Lagos intentando sujetar a Oscar también, no obstante, no parece lograrlo. Entonces, Arturo empieza a devolverle los golpes mientras Chávez lo sujeta por detrás, y al fin logran noquearlo.

—¡Hay que largarse! —grito.

Con Oscar medio inconsciente, Lagos y Chávez nos ayudan a neutralizar a los pocos policías que aún siguen vivos y no tardamos en echar a correr hacia uno de los coches patrulla. Ayudo a Lagos a cargar con Oscar, lo dejamos en el asiento trasero y empezamos a subir cuando escucho una última detonación. Me giro deprisa y encuentro a uno de los agentes apuntándome a la cabeza. Chávez está tumbado en el suelo boca arriba y con los ojos abiertos. Un chorro de sangre sale de su cuello. Ha muerto.

—¡Levanta las manos! —me ordena el policía.

Tenso la mandíbula, y con un movimiento rápido, agarro su pistola y tiro de ella. Un segundo después mi frente está golpeando su nariz y lo desarmo por completo.

—Acabas de matar al padre de mi chica, hijo de puta —siseo antes de dispararle dos veces en la cabeza.

Miro una vez más en dirección a Chávez y maldigo en voz alta. ¿Cómo demonios voy contárselo a Angy?

—¡Alex, sube al puto coche! —grita Rai, ya sentado tras el volante.

Lanzo la pistola del policía sobre mi hombro y, tras entrar en el vehículo, salimos a toda velocidad, dejando una nube de polvo atrás.

Angy

Cuando termino de limpiarlo todo, ya es bien entrada la madrugada. Regreso a mi dormitorio, y tras vomitar varias veces, me doy una ducha caliente y me meto en la cama. No soy capaz de quitarme esas horribles imágenes de la cabeza, y no me refiero al cadáver, lo que encontré después, mientras limpiaba, en ese pequeño armario… ¡Santo Cristo! No me extraña que Oscar esté perdiendo la cabeza. ¿Quién no lo haría?

Escucho como la puerta de mi habitación se abre y finjo estar dormida. Voy a contárselo todo, pero no ahora, no hoy. Necesito al menos unas horas para procesar lo que he visto. Unos pasos se acercan y noto como Alex me acaricia el rostro con suavidad.

—Ángela, despierta —susurra.

Lo noto de inmediato. Por su tono de voz, sé que ha ocurrido algo malo. Abro los ojos de golpe y me incorporo a toda prisa.

—¿Qué pasa?

La luz de la mesita de noche se enciende, iluminando toda la habitación, y Alex me mira. Puedo notar su nerviosismo por la forma en la que se mordisquea el labio inferior. Entrelaza sus dedos con los míos y exhala con fuerza.

—Tu padre… Él… —Niega con la cabeza y contengo la respiración. No necesito que termine la frase. Ha muerto. Lo han matado.

—Papá —susurro mientras las lágrimas se precipitan por mis mejillas.

Alex me atrae hacia su cuerpo y besa mi pelo mientras acaricia mi espalda con lentitud. Lloro contra su pecho. Mi padre no era el hombre más cariñoso o atento, pero al contrario de todos los demás que he conocido aquí, él sí se preocupaba por mí y me quería a su manera.

No sé cuánto tiempo paso llorando. Alex solo murmura palabras reconfortantes en mi oído y deja que me desahogue. Entonces una idea me pasa por la cabeza. No solo se trata de mi padre. Sin él aquí, yo corro peligro.

—Tengo que irme —digo, alzando la cabeza de golpe.

Me seco las mejillas con el dorso de la mano y me pongo en pie. Me tiemblan las piernas, sin embargo, no me detengo. Cojo una mochila de la parte alta del guardarropa y empiezo a llenarla con las primeras prendas que encuentro.

—Ángela, ¿qué haces?

—No puedo quedarme aquí. Debo marcharme ya mismo.

—¡¿Qué?! —Llega a mi lado y me detiene, sujetándome por los hombros—. No vas a ir a ningún lado. ¿Te has vuelto loca?

—¡No lo entiendes! Sin mi padre… —Trago saliva con fuerza y un sollozo rasga mi

garganta—. No hay nada que impida que me lleven al sótano, Alex. Él me protegía, pero ahora ya no está.

—Yo sigo aquí, nadie va a llevarte al sótano. —Intento zafarme de su agarre, pero no me lo permite. Enmarca mi rostro entre sus manos y me mira a los ojos—. Eres mía. Nunca permitiré que te hagan daño.

—¿Y qué pasará cuando terminemos?

—¿Qué?

—¡Vamos, Alex! ¿Cuánto tiempo pasamos juntos? ¿Seis meses al año? Discutimos, nos peleamos, terminamos y volvemos a empezar. ¿Quién va a impedir que me encierren ahí abajo en cualquiera de nuestras múltiples rupturas?

—¡Yo, joder! —Niego con la cabeza y lo empujo, solo que no logro moverlo ni un centímetro—. Cásate conmigo. —Me quedo muy quieta y lo miro, frunciendo el ceño.

—¿Qué acabas de decir?

Alex

Tomo una respiración profunda y clavo mi mirada en la suya. No voy a permitir que se vaya.

—Cásate conmigo —repito.

Angy pestañea un par de veces y sacude la cabeza de un lado a otro.

—¿Te has vuelto loco? No somos capaces de hacer que nuestra relación funcione más de un par de meses seguidos. ¿Qué te hace pensar que casarnos es una buena idea?

—A nadie se le ocurrirá ponerte un dedo encima siendo mi esposa. Soy un Urriaga. Sería firmar una sentencia de muerte.

—Alex, yo necesito mucho más que eso para casarme —masculla, negando con la cabeza.

—¡¿El qué?! ¡¿Qué es lo que necesitas?!

—Ya lo sabes. —Me mantiene la mirada unos segundos y yo resoplo—. Ya, eso pensaba. Ni una sola vez me has dicho que me quieres.

«Eso no significa que no lo sienta», quiero decir, pero no lo hago. Me pinzo el puente de la nariz y dejo que se aleje un poco.

—Ya sabes que esa mierda de hablar de sentimientos no se me da bien. —Veo que coge de nuevo la mochila donde está guardando su ropa y se la quito de las manos—. ¡Detente de una maldita vez! —gruño, lanzándola sobre la cama. Respiro hondo y sujeto su rostro con ambas manos—. No puedo perderte, Ángela. Puedes casarte conmigo por las buenas o te pondré unas malditas esposas y te llevaré al altar a la fuerza. Tú decides.

La puerta de la habitación se abre de golpe y le lanzo a mi hermano una mirada asesina.

—Nos vamos de aquí —anuncia con nerviosismo.

—¿Qué mierda le ha dado hoy a todo el mundo con decir eso? —farfullo, y me acerco a él—. ¿De qué hablas? ¿A dónde vas a ir, imbécil?

—No lo sé. A cualquier lado. Lagos y Oscar están esperándonos en la cochera. Voy a buscar a Luna al sótano y nos largamos.

—¡¿Luna está en el sótano?! —exclama Angy, viniendo hacia nosotros.

Mi hermano asiente con la mandíbula tensa y los dientes apretados. No puedo creer que el

hijo de puta de Sandoval haya permitido que lleven a su hija ahí abajo. Es un maldito enfermo.

—Es una locura —digo, y me pinzo el puente de la nariz—. Él os encontrará. No va a permitir que te largues sin más.

—Al menos debo intentarlo. Estoy harto de esto, Alex. Mira lo que le está pasando a Oscar, y ahora Luna… ¿A qué estás esperando? En cualquier momento se llevarán también a Angy al sótano.

—Nunca —siseo, apretando los puños.

—Da igual. Si no quieres acompañarnos es tu decisión, pero nosotros nos largamos, y me llevo a Beni.

Es un suicidio. No duraríamos ni dos días ahí fuera. Nuestro padre ordenará a sus hombres buscarnos y, cuando nos encuentren, tendremos que pagar por nuestra traición. Mi mirada va a parar a Angy, y sé que sabe lo que estoy pensando. Podría irme con ellos, pero entonces no habría nadie que impidiera que los encontraran. Yo debo quedarme aquí. Solo así tendrán una oportunidad.

—Nos quedamos —dice, sorprendiéndome.

Gabriel la mira a ella y después a mí.

—¿Seguro? Podéis venir con nosotros. Buscaremos la forma de…

—Ya la has escuchado —lo corto, sin apartar la mirada de Angy—. Marchaos de una vez. Nosotros nos quedamos.



Capítulo 14

Alex

En la actualidad

Sentado en el borde de la cama y completamente desnudo, me pinzo el puente de la nariz y cierro los ojos con fuerza. Como cada mañana, la resaca está haciendo mella en mí, empezando por el intenso dolor de cabeza, el cual se agudiza por segundos al escuchar la voz del idiota de mi hermano por el altavoz del teléfono. Me encantaría mandarlo a la mierda de una vez, pero necesito el dinero que está a punto de enviarnos para cubrir los gastos de los nuevos hombres que se han unido a nosotros. Ya somos más de cien. Poco a poco, el cártel de Sonora se está recuperando. Bueno, ahora ya no somos un cártel, por más que me pese, pertenecemos al puñetero Clan Z.

—¡Alex, ¿me estás escuchando?! —Aparto el teléfono unos centímetros, haciendo una mueca con los labios por su grito.

—Sí, joder. —Bufo con fuerza—. Lo que no entiendo es por qué me estás contando toda esta mierda. ¿Vas a enviar el puto dinero de una vez?

—Hijo de… —empieza a decir, pero se calla enseguida y lo escucho respirar hondo—. No te lo tomes a la ligera. Oscar ha logrado sacarle a Sandoval que Samu sigue en México.

—Eso ya lo has dicho —murmuro con desdén.

Siento las manos de Sabina sobre mis hombros y giro la cabeza para poder mirarla. Me sonríe y empieza a masajear mi cuello con suavidad. Arqueo una ceja. «¿Qué demonios hace?». No

necesito apartarla, parece recordar que toda esa jodida mierda de los cariñitos matutinos no va conmigo y vuelve a tumbarse boca arriba en la cama.

—¡Maldita sea, te estoy hablando! —Vuelvo a alejar el teléfono, y esta vez no soy capaz de seguir conteniéndome.

«¿Quién se cree que es ese pedazo de mierda para hablarme así?».

—Envía el puto dinero y deja de joderme —siseo, y cuelgo la llamada.

Me pongo en pie y resoplo con fuerza, lanzando el teléfono sobre la mesita de noche. Enseguida busco el paquete de cigarrillos en el vaquero que está tirado en el suelo y no tardo en encenderme uno. Exhalo una gran bocanada de humo y clavo la mirada en Sabina.

—¿Necesitas que te ayude a relajarte? —pregunta, sonriendo de manera provocativa.

—Si lo necesitara, ya tendrías mi polla en la boca —escupo.

Pierde la sonrisa de inmediato y se incorpora para quedar sentada sobre el colchón.

—Últimamente me tratas como a una basura, Alex. ¿Puedo saber qué he hecho?

Ladeo la cabeza con el cigarrillo entre los labios.

—Siempre te he tratado así. Se supone que te gusta, ¿recuerdas? —Aparta la mirada y aprovecho para ponerme los pantalones y después la camiseta—. No sé a qué vienen las quejas. Yo hago contigo lo que me dé la gana y tú te paseas por mi casa como la jodida primera dama. Ese es el trato.

—¿Pasearme por tu casa? Hace una semana que no me dejas acercarme. Me tienes encerrada en la cabaña desde que la trajiste a ella.

Frunzo el ceño, terminando de abrocharme las botas, y me enderezo.

—Habla claro, Sabina. ¿Qué carajo quieres? Si no te gusta lo que te doy, puedes largarte cuando quieras.

—Yo no he dicho que quiera marcharme.

—Si no te apetece seguir con esto y quieres quedarte, puedo buscarte un puesto de trabajo en el servicio, pero no esperes que siga pagando tus caprichos si no me dejas follarte.

—¿El servicio? —Abre mucho los ojos y me veo obligado a contener una carcajada.

—Eso pensaba —murmuro.

Sabina jamás aceptaría que la degradara de ese modo. Fue ella la que me propuso esta especie de acuerdo. Uno de los hombres de mi padre la sacó de un bar de mala muerte. Me la encontré en el sótano. No parecía asustada. Al contrario, podría jurar que estaba disfrutando de tener la atención de tantos hombres puesta en ella. Es lista, eso es algo innegable. Se las arregló para llegar a mí. Una mujer sumisa, complaciente y con aspiraciones de poder. Eso sirvió para mí. Decidí quedármela. La instalé en una de las cabañas y le di libertad para moverse por la finca a su antojo. Después del asalto y la muerte de mi padre, ella misma tomó la decisión de quedarse. Supongo que esperaba obtener de mí más de lo que ya tenía. Bueno, eso no va a pasar.

Tiro la colilla en el cenicero que hay sobre la mesita de noche; estoy guardando el teléfono en mi bolsillo cuando vuelve a hablar.

—¿Va a quedarse? —pregunta en voz baja. No necesito preguntar a quién se refiere.

—No es asunto tuyo, Sabina. Deja de meterte donde no te llaman.

—Yo solo digo… —Suspira y sopla un mechón de pelo violeta que cae sobre su ojo

izquierdo—. ¿Por qué no la has matado? Después de lo que te hizo…

Frunzo el ceño y aprieto los puños con la mandíbula tensa.

—¿Qué mierda sabes tú de eso? —siseo con rabia.

—Yo no… —Titubea y niega con la cabeza. Me teme. Bien, mejor así—. La gente habla, pero yo no sé nada.

Me acerco despacio y me inclino sobre ella, sujetándola por la nuca con una sola mano.

—¿Qué gente? ¿Qué es lo que dicen?

—No lo sé —farfulla, apartando la mirada.

No permito que huya. La sujeto con más fuerza, hundiendo mis dedos en su piel.

—No me hagas perder la paciencia. ¡Habla! —exijo.

—El vídeo…

La empujo y cae sobre la cama mientras empiezo a dar vueltas sobre mí mismo con la respiración alterada. La furia recorre todo mi cuerpo. Creí que ya había terminado con esta mierda. ¿A cuántos más voy a tener que matar?

—¡¿Quién lo tiene?! —grito.

—No. Yo no…

—¡Maldita sea, no voy a preguntarlo otra vez! ¡¿Quién tiene el puto vídeo?!

—A mí me lo envió uno de los guardias del perímetro. Creo que se llama Marcos —responde asustada.

Lo conozco. Fue uno de los hombres que cambió de bando durante el asalto. Le pedí que confiara en mí y lo hizo. ¿Cómo se atreve a traicionarme? Es hombre muerto.

—¿Está en tu puto teléfono? —Asiente, y en un par de zancadas me acerco a la cómoda. Cojo el aparato y, sin comprobar si lo que dice es cierto, lo lanzo contra la pared, haciéndolo pedazos—. ¿Marcos y quién más?

—No lo sé, lo juro.

—Si descubro que me estás mintiendo, te arrancaré esos bonitos ojos y haré que te los comas. ¿Lo has entendido? —Mueve la cabeza de arriba abajo muy rápido.

Salgo de la cabaña como un vendaval. Noto el peso de mi pistola en la cintura, y sé que tendré que usarla, aunque antes pienso darle una lección a ese hijo de puta delante de todos sus compañeros. Servirá de ejemplo. Ya deberían saber que no se jode a un Urriaga.



Capítulo 15

Angy

Estoy agotada y hambrienta. Llevo una jodida semana encerrada aquí y, por más que lo intento, no logro encontrar una vía de escape. Cada mañana me permiten ver a Lucas, y después de mi única comida diaria empieza la tortura. Dora se encarga de asignarme las tareas más pesadas y se recrea en ellas. Ayer tuve que fregar los suelos con un jodido cepillo de dientes; hace dos días me ordenó que apartara los muebles del salón principal para poder limpiar por detrás y, por supuesto, lo hice yo sola. Moví todos los muebles antiguos de madera maciza. Cargué cientos de kilos, deslizándolos centímetro a centímetro hasta que el dolor en la espalda y los brazos se hizo insoportable. Aun así, pude completar la tarea. Por las tardes me envían a los establos. Tengo las manos destrozadas del roce del mango de madera de la pala. Horas interminables moviendo estiércol y fardos de paja de un lado a otro.

Al menos allí tengo la ayuda de Gus, y también su compañía. El chico es muy amable y simpático. Cuando estamos a solas intenta quitarme un poco de carga de encima, sin embargo, la mayor parte del tiempo somos vigilados por su compañero, Alberto. Lo poco que sé de él es que se incorporó recientemente a la organización, que ahora forma parte del clan Z. Parece un buen hombre. Decidió trabajar aquí para sacar adelante a sus dos hermanos pequeños, y solo por eso ya se ha ganado mi respeto. Hay muchos tipos distintos de delincuentes, Gus es de los que valen la pena tener como amigos.

También me ha hablado sobre lo que pasó en la finca. Gabriel y su gente asaltaron el lugar, Alex se puso de su parte y juntos mataron a Urriaga y Lagos. Sandoval huyó, pero lo han

capturado hace poco. Samuel, su hijo, aún sigue en paradero desconocido. Todo son rumores, ya que él todavía no trabajaba aquí en ese momento. De todas formas, agradezco tener alguien con quien conversar.

Tardé solo un par de días en darme cuenta de que casi todos los trabajadores de la finca están al tanto de lo que hice. Los más antiguos, que vivían aquí en aquel entonces, no disimulan su odio hacia mí, y los nuevos… Bueno, a ellos los han advertido de lo que conlleva intentar acercarse a la enemiga número uno de su jefe. A veces me siento como si estuviese nadando en una piscina repleta de tiburones. Todos quieren un pedazo de mí, destrozarme, humillarme y hundirme. Es una pena que vayan a quedarse con las ganas porque no dejaré que eso ocurra.

—¡Termina con esa ropa de una maldita vez! —grita Dora, señalando el enorme balde de agua caliente y productos químicos en el que hay media centena de prendas a remojo.

Se ve que por aquí aún no han escuchado hablar de algo llamado lavadora. Todo lo hacen a mano, como en la puta Edad Media. Me pregunto si siempre ha sido así. Cuando vivía aquí no me preocupaba por ese tipo de cosas. Yo era una especie de privilegiada. Las mujeres del servicio me hacían la cama, lavaban mi ropa y cocinaban para mí. Primero por ser la hija de uno de los hombres más leales y veteranos de Urriaga, y después porque me convertí en la mujer de Alex.

Evito soltar una mala contestación y solo hago lo que me ordena sin rechistar. Otra de las chicas, de la que ni siquiera me he molestado en aprender el nombre ya que me trata como a poco menos que una cucaracha, se encarga de otro balde con ropa. Con un palo de madera grueso, revuelve en círculos las prendas para que la suciedad se separe de la tela. Busco uno de esos palos, pero no lo encuentro por ningún lado. Entonces me fijo en la forma en la que Dora me observa, sonriendo, y soy consciente de que la muy hija de perra pretende que lo haga con las manos.

Cierro los ojos con fuerza e inspiro hondo por la nariz. «Aguanta, Angy. Solo un poco más. Tienes que encontrar la manera de salir de aquí, y no podrás hacerlo encerrada en una celda». Exhalo con lentitud y sumerjo las manos en el agua. El calor me abrasa la piel y noto como cada corte, arañazo y rozadura me escuecen. Me duele tanto que mis hombros tiemblan de manera involuntaria, no obstante, ni un solo quejido sale de mi boca. Muevo los brazos en círculos. El agua me llega a los codos. Siento como si mi piel se despegara de la carne, el simple roce de las esposas en mi muñeca resulta insoportable, aun así, no me detengo hasta que me lo ordenan.

Estoy secándome los brazos con cuidado de no frotar demasiado cuando escucho pasos acelerados entrando en la zona de paso de la cocina. Alex se detiene al verme. Parece muy cabreado. Entonces me fijo en sus manos ensangrentadas y su ropa salpicada por pequeñas gotas de líquido carmesí. Nos mantenemos la mirada unos segundos.

—¡A los establos! —gruñe.

Ni siquiera me da tiempo a reaccionar antes de que se marche a toda prisa, y entonces aparece Rai. Me hace un gesto con la cabeza, y no me queda más remedio que seguirlo. No sé qué le ha pasado a Alex y, siendo sincera, tampoco me importa. Ahora mismo tengo otras cosas más importantes de las que preocuparme, como encontrar la forma de pasar toda la tarde palando mierda con los brazos y las manos en carne viva sin morir de dolor en el intento.

Alex

Tras pegarme una ducha caliente, logro calmarme un poco, aunque entre la resaca y que he

estado casi toda la mañana golpeando a ese hijo de puta hasta la muerte, el agotamiento se ha apoderado de cada parte de mi cuerpo, sin embargo, estoy seguro de que el mensaje ha quedado claro. Si hay alguien en esta finca que aún conservara ese maldito vídeo, en este momento ya lo habrá borrado.

Salgo de mi dormitorio dispuesto a encerrarme en el despacho y estrenar una nueva botella de tequila, pero al pasar frente a la habitación que ocupa el mocoso lo escucho hablar con Jacinta y decido detenerme. Sin que ninguno de ellos pueda verme, oigo lo que están diciendo. Ella intenta sonsacarle información, tal como le he pedido que haga. Necesito saber de una maldita vez si ese crío es mi hijo. Soy consciente de que el camino fácil sería hacerme una prueba de ADN, no obstante, hay algo que me lo impide, y no estoy seguro de qué es. «Que tienes miedo de descubrir el resultado», resuena en mi mente.

—Entonces, vivías en Nueva York con tu mamá y Maya, ¿verdad?

—Sí —responde el chiquillo de forma escueta.

—¿Y qué hacías allí? ¿Ibas a la escuela?

—Yo no, Maya sí.

—¿Te quedabas en casa con tu madre?

—A veces.

Contengo un bufido. El crío es más listo de lo que parece. Angy lo ha enseñado bien. Tampoco me extraña. No he logrado encontrar ningún registro oficial de ellos, ni un solo documento que demuestre sus existencias. Son tres sombras. Aparte del certificado de nacimiento del mocoso, que estaba en el apartamento, no hay nada. No sé cómo se las arreglaba Angy para conseguir dinero. Recursos le sobran. Siempre ha sido un genio de la informática. Supongo que hacía algo poco legal para ganarse la vida, pero ¿el qué?



Capítulo 16

Alex

Decido relevar a Jacinta en su tarea. Tal vez, si logro amedrentar al crío, le saque algo más. Entro en el dormitorio y, tras un gesto mío, ella se marcha. Me apoyo en la pared junto a la puerta y observo al mocoso mientras juega con un par de muñecos sentado en la alfombra. Lleva puesto ese ridículo sombrero de vaquero y parece estar ignorándome de manera deliberada.

—¿Cómo te llamas? —pregunto en tono firme y autoritario.

Alza la cabeza y esboza una pequeña sonrisa aniñada.

—Mocoso —contesta con gesto de burla.

¡La madre que lo…! Bufo y me pinzo el puente de la nariz. ¿En serio tiene solo cuatro años? Esa picardía y madurez lo hacen parecer mucho mayor. Me acerco y tomo asiento en el borde de la cama sin dejar de mirarlo.

—Hagamos un trato. Tú contestas a mis preguntas con la verdad y yo hago lo mismo.

Ladea la cabeza y frunce el ceño.

—No quiero saber nada de ti.

—Entonces, te concederé algo que desees. Solo unas pocas preguntas y podrás pedirme lo que quieras. Juguetes nuevos, ropa, muebles para tu habitación o un jodido poni. Solo tienes que decir la verdad.

—¿Un poni? —Asiento, y parece pensarlo unos segundos. Enseguida sacude la cabeza de un lado a otro y respira hondo, clavando su mirada en la mía—. Quiero estar con mamá. ¡No, espera! —Esboza una sonrisa pilla—. Quiero que mamá y yo salgamos a pasear a caballo.

Frunzo el ceño. Supongo que, durante sus visitas, Angy le habrá contado que pasa tiempo en los establos, y deduzco que al crío le gustan los animales, pero dejar que salgan solos con un caballo… No, es demasiado arriesgado. Estoy seguro de que ella aprovecharía la oportunidad para intentar huir.

—El paseo a caballo o ver a tu madre. Tienes que elegir una de las dos opciones.

—Entonces no hay trato —responde, encogiéndose de hombros, y sigue jugando con sus muñecos con tranquilidad.

Me pinzo el puente de la nariz y respiro profundo para contener las ganas que tengo de pegarle un par de gritos. ¿Cómo es posible que un mocoso de medio metro me esté vapuleando de esta manera?

—Primero el paseo conmigo y después verás a tu madre. Es mi última oferta, Mocoso.

Alza de nuevo la cabeza y, tras unos segundos de silencio, asiente.

—Me llamo Lucas. —Se pone en pie y sacude su pantalón vaquero con ambas manos antes de cruzarse de brazos—. ¿Nos vamos ya?

—No tan rápido. Eso ya lo sabía.

—Entonces, ¿por qué lo has preguntado?

Ignoro su comentario e imito su postura con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Lucas… ¿qué más?

—Lucas Smith.

Smith, el apellido más común en Estados Unidos, claro que sí. Esto tiene la firma de Angy en letras mayúsculas y pintadas en neón.

—¿Ese es tu verdadero apellido? —Asiente—. Me estás mintiendo, Mocoso, y eso va en contra de las reglas. ¿No te llamas Lucas Chávez?

Puedo notar como su expresión cambia. Aparta la mirada y frunce el ceño.

—Mamá no me deja hablar de esto.

—¿De qué? Te llamas Lucas Chávez y tienes cuatro años, ¿verdad?

—Si ya lo sabes, ¿para qué me preguntas?

—¿Cómo se llama tu padre?

Chasquea la lengua, contrariado, y niega con la cabeza.

—No lo sé —masculla en voz baja.

—¿No lo conoces? —Vuelve a negar—. ¿Alguna vez tu madre te ha hablado de él o lo ha mencionado?

—No tengo padre —sisea, apretando sus pequeños puños a ambos costados de su cuerpo.

—Todos tenemos un padre y una madre.

—Yo no. Solo están mamá y Maya.

—Pero Maya no es tu hermana, ¿cierto?

—No. Ella tiene otra mamá, pero no la conoce.

—Vale, ahora empezamos a entendernos. —Relajo mi postura, apoyando los codos en las rodillas—. ¿De qué trabaja tu madre en Nueva York?

—Hace cosas con el ordenador.

—¿Qué cosas? —insisto.

—No lo sé.

—¿Tiene amigas, amigos o algún novio? —Entrecierra los ojos y niega con la cabeza—. ¿Nada? ¿Estás seguro?

—Solo estamos mamá, Maya y yo. No necesitamos a nadie más.

—¿Desde hace cuánto vivís en ese apartamento? —Se encoge de hombros—. ¿Un año? ¿Dos? —Vuelve a hacer lo mismo con los hombros—. ¿No lo sabes o no me lo quieres decir?

—¿Treinta?

—¿Sabes cuánto es un año? —Niega con la cabeza.

Bufo y me cubro el rostro con las manos. ¿Qué demonios hago intentando razonar con un crío? «Hazte la jodida prueba de ADN y deja ya de comportarte como un idiota».

—¿Podemos irnos ya? —Lo miro y, tras unos segundos, asiento con la cabeza.



Capítulo 17

Alex

Tras comer algo con el incesante parloteo del mocoso como música de fondo, ordeno a uno de mis hombres que me traiga un caballo y salgo de la casa principal acompañado por él. Nada más ver el animal, sonríe de oreja a oreja y corre a acariciarlo.

—¿Te subes tú primero? —pregunta, girando su cabeza en mi dirección.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—Yo no pienso montar. Te ayudaré a que lo hagas tú.

—¿Yo solo?

Abre mucho los ojos, y chasqueo la lengua al darme cuenta de lo que está ocurriendo.

—A ver si lo adivino… Nunca has subido a un caballo, ¿verdad? —Niega con la cabeza—. Entonces, ¿por qué demonios quieres hacerlo?

—Porque soy un vaquero, y los vaqueros montamos a caballo.

—No sabes montar, Mocoso.

—Ya, pero yo soy un niño. —Imita mi gesto, cruzándose de brazos, y arquea una ceja—. ¿Cuál es tu excusa?

—No necesito… —Bufo, pinzándome el puente de la nariz—. Da igual. Nos llevamos el caballo, pero nadie va a montarlo.

—Podrías enseñarme.

—No —respondo tajante, y agarro las riendas para empezar a caminar. Al darme cuenta de que no me sigue, me detengo y miro hacia atrás—. ¿Vienes o regresas a tu habitación?

Lo escucho resoplar con fuerza y enseguida se pone en marcha, aunque lo hace arrastrando los pies para mostrar su enfado. Tengo que admitir que el chiquillo tiene carácter. Cualquiera en su lugar estaría muerto de miedo, pero él no parece temer por su seguridad. Es muy valiente o un completo idiota.

Caminamos en silencio durante más de media hora. Cuando al fin llegamos a la orilla del río, la tarde ya ha caído y con ella llega el descenso de la temperatura. Amarro las riendas en un árbol cercano y me dejo caer sobre la hierba amarillenta.

—¿Hemos venido hasta aquí para sentarnos? —inquiere el crío, frunciendo el ceño.

—Es un buen lugar para relajarse.

—Pues vaya mierda —masculla.

Estrecho mi mirada sobre él y se me escapa una sonrisa.

—Creí que tu madre no te permitía decir palabrotas.

—Mierda no es una palabrota. Además, ella no está aquí —replica mientras sigue acariciando el cuello del caballo.

—No está aquí, pero yo puedo contárselo.

—¿Eres un rajón? —Resulta gracioso verlo con el ceño fruncido y ese gesto ofendido.

—Soy lo que me salga de los huevos. Ahora cállate y déjame disfrutar de un momento de paz.

—No hace falta que seas tan malo, ¿sabes?

Bufo con fuerza.

—¿Siempre tienes que tener la última palabra? —Asiente, y vuelvo a resoplar mientras me tumbo sobre mi espalda.

Cierro los ojos y dejo la mente en blanco. Solo escucho el sonido del agua corriendo río abajo y el canto de los pájaros. Me encanta este lugar. Cuando éramos niños, solíamos venir aquí a bañarnos en los días más calurosos. Rai, Gabriel, Lagos… Todos se tiraban de cabeza y jugaban a hacerse ahogadillas. Yo siempre disfruté más quedándome en la orilla, bajo el sol y en total soledad.

—¡Mierda! —Abro los ojos de golpe y me incorporo un poco para recriminarle al crío que haya interrumpido mi momento de descanso, sin embargo, no logro verlo por ningún lado—. Esto ha estado cerca. —Alzo la cabeza, siguiendo el origen de su voz, y lo encuentro subido al árbol. Se sujeta a una de las ramas como un maldito mono.

—¡¿Qué carajos haces ahí?! —bramo, poniéndome en pie.

—Casi me caigo, pero ya no —dice, y sonríe de oreja a oreja.

Respiro hondo y me coloco junto al caballo.

—Mocoso, baja ahora mismo.

—¿Por qué? Solo estoy jugando. Es divertido.

—¡Maldita sea! No voy a volver a repetirlo. Baja. Ahora.

Clava su mirada en la mía y niega con la cabeza.

—Tú no me mandas. Bajaré cuando quiera.

—Si tengo que ir a buscarte…

—Ven —dice, interrumpiéndome. Se sujeta a una de las ramas y empieza a ascender—. ¡Vamos, sube!

—¡Joder! No me gustan las alturas. Ahora, baja de una vez.

Se detiene con el pie a medio camino de otra rama y gira la cabeza. Una sonrisa engreída y burlona se dibuja en su rostro.

—¿Tienes miedo?

No respondo. Solo lo miro con furia y vuelvo a resoplar. «¿Por qué me pareció buena idea sacar de la casa a este pequeño demonio?».

—Mocoso… —siseo a modo de advertencia.

—No es para tanto. He subido a árboles más altos. Solo hay que agarrarse bien y… —Cuando intenta apoyar el pie izquierdo, la rama en la que está sujeto se rompe y mi corazón se detiene.

Lo veo caer, solo un segundo, y me estiro para alcanzarlo. Consigo llegar a tiempo y lo aprieto con fuerza contra mi pecho.

—¿Estás bien? —pregunto sin aliento mientras lo aparto un poco para comprobar su estado.

El mocoso asiente, aún con gesto asustado, y rodea mi cuello con sus pequeños brazos. Se sujeta con fuerza a mí y vuelve a enterrar el rostro en mi pecho.

—No volveré a hacerlo —murmura con voz temblorosa.

Tomo una respiración profunda y deslizo la palma de la mano por su espalda. Noto como su corazón late con fuerza contra mi piel, y soy consciente de que yo también me he asustado. Un sentimiento extraño se instala en mi pecho. No sé si es su olor o la calidez y suavidad de su cuerpo minúsculo, pero resulta muy agradable. «Puede que estés abrazando a tu hijo, Alex. Eso es lo que se siente», resuena en mi cabeza.

Enseguida me agacho y lo dejo en el suelo antes de enderezarme y carraspear, retrocediendo un par de pasos.

—Ahora aprende a obedecer cuando te dan una orden, Mocoso. Si te digo que bajes, lo haces y punto. ¿Entendido? —Asiente deprisa y me pinzo el puente de la nariz—. Vámonos de aquí, joder. Si me descuido, no llegas entero al final del día.

Angy

Como ya esperaba, el dolor en las manos es casi insoportable. Gus me ha ayudado a vendarlas con un trozo de tela limpia, sin embargo, después de varias horas de trabajo, el vendaje se ha convertido en poco menos que harapos sucios y sanguinolentos.

—Descansa un poco —susurra Gus para que Alberto no pueda escucharlo.

Se está encargando de todo el trabajo que requiera usar la pala, ya que no creo ser capaz de cogerla. Mi tarea de hoy se está centrado en mover fardos de paja a los almacenes.

Tomo una respiración profunda y me doblo por la mitad al notar como la visión se me nubla. Lo de la restricción de comida me está pasando factura. Siento que me fallan las fuerzas, y en la última semana he perdido al menos un par de kilos. Gus me tiende una botella de agua y me bebo más de la mitad de un solo trago. Se la devuelvo e intento esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—Estoy bien —susurro sin aliento.

—Pues no lo parece. Tienes el aspecto de alguien que está a punto de desfallecer.

—No lo haré. Soy más fuerte de lo que parezco.

—Eso no lo dudo. —Se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano y un mechón de pelo castaño tapa uno de sus ojos—. ¿Qué has hecho para que te castiguen así, Angy?

Bufo con fuerza y clavo la mirada en el pecho desnudo y tatuado de Gus mientras muevo los hombros en círculos para aflojar un poco la tensión y el cansancio acumulados.

—Lo traicioné, humillé y puse en ridículo ante todos sus hombres. Lo peor que se le puede hacer a un Urriaga.

—¿Todo eso tú solita? —inquiere con un deje gracioso en su tono de voz.

Alzo la vista y me encojo de hombros.

—Tengo un don —respondo en broma.

—Parece como si estuvieses asumiendo que mereces ser castigada —murmura tras echar un vistazo alrededor y comprobar que Alberto no puede vernos desde donde está.

Me paro a pensarlo unos segundos. Puede que tenga razón. Una parte de mí cree que se merece pasar por todo este infierno. Soy muy consciente de mis errores. No hay forma de regresar el tiempo atrás por mucho que me arrepienta. Alex seguirá castigándome hasta que ya no quede nada de mí.



Capítulo 18

Angy

Me quedo callada unos segundos. Gus me mira con fijeza, como si supiese lo que estoy pensando. Suspiro y niego con la cabeza.

—No soy masoquista. En cuanto tenga la oportunidad, me largaré de aquí —afirmo.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Sonrío y vuelvo a negar con la cabeza.

—No voy a meterte en problemas, Gus. Tienes que cuidar de tus hermanos y necesitas este trabajo. Me las arreglaré sola. —Me giro y agarro un nuevo fardo de paja. El dolor que me produce la cuerda hundiéndose en las palmas de mis manos me hace apretar los dientes, pero no emito ni un solo quejido—. Sigamos trabajando.

—Puedes confiar en mí. Lo sabes, ¿verdad? —Me giro a medias y asiento.

—Gracias, pero no te preocupes por mí. Me largaré de este lugar muy pronto con mi hijo. Solo tengo que aguantar un poco más.

—Pues hazlo, pero ten cuidado con esas heridas. Si se te infecta alguna, con lo débil que estás, tu salud puede complicarse mucho.

Estoy a punto de agradecerle su preocupación cuando unos pasos acercándose me alertan. Gus enseguida se pone a trabajar y yo espero unos segundos antes de dirigirme hacia uno de los almacenes. Entonces, una cabeza de cabello oscuro y ojos azules se asoma en el interior de la cuadra y sonrío de oreja a oreja.

—¡Lucas! —exclamo, y lanzo el fardo de paja al suelo. Mi pequeño corre hacia mí y me agacho para abrazarlo—. ¿Qué haces aquí? —inquiero sorprendida.

Hago una mueca de dolor al sujetarlo para alzarlo en brazos y beso su cuello y mejilla. Mi pequeño diablillo ríe y se aparta para mirarme a la cara.

—He ido al río y después me subí a un árbol y casi me caigo.

—¿Qué? ¿Un árbol? ¿Cómo que casi te caes?

Lo dejo en el suelo y me acuclillo para quedar a su altura. Lucas empieza a explicarse, moviendo las manos en el aire. Está sobreexcitado, como si acabara de comer media tonelada de azúcar.

—Me dijo que bajara, pero yo creí que no me caería. Se me resbaló un pie y pensé que iba a estamparme contra el suelo. Después, él me agarró y…

—Espera, espera… No entiendo nada. ¿Quién te agarró?

—¡Él! —Señala con el pulgar sobre su hombro, y solo entonces soy consciente de que Alex está observándonos desde la entrada de la cuadra.

Nuestras miradas se cruzan y frunzo el ceño.

—¿Fuiste al río con Alex? —Lucas asiente, sonriendo de oreja a oreja.

—Sí, y nos llevamos un caballo, pero no lo montamos. Le pedí que me enseñara y no quiso.

Arqueo una ceja en dirección a Alex. Por supuesto, no va a enseñarle a montar porque él tampoco sabe. Jamás se subiría a un caballo.

—¿Por qué te has llevado a mi hijo? —pregunto sin apartar la mirada de la suya.

El muy cabrón esboza media sonrisa y se encoge de hombros.

—Porque puedo. No tengo que darte explicaciones.

Con un suspiro, contengo las ganas de decirle que debe informarme de todo lo que tenga que ver con mi hijo. No obstante, empezar una batalla verbal en estos momentos no sería lo más conveniente. No quiero que Lucas presencie ninguna de sus amenazas e insultos, además, me siento demasiado agotada como para ponerme a discutir.

—Mamá, apestas —susurra mi hijo, y enseguida desvío la mirada hacia él.

—Gracias por el cumplido, Vaquero. —Agarro su gorro y se lo ajusto sobre la cabeza, ignorando el dolor de mi mano.

—Permiso —escucho la voz de Gus a mi espalda, y me aparto un poco para que pueda pasar. Al salir de la cuadra con la pala en una mano, se cruza con Alex y este lo mira frunciendo el ceño. Se mueve hacia un lado para cortarle el paso.

—¿Tú quién demonios eres? —pregunta con tono autoritario.

—Gustavo, señor. Me contrató Rai para limpiar los establos.

Estrecha la mirada sobre él y después me mira a mí, que me mantengo atenta a lo que está pasando. Inspira hondo por la nariz y señala su pecho desnudo con la mano.

—¿No tienes una puta camiseta?

—Sí, señor —responde Gus con la cabeza gacha.

—Pues úsala, joder. Esto no es un maldito club de estriptis.

Gus masculla una disculpa y enseguida se marcha. Alex da un par de pasos hacia el interior de

la cuadra y arruga la nariz por el olor a caballo y estiércol.

—¿Qué es un club de *tiptis*? —me pregunta Lucas, ladeando la cabeza con expresión curiosa.

—Un sitio divertido —responde Alex antes de que yo pueda abrir la boca.

Le lanzo una mirada de advertencia, aunque el muy hijo de puta se encoge de hombros y vuelve a sonreír. Ya no parece tan furioso como esta mañana.

—Depende para quién —mascullo.

—Pero ¿qué es? —insiste Lucas. Dirijo mi atención hacia él y acaricio su rostro con el dorso de los dedos—. ¡Mamá, estás sangrando! —exclama al ver el color rojo de la tela que cubre mi mano.

Me apresuro a esconderla y niego con la cabeza.

—No es nada. Solo un pequeño corte.

—Mocoso, espérame fuera —ordena Alex.

Una vez más, le lanzo una mirada de advertencia, pero vuelve a ignorarme.

—Dijiste que podía estar con mamá.

—Dije que podrías verla y ya lo has hecho. Ahora espérame fuera.

—Pero…

—¡Hazlo de un puta vez! —grita.

Lucas se sobresalta y me mira con los ojos llorosos. Tengo ganas de pegarle a Alex un jodido puñetazo. ¿Cómo se atreve a hablarle así? Inspiro hondo y esbozo una falsa sonrisa para intentar tranquilizar a mi pequeño.

—No pasa nada, Vaquero. Tienes que ir a cenar y meterte en la cama.

—Yo quiero estar contigo —lloriquea.

—Mañana por la mañana iré a despertarte. Ahora pórtate bien y vete.

Tras darme un abrazo y un beso en la mejilla, sale de la cuadra con la cabeza gacha y arrastrando los pies. Me pongo en pie, y cuando estoy segura de que ya no puede escucharme, doy un par de pasos largos y me planto delante de Alex temblando de furia.

—Si vuelves a gritarle a mi hijo… —siseo, señalándolo con el dedo índice.

—¡¿Qué?! —Me sujeta la mano por la muñeca y tira de mí con fuerza—. ¿Qué vas a hacer? —Su mirada va a parar a mi mano y frunce el ceño. Toma una respiración profunda y se aparta, liberándome—. El crío tiene razón, apestas, joder. —Chasquea la lengua—. Lárgate de aquí y date una ducha.

—Aún no he terminado —replico.

—Me importa una mierda. No vas a meterte en mi casa oliendo así a la hora de la cena. Conseguirás que se me revuelva el estómago.

—Uy, perdón por ofender a tu olfato —me burlo.

—Angy, lárgate de una maldita vez o yo mismo te pegaré un manguerazo de agua fría. Créeme, no será agradable.

Aprieto los puños y aguanto el dolor mientras alzo la barbilla y clavo mi mirada en la suya.

—Esto es una jodida advertencia, Alex. Haz conmigo lo que te dé la gana, sigue castigándome y torturándome lo que te apetezca, pero si le haces daño a mi hijo, si sufre, aunque

sea solo un rasguño, ya sea de forma voluntaria, porque se ha caído de un árbol o cualquier otra cosa, juro que buscaré la manera de rajarte de arriba abajo como a un puto cerdo.

El cabrón vuelve a sonreír.

—Me gustaría ver cómo lo intentas. Es más, pagaría por ello. —Respira hondo y su gesto cambia a uno mucho más serio—. Fuera de aquí. Ahora.



Capítulo 19

Alex

Le doy pequeñas caladas a mi cigarrillo mientras finjo escuchar algo de lo que dice mi hermano. Me arrepiento de haber contestado su llamada. Siempre me pone de mal humor.

—Oscar ha estado trabajando con Sandoval. Tenemos nueva información.

Eso logra atraer mi atención. Aplasto la colilla en el fondo del cenicero y me enderezo en la silla.

—¿Aún conserva la lengua para hablar? —inquiero.

—Sí, al menos parte de ella. No puedo decir lo mismo de sus dientes.

Sonrío. Me alegra que ese hijo de puta esté obteniendo lo que se merece. No me gustaría ser yo el que está en esa celda recibiendo visitas periódicas de Monstruo; así es como lo llaman sus enemigos. Poco después de que Gabriel y los demás se marcharan de la finca, Ángela me contó lo que Oscar había hecho. Una persona capaz de destrozar de esa manera un cuerpo humano no puede ser tomada a la ligera.

—¿Qué ha dicho? —Tras unos segundos de silencio, Gabriel suspira. No se fía de mí, pero me importa una mierda—. Oye, si no vas a contármelo, ¿para qué carajos me llamas?

—¿Estás sobrio al menos? Necesito poder hablar contigo y que dentro de unas horas lo recuerdes.

Echo un vistazo al vaso de tequila que hay sobre la superficie de la mesa. Apenas le he dado un par de tragos.

—Tienes toda mi atención —mascullo entre dientes.

Otra pausa, y al fin empieza a hablar.

—Entre toda la mierda que rescatamos del despacho de nuestro padre, había varios documentos interesantes. Cuentas bancarias en el extranjero, fondos fiduciarios…

—Dinero —resumo.

—Sí, mucho dinero.

Cierro los ojos con fuerza y me pinzo el puente de la nariz. Tras el asalto, Gabriel se llevó todo el dinero en efectivo que había escondido en la finca. No pude detenerlo. El muy hijo de puta tenía un jodido ejército. Interponerme en su camino habría sido mi sentencia de muerte. No obstante, no vi ningún peligro al permitir que se llevara también los documentos medio chamuscados del despacho. Está claro que fue un error. Si en esos papeles hay tanta pasta, podría haberlo usado en mi beneficio.

—¿Qué tiene eso que ver con Sandoval? Tienes acceso a los fondos del cártel, ¿no?

—No tengo una mierda. Esas cuentas están protegidas. Así es como Sandoval siguió haciendo negocios a nuestras espaldas. Él sí pudo acceder a ese dinero, y ahora…

—Samu —mascullo, deduciendo a dónde quiere ir a parar—. No se trata de recuperar ese dinero, sino de quitárselo a él.

—Exacto. El hijo de perra está ahí fuera buscando la forma de jodernos con nuestra propia pasta.

—¿Luna no puede rastrear las cuentas?

Lo escucho resoplar y el sonido de una puerta abrirse antes de que empiece a susurrar con alguien.

—Lo está intentando, pero no pinta bien.

—Díselo —esta vez logro distinguir la voz de Lagos.

—¡Espera, joder! —Gabriel masculla una maldición—. He pensado que, tal vez Angy…

—No —le corto tajante.

—Sabes que ella puede hacer mucho más que Luna. La tienes ahí. —Hay un nuevo silencio—. A no ser que hayas cumplido tu promesa de matarla. Lagos me contó lo que pasó en Nueva York.

Me bebo el vaso de tequila de un trago y lo dejo de nuevo sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Lo que yo haga con mi esposa es asunto mío. La respuesta es no.

—Maldito cabronazo… —sisea, y bufa con fuerza—. Te estoy dando un voto de confianza. No estaría de más que pusieras algo de buena voluntad por tu parte.

—Me importa una mierda lo que esperes de mí, Gabriel. No confío en Angy. Está aquí en calidad de prisionera, no es mi jodida invitada y, por supuesto, no voy a pedirle un favor.

—¡Entonces ordénaselo, maldita sea! —grita—. Tráela aquí y yo mismo le pediré que acceda a esas cuentas. Necesitamos sacar a Samuel de la jugada. Encontrarlo y meterle un puto tiro en la frente es nuestra mayor prioridad.

—Zarco, díselo de una vez —escucho a Lagos de nuevo, y frunzo el ceño.

—¿Qué demonios quiere Arturito? —inquiero.

Gabriel chasquea la lengua, contrariado, antes de contestar.

—Espera, te lo paso.

—Quiero hablar con Angy —dice Lagos nada más ponerse al teléfono.

—Hola a ti también, Arturito. ¿Cómo te va la vida de marido y nuevo padre? ¿Cómo de raro es que tu hijastra sea la hermana pequeña de tu mejor amigo? —me burlo.

—Alex, no estoy para aguantar tus tonterías. Quiero que Angy se ponga al teléfono ahora mismo.

—¿Por qué?

—Porque tengo aquí a una cría que no deja de preguntar por ella. Necesito que la tranquilice.

—Dale una puta tila o, mejor aún, prueba con un puñado de Orfidal. Esa mierda puede tumbar a elefantes.

—¡Maldita sea! Por una vez, solo una, ten un poco de consideración. Tú lo has dicho, Maya es tu hermana pequeña. ¿De verdad te importa una mierda lo que le pase?

Tomo una respiración profunda y me sirvo otro vaso de tequila, que no tardo en beber.

—No exageres, Arturito. La cría está con su madre. Tampoco es que su vida corra peligro.

—Está con una madre que no conoce. La niña sufre, y eso hace que Ness también sufra, por lo tanto…

—¿Tú también sufres, bebé? —pregunto en tono burlón.

—No, yo me cabreo, y mucho. Así que pásame a Angy ahora mismo o juro que saldré para ahí y te meteré un balazo en el culo.

Lo pienso unos segundos. Este hijo de puta es capaz de cumplir su amenaza. No lo de dispararme, pero si puedo mantener a mi hermano y sus amiguitos lejos de la finca, lo prefiero.

—Está bien —mascullo, y me pongo en pie—. Cinco jodidos minutos.

—Son suficientes.

Mientras camino hacia el dormitorio de Angy, escucho al otro lado de la línea como Lagos habla con alguien en voz baja. Paso junto a los guardias que vigilan la puerta y entro en la estancia. La encuentro tumbada boca arriba sobre la cama, con el brazo estirado y esposado al cabecero. Rai pasó por aquí hace un rato para encargarse de inmovilizarla. No se mueve al escucharme. Parece estar dormida. Me acerco y le doy un pequeño golpe en el brazo para despertarla. Sus ojos se abren de inmediato.

—¿Alex? —Pestañea un par de veces, mirándome con confusión—. ¿Qué ocurre? Si vienes a…

—Siéntate —ordeno, y le tiendo el teléfono—. Alguien quiere hablar contigo.

Tras unos segundos en los que parece dudar, al fin se endereza. No me pasa desapercibida la mueca de dolor que hace cuando coge el móvil, y entonces me doy cuenta del estado en el que se encuentran sus manos. La piel está agrietada, en algunas zonas se puede ver la carne rojiza y ensangrentada, pero eso no es todo, sus brazos también parecen inflamados. Los tatuajes que cubren su piel se notan rugosos e hinchados. Vi que algo le ocurría esta tarde en la cuadra, pero pensé que habría sido un pequeño corte en la palma de la mano. Entre el trozo de tela mugrienta y toda la suciedad no pude notar el alcance de la gravedad de sus heridas.

—¿Maya? —Alzo la mirada a su rostro y la veo sonreír de oreja a oreja. A pesar de los

círculos oscuros alrededor de sus ojos, estos brillan de felicidad—. Cariño, no llores. Todo va a estar bien.

Tenso la mandíbula y sigo inspeccionando sus manos. Tienen muy mala pinta. Apenas consigue sostener el teléfono. Cierro los ojos con fuerza y mascullo una maldición antes de salir hacia el baño de mal humor. Busco en la parte baja del mueble del lavabo un botiquín, y me detengo un segundo para mirar mi reflejo en el espejo.

—Se lo merece —susurro para mí—. No tengas piedad con ella, joder.

Inspiro hondo por la nariz y exhalo de golpe. «Mierda, ¿de verdad estoy dejando que me afecte?».



Capítulo 20

Angy

Durante varios minutos intento tranquilizar a Maya. Me duele escucharla llorar y saber que lo está pasando mal. Solo es una niña, y no entiende por qué no puede seguir viviendo con la única persona que ha conocido como madre.

—Cielo, respira hondo —susurro.

Sus sollozos se van apagando, y entonces veo que Alex regresa del baño. Resopla con fuerza, y tras dejar algo sobre la cama a mi lado, sujeta la mano que tengo esposada al cabecero y la libera.

—No quiero vivir en esta casa con esta gente, Angy —lloriquea Maya.

—Es tu familia, cariño —comento sin perder de vista cada movimiento de Alex. Me quita la esposa de la muñeca y las deja sobre la mesita de noche con las llaves. Después se acuclilla frente a mí. Frunzo el ceño, confusa, cuando agarra mi mano y empieza a inspeccionarla moviéndola de un lado a otro. «¿Qué demonios hace?»—. Maya, tu madre te ha buscado durante mucho tiempo. Te quiere y solo desea lo mejor para ti.

—Pero no la conozco—replica.

—Eso se puede solucionar. —Alex abre la caja de plástico que acaba de dejar en la cama y saca de su interior lo que parece ser un tubo de pomada—. Dale una oportunidad. Al menos inténtalo. Tal vez te sorprenda.

Noto sus dedos extendiendo la pasta espesa y pringosa con suavidad alrededor de mi muñeca.

Después abre mis dedos y empieza a untarlos hasta la palma con movimientos circulares. La pomada escuece un poco, pero estoy demasiado centrada en su tacto como para notarlo.

—¿No vas a venir a buscarme? Te echo de menos, y también a Lucas.

Contengo un quejido cuando Alex toca un corte profundo entre mis dedos y respiro hondo. No sé por qué está haciendo esto. ¿Qué pretende?

—Nosotros también te extrañamos, Maya, pero tu lugar está ahí, con tu madre. Prometo que muy pronto aprenderás a quererla. Solo dime que vas a portarte bien.

La escucho suspirar al otro lado de la línea; sé que al menos he logrado que ponga un poco de su parte.

—Está bien, pero quiero verte. ¿Cuándo vas a venir?

—No lo sé, cielo. —La mano de Alex asciende por mi brazo y contengo el aliento. No debería gustarme tanto, pero lo hace, y eso es demasiado peligroso para mi propio bienestar—. Maya, tengo que colgar. Sé buena y no des problemas a tu madre.

—Lo intentaré. Te quiero, Angy.

—Y yo a ti, pequeña —digo a modo de despedida.

Estoy a punto de colgar cuando una voz que enseguida reconozco sale por el altavoz.

—Angy, ¿sigues ahí?

—Hola, Gabriel. —Alex alza la cabeza y frunce el ceño sin soltar mi mano.

—¿Estás bien?

—Define bien.

—¿Puedes explicarme qué es lo que le has hecho a ese hijo de puta para que esté tan cabreado contigo?

Tomo una respiración profunda y anclo mi mirada a la de Alex. «Lo destruí, lo hice pedazos de la peor manera».

—Es una larga historia —respondo evasiva.

—Cuelga —ordena Alex.

—Ya lo he escuchado —dice Gabriel tras resoplar con fuerza—. ¿Puedes darle un mensaje de mi parte?

—Eh… Sí, claro.

—Cuelga de una maldita vez, joder —gruñe Alex.

—Dile que voy a enviar a Beni con una copia de los documentos, le guste a él o no.

—Vale, se lo diré.

—Gracias. Espero verte pronto.

—Ya, bueno… Yo no contaría con ello.

—Cuelga el puto teléfono, Ángela.

—Adiós. —Presiono el botón para desconectar la llamada y Alex resopla con fuerza—. Dice que va a enviar a Beni con una copia de los documentos.

—Hijo de puta —sisea entre dientes.

Enseguida me quita el móvil de la mano, lo lanza sobre la cama y agarra mi otra mano. Coge una buena porción de pomada con el dedo índice y pulgar y empieza a extenderla por la palma de

mi mano.

—¿Qué estás haciendo, Alex? —ignora mi pregunta.

Con la mandíbula tensa, sigue cubriendo mis manos con la pomada y después pasa a los brazos. Al llegar al interior de mi codo, noto que un escalofrío me recorre la espalda. Me muerdo el labio inferior y permanezco inmóvil.

—Deja que se absorba. Tiene antibiótico —farfulla al terminar. Se limpia las manos con un par de gasas limpias y empieza a vendarme las manos.

Le permito que lo haga, y no puedo evitar que se me escape una sonrisa.

—Cualquiera diría que te preocupas por mí —susurro.

Alex respira hondo y sigue envolviendo mi mano con la venda. Al acabar, empieza con la otra.

—Solo me aseguro de que no te mate una infección de mierda. —Pega el extremo de la venda con un trozo de adhesivo y lo lanza al interior del botiquín—. Aún no he terminado contigo. Morirás cuando yo lo diga.

—Siempre has sido un romántico —me burlo, poniendo los ojos en blanco.

Alza la cabeza y su mirada va a parar a la mía.

—Esto no es un puto juego, Angy —escupe con rabia.

Me inclino hacia delante sin dejar de sonreír. Solo unos centímetros separan nuestros rostros.

—Nadie ha dicho que esté jugando —susurro contra sus labios.

Su respiración se acelera. Está a punto de apartarse cuando, llevada por un impulso, me inclino más y lo beso. El contacto solo dura un segundo, al siguiente ya tengo su mano en la barbilla, sujetándome con fuerza. Me observa con furia contenida y exhalando por la nariz como un jodido toro. No aparto la mirada. Puedo notar cómo duda. Está librando una batalla a muerte consigo mismo. Pasan varios segundos, y entonces su boca vuelve a estrellarse contra la mía.



Capítulo 21

Alex

Esto era justo lo que no debía pasar. ¡La estoy besando, joder! Sé que no debo, que voy a arrepentirme, pero eso no me impide disfrutarlo. La sujeto por la nuca con fuerza y hundo la lengua en su boca. Su sabor sigue siendo el mismo: delicioso, embriagador, un puto cóctel explosivo que envía un latigazo de placer directo a mis huevos.

Muerdo sus labios sin ningún tipo de cuidado. La escucho gemir y mi polla se pone aún más dura. Su olor me está volviendo loco. Solo quiero tumbarla sobre la cama, arrancarle la ropa y follarla de todas las formas posibles. Quiero demostrarle lo que se perdió, lo que ella misma destruyó con su engaño y sus mentiras. Coloco la mano en la base de su cuello y muevo su cabeza de un lado a otro, recorro con mi lengua cada recoveco de su boca. Una de sus manos va a parar a mi muslo, la noto deslizarse con suavidad hacia mi entrepierna y el deseo va en aumento.

Me falta el aire, pero no soy capaz de dejar de besarla. Entonces noto como sus dedos rozan mi erección y me aparto, jadeando. Mi intención no es otra que tomar una gran bocanada y volver a comerme esos labios, sin embargo, un movimiento por el rabillo del ojo me pone en alerta. Giro la cabeza de golpe y sujeto su muñeca justo cuando está a punto de alcanzar las llaves de las esposas; yo mismo las dejé sobre la mesita de noche.

Confuso, busco su mirada. No necesito palabras para darme cuenta de que sabe que ha sido pillada. Todo ha sido una maldita trampa y yo he caído en ella como un imbécil.

—¡Hija de puta! —siseo, apretando su cuello con una mano. La otra la retuerzo hasta que suelta un pequeño quejido ahogado—. ¿Crees que puedes usar esos trucos de zorra conmigo?

Aflojo un poco el agarre en su garganta, lo suficiente para que pueda respirar.

—¿Vas a golpearme, Alex? —inquiere casi sin voz.

—Debería meterte un jodido tiro en la frente.

—¿Y por qué no lo haces?

La empujo con fuerza y cae hacia atrás sobre la cama. Enseguida cojo las esposas, estiro su brazo y la dejo enganchada al cabecero de la cama. No vuelvo mirarla ni una sola vez antes de salir del dormitorio a toda prisa y temblando de furia.

Recorro la casa sin rumbo fijo. Solo tengo ganas de golpear algo o a alguien. «¿Cómo he podido dejar que me engañara?». Me detengo frente a la puerta del sótano y escucho el sonido de la música y las risas. Desciendo las escaleras y encuentro a varios de mis hombres bebiendo y jugando a las cartas, entre ellos, también está Rai.

Aquí abajo ya no hay mujeres retenidas en contra de su voluntad. Después del asalto, liberé a las que quedaban, pero algunas chicas deciden venir por su propia voluntad para pasarlo bien, y eso no es algo a lo que vaya a oponerme. Este sitio sigue estando exactamente igual, incluso el olor es el mismo: Tabaco, alcohol y sexo. Me acerco a la zona de los sofás, donde la mayoría están reunidos alrededor de la mesa baja ovalada de más de dos metros, y me fijo en las líneas de cocaína que hay sobre la superficie de cristal. También veo varias bolsas con pastillas y hierba. Al fondo, un par de hombres tienen a una chica encadenada a la pared mientras se la follan. Por la forma en la que gime y grita, no parece estar pasándolo nada mal.

—Alex. —Rai se pone en pie de un salto, provocando que la mujer rubia que estaba sobre su regazo esté a punto de caer de bruces—. Eh… Solo nos estamos divirtiendo un rato.

Ladeo la cabeza e inspiro hondo por la nariz. Eso es justo lo que necesito, un poco de diversión para olvidar la estupidez que acabo de cometer. Miro a la chica, que ya ha vuelto a sentarse en el sofá. Está casi desnuda. Me siento a su lado, y tras coger una botella de tequila, le doy un trago largo.

—¿La has follado? —pregunto, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la chica.

—Eh… Aún no.

—Bien. —No tengo por costumbre meter la polla donde otro ya se ha corrido antes. Yo siempre uso condón, pero mis chicos, a veces, no. A saber qué mierda pueden pegarme. Chasqueo los dedos frente al rostro de la chica rubia y ella sonríe de oreja a oreja al darse cuenta de que acaba de tocarle el premio gordo—. Tú, de rodillas. En menos de cinco segundos tienes que tener mi polla en la boca.

Se levanta enseguida y se deja caer frente a mí. Mientras desabrocha mi cinturón, me inclino un poco e inhalo una línea de coca, después me recuesto hacia atrás y cierro los ojos.

—¿Qué está pasando, Alex? —escucho que pregunta Rai.

Bebo un nuevo trago justo cuando noto como la boca de la rubia engulle mi erección hasta la mitad.

—Angy —siseo a modo de explicación.

—Santo Cristo, estás dejando que vuelva a meterse en tu cabeza, hermano.

Tenso la mandíbula y vuelvo a beber. No hay forma de negarlo. La muy perra está logrando

afectarme. Sujeto el pelo de la rubia con una mano y la atraigo más hacia mi entrepierna. Noto como mi polla roza su garganta y siseo de placer.

—Voy a matar a esa perra.

—Hazlo de una vez y acaba con esta mierda. —Me tiende un porro encendido, el cual no tardo en llevarme a la boca mientras sigo follándome la boca de la chica—. ¿Qué pasa con el crío?

Exhalo una gran bocanada de humo denso y gimo de nuevo cuando la rubia desliza la lengua por mis pelotas. Mi mente empieza a nublarse. Siento la garganta adormecida por el alcohol y la coca.

—Busca algún lugar donde pueda hacerme las dichosas pruebas. En cuanto tenga la confirmación de que es mi hijo, le volaré la cabeza a la zorra de su madre.

—¿Y si resulta no ser tuyo?

Giro la cabeza en su dirección con la velocidad de un látigo y frunzo el ceño con los puños apretados.

—Entonces le espera algo mucho peor que la muerte.



Capítulo 22

Angy

Mis manos están mucho mejor. Al menos ya puedo cerrarlas sin morir de dolor. Apuesto a que no durarán demasiado así. En cuanto empiece mi jornada laboral, con lo que sea que la perra de Dora tenga preparado para mí y el trabajo en el establo, volverán a empeorar. No obstante, ese no es mi único problema hoy. Alex está furioso. Aún no lo he visto, pero sé que es así. ¿Me arrepiento de lo que hice anoche? No, en absoluto. Tampoco es que lo hubiera planeado. Lo besé porque, porque… Aún no tengo demasiado claro el motivo. Fue un impulso, uno que disfruté más de lo que soy capaz de admitir. Las llaves de las esposas estaban ahí, a solo unos centímetros. Era una oportunidad única que no podía dejar pasar. Salió mal, y sé que me hará pagar por ello, pero si no me hubiese pillado, lo más probable es que en estos momentos ya estaría fuera de la finca con mi hijo. Tenía que correr el riesgo.

—Termina de una maldita vez. Hay mucho trabajo que hacer.

Le lanzo una mirada poco amistosa a Dora y sigo comiendo con tranquilidad en compañía de Lucas. Estos son los únicos momentos del día que pasamos juntos. No voy a permitir que una imbécil me lo arruine.

—¿Te duele mucho? —pregunta mi pequeño, señalando mis manos vendadas.

—No. ¿Recuerdas cuando te caíste con la bici? —Asiente.

—No estaba listo para quitar los ruedines —farfulla mientras se lleva una cucharada de cereales a la boca.

—Cierto, y mira que te lo advertí.

—Maya se estaba burlando de mí. —Deja la cuchara dentro del bol y, tras limpiarse la boca, alza la cabeza para mirarme—. ¿Cuándo vamos a volver a casa? Ya sé que Maya está con su mamá, pero la echo de menos.

Inspiro hondo y esbozo una falsa sonrisa.

—Yo también, Vaquero.

—Angy —escucho a Rai llamarme, y me giro—. Alex quiere verte.

¡Genial! Apuesto a que no va a ser agradable.

Me despido de Lucas con un beso en la frente y dejo que Rai me guíe hasta el antiguo despacho de Urriaga, aunque todo el pasillo y la puerta parecen haber sido reformados hace poco. Supongo que esta es la parte de la casa que quedó destruida tras el asalto. Rai tira de la manilla y me hace un gesto con la cabeza para que pase. Nada más poner un pie en el interior, soy consciente del olor a alcohol y tabaco que hay en la estancia. Alex está sentado sobre uno de los sofás de cuero negro y la chica de pelo violeta, Sabina, permanece de pie a su lado. Al verme, frunce el ceño.

—¿Qué hace ella aquí? —inquiere.

—Silencio —la orden de Alex es clara, y ella la acata sin rechistar.

La puerta se cierra a mi espalda y arqueo una ceja al ver como Alex se pone en pie. Se tambalea un poco y da un par de pasos en mi dirección.

—Son las siete de la mañana. Un poco pronto para estar borracho, ¿no crees? —las palabras salen de mi boca sin que pueda hacer nada para detenerlas.

—No te he dicho que puedas hablar —sisea, arrastrando las palabras.

Me cruzo de brazos y busco su mirada. Sus pupilas están tan dilatadas que apenas se distingue el azul de sus ojos.

—Borracho y colocado. Por lo visto, las viejas costumbres no se pierden.

—Cállate —sisea entre dientes.

Tomo una respiración profunda y apoyo la cadera contra la pared cercana a la puerta. No sé qué es lo que está tramando, pero no huele nada bien. Alex estando sobrio puede llegar a ser un cabronazo de cuidado, pero borracho y colocado… ¡Señor, es una puta bomba de relojería!

Chasquea los dedos y Sabina enseguida se coloca frente a él. Es humillante. ¿Cómo permite que la trate así? Actúa como si fuese menos que una perrita amaestrada. Los observo en silencio. Alex alza su mano y acaricia su mejilla, después sus labios, introduce el dedo índice en el interior de su boca y ladea la cabeza mientras ella lo succiona de manera provocativa.

Trago saliva con fuerza y todo mi cuerpo se tensa cuando me doy cuenta de cuáles son sus intenciones. Pretende que me quede aquí, viendo cómo se folla a esa zorra. ¡Hijo de puta!

—Si no os importa, prefiero ahorrarme el espectáculo porno. Acabo de comer y me gustaría que los alimentos permanecieran en mi estómago el resto del día.

Alex gira la cabeza en mi dirección con gesto cabreado.

—Si tengo que volver a ordenarte que te calles, te pondré una jodida mordaza —sisea furioso. Vuelve a chasquear los dedos y señala hacia abajo con el dedo índice—. De rodillas.

La chica se deja caer de inmediato y Alex me mira de nuevo mientras ella desabrocha su

cinturón. Su sonrisa maliciosa no augura nada bueno. Sé que no me va a permitir salir de este despacho hasta que enseñe lo que sea que pretenda demostrar. No bajo la vista a pesar de los sonidos de succión que enseguida llenan el silencio. Intento aparentar una calma que no siento. En realidad, estoy gritando por dentro. Quiero que aparte a esa maldita zorra de él, pero sé que no lo hará. Este es su castigo por el error que cometí anoche, y lo mejor que puedo hacer es fingir que no me afecta.

—Acabemos con esta mierda de una vez —mascullo para mí.

Tras un par de minutos, Alex sujeta la cabeza de Sabina con ambas manos y, sin apartar su mirada de la mía, comienza a follarle la boca con violencia. Respiro lento y pausado. Intento bloquear mis sentidos. Los sonidos, el olor a sexo… No quiero apartar la mirada, pero entonces él empieza a gemir y no me queda más remedio que hacerlo.

—De eso nada —gruñe—. ¡Mírame, Ángela! ¡Maldita sea, mírame! —Obedezco a regañadientes y temblando de rabia. Alex vuelve a gemir y aparta a la chica unos centímetros. Agarra su miembro y empieza a sacudirlo con movimientos rápidos y erráticos—. Abre —ordena.

No bajo la mirada para verlo, pero por la forma en la que echa la cabeza hacia atrás, deduzco el momento exacto en el que se corre en su boca. Se recompone la ropa y espera a que ella se ponga en pie antes de chasquear los dedos y señalar la puerta de la salida.

—Qué romántico —susurro. Sabina pasa a mi lado, relamiéndose con gesto divertido, y esbozo una sonrisa ladeada—. Buen provecho, bonita —murmuro.

En cuanto la puerta del despacho vuelve a cerrarse, Alex coge un cigarrillo de encima del escritorio, lo enciende y le da una calada profunda y larga.

—¿Y bien?

Respiro hondo por la nariz y, sin perder mi pose chulesca y burlona, esbozo la sonrisa más falsa que he usado nunca.

—¿Alimentas así a todos tus empleados? —Me aparto de la pared y camino hacia él, negando con la cabeza—. Debe ser agotador. Apuesto a que te desmayas un par de veces solo con el desayuno.

Antes de que pueda adivinar su siguiente movimiento, lo tengo justo delante de mí, su mano se aferra a mi nuca y me acerca a su rostro con violencia.

—¿Quieres hacer alguna broma más? —sisea contra mis labios—. Podría obligarte a chupármela igual que Sabina, ¿sabes? Tal vez así te borre esa maldita sonrisa de la cara.

—No te equivoques, Alex. Solo soy una perra con quien yo lo decido. —Agarro su muñeca y, con un movimiento rápido de cabeza, consigo liberarme. Retrocedo un par de pasos y vuelvo a sonreír de manera cínica—. Además, yo lo haría mucho mejor que ella.

Su rostro se contrae de pura rabia y aprieta los puños a ambos lados de su cuerpo.

—A trabajar —sisea.

—Por supuesto. Tengo un montón de mierda esperando a que la limpie. —Doy media vuelta y empiezo a caminar hacia la puerta—. Ve a dormir, Alex. Te vendrá bien.

—¡Que te largues de una puta vez, joder! —brama, y escucho como varios objetos se estrellan contra el suelo justo cuando salgo de la estancia y cierro la puerta a mi espalda.

Una vez fuera, cierro los ojos con fuerza y ahogo un grito de rabia en la palma de mi mano.

Respiro de manera irregular y tengo tantas ganas de matar a Alex… Oh, y a la reina también. Me encantaría meterlos a ambos en la chimenea que yo misma dejé tan reluciente, regarlos con gasolina y, así, juntitos y abrazados, lanzarles una cerilla.

—¿Estás bien? —La voz de Rai me sobresalta.

Enseguida me recompongo y vuelvo a poner en su lugar la máscara de indiferencia que tanto me he esforzado en construir. Tomo una respiración profunda y asiento.

—Perfecta. Tengo trabajo que hacer.

—Dora te está esperando fuera. Vamos. —Hace un gesto con su cabeza y asiento, empezando a caminar.

Tengo que buscar la forma de salir de este lugar cuanto antes. No creo que pueda volver a soportar una escena más como la que acabo de presenciar sin cometer alguna locura.



Capítulo 23

Alex

Hace dos días que no veo a Angy. He evitado ir a buscarla a su habitación, el establo o cualquier otro lugar donde se encuentre. Lo del despacho con Sabina fue un tremendo error. Quise castigarla, obligarla a verme con otra, pero yo fui el que salió peor parado. Ya debería saber que las decisiones que tomo estando borracho y colocado nunca son buenas. Ni siquiera se inmutó. Yo estaba furioso, lleno de rabia y resentimiento, y ella parecía como si no le afectase nada verme con otra. Lo he pensado mucho. Si la situación fuese al revés, si un hombre la tocara y… ¡Santo Cristo, no podría soportarlo! Los mataría a ambos. Por lo tanto, después de pasar años renegando de esa idea, no me queda más remedio que admitir que aún sigo sintiendo algo por Angy. Ni siquiera su engaño y su traición han podido cambiar mis sentimientos. La odio, sí, pero una parte de mí la sigue amando.

Darme cuenta de ello me ha obligado a tomar las riendas de la situación. Ayer mismo llevé al laboratorio las muestras de saliva mías y del mocoso. En el plazo máximo de un mes tendré los resultados, y entonces me tocará tomar una nueva decisión. Si el crío es mío, mataré a Angy y la sacaré de mi sistema de una vez por todas. Y si no lo es… ¡Mierda, no tengo ni idea de lo que voy a hacer si resulta no ser mi hijo! Algo se me ocurrirá. Dispongo de unas cuantas semanas para pensarlo con tranquilidad. Lo que tengo claro es que no pinta nada bien para ella. Sea cual sea el resultado de esos análisis, su vida ha terminado.

Suspiro, mirando por la ventanilla; al menos, no todo va tan mal en mi vida. He logrado concertar una reunión con Vargas. En los últimos dos días no he dejado de trabajar. Tengo el

doble de hombres a mi disposición, y al fin parece que el cártel vuelve a ser lo que era. Solo necesito que nuestros socios nos devuelvan su confianza, empezando por Vargas. El plazo para la entrega de la mercancía en Estados Unidos ya casi se ha agotado. Si no consigo convencerlo de que me suministre la droga, tendré que pedirle ayuda a Gabriel, y eso… Bueno, eso es una mierda.

—¿Estás listo? —pregunta Rai, sacándome de mis pensamientos.

Inspiro profundo y asiento. Llevo un par de días medianamente sobrio. Necesito estarlo para afrontar lo que viene. Solo un mes más y todo habrá acabado. Sé que después me derrumbaré. Al fin y al cabo, me va a tocar afrontar el duelo por la pérdida de la única mujer que he amado nunca. Ni siquiera sé qué es lo que voy a sentir cuando acabe con ella. ¿Será peor que el día en que la saqué de mi vida? No soy capaz de recordar un instante de mi vida que me sintiera peor. Me destruyó por completo y, aún hoy, no he sido capaz de recuperarme.

El todoterreno se detiene frente a la puerta del hotel más grande de Nuevo Nogales y no tardamos en salir. En la provincia de Sonora no tenemos necesidad de escondernos. La Policía nos ignora, por su propio bien y el de sus políticos. Las campañas son financiadas con dinero del cártel. Mi padre hizo muchas cosas mal, pero siempre supo cómo mantener a sus perros bien encadenados. Rai y yo caminamos a la par por la recepción del hotel. Un grupo de seis hombres armados nos siguen de cerca. Nos dirigimos al restaurante donde Vargas y sus escoltas ya nos esperan. No hay nadie más aparte de ellos en todo el salón.

—Eres una persona escurridiza —digo mientras extiendo mi mano a modo de saludo.

El viejo sonríe y me da un apretón antes de indicarme con un gesto que tome asiento al otro lado de la mesa. Me aseguro de que la culata de la pistola que llevo en la cintura sea visible antes de acomodarme. No quiero sorpresas. Rai se queda en pie a mi derecha.

—Alex Urriaga, has sido insistente. ¿En qué puedo ayudarte? —Se sirve un tequila y hace lo mismo conmigo.

—Ya sabes lo que quiero. Teníamos un trato, Vargas. Necesito esa mercancía.

Tras beber su vaso de un solo trago, sonríe de manera cortés y coloca los codos sobre la superficie de la mesa.

—Mi trato era con tu padre, no contigo. El cártel de Sonora ya no existe, por lo tanto, ese negocio ha sido anulado.

—¿Quién lo dice? —Me acomodo en la silla, abriendo las piernas, y esbozo una sonrisa burlona—. Como comprenderás, no puedo fallar en mis entregas. Tengo un compromiso con mis clientes. Los Urriaga siempre cumplimos con nuestra palabra.

—Ya, bueno, pero ya no es un Urriaga el que está al mando, ¿verdad? —Se endereza y frunce el ceño—. Seamos claros. No vengas aquí pretendiendo ser el jefe cuando, en realidad, es tu hermano pequeño el que tiene el poder. Das palos de ciego, muchacho.

«Hijo de puta». Sé lo que intenta. Quiere hacerme ver como uno más de los perros de Gabriel.

—Creo que te equivocas —siseo, intentando mantener la calma—. Zarco y el Clan Z operan al otro lado de la frontera. Aquí, el que da las órdenes soy yo. Voy a darte la razón en algo, el cártel de Sonora es historia, pero su infraestructura me pertenece y está funcionando a pleno rendimiento.

—¿Seguro? No es eso lo que he escuchado. —Por la forma en la que sonríe, sé que hay algo que no me está contando.

—Está claro que no has sido bien informado. Nada ha cambiado. Seguimos siendo los mismos, solo que con un pequeño ajuste en la dirección de la organización.

—Y, según tengo entendido, sin sus fondos también, ¿no es así? —Supongo que no soy capaz de disimular mi sorpresa. Vargas suelta una carcajada y niega con la cabeza—. No tienes nada, chico. Dependes de las migajas que tu hermano quiera darte, y yo no estoy dispuesto a arriesgar mi negocio ante tanto descontrol e incertidumbre. Solo trato con el hombre al mando, y no lo veo por aquí.

Me inclino hacia delante con la mandíbula tensa y los puños apretados. Solo hay una manera de que Vargas se haya enterado de que no controlo los fondos del cártel: Samuel Sandoval está metido en esto.

—¿Dónde está? —siseo entre dientes.

—Supongo que te refieres a mi nuevo socio, alguien que sí puede cumplir lo que promete. —Levanta una mano y sus hombres se apartan enseguida para dejar paso a uno de los mayores hijos de puta que he conocido nunca—. Las presentaciones sobran, ¿verdad?

—Samu —murmuro.

Me pongo en pie, y con un movimiento rápido, saco mi pistola y le apunto a la cabeza. El ruido metálico de las armas preparándose para disparar se hace eco en el restaurante.

—No es muy buena idea —dice Samuel, sonriendo.

—¿Qué mierda pretendes? Vas a acabar en el mismo agujero que tu padre, eso te lo aseguro.

—Aún está vivo, ¿verdad? —No respondo. Él vuelve a sonreír—. Claro que sí. Lo necesitáis para encontrar el dinero que yo tengo.

—El dinero que te robaste —puntualizo. Miro a Vargas de reojo sin dejar de apuntar a Samu—. ¿Este es el socio que quieres? Te traicionará en cuanto te descuides.

—Lo dice el hombre que mató a su propio padre para quedarse con su negocio —se burla Samu—. Alex, las cosas no tienen por qué ser así. Estamos del mismo lado. Hemos crecido juntos, tenemos las mismas aspiraciones. Únete a mí, entrégame lo que queda del cártel e iremos juntos a por tu hermano.

—Quieres ir a buscar a tu padre, ¿verdad? —Esbozo una sonrisa burlona y niego con la cabeza—. No podrás hacerlo. En cuanto pongas un pie en el territorio del Clan Z, te matarán.

—Por eso estás tú aquí. Quiero que tengas la oportunidad de recuperar lo que te robaron. Se supone que ibas a liderar el cártel en ausencia de tu padre y, ¿dónde has acabado? Mírate, Alex. Eres el perro de Gabriel. —Amartillo la pistola y escucho a Rai maldecir en voz baja—. Piénsalo. Yo tengo el dinero y tú los medios. Cuando acabemos con tu hermano y sus amiguitos, nos repartiremos el negocio. Tú a este lado de la frontera, donde siempre has querido estar, y yo…

—¿En serio crees que vas a arrebatarle a mi hermano todo lo que ha construido? Tiene socios muy importantes y poderosos.

—La Bratva —dice Vargas—. ¿Por qué crees que accedí a este encuentro? No pretendo inmiscuirme en una guerra interna, pero meterme en el negocio con los rusos es un aliciente demasiado tentador.

¡Hijos de puta! Entonces ese es el plan. Samuel pretende matar a mi hermano, quedarse con su negocio y los contactos rusos y Vargas lo ayuda porque sabe que eso le beneficia.

—También puedo matarte ahora y terminar con esta tontería de una vez —mascullo entre dientes.

—Alex, no saldremos vivos de aquí —susurra Rai, inclinándose hacia mí para que solo yo pueda escucharlo.

Echo un vistazo alrededor. Ellos tienen un par de hombre más, pero tanto Vargas como Samuel aún no han sacado sus pistolas. Eso nos da un poco de ventaja. Sin embargo, Rai tiene razón, es poco probable que salgamos ilesos de un enfrentamiento tan directo.

—Mi respuesta es no —digo, alzando la voz.

Samu vuelve a sonreír y se encoge de hombros.

—Dejaré que te lo pienses unos días. Si cambias de opinión, contacta con Vargas y volveremos a encontrarnos.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces sabré que has escogido el bando equivocado y serás tratado igual que… ¿Zarco? ¿Ahora se llama así? —Sonríe y niega con la cabeza—. Estoy deseando ir a visitarlo y encontrarme con mi hermanita. Hace muchos años que no la veo.

—Alex, hay que irse —susurra Rai.

Le mantengo la mirada a Samu unos segundos más. Me debato entre volarle o no la cabeza. Rai tira de mí hacia atrás y decido posponer este enfrentamiento. Sé que no va a desistir, tampoco quiero que lo haga.

Logramos salir del hotel con bastante facilidad, y al meternos en el vehículo, guardo la pistola y maldigo en voz alta. Ya no solo tengo el problema del corte de suministro, ahora también debo informar a Zarco de lo que acaba de ocurrir. Samuel es un puto psicópata y tiene el apoyo de Vargas.

—Hay que conseguir ese dinero como sea —mascullo, pinzando el puente de mi nariz.

—¿Cómo? —Miro a Rai, y él enseguida sabe qué es lo que estoy pensando—. ¡No me jodas! ¡¿En serio vas a confiar en ella?!

—No, pero sí pienso usarla. Angy puede darnos acceso a esos fondos. Sin él, Samuel no tiene nada.

—¿Informarás a Gabriel?

Asiento y saco mi teléfono del bolsillo. Suena un par de tonos y descuelga.

—¿Beni ya ha llegado? —pregunta nada más descolgar.

—¡¿Qué?! ¡No! ¿A dónde?

—A la finca. Salió para ahí esta mañana. ¿Ha llegado ya?

Bufo con fuerza.

—No lo sé. He estado ocupado reuniéndome con tu amigo Samu.

—¡¿Lo tienes?!

—No, el hijo de puta tiene las espaldas cubiertas. Escucha con atención, no quiero repetirlo.



Capítulo 24

Angy

Termino de lanzar el último fardo de paja y me seco el sudor de la frente con el dorso de la mano. Hoy Dora ha decidido que mis servicios no eran necesarios en la casa, así que me ha tocado trabajar en los establos desde primera hora de la mañana. Me siento agotada y hambrienta.

—Creo que esto es todo. —Gus sale del almacén con la camiseta colgada del hombro y esboza una sonrisa—. ¿Quieres esperar aquí? Alberto no está. Podemos hacer un poco de tiempo para que la bruja no te dé otra tarea.

—Ya casi ha anochecido y creo que Alex no está en la finca. Intentaré colarme en la habitación de Lucas y pasar un rato con él.

—¿Necesitas que te ayude? —Niego con la cabeza y salimos de los establos caminando a la par.

—Vete a casa. Seguro que tus hermanos te estarán esperando.

—Sí, eso haré. —Se detiene y me mira, rascándose la nuca con una mano—. Tú conoces bien a Urriaga, ¿verdad?

—¿Alex? —Asiente—. Desde niña, y tuve la brillante idea de casarme con él. —Me encojo de hombros y él sonríe.

—Necesito enviar a mis hermanos a Estados Unidos. ¿Crees que él pueda ayudarme?

—Le sería muy sencillo, pero no sé si estaría dispuesto a hacerlo. Intercedería por ti, pero creo

que eso solo empeoraría la situación.

—Lo entiendo. No te lo estoy pidiendo. Es solo que… —Resopla y vuelve a rascarse la cabeza.

—¿Ocurre algo, Gus?

—No te preocupes. Ya tienes bastante con lo tuyo. —Fuerza una sonrisa y se despide con la mano—. Nos vemos mañana.

—Claro.

Lo observo mientras se aleja. Gus está siendo un gran apoyo para mí desde que llegué. Sé que, si se lo pidiera, me ayudaría a escapar, y está claro que tiene algún problema grave. Me gustaría poder ayudarlo, pero conociendo a Alex, si llego a mencionarlo siquiera, será suficiente excusa para hacerle la vida imposible al pobre chico. No puedo darle más munición para usar en mi contra, aunque si tengo la oportunidad de hacer algo, lo haré.

Sigo caminando hasta la casa principal. Me siento agotada y, como siempre, mi estómago no deja de quejarse por la falta de alimento. Varios guardias me observan de cerca. No puedo dar ni un solo paso sin que al menos dos pares de ojos se giren en mi dirección. Al llegar a la entrada, tengo la mala suerte de cruzarme con Sabina. Intento pasar de largo, pero ella me lo impide atravesándose en mi camino.

—¿Dónde vas? —pregunta, cruzándose de brazos.

—No te importa. Aparta. —Hago un nuevo intento de esquivarla y de nuevo se interpone en mi camino. Bufo con fuerza—. ¿Qué quieres? ¿Alex aún no te ha dado el biberón hoy? Ve a buscarlo a él y déjame en paz.

—Alex no está, y lo que quiero es hablar contigo. Tienes que irte de aquí.

—Por una vez estamos de acuerdo en algo. Díselo a tu dueño, a ver si a ti te hace caso.

—¿Crees que no sé lo que planeas? Después de lo que le hiciste, ¿cómo te atreves a volver?

Tomo una respiración profunda y me cruzo de brazos.

—Podría darte media docena de razones por las que tu berrinche carece de ningún sentido, empezando por el hecho de que estoy aquí como una prisionera, pero ni siquiera me esforzaré. Piensa lo que quieras.

Esta vez logro acercarme a la puerta, pero ella me sujeta por el brazo.

—Eres una zorra —sisea con rabia.

—Suéltame si no quieres terminar con la cara estampada contra la pared —la amenazo sin alzar la voz.

—Alex es mío.

Sonrío y me deshago de su agarre con un tirón contundente.

—Y, sin embargo, soy yo la que aún lleva su apellido, ¿verdad?

Como ya esperaba, su rostro se convierte en una máscara de furia.

—Va a matarte.

—¿Tú crees? Si hubiese querido hacerlo, ya estaría muerta. ¿Por qué, mejor, no dejas de comportarte como una novia celosa? Al fin y al cabo, aquí la esposa soy yo. Tú solo ocupaste mi puesto durante un tiempo, pero si me provocas, puedo hacer que regreses al lugar al que perteneces. —Me acerco más y clavo mi mirada en la suya—. Con solo una palabra mía estarás

fuera de esta casa, de esta finca e incluso del jodido Estado. Piensa bien si quieres tenerme como enemiga.

—Si Alex no te mata, yo misma lo haré —escupe entre dientes.

Me encojo de hombros y vuelvo a sonreír.

—Adelante. No serías la primera en intentarlo.

—Voy a esperar a que Alex acabe contigo y después me convertiré en la madre que tu bastardo va a necesitar. Pienso torturarlo día tras día. Piensa en ello mientras… —Antes de que pueda terminar la frase, ya la tengo sujeta por el pelo y tiro de él para acercarla aún más a mí.

—Respira cerca de mi hijo y ni siquiera podrán reconocer tu maldito cadáver, hija de puta —siseo con mi rostro a escasos centímetros del suyo.

Está a punto de golpearme cuando un brazo la sujeta por detrás y la arrastra lejos de mí.

—Lárgate —ordena un chico con voz grave y rasgada.

Sabina me mira una vez más, sonríe y niega con la cabeza.

—Ya estás muerta —murmura antes de alejarse en dirección a las cabañas.

—Creo que tienes una enemiga —dice el chico mientras observo como ella se va.

—Ya, estoy acostumbrada. —Me giro para agradecerle su ayuda y entonces lo reconozco. Han pasado muchos años. La última vez que lo vi era solo un niño, pero sus ojos azules, tan parecidos a los de Alex, siguen siendo los mismos, el pelo negro, esos rasgos sutiles y aniñados…—. Beni —susurro.

Esboza media sonrisa y reparo en la cicatriz que cruza su mejilla derecha, desde el ojo hasta la barbilla, es sutil, pero está ahí. Se mueve un poco y veo su brazo, o más bien la falta de él. Sé que lo perdió en el asalto a la finca. Gus me ha hablado de ello.

—Me alegro de verte, Angy —dice.

—Has crecido.

—Sí, unos cuantos centímetros desde el desayuno. —Me repasa con la mirada y frunce el ceño—. Te preguntaría cómo estás, pero tu aspecto es horrible.

—Me siento mucho peor de lo que aparento —comento, encogiéndome de hombros—. ¿Tú cómo estás?

Su mirada se oscurece y aprieta la mandíbula con fuerza. No necesito que me conteste. Está claro que no está llevando demasiado bien lo de perder una extremidad. Supongo que es algo lógico. Solo tiene veintiún años y toda la vida por delante.

—¿Qué has hecho para cabrear tanto a Alex? —pregunta, cambiando de tema.

Tomo una respiración profunda y suelto el moño desordenado para liberar mi cabello, que, por supuesto, está sucio y húmedo por el sudor.

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo. Lo estoy esperando.

Escuchamos como un todoterreno se acerca a toda velocidad. Enseguida se detiene frente a la entrada y Rai y Alex salen de su interior a toda prisa.

—Bueno, no vas a tener que esperarlo más. Ahí lo tienes —mascullo.

Se coloca a mi lado y hace una mueca con los labios.

—No parece de buen humor —murmura.

—¿Alguna vez lo está? —Nos miramos y ambos sonreímos justo cuando Alex llega a nuestro lado.

Ni siquiera me mira. Solo se detiene frente a su hermano pequeño y bufa con fuerza.

—¿Los documentos? —inquiere en tono autoritario.

Pongo los ojos en blanco. Hay cosas que nunca cambian. Alex sigue teniendo la sensibilidad emocional equivalente a un martillo neumático. No es solo la forma en que me trata a mí. Beni es su hermano y, con solo cruzar un par de frases con él, me he dado cuenta de que no está bien. Él ni siquiera es capaz de saludarlo como es debido.

—Dentro —responde sin inmutarse.

—Bien. Vamos a mi despacho. —Pasa de largo y Rai y Beni lo siguen, pero aún no ha entrado en la casa cuando vuelve a girarse y me taladra con la mirada—. Tú también.

—¿Yo? —pregunto sorprendida.

—Ya me has escuchado —sisea cabreado.

Se marcha, y Rai se queda rezagado, supongo que para asegurarse de que obedezco.

—¿Qué bicho le ha picado a este?

—Angy, no lo provoques. Está teniendo un día de mierda.

—Yo llevo ya unos cuantos desde que me encerró aquí y no por eso me comporto como una imbécil —replico.

Rai suspira y niega con la cabeza.

—Vamos antes de que se enfade aún más.



Capítulo 25

Alex

Tras entrar en el despacho, espero a que Rai, Beni y Angy tomen asiento mientras reviso los documentos que me ha enviado Gabriel. Todo son números y códigos de transacciones que no logro entender. Cierro la carpeta y la lanzo sobre la mesa, justo delante de Angy.

—Échale un vistazo —ordeno.

Parece querer replicar, pero una sola mirada es suficiente para que cambie de idea. Ahora mismo no tengo ganas de que suelte alguna de sus tonterías. Odio tener que depender de ella para algo tan importante, pero tampoco tengo otra opción. Tras respirar hondo, abre la carpeta y empieza a ojear los documentos con atención. Pasan varios minutos en los que todos permanecemos en silencio, observándola.

—Extractos bancarios, transacciones de cambio de divisa… Hay una fortuna aquí, pero no entiendo por qué me lo enseñas.

Me pinzo el puente de la nariz e inspiro profundo para intentar tranquilizarme.

—Vas a hacerte con el control de esas cuentas.

—¿Voy a hacerlo? —susurra, estrechando su mirada sobre mí.

—Sí.

Una de sus comisuras se estira y arquea una ceja sin dejar de mirarme.

—Son los fondos del cártel, ¿verdad? Vuestro padre no os dejó el acceso al dinero y quieres

recuperarlo.

Siempre ha sido demasiado lista para su propio bien. Eso es algo que me encan… Me encantaba de ella.

—Lo que yo quiera o necesite no es asunto tuyo. Solo debe importarte cumplir mis órdenes, y esas son recuperar el dinero. ¿Puedes hacerlo? Contesta con sí o no.

Vuelve a ojear los documentos unos segundos y después se recuesta en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Por supuesto que puedo, pero no será sencillo. Va a llevar tiempo.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Estamos hablando de burlar la seguridad de varios bancos situados en Suiza, Hong Kong, Armenia, Costa Rica y media docena de paraísos fiscales más. Necesito tiempo y… —Su sonrisa se expande—. También algunos alicientes.

Cómo no. Eso ya lo esperaba. Va a intentar negociar por su libertad.

—¿Te parece un buen aliciente no acabar en el sótano encadenada a una pared?

—Alex… —empieza a decir Beni, pero enseguida lo hago callar.

—Tú no te metas —ordeno.

Angy me mantiene la mirada y se encoge de hombros.

—Tus amenazas no van a funcionar. Quieres algo que yo puedo darte, solo tienes que pedirlo con educación. Un poco de cariño tampoco estaría mal.

—Ni siquiera pienses que voy a liberarte.

—Contaba con ello, pero sí puedes hacer que mi estancia aquí resulte algo más cómoda.

Tomo asiento en mi sillón y pongo los codos sobre la mesa sin dejar de mirarla a los ojos. No pierdo nada con acceder a alguna de sus peticiones. De todas formas, pienso matarla.

—Muy bien, negociemos. ¿Qué es lo que quieres?

Un brillo travieso ilumina sus ojos. Se inclina hacia delante.

—Para empezar, quiero dormir con mi hijo todas las noches.

—No —respondo tajante.

No soy imbécil. Si hasta ahora no ha intentado huir es porque la mantengo separada del mocoso. Sin él no se va a ningún lado. Esa es mi mejor arma para mantenerla controlada.

—Alex, cariño, se supone que estamos negociando —comenta en tono burlón.

Aprieto la mandíbula y resoplo con fuerza por la nariz.

—No vuelvas a llamarme así, y la respuesta sigue siendo no.

—Tres noches por semana.

—Ninguna noche. Dejaré que lo veas con vigilancia tres veces al día, y esa es mi última oferta.

—Aún no he terminado —dice cuando estoy a punto de ponerme en pie.

—No tientes tu suerte, Angy —siseo entre dientes—. A partir de mañana estarás encerrada en este despacho de la mañana a la noche. Solo saldrás para comer una vez al día y tres visitas de una hora al mocoso.

—Dos comidas al día —replica—. No puedo concentrarme en algo tan importante con el

estómago rugiendo de hambre y sin apenas fuerzas.

—Está bien. Dos comidas. ¿Algo más?

—Sí, lo haré en el comedor principal, sentada a la mesa como el ser humano que sigo siendo. —Asiento y me pongo en pie—. Y otra cosa… —gruño, girándome para mirarla—. Quiero que sea tu puta la que me sirva la comida.

No necesito preguntar. Sé que se refiere a Sabina. Arqueo una ceja y se me escapa la sonrisa. Parece que al final mi escena del otro día no le fue tan indiferente.

—¿Por algún motivo en particular? —inquiero, ladeando la cabeza.

Se encoge de hombros y niega con la cabeza.

—Eso es asunto mío. ¿Hay trato o no?

—Hay trato. Ahora lárgate de aquí. Apestas a mierda.

Se levanta y acomoda su melena castaña sobre el hombro antes de esbozar una sonrisa de oreja a oreja.

—Nos vemos por la mañana, cariño. Vamos a pasarlo muy bien aquí los dos juntitos, ya verás.

Da media vuelta y, tras despedirse moviendo los dedos en el aire, sale del despacho contoneando las caderas.

—Asegúrate de encerrarla en su dormitorio —le ordeno a Rai. Él cabecea. Sé que no está de acuerdo con esto. No confía en Angy, y yo tampoco, pero ahora mismo ella es la mejor opción para recuperar ese dinero.

En cuanto nos quedamos a solas, Beni se acerca. Puedo notar su mirada acusatoria sobre mí. Resoplo y me dejo caer de nuevo en mi sillón.

—¿Gabriel te envía para echarme una regañina? —pregunto mientras enciendo un cigarrillo.

—No necesito a Zarco. Puedo ver por mí mismo lo idiota que eres.

Alzo la cabeza con el ceño fruncido.

—Ten cuidado con tus palabras. Sigo siendo tu hermano mayor. Si no me respetas por las buenas, haré que lo hagas por las malas.

—¿Igual que estás haciendo con Angy? Es tu mujer, Alex.

—Eso no es asunto tuyo, y acabas de decirlo, es mi mujer, yo decido cómo debo tratarla. Mejor aún, regresa a casa, corre a esconderte tras las piernas de Gabriel.

—¿Me estás echando, hermano? —Alza la barbilla de manera desafiante—. Te recuerdo que un cuarto de todo esto me pertenece. Tú no eres el único hijo de Urriaga. Zarco, Maya y yo tenemos tanto derecho a estar aquí como tú.

Contengo una sonrisa. Al menos está demostrando tener pelotas al enfrentarse a mí. Aunque jamás lo diré en voz alta, eso es algo que me hace sentir orgulloso de mi hermano pequeño.

—Muy bien. Quédate si quieres, pero no te metas en mis asuntos.

Mira alrededor esbozando media sonrisa.

—No pensaba hacerlo, pero ya que me estás invitando, creo que estará bien pasar una temporada… ¿Cómo dijiste? Oh… Sí, lejos de las piernas de Zarco.

—No te quiero cerca de Angy ni del mocoso. Lo que pase con ellos solo es asunto mío —le advierto.

Alza su mano en el aire y niega con la cabeza.
—Ni siquiera notarás mi presencia, hermanito.



Capítulo 26

Angy

Espero a que Rai pruebe mi desayuno y el de Lucas antes de sonreír en dirección a la Reina de manera burlona. Hace ya tres semanas que es ella quien se encarga de servirme la comida y, por supuesto, no me fio. A Rai le extrañó la primera vez que le pedí que comiera el primer bocado de mi plato, ahora ya está acostumbrado. La amenaza de una mujer despechada no es algo que deba ser tomado a la ligera. Sé que podría haber evitado ese conflicto, pero ella se lo buscó. Mi intención era ignorarla, sin embargo, la muy perra tuvo que mencionar a mi hijo.

—¿Y no puedo ir a jugar con los caballos? —pregunta Lucas con la boca llena.

Pincho mis huevos revueltos y niego con la cabeza.

—No puede ser, Vaquero.

Resopla con fuerza y aparta su plato para hacer énfasis en su cabreo.

—¡Me aburro, mamá! Jacinta no juega conmigo y siempre estoy solo encerrado en mi habitación.

Suspiro, y estoy a punto de contestar cuando Beni entra en el comedor. Como cada mañana, tiene un aspecto horrible. Al principio no entendí por qué motivo decidió quedarse aquí en vez de regresar a Estados Unidos con Gabriel y los demás. Entonces me di cuenta de que en esta casa tiene algo que le falta en su hogar: Fiesta. Se ha aficionado a pasar las noches en el sótano con Rai y unos cuantos hombres más. Me enteré por escucharlos comentar lo bien que lo pasan durante el desayuno.

—Buenos días —murmuro con una ceja arqueada.

Beni gruñe una especie de saludo mientras toma asiento y después se dedica a comer en silencio. Le lleva más tiempo que al resto de nosotros, ya que no termina de agarrar bien el tenedor con la mano izquierda, además, no creo que la resaca le ayude demasiado.

Enseguida aparece Alex y se sienta en el cabecero de la mesa sin ni siquiera decir una palabra. Espera a que Dora le sirva el desayuno y echa pequeños vistazos en dirección a su hermano. La primera mañana fue a buscarlo a la cama al ver que no aparecía en el comedor. Le dejó claro delante de todo el mundo que aquí no estaba de vacaciones. Puede hacer lo que quiera por las noches, pero durante las horas de sol debe trabajar igual que los demás.

—Entonces, los caballos…

—Lucas, no puedes ir solo a los establos —lo corto tras exhalar con fuerza—. Si Jacinta no quiere llevarte, tendrás que quedarte en tu habitación.

—¡Es aburrido! —se queja de nuevo.

Aparto mi plato vacío y echo la silla hacia atrás. Le hago un gesto con la cabeza y él enseguida trepa a mi regazo y deja que lo abrace.

—Ya lo sé, Vaquero —susurro, besando su pelo negro.

—Termina de desayunar y esta tarde tu madre irá contigo a los establos —dice Alex, atrayendo la atención de todos los presentes. No alza la mirada de su plato mientras sigue hablando—. Ahora mismo, Mocoso.

Lucas enseguida vuelve a su lugar y empieza a comer a toda prisa. Beni lo mira y esboza una sonrisa divertida.

—Despacio, chico. Te vas a atragantar. —Alex carraspea y Beni resopla antes de seguir comiendo.

Sé que le ha prohibido hablar o ver a Lucas y a mí más de los estrictamente necesario. En momentos como este soy consciente de que, a pesar de comer en esta mesa y dormir bajo este techo, este ya no es mi hogar. Sigo siendo una prisionera, el tintineo de las esposas cada vez que muevo la mano derecha se encarga de recordármelo. Todas las noches Rai viene a mi dormitorio a esposarme al cabecero de la cama, y por la mañana me libera. El único momento normal es el desayuno, después Alex me encierra en su despacho. Me deja allí y se marcha. Casi nunca está presente mientras trabajo intentando acceder a las cuentas que quiere que le consiga.

—¿Has terminado? —pregunta en tono autoritario.

Asiento y me pongo en pie sin necesidad de que él me lo ordene. Me inclino junto a Lucas y beso su mejilla un par de veces.

—Nos vemos después, Vaquero. Pórtate bien y haz caso a Jacinta.

—¿Cuándo vamos a ir a los establos?

—Cuando yo lo diga —responde Alex, y hace un gesto con la cabeza para indicarme que empiece a caminar.

Tenso la espalda, alzo la barbilla y me adelanto. Al pasar junto a Sabina, que a petición mía es obligada a quedarse de pie junto a la mesa por si necesito que me traiga algo, esbozo una sonrisa de suficiencia y me despido moviendo los dedos en el aire. Aprieta con fuerza los puños y su boca se convierte en una línea fina de rabia.

—Cada día me cae mejor tu puta —digo mientras nos adentramos en el pasillo en dirección al

despacho.

—Sigue con esa fantasía de dueña y señora de esta casa si eso te hace feliz —masculla Alex, y se adelanta para abrir la puerta.

Se hace a un lado y espera a que yo pase al interior. Ignoro su pulla y rodeo la mesa de madera maciza. Tomo asiento en el sillón de respaldo alto antes de encender el ordenador. La puerta se cierra y, al alzar la mirada, descubro que ya estoy sola.

—Adiós a ti también —murmuro para mí, poniendo los ojos en blanco.

Paso toda la mañana enfrascada en códigos, algoritmos y codificaciones. Logro crear varios clones de bancas *online* donde está ubicado parte del dinero. Rai viene a buscarme después de mediodía. Paso una hora con Lucas, jugando en su dormitorio antes de que me lleve de vuelta al despacho. La tarde es más fructífera de lo que esperaba. Al fin consigo acceder a una de las cuentas, no obstante, decido no mover ni un solo centavo. Hacerlo sería darle a Samuel una razón para blindar todo lo demás. No, mi intención es hacerme con el control de todas las cuentas y solo entonces transferir los fondos a un lugar seguro. Además, necesito ganar más tiempo mientras trazo mi plan de huida. Ahora es más sencillo. Al no pasar tanto tiempo en los establos, puedo concentrarme en lo que de verdad importa: escapar.

Rai se está descuidando y los guardias que vigilan mi puerta cada noche empiezan a cansarse de que no pase nunca nada. La sorpresa es mi mejor baza. Solo necesito una oportunidad, un pequeño descuido y seré libre.

La puerta del despacho se abre justo cuando un pequeño pitido me alerta de que una segunda cuenta ha sido activada. Apunto a toda prisa las credenciales de acceso en una libreta repleta de números al azar que solo yo puedo descifrar.

—Llegas pronto —murmuro sin levantar la vista.

—¿Ahora se supone que debo darte explicaciones?

Mis dedos se detienen sobre el teclado al reconocer la voz de Alex. Lo miro, frunciendo el ceño.

—Creí que eras Rai, que venía a por mí.

—Pues no lo soy. ¿Cómo lo llevas? Han pasado tres malditas semanas. Espero que tengas algo.

«Mierda». Lo que menos me conviene es que se entere de los avances que estoy haciendo.

—Te dije que llevaría tiempo, y la conexión a internet de la finca sigue siendo una puta mierda —replico.

Bufa con fuerza y se pinza el puente de la nariz con el dedo índice y pulgar.

—Estás agotando mi paciencia, Angy. —Clava su mirada en la mía—. Si me entero de que intentas jugármela, te aseguro que no será agradable.

Arqueo una ceja y me pongo en pie con lentitud. Necesito convencerlo de que lo que estoy haciendo es importante para que no me mande de vuelta a los establos. Hago que la silla gire, y con un gesto de mi mano lo invito a sentarse.

—Por favor —pido al ver que no hace ademán de moverse.

Vuelve a bufar y, tras acercarse, se deja caer en el asiento.

—¿Qué quieres demostrar con esto? —inquiere.

Me coloco a su espalda y muevo el respaldo para que Alex quede de frente a la mesa. Solo

hay números y códigos fuente por toda la pantalla.

—¿Entiendes algo? —pregunto.

Entrecierra los ojos y observa con atención, pero enseguida se echa hacia atrás y niega con la cabeza.

—¡Solo son números y palabras sin sentido, joder! —sisea entre dientes.

—Para ti es solo eso, yo, sin embargo, sé perfectamente lo que hago. —Me coloco a su lado y me inclino hacia delante para mover el ratón sobre la superficie de la mesa. Con solo un par de clics, la imagen de la pantalla cambia. Se puede ver la web de un banco costarricense—. Esto es un clon exacto de la banca *online* donde está gran parte del dinero. —Abro el programa espía que yo misma he diseñado durante estas últimas semanas y una serie de nombres de usuario y contraseñas comienzan a aparecer de la nada—. Esto son los usuarios del banco ingresando sus credenciales. En cuanto Samuel entre, me haré con el control de la cuenta. Así que la respuesta es no. No estoy intentando jugártela. Solo hago el trabajo que me has ordenado, pero lleva tiempo y esfuerzo.

Me estiro un poco más y entonces noto su respiración muy cerca de mi cuello. Me quedo inmóvil y un escalofrío recorre mi columna. Alex exhala con fuerza y su aliento caliente baña mi piel. Trago saliva con dificultad y cierro los ojos al sentir la punta de su nariz rozando mi pelo y después mi oreja. Me está oliendo, y a mi maldito y traicionero cuerpo no se le ocurre nada mejor que hacer que elevar su propia temperatura. Giro la cabeza despacio y conteniendo la respiración. Mi rostro está tan cerca del suyo que con solo moverme un par de centímetros… «Mierda». Por más que pase el tiempo, por mucho que intente odiarlo por la forma en que me trata, Alex sigue siendo Alex, el dueño y señor de cada minúscula parte de mi ser. Es una reverenda putada, pero ya hace muchos años que dejé de fingir que hay algo que pueda hacer para evitarlo.

—Si quieres besarme, hazlo de una vez —susurro, mirando sus ojos.

Hay un silencio. Su mirada encendida va a parar a mis labios y su pecho sube y baja con violencia. Puedo intuir la lucha que se está librando en su interior. Una parte de él me odia, y con razón, pero la otra, esa salvaje y descontrolada que siempre se doblegaba ante mis deseos, esa sigue ahí, rugiendo, peleando para tomar el control.

Alex suelta una enorme y audible exhalación y cierra los ojos. Debería dejar que se aleje, sería lo más acertado para mí y mi propia seguridad, pero no soy capaz de contener el impulso que me lleva a sujetarlo por la barbilla y pegar mis labios a los suyos.

Capítulo 27

Alex

Estoy cediendo. Soy plenamente consciente del error que cometo, pero su sabor, su aroma, esa forma en la que ladea la cabeza para darme más acceso a su boca… ¡Maldita sea, me está volviendo loco! Sigue siendo mi ángel demoníaco, dulce y apasionada, cariñosa y traviesa. ¿Cómo se supone que voy a resistirme a ella? Llevo evitando que esto ocurra desde que la traje a la finca. Ya casi ha acabado. En unos días tendré los resultados de las pruebas de ADN, y en cuanto consiga el control de las cuentas… «Voy a matarla, joder». Ese pensamiento va acompañado por un gemido involuntario que sube por mi garganta cuando sus dientes aprisionan mi labio inferior.

La sujeto con fuerza por la nuca y hundo mi lengua en su boca con violencia. Tal vez esta sea mi última oportunidad de tenerla. Cuando no esté, voy a necesitar aferrarme a todos nuestros recuerdos juntos, imágenes de momentos como este, en el que solo somos ella y yo, dejando que nuestros cuerpos tomen lo que desean sin restricciones.

Con un movimiento rápido y brusco me pongo de pie, la sujeto por la cintura y pego su cuerpo al mío. Uno de sus muslos roza mi ya abultada erección y contengo un nuevo gemido. Su boca abandona la mía en busca de aire, y aprovecho para morder la piel de su cuello, sigo descendiendo hasta su escote con la boca al mismo tiempo que mis manos recorren sus costados arrastrando su camiseta hacia arriba. La mía también se desliza. Solo me aparto un poco para que pueda quitármela por la cabeza y regreso a su cuello.

—Alex —su gemido reverbera en mi mente como una maldita campana.

Hace cinco años habría dado toda mi vida, cada parte de mí por escuchar ese sonido mañana, tarde y noche. Vivía para ello, y ahora… Es demasiado doloroso.

—Cállate —siseo entre dientes.

Sacudo la cabeza y la empujo con fuerza contra la mesa. Todo lo que hay sobre la superficie de madera se tambalea, algo incluso llega a caer al suelo, pero no me preocupo en saber qué es. Le quito la camiseta y vuelvo a bajar mi rostro para mordisquear la parte superior de sus pechos. Una de sus manos acaricia mi abdomen, toca mi piel como si intentara atravesarla. Su otra mano va a parar a mi entrepierna, siento como agarra mi polla, ya dura como el jodido hormigón. Clavo los dientes en su hombro y un quejido ronco se hace eco en el despacho. Esto es lo que le gusta. Entre nosotros nunca hubo sexo dulce y tierno. Siempre hemos follado como animales, dándolo todo, dejándonos la piel y la carne.

—Aún lo conservas —susurra sin aliento.

Tardo unos segundos en ser consciente de a qué se refiere. Entonces, al bajar la mirada, compruebo que está sujetando el anillo que llevo colgado al cuello de una fina cadena plateada,

mi anillo de bodas. Aparto su mano antes de volver a empujarla para clavar su cuerpo contra la mesa.

—He dicho que te calles —mascullo con la mandíbula apretada.

Sujeto su rostro con ambas manos mientras ella desabrocha mi cinturón. Me atrevo a mirarla, una llama ardiente de pasión y deseo brilla en sus ojos. Lamo sus labios de forma sucia y lasciva, repasando con la lengua cada comisura. Noto como su mano se adentra en mis pantalones, ese primer contacto de su piel contra la mía es más de lo que soy capaz de soportar. Gruño y vuelvo a besarla. La alzo por la cintura para dejarla sentada en el borde de la mesa y desabrocho su sujetador.

Me debato entre seguir bebiendo de su jodida saliva o apartarme para ver sus pechos. Gana lo segundo. Me alejo, solo unos centímetros, con la respiración acelerada y el corazón latiendo a toda velocidad. Sujeto sus senos con ambas manos mientras ella sigue masturbándome con movimientos cada vez más rápidos.

—Alex —gime sin aliento—. Joder, ven aquí.

Intenta besarme de nuevo, pero niego con la cabeza y la empujo despacio. Aparto su mano de mi polla y deslizo la lengua por el centro de su pecho hasta llegar a su ombligo. Sigo descendiendo. Todo su cuerpo se estremece cuando hundo mi nariz en su sexo, aún cubierto por los pantalones, e inhalo con fuerza. Huele a mujer, a excitación, a Angy, a mi jodida perdición. Doy un pequeño mordisco y ella vuelve a jadear.

—Voy a follarte como la perra que eres —gruño de nuevo, y la bajo de la mesa. La giro rápido y restriego mi polla en su culo mientras muerdo sus hombros y amaso sus pechos con violencia—. Vas a suplicar perdón, Ángela. Haré que lo grites mientras te corres.

—¡Joder, sí!—su exclamación es ahogada por el sonido de mi mano estrellándose contra su trasero.

Se deja caer hacia delante, tirando más cosas de la mesa. Llevo mis manos a la cinturilla de su pantalón y comienzo a desabrocharlo mientras lamo y mordisqueo la parte superior de su espalda, sin embargo, una mancha oscura en la zona lumbar me llama la atención. Me aparto un poco y lo veo, mi nombre tatuado en su piel.

Me detengo de golpe y todo mi cuerpo se queda paralizado. Los recuerdos sacuden mi mente, imágenes de ese mismo tatuaje, de unas manos sosteniéndola por la cintura igual que yo lo estoy haciendo ahora, solo que entonces las manos no eran mías. Cierro los ojos con fuerza y tomo una respiración profunda. La excitación y el deseo no tardan en ser sustituidos por ira. Aprieto la mandíbula e intento borrar esas imágenes de mi mente, las mismas que lograron destruirme hace cinco años, las pruebas de su traición.

—Hija de puta —siseo, y retrocedo negando con la cabeza.

—Alex, ¿qué ocurre? —Angy se da la vuelta, con los pechos desnudos y la respiración acelerada.

Me guardo la polla en el interior de los pantalones y tardo solo unos segundos en recuperar mi camiseta y ponérmela.

—¡Vístete! —bramo, lanzándole su propia ropa a la cara.

—¡¿Se puede saber qué mierda te pasa?! —Se pone la camiseta sin ropa interior y la escucho maldecir mientras yo intento recuperar el control de mis emociones—. Alex, te estoy hablando.

—¡Cierra la puta boca! —grito, dando un paso amenazante en su dirección.

Aprieto los puños y respiro con violencia por la boca. Ahora mismo sería capaz de matarla con mis propias manos. No puedo dejar de verla ahí, tumbada, el tatuaje, las manos desconocidas, cómo ese hijo de puta arremetía hacia delante y el sonido… ¡Santo Cristo, el sonido de sus caderas estrellándose contra el trasero de ella es el detonante de mis jodidas pesadillas en los últimos cinco años!

—Alex, dime qué está pasando —su voz es solo un susurro.

Sacudo la cabeza de un lado a otro con violencia y exhalo una gran bocanada antes de volver a mirarla. Sea lo que sea que ve en mi rostro es lo bastante malo como para retroceder, y hace bien porque no creo ser capaz de controlarme si llega a ponerme un dedo encima. Salgo casi corriendo hacia la puerta, la abro de un tirón y empiezo a llamar a Rai a gritos. No tarda en aparecer, con el rostro desencajado y los ojos muy abiertos.

—¡¿Qué pasa?! —inquiere en tono preocupado. Echa un vistazo al interior del despacho y respira hondo. No es difícil darse cuenta de lo que acaba de ocurrir entre Angy y yo—. Ya, ¿qué quieres que haga?

—Llévatela —siseo con la mandíbula apretada—. Sácala de aquí antes de que cometa una locura.

—¿A dónde la llevo?

—A los establos. Ponla a trabajar y que no salga de allí hasta que yo lo ordene. —Asiente y pasa a mi lado para entrar en la habitación.

—Ya has escuchado, Angy. Vámonos.

No la miro, aunque sé que, con total seguridad, se está conteniendo para no replicar. La escucho inspirar profundo y, tras exhalar con fuerza, sale del despacho como un vendaval. En cuanto Rai se marcha tras ella, cierro la puerta con tanta violencia que la madera rechina; es probable que se haya astillado. Doy un par de vueltas sobre mí mismo y tiro de mi pelo en todas direcciones mientras la rabia, la desesperación y el jodido dolor regresan a mi pecho como esa vez, esa maldita noche de hace cinco años que jamás debió ocurrir.

Intento tranquilizarme, pero mis esfuerzos son en vano, de modo que acudo a lo que siempre me ha ayudado a adormecer los sentimientos, el viejo y confiable alcohol. Abro una botella de tequila y le doy un trago largo antes siquiera de que mi trasero caiga sobre el acolchado sofá de cuero. Echo la cabeza hacia atrás y dejo que un grito ronco se lleve parte de la ira que bulle en mi interior. Odio sentirme así, tan vulnerable, tan débil, tan jodidamente destruido. Echo un vistazo a la mesa, donde aún sigue mi teléfono móvil.

—No lo hagas, joder —mascullo entre dientes antes de darle un nuevo trago a la botella.

Inspiro profundo y cierro los ojos. No voy a hacerlo. Ahora mismo lo que menos necesito es seguir hundiéndome en autocompasión. Hace años que dejé de torturarme con ese vídeo y debo seguir así. Esa maldita zorra no podrá conmigo.



Capítulo 28

Angy

Cinco años atrás

Gotas de sudor caliente caen sobre mi rostro mientras todo mi cuerpo se retuerce de placer. Tiro de mis manos, haciendo que el metal de las esposas muerda mi piel. Un gemido mezcla entre satisfacción y dolor rasga mi garganta justo cuando Alex se tensa, jadea, deja de embestir y cae sobre mí.

Durante un buen rato no nos movemos. Noto el latido de su corazón retumbando con fuerza contra mi piel desnuda y su respiración agitada cerca de mi oreja. Me gustaría abrazarlo, pero mis manos siguen esposadas al cabecero.

—Se me están durmiendo los brazos —comento tras recuperar el aliento.

Alex suelta una carcajada y alza la cabeza. Sus ojos azul claro brillan de diversión. Esboza una sonrisa y se acomoda sobre su costado, poniendo la mano en la mejilla a modo de apoyo. Desliza el dedo índice por el valle de mis pechos desnudos hasta mi cuello, y después por mi brazo hasta llegar a las esposas.

—Te dije que robárselas a ese patrullero era una buena idea.

—Tengo que darte la razón. Ahora suéltame de una vez, me están haciendo daño.

Enseguida se mueve para coger la llave que él mismo dejó sobre la mesita de noche, las abre y después las guarda en el primer cajón bajo mi atenta mirada.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunta, echando un vistazo a todo el dormitorio.

Hace muchos años que me mude a su habitación, al menos de manera oficial. Sigo conservando el mío para cuando nos peleamos, que suele ser más a menudo de lo que me gustaría. Alex y yo tenemos caracteres demasiado explosivos, y cuando chocan… Bueno, es mejor tomar distancia. Por eso no he querido sacar toda la ropa y efectos personales de mi dormitorio. Necesito tener un lugar donde refugiarme cuando las cosas se ponen feas.

—Me asaltaste en el pasillo, ¿recuerdas? —Deslizo mis dedos por el costado de su cabeza casi rapada y aún húmeda por el sudor, y Alex vuelve a sonreír de esa forma que hace que todo mi cuerpo se caliente.

—Cierto. —Baja la cabeza y mordisquea uno de mis pezones con gesto travieso. Antes de que pueda adivinar su siguiente movimiento, noto como me gira y mi rostro se hunde en la almohada. Ahogo un gemido al notar sus dientes en una de mis nalgas y después su lengua en la parte baja de la espalda—. Me encanta este tatuaje —masculla, y sigue lamiendo de manera lenta y perezosa.

Giro la cabeza para poder verlo por el rabillo del ojo y sonrío, negando.

—Por supuesto que sí, todo lo que sea marcarme como una jodida vaca te pone cachondo.

Escucho su risa baja y su lengua recorre mi columna. Al llegar a mi nuca, clava los dientes y se mueve para tirar de mi cintura hacia arriba.

—No necesito que una mancha de tinta diga que eres mía, lo eres y punto.

Ni siquiera me molesto en negarlo. Ha sido así desde que tengo uso de razón. Yo soy suya y él es mío, no existe discusión al respecto, por eso decidí tatuarme su nombre y él también lo hizo, en el pectoral izquierdo, justo encima de su corazón. Es la primera y única prueba de amor que he recibido por su parte. Aunque nunca lo haya verbalizado, sé que me quiere, me lo demuestra casi a diario con besos, caricias y esa posesiva y a veces enfermiza forma de cuidarme.

Alex Urriaga es intensidad en estado puro, fuego ardiente capaz de destruirlo todo a su paso y, al mismo tiempo, necesario para no morir de frío. Tal vez la mayoría de las mujeres no aceptaran su forma de ser como yo, pero me gusta que sea así, incluso soy capaz de encontrar excitantes nuestras continuas peleas porque, en el fondo, sé que después, cuando las aguas se calman, siempre hay una reconciliación a la altura de las circunstancias. De manera irremediable regresamos el uno al otro, no sabemos vivir de otra manera.

Gimo al sentir su miembro duro entre mis muslos haciéndose paso, pero recuerdo que no tengo tiempo para esto y echo un brazo hacia atrás para detenerlo antes de que logre hacerme cambiar de idea.

—Tengo que irme, Alex —digo, y aprovecho el momento de sorpresa para girarme y apartarlo con un pequeño empujón.

—¿Qué..? —Me observa mientras me pongo en pie—. ¿A dónde mierda crees que vas?

—A la ducha. Se supone que ya debería estar con Maya y su profesora de matemáticas.

Bufa con fuerza y se deja caer sobre el colchón boca abajo.

—No puedo creer que prefieras pasar la tarde con la mocosa en vez de estar aquí, en esta cama, disfrutando de lo que tu marido puede darte.

Pongo los ojos en blanco y, desnuda, camino hacia la cómoda para coger algo de ropa limpia.

—Mi marido puede darme lo que desee más tarde —digo sobre mi hombro—. Maya necesita ayuda, y he quedado con su profesor para ver qué puedo hacer para que mejore en matemáticas.

—¿Y por qué no va Jacinta? —No respondo, y él vuelve a resoplar—. Al final voy a tener que darte un mocoso para que dejes de jugar a las casitas con esa cría.

Me giro y coloco mis brazos en jarras con el entrecejo arrugado.

—Esa cría es tu hermana, Alex, y, por si no te has dado cuenta, no tiene ninguna figura materna cerca. Vive aquí, rodeada de testosterona, y no precisamente de la buena.

—Ya, lo que tú digas —masculla, acomodando los brazos bajo su nuca. Chasqueo la lengua y me giro para sacar ropa interior de otro cajón. Aún no he terminado de cerrarlo cuando vuelve a hablar—. No has dicho nada sobre mi ofrecimiento de darte un mocoso.

Se me escapa la risa y niego con la cabeza.

—Tú no soportas a los críos.

—Y, sin embargo, a ti te encantan. ¿No has pensado nunca en tener hijos?

—¿Contigo? No se me ocurriría —suelto sin pensar.

Se hace el silencio y me giro de nuevo. Alex está sentado en la cama y me mira con el ceño fruncido.

—¿Entonces con quién?

—¿Qué…?

Aprieta la mandíbula y su espalda se tensa. Reconozco esa postura, se está preparando para una pelea, y esta vez ni siquiera estoy segura de cuál es el motivo.

—Has dicho que jamás se te ocurriría pensar en tener hijos conmigo, ¿con quién sí lo harías?

Se me escapa una sonrisa y niego con la cabeza.

—¿En serio vas a cabrearte por un comentario de mierda? Solo es una forma de hablar. —Al darme cuenta de que sigue mirándome con dureza, suspiro y me acerco a él—. Alex, no me refería a tener hijos con otro hombre. Solo digo que contigo no me planteo algo así porque… Bueno, tú eres tú. Odias los niños.

—No los odio, solo no me gustan demasiado.

—Pues eso. —Tomo una respiración profunda—. Un bebé no es algo de lo que puedas deshacerte cuando te aburra. Siempre dependerá de sus padres.

—¿Crees que yo sería un mal padre? —inquiere con voz grave.

Me encojo de hombros. No quiero mentirle.

—No has tenido el mejor ejemplo. Ninguno de nosotros en realidad, pero tienes que admitir que no eres el tipo de hombre que se despierta de madrugada para dar biberones y cambiar pañales.

—Entonces prefieres escoger a otro para esa tarea, ¿no?

—Yo no he dicho eso. —Me siento al borde de la cama y estiro el brazo para tocarlo, pero se aparta—. Vamos, Alex, es ridículo que te enfades por una tontería así.

—No, está bien. —Se pone en pie de un salto y empieza a vestirse con movimientos bruscos—. Te sirvo para follarte, pero para nada más, ¿es eso?

—¡No, joder! Llevamos casados diez años. ¿En serio no sabes que te amo?

Se sube el pantalón, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—No sé si te has dado cuenta, pero follamos, y mucho. ¿Qué pasará si algún día ocurre un accidente? No es la primera vez que se te olvida la inyección anticonceptiva, ¿cierto? La puta semana pasada, por ejemplo.

—Sí, y lo solucioné tomando la pastilla de emergencia.

—¿Y si por lo que sea no funciona? —insiste.

—Pues supongo que abortaré, no lo sé. —Se detiene de golpe y me mira con el rostro desencajado y los puños apretados—. ¡Mierda, estás sacando todo de quicio otra vez! —grito, perdiendo la paciencia.

—¡¿El qué?! —Se cruza de brazos y clava sus furiosos ojos azules en los míos—. Solo estoy asimilando que mi propia mujer no cree que yo pueda estar a su lado y ser un buen padre en el hipotético caso de que se quede embarazada.

—Maldita sea, Alex, no me tires de la lengua —siseo, levantándome yo también.

—Oh, vamos, no te quedes callada. Di lo que sea que tengas que decir.

—No quieres escucharlo —replico, y me dispongo a ir hacia el baño, pero al pasar a su lado me sujeta del brazo y me obliga a mirarlo—. ¡Déjalo ya, joder! —exclamo, sacudiéndome su mano de encima.

—¡¿Qué es lo que crees que pasaría, Ángela?! ¡No voy a huir ni dejarte sola con el problema! Me haría responsable de mis actos y asumiría la carga contigo.

—¡Ese es el jodido problema! ¡Para mí un hijo no es una carga! Mírate, tienes una hermana pequeña, podrías ser para ella alguien importante, un jodido referente, pero la ignoras, la tratas como si no existiera. ¿De verdad me preguntas si creo que serías un buen padre? ¡Mierda, por supuesto que no! —Exhalo con fuerza y cierro los ojos para intentar tranquilizarme—. Lo he asumido, ¿vale? Cuando acepté que pasaría el resto de mi vida contigo era consciente de quién y cómo eres.

—Un hijo de puta sin sentimientos —masculla rabioso.

Su actitud de mierda, a pesar de mis intentos por no llevar la discusión más lejos, logra acabar con la poca paciencia que me queda. Alzo la barbilla de manera desafiante y me encojo de hombros.

—Sí, la mayor parte del tiempo. ¿Estás contento? ¿Eso es lo que querías escuchar?

Esboza una sonrisa maliciosa y niega con la cabeza.

—Si tan mal concepto tienes de mí, tal vez debería buscar a otra.

«¡Genial! Ahora ya empezamos a atacarnos. Esto no puede ir a peor… O sí».

—Adelante, pero recuerda que en el momento en el que decidas meter tu polla en otra mujer, daré por hecho que yo puedo hacer lo mismo.

Su rostro se convierte en una máscara de pura rabia, da un par de zancadas en mi dirección y me sujeta por la nuca.

—Escúchame bien, si llego a saber que un hombre, sea quien sea, te pone un solo dedo encima…

—¿Qué? —siseo contra su rostro.

—Lo mataré, y a ti… Mierda, tu destino será mucho peor que el suyo.

Antes de que pueda replicar ante su amenaza, me suelta, agarra su camiseta en un puño y sale de la habitación azotando la puerta de manera violenta.



Capítulo 29

Angy

En la actualidad

Hace ya un buen rato que ha anochecido y sigo encerrada en los establos. Tras mucho insistir, convencí a Gus para que se marchara. No quería dejarme sola, pero las órdenes de Rai fueron muy claras, no debo moverme de aquí hasta que alguien venga a recogerme. Me siento agotada, y no solo físicamente. No he comido nada desde el desayuno, pero lo que peor llevo es la maraña de pensamientos caóticos que me nubla la mente. Creo saber el motivo por el que Alex actuó de forma tan agresiva cuando estábamos a punto de… Bueno, supongo que tarde o temprano iba a suceder. No me arrepiento, aunque debí suponer que no sería tan sencillo. Después de todo el daño que le hice, no voy a lograr que me perdone con un polvo rápido sobre la mesa de su despacho.

«¿Quiero que me perdone?». El pensamiento se cuela en mi conciencia, dejándome aún más confundida. Me siento sobre un fardo de paja y estiro las piernas. Lo hice sentir vulnerable, le recordé que seguimos siendo nosotros y Alex no es del tipo de hombre que sabe lidiar con sus propios sentimientos. Que aún conserve su anillo de bodas es la prueba de que hay algo entre nosotros que aún sigue vivo. También pude ver el tatuaje en su pecho, aunque mi nombre ya no estaba ahí, al menos no se distinguía. Sé que es ridículo pensar que, tras toda esta mierda, puede haber un felices para siempre en nuestra historia. Sin embargo, una pequeña parte de mí, esa estúpida y masoquista que tiembla de emoción cada vez que lo tengo cerca, aún mantiene un ápice de esperanza. Tal vez, si logro hacerlo entrar en razón…

El sonido de una puerta metálica abriéndose me saca de mis propios pensamientos. Suspiro y me pongo en pie con dificultad, notando como mis músculos doloridos se quejan por el esfuerzo de las últimas horas.

—¡Ya era hora! —exclamo sin saber a quién me estoy dirigiendo. Escucho unos pasos y, de pronto, todas las luces se apagan. Frunzo el ceño e intento adaptar mi mirada a la más absoluta oscuridad—. Rai, ¿eres tú? —Chasqueo la lengua aparentando tranquilidad, sin embargo, mi intuición me dice que algo va mal—. ¿Quién eres? Deja de jugar. —Escucho como los pasos se acercan y una respiración pesada inunda la pequeña cuadra en la que me encuentro.

—Tengo un mensaje para ti. —La voz de un hombre me sobresalta, me resulta familiar, pero no logro saber a quién pertenece. Está demasiado cerca.

Intento recular y mi espalda golpea la pared. Por más que lo intento, no soy capaz de ver nada más que negrura. Mi corazón se acelera y empiezo a entrar en pánico, aunque no tardo en tranquilizarme.

—¿Quién demonios eres? ¿Te envía Rai?

—Frío, frío —canturrea, y lo noto acercarse.

Busco algo con lo que defenderme, pero aparte de paja no hay nada.

—Te estás buscando un problema, idiota. Si Alex se entera de que…

—¿De qué? —Pego un brinco cuando sus manos me sujetan con fuerza. Huelo su aliento fétido y asqueroso muy cerca de mi rostro y empiezo a forcejear—. Estate quieta, zorrita. —Logro darle un cabezazo—. ¡Hija de puta! —Noto un golpe en el costado. Parece un puñetazo. No estoy segura, lo que sí puedo asegurar es que duele horrores. Mantengo la entereza y sigo lanzando patadas e intentando librarme de su agarre, pero entonces recibo otro golpe, justo en el abdomen, y todo el aire abandona mis pulmones. Me doblo sobre mí misma y jadeo de puro dolor—. Ahora empezamos a entendernos. —Tira de mi pelo, obligándome a incorporarme, y pega su boca a mi oreja—. Tengo órdenes de matarte, pero creo que antes voy a pasar un buen rato contigo. Al fin y al cabo, sé que eres de las que dejan que cualquiera la folle, ¿verdad?

Mis piernas tiemblan de terror. Apenas puedo respirar, y me duele tanto el abdomen y el costado que temo que me haya roto algo por dentro.

—Si me tocas, Alex te matará —siseo con un hilo de voz. Intento respirar hondo, pero una punzada de dolor en la parte alta de mi estómago no me lo permite.

El muy hijo de perra se ríe, y noto el calor y la humedad de su lengua recorriendo mi mejilla.

—¿Qué te hace pensar que no es él quien me envía? —susurra en mi oído.

Todo mi cuerpo se queda paralizado. No siento dolor, ni siquiera sus sucias manos recorriendo mi piel logran hacerme reaccionar. «No lo haría. Alex no sería capaz de…». Cierro los ojos con fuerza y recuerdo las últimas palabras que me dijo el día que me echó de la finca. «Vete de aquí, Ángela. Huye y escóndete, porque algún día iré a por ti y cuando te encuentre te mataré». Sacudo la cabeza y noto su boca en mi cuello, lamiendo y mordisqueando mientras sigue inmovilizándome los brazos. ¿De verdad ha enviado a este desgraciado a matarme? A pesar de sus amenazas, siempre he creído que en el momento de la verdad no sería capaz de acabar con mi vida, pero ¿y si estaba equivocada? De cualquier forma, al menos esperaba que tuviese las agallas de hacerlo él mismo. ¿No valgo lo suficiente para que se manche las manos de sangre?

La rabia sube por mi garganta, suelto un grito y me remuevo, pataleo y lucho. De alguna

forma, logro apartarlo de mí y, al alzar la pierna, golpeo lo que creo que puede ser su entrepierna.

—¡Suéltame, joder! —bramo, y pateo de nuevo.

Escucho un jadeo ahogado y su agarre se afloja. No tardo ni medio segundo en salir corriendo. No sé a dónde me dirijo. Tropiezo y caigo al suelo varias veces. Lo escucho resollar a lo lejos y maldecir en voz alta mientras busco una salida; al fin doy con ella. Abro la puerta y la claridad de la luna me recibe. Tomo una gran bocanada y miro a un lado y a otro para ubicarme antes de salir corriendo de nuevo. Ignoro el dolor y la falta de aliento, solo obligo a mis pies a seguir moviéndose. Varios guardias se alertan al verme pasar y me gritan, pero no me detengo. Estoy a punto de llegar a la puerta principal de la casa cuando me doy de frente con Rai.

—¡¿Qué demonios haces aquí?! —exclama cabreado. Me agacho para tomar aire y toco mi costado dolorido—. Creí haberte dicho que no salieras de los establos. —Rai tira de mi brazo para enderezarme y lo empujo con fuerza.

—No me toques —siseo, sujetándome el costado.

Me mira frunciendo el ceño y con los ojos muy abiertos. Parece sorprendido por mi actitud. ¿No lo sabe? Tal vez Alex no le haya contado sus planes, o quizá… ¿Y si no fue Alex? En el poco tiempo que llevo aquí me he ganado bastantes enemigos. Cualquiera de ellos estaría encantado de verme muerta, incluso Rai. Tengo muy claro que también me odia. Estrecho mi mirada sobre él y me tomo unos segundos para decidir mi siguiente movimiento.

—¿Ha pasado algo, Angy? —inquiere muy serio.

—No —respondo, recuperando la compostura.

—¿Estás segura?

Si Rai está enterado de lo del ataque en el establo, le haré creer que no desconfío de él.

—Solo estoy cansada —digo, apartando la mirada.

—Bien, podrás ver a tu hijo después de darte una ducha.

Asiento y espero a que se haga a un lado para poder entrar en la casa. Lo más sensato es seguir con mi plan inicial. Espero volver mañana al despacho, me haré con el control de esas jodidas cuentas y Lucas y yo saldremos de esta mierda de sitio antes de que puedan darse cuenta.

Alex

No he vuelto a ver a Angy desde el incidente. Sé por Rai que estuvo hasta la noche en los establos y después la encerró en su habitación. Esta mañana no estuve presente durante el desayuno y tampoco me he pasado por el despacho en todo el día. Sé que cometí un error, me confié y dejé que se metiera en mi cabeza, otra vez. Por más que lo intento no soy capaz de resistirme a ella, y me odio por eso.

Miro de reojo a Beni, se sirve otro vaso hasta arriba de tequila y se lo bebe de un trago. Frunzo el ceño y apago el cigarrillo antes de hablar.

—¿No crees que estás abusando demasiado del alcohol? —mascullo.

Mi hermano pequeño esboza una sonrisa forzada y bebe otra vez.

—¿No eras tú el que anoche casi no podía ni caminar de la borrachera?

Estrecho mi mirada sobre él. No lo entiende, ayer yo lo necesitaba. Tenía que apagar esos malditos sentimientos de alguna manera. El alcohol, las drogas y el sexo siempre me han servido para eso.

—Yo puedo hacer lo que me salga de los huevos. Te estoy preguntando a ti. Pasas más tiempo en el sótano que fuera de él. Empiezo a pensar que no fue buena idea permitir que te quedaras en la finca. Rai no está siendo una buena influencia para ti.

—Ahora hablas como él —sisea con los dientes apretados. Arqueo una ceja de manera interrogante—. Zarco, Bailey, Lagos… Todos me tratan como a un puto crío lisiado, y no lo soy.

Estoy a punto de contestar cuando mi teléfono empieza a sonar. Echo un vistazo a la pantalla y bufo al ver el nombre de Gabriel en ella.

—Hablando del señor todopoderoso —mascullo, y giro el teléfono para que Beni pueda verlo también.

—Seguramente llame para preguntarte si me he tomado la cena o tal vez quiera saber si aún me meo en la cama, vete tú a saber. —Hace una mueca y contengo una carcajada.

—No lo creo. Espero que haya conseguido la mercancía que le pedí.

Tomo una bocanada profunda y, mientras Beni sigue chupando de la botella, atiendo la llamada.

—Hola, hijo de puta —saluda mi hermano. No parece de mal humor. Al contrario, podría jurar que está contento.

—¿Te has drogado? —inquiero, frunciendo el ceño.

—¡¿Qué mierda de pregunta es esa?! —escupe.

—Si no es eso, ¿a qué viene tanta alegría?

—Eso después. Antes tengo que informarte de que la mercancía ya ha sido entregada al cliente sin ningún contratiempo.

Exhalo una enorme bocanada y me pinzo el puente de la nariz.

—Supongo que te debo una, ¿no? —mascullo.

—Estamos en esto juntos, Alex. Si tú confías en mí, yo haré lo mismo contigo.

—Ya, bueno, ¿vas a decirme qué mierda te pasa? Si sigues actuando en ese plan sensiblero y calzonazos, recuperaré la teoría de que estás colocado.

Lo escucho gruñir al otro lado de la línea y sonrío. Siempre he disfrutado molestando a todos los que me rodean. Me divierte llevarlos al límite y reírme en sus putas caras.

—¿Está Beni contigo? —Dirijo la mirada hacia él, que se mantiene atento a nuestra conversación.

—Sí, aquí está.

—Bien, pues dile que se le han terminado las vacaciones. En dos días lo quiero de vuelta. Vamos a abrir el primer club y él va a estar al mando del negocio.

—¿Lo sabe? —inquiero.

—Cuando tú se lo digas lo sabrá. Y, por cierto, espero que tú también vengas, al menos un par de días.

—¿Por qué? Las cosas están complicadas, con Vargas y Samu…

—Voy a casarme —dice interrumpiéndome.

Abro mucho los ojos y niego con la cabeza.

—Te daría la enhorabuena, pero, por experiencia, sé que estás a punto de joderte la vida.

¿Quieres un consejo? Dale la patada antes de que sea demasiado tarde. Cuando menos te lo esperes, te clavará un jodido cuchillo por la espalda.

—Quien te va a clavar el cuchillo, pero en la yugular, voy a ser yo si vuelves a hablar así de mi mujer. Estás invitado, imbécil. Si vienes o no es asunto tuyo. —La llamada se corta y pongo los ojos en blanco mientras lanzo el teléfono sobre la mesa baja y enciendo otro cigarro.

—¿Qué quiere? —pregunta Beni.

—Que tú regreses a casa y te encargues del club que va a abrir.

—¿Por qué mierda querría hacer eso?

Me inclino hacia delante y clavo mi mirada en la suya.

—Beni, si pretendes que dejen de tratarte como a un crío, tal vez deberías dejar de comportarte como tal. Acaba ya con esa mierda de la autocompasión y espabila de una vez. ¿Te falta un brazo? ¡¿Y qué?! Aún tienes otro, ¿no? Pues úsalo para demostrar que no eres alguien a quien se puede mangonear. —Me dejo caer hacia atrás y lo observo mientras frunce el ceño, pensativo—. Por cierto, hay algo que quiero preguntarte desde que llegaste.

Logro atraer su atención. Cabecea y dirige su mirada hacia mí.

—¿El qué?

Expulso una bocanada de humo y esbozo una sonrisa ladeada.

—¿No se te cansa el brazo al meneártela siempre con la misma mano?

Parece pensar unos segundos y ríe al darse cuenta de que estoy bromeando.

—Yo también tengo una pregunta para ti.

Me hago con la botella y me sirvo un trago.

—Dispara.

—¿Por qué tratas a tu mujer y a tu hijo como pedazos de mierda cuando salta a la vista que no es eso lo que quieres? —Pierdo la sonrisa de golpe.

—No te metas en mis asuntos, enano —siseo en tono de advertencia.

—Alex, si algo he aprendido al perder una jodida extremidad es a no dar nada por sentado. Hoy lo tienes todo y mañana puede desaparecer sin más. Sigue haciendo el idiota y te aseguro que te arrepentirás de no haber aprovechado lo que tienes hoy, justo delante de tus putas narices.

—¿Vas a darme lecciones tú a mí? No sabes una mierda. Angy… —Bufo con fuerza y sacudo la cabeza de un lado a otro—. Da igual. Se merece todo lo que le está pasando. Es más, hasta puedo decir que estoy siendo compasivo con ella.

Sonríe y se pone en pie. Le da un nuevo trago a la botella y me la tiende.

—Está bien, hermano, si eso es lo que tienes que decirte a ti mismo cada día para convencerte de que es lo correcto, no seré yo quien te lleve la contraria. —Palmea mi hombro y se aleja—. Me voy al sótano. Rai ha traído a una rubia que está tremenda. Supongo que nos vemos allí.

No me despido cuando se va y tampoco le corrijo. Hoy no bajaré al sótano, al menos no es esa mi intención. Lo único que quiero es darme una ducha caliente y dormir unas cuantas horas. Por la mañana tendré una intensa e incómoda conversación con mi esposa. Necesito que me dé el acceso a esas cuentas ya mismo. Después la mataré y toda esta mierda habrá terminado.



Capítulo 30

Alex

Entro en el comedor con un humor de perros. Apenas he sido capaz de pegar ojo durante toda la noche. Cada vez que los cerraba, veía esas malditas imágenes en mi mente: Angy, el tatuaje con mi nombre, esas manos sujetando su cintura… Tomo una respiración profunda y frunzo el ceño al comprobar que solo está Rai sentado a la mesa.

—¿Qué carajos está pasando aquí? ¿Dónde se supone que está todo el mundo?

Rai deja el tenedor junto a su plato y suspira.

—El crío ha desayunado ya. Sigue cabreado porque aún no ha ido a los establos con su madre. Beni sigue en el sótano, no he podido sacarlo de allí, y Angy… —Se encoge de hombros—. Fui a buscarla, pero me dijo que no tenía hambre. La solté para que pueda vestirse y pensaba ir a por ella al terminar.

¿No tiene hambre? Eso es extraño. Con la restricción de comida, siempre aprovecha cada oportunidad que tiene para llenarse el estómago. Bufo con fuerza y me pinzo el puente de la nariz.

—Ve al sótano y saca de allí a mi hermano, a rastras si es necesario. Yo me encargo de Angy. —Doy media vuelta y salgo del comedor sin esperar su respuesta.

Recorro gran parte de la casa hasta llegar al dormitorio de Angy. Dos guardias custodian su puerta, al verme, se enderezan y saludan con un cabeceo. Los ignoro y solo entro en la habitación sin llamar. Estoy a punto de decir su nombre cuando la veo salir del baño. Se detiene de golpe y

me mira, entrecerrando sus ojos verdes.

—Eres tú —masculla—. ¿Sabes lo que es la intimidad? Por una vez, alguien podría llamar a la jodida puerta.

¿Rai no llama? Apunto una nota mental. Tengo que dejarle claro a Rai que no puede entrar en el dormitorio de Angy sin avisar. No soporto la idea de que pueda verla sin ropa o… Sacudo la cabeza para sacar esa imagen de mi mente.

—Deja de quejarte y vámonos de una vez. Tienes trabajo que hacer —escupo.

Respira hondo y, para mi sorpresa, no replica. Se gira para recoger un coletero que hay sobre la mesita de noche, alza los brazos para atarse el cabello y todo su rostro se contrae al mismo tiempo que vuelve a bajarlos y cierra los ojos con fuerza, como si hubiese sentido una punzada de dolor. Se coloca el coletero en la muñeca y endereza la espalda con los labios apretados.

—¿No tenías prisa? —Intenta sonar casual, pero su tono es más agudo de lo habitual.

—¿Qué te pasa? —inquiero.

—Estoy secuestrada por un puto maníaco con el que tuve el mal gusto de casarme. ¿Necesitas que me pase algo más? —Observo su postura, parece algo encorvada.

—Levántate la camiseta —ordeno.

Clava su mirada en la mía y esboza una sonrisa burlona.

—Al menos, invítame a una copa antes.

Bufo con fuerza y me acerco a ella en un par de zancadas, intenta retroceder, pero al moverse de forma brusca, vuelve a contener el aliento y hace una mueca de dolor.

—La camiseta, Ángela —mi orden es directa y sale de mi boca con la contundencia de una jodida puñalada. Tarda unos segundos en enderezarse, y cuando lo hace, inspira hondo por la nariz y, sin apartar su mirada de mi rostro, alza la prenda hasta la parte baja de sus pechos. Ladeo la cabeza y veo el enorme hematoma de color purpura que ocupa todo su costado derecho—. ¿Qué mierda te ha pasado? —siseo.

Deja caer el borde de la camiseta y su mirada se estrecha.

—¿De verdad no lo sabes? Por un momento, al verte entrar, creí que venías a terminar el trabajo por ti mismo en vez de enviar a alguno de tus perros.

Tardo unos segundos en asimilar el significado de su declaración. ¿Se ha vuelto loca?

—A ver si lo he entendido, alguien te ha golpeado y crees que yo lo envié. ¿Voy bien?

—¿No lo hiciste?

Cruzo los brazos sobre el pecho y alzo la barbilla de manera desafiante.

—La duda es una jodida ofensa. Grábate esto bien en el cerebro: Cuando te quiera muerta, no le pediré a nadie que se ensucie las manos con tu sangre. Te hice una promesa, ¿recuerdas? No dejaré que ningún idiota me quite el gusto de ver como la vida abandona tu cuerpo.

Me mantiene la mirada durante unos segundos y exhala con fuerza.

—No has sido tú —susurra.

—Eso he dicho. Ahora dime qué demonios pasó, cuándo y dónde. El hijo de puta que se haya atrevido a actuar por su cuenta, aún no lo sabe, pero ya tiene una lápida con su nombre. ¿Quién fue?

—No lo sé —responde, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que no lo sabes?

—¡No lo vi, joder! —exclama. Hace una nueva mueca de dolor y se sujeta el costado—. Anteayer, cuando me enviaste a los establos. Estaba allí sola, alguien entró, apagó las luces y me atacó. Su voz se me hizo conocida, pero por más que lo pienso no logro ubicar a quién pertenece.

Aprieto los puños con fuerza y tenso la mandíbula.

—¿Qué te dijo?

—Solo que le habían ordenado matarme, aunque antes quiso divertirse un rato conmigo.

Trago saliva para obligar a la bilis retroceder de vuelta a mi estómago. Hijo de puta…

—¿Te…? —Inspiro hondo y busco su mirada—. ¿Él te…?

—¿Si me violó? —Asiento, con la rabia bullendo en mi interior—. Pude huir antes de que eso pasara, aunque era su intención. —Hace una mueca, esta vez de asco, supongo que al recordar a ese tipo—. Mientras me manoseaba y golpeaba, insinuó que tú lo habías enviado.

—¿Y le creíste? —Vuelve a encogerse de hombros; aunque jamás lo admita en voz alta, el hecho de que no lo pusiera en duda es algo que me duele.

«No dejas de amenazarla, ¿qué esperabas, idiota?», resuena en mi mente. Lo cierto es ni siquiera yo me entiendo. No debería sentirme mal por eso, al fin y al cabo, le he dicho tantas veces que voy a matarla que lo más lógico es que ella crea que voy a hacerlo, porque lo voy a hacer, ¿verdad? Vuelvo a sacudir la cabeza y retrocedo un par de pasos.

—Vámonos. Pasarás todo el día en el despacho. Quiero resultados de una maldita vez. Consigue ese dinero. Yo me encargo de encontrar al hijo de puta que te ha hecho eso.

—Qué amable por tu parte —comenta en tono sarcástico, pasando por mi lado—. Quiero ver a mi hijo.

Se detiene frente a la puerta cerrada y las esposas emiten un sonido metálico desde su muñeca cuando hace un gesto con la mano para que la abra. No está cerrada con llave, lo sabe igual que yo, pero, por supuesto, Ángela Chávez es incapaz de dejar pasar la oportunidad de comportarse como toda una señora. De alguna manera, incluso en momentos como este, sigue desafiándome, y eso… Joder, eso me pone muchísimo y también me hace darme cuenta de que no hay nada en este mundo que pueda hacer que deje de odiar y amar a esta mujer.

Tiro de la manilla con los dientes apretados y la espalda en tensión. Espero a que ella salga primero y la sigo por el pasillo.

—Lo verás más tarde. Ahora tengo cosas que hacer.

—No te estoy pidiendo que te quedes, Alex. Solo déjame ver a mi hijo un rato y después me iré al despacho por mi cuenta.

—No.

Seguimos avanzando hasta que llegamos frente a la puerta del despacho.

—¿Por qué? —inquiere, girándose para lanzarme una mirada poco amistosa—. Toda la finca está rodeada por hombres armados. ¿Cómo crees que voy a poder huir?

—Prefiero no arriesgarme. Eres muy capaz de escabullirte. —Abro la puerta y le ordeno con un cabeceo que pase al interior.

—Me alegra que, al menos, no me subestimes, pero déjame decirte que eres un paranoico.

Exhalo con fuerza y me rasco la mandíbula, pensativo.

—Hagamos algo. Permitiré que te muevas por toda la casa sin vigilancia. Es más, ni siquiera tendrás que usar las esposas. A cambio, será tu mocoso el que se quede encerrado en tu lugar. ¿Te parece bien?

—Por supuesto que no —sisea entre dientes.

Sonrío y me encojo de hombros.

—Pues eso. Entra de una puta vez.

Lo hace, mostrando su enfado al pisar con fuerza a cada paso, y ya desde el interior, mira por encima de su hombro y esboza una sonrisa maliciosa.

—¿Te vas ya? Creí que querrías terminar lo que empezamos el otro día. Ya sabes, tú besándome, encajado entre mis piernas… —Trago saliva con fuerza y su sonrisa se amplía—. Apuesto a que tu puta no es capaz de hacerte perder el control de esa forma.

«Hija de perra…». Es curioso como, aunque parezca que es ella la que está en desventaja, siempre se las arregla para golpearme sin ni siquiera tener que mover un dedo. Las verdades duelen, y lo que acaba de decir no puede ser más cierto.

—Ponte a trabajar —gruño, y cierro de un portazo.



Capítulo 31

Alex

Al volver al comedor, me encuentro con Rai en el pasillo, justo frente a la puerta del sótano. Beni está con él y parece muy animado. Ríe a carcajadas y abraza a Rai por los hombros. Probablemente esté borracho. Me detengo junto a ellos y miro a mi hermano pequeño con toda la severidad que soy capaz de reunir.

—Ya ha llegado la poli —susurra Beni, partiéndose de risa.

Lo sujeto por la barbilla y lo obligo a mirarme. Con solo echar un vistazo a sus pupilas dilatadas, me doy cuenta de que no solo está así por el alcohol.

—¿Qué te has metido? —gruño. Empuja mi mano y se aparta sin dejar de sonreír. No contesta, así que dirijo mi mirada a Rai—. ¿Qué mierda le has dado?

—No es un niño, Alex. ¿Crees que necesita que yo se lo dé? Si quiere drogarse, lo hará en cualquier lado.

Bufo con fuerza y sacudo la cabeza de un lado a otro. No tengo tiempo ni paciencia para lidiar con los berrinches de un jovencito idiota.

—Vete a dormir —ordeno sin mirarlo, y señalo a Rai con el dedo índice—. Tú te vienes conmigo. Anteayer atacaron a Angy en los establos. ¿Sabes algo de eso?

—¡¿La atacaron?! —Abre mucho los ojos y, antes de que pueda contestar, Beni me interrumpe.

—¿Está bien? —pregunta, dejando de reír.

Giro la cabeza solo un poco y asiento.

—Magullada, pero nada grave. Ahora lárgate a dormir. Hablaremos cuando despiertes.

—Espera, ¿quién la atacó?

—Eso es lo que voy a averiguar.

—¿No te ha dicho quién fue? —inquiere Rai.

—Las luces estaban apagadas. No pudo reconocerlo. Solo sabe que fue un hombre y le dijo que yo lo había enviado a matarla. El muy hijo de puta intentó violarla.

—¿Y no fuiste tú? —pregunta Beni.

Tomo una bocanada profunda y lo fulmino con la mirada.

—He dicho que te largues a dormir. ¿Estás sordo?

—Hay más de cien hombres en la finca —comenta Rai, atrayendo mi atención. Me pinzo el puente de la nariz y asiento—. ¿Cómo vas a saber quién ha sido? Muchos de ellos le tienen ganas a Angy. Aunque nadie lo mencione en voz alta, saben lo que hizo.

—¿Qué hizo? —pregunta Beni.

Esta vez ni siquiera me molesto en contestarle. Lo ignoro y sigo hablando con Rai.

—La gran mayoría son nuevos. No tienen motivos para querer hacerle daño. Me centraré en los que estaban aquí hace cinco años, cuando… —No termino la frase. Rai sabe a qué hecho me refiero.

—Los más antiguos entonces. ¿Quieres que los llame?

—No, antes voy a pasarme por los establos. Tal vez alguien allí haya visto algo.

—Me parece una pérdida de tiempo. Si fuese así ya lo sabríamos.

—Yo también voy —dice Beni.

Me giro hacia él y exhalo con fuerza por la boca.

—Al único lugar al que vas a ir es a tu cama, y ahora mismo. Si tengo que volver a repetirlo, yo mismo te llevaré a patadas.

Mi hermano endereza la espalda y aprieta los puños.

—¡Deja de tratarme como a un crío, joder! —exclama—. Solo quiero ayudar. Angy es de la familia.

Sus palabras se clavan en mi pecho como una maldita daga afilada. «De la familia». Lo era. Hace solo unos años ella era todo mi jodido mundo.

Tomo una respiración profunda y chasqueo la lengua, contrariado.

—¿Eres capaz de andar en línea recta? —Asiente, aún con la mandíbula tensa—. Entonces sígueme y deja que yo me encargue.

Salgo a toda prisa y no tardamos en abandonar la casa. Rai insiste en hablar antes con nuestros hombres más veteranos. Cree que el culpable puede estar entre ellos, así que lo envío a investigar mientras yo me dirijo a los establos con Beni. Intenta seguirme el ritmo, pero tropieza varias veces y está a punto de caer de bruces. Resoplo y sigo caminando a largas zancadas. Al llegar, me dispongo a entrar cuando se cruza en mi camino el mismo chico que encontré con Angy y sin camiseta no hace mucho. El de los ojos de distinto color. Se me queda mirando muy serio antes de agachar la cabeza en señal de respeto. Vuelve a estar con el pecho descubierto.

—Creí haberte dicho que esto no es un jodido club de estriptis —farfullo entre dientes.

El chico, del que ni siquiera recuerdo el nombre, alza la vista y frunce el ceño.

—Hace calor, señor Urriaga.

Decido dejarlo pasar y me cruzo de brazos, observándolo con atención.

—¿Anteayer trabajaste aquí? —inquiero.

Parece extrañarle mi pregunta, pero asiente.

—Sí, señor. Trabajo en los establos todos los días.

—¿Viste a Angy? —Se queda callado, así que lo animo a seguir hablando levantando el borde de mi camiseta para que pueda ver la empuñadura del arma que llevo en la cintura—. No lo preguntaré otra vez… Eh…

—Gustavo —dice, alzando la barbilla.

—Muy bien, Gustavo. Contesta a mi pregunta. ¿Viste a Angy ese día?

—Sí, señor. ¿Ella está bien?

—Eso no es asunto tuyo, hijo de puta —sisea Bani a mi espalda.

Intenta adelantarse, pero lo detengo estirando el brazo para cortarle el paso. Ya me estoy arrepintiendo de haber permitido que me acompañara. Está claro que no piensa con claridad.

—Yo solo… —El tal Gustavo sacude la cabeza de un lado a otro y respira hondo por la nariz —. Angy es una buena persona. Solo me preocupo por ella, señor.

Estrecho mi mirada sobre él con una tranquilidad que no siento en absoluto.

—¿Y por qué carajos te preocupa tanto mi mujer? ¿Sabes quién la atacó?

—¡¿Qué?! ¡No, claro que no! ¿Ella está bien?

—Miente —masculla Beni, y vuelve a intentar acercarse al chico.

Lo aparto de nuevo y le lanzo una mirada de advertencia antes de seguir con las preguntas. No creo que haya sido él. Parece de verdad sorprendido y preocupado al saber que alguien ha atacado a Angy. Lo que me molesta es el motivo por el que actúa de esta forma. Han pasado muchas horas juntos. Si me entero de que le ha puesto un dedo encima…

—Señor Urriaga, le prometo que yo no he tenido nada que ver con eso. Cuando me marché, ella estaba bien.

—¡Maldita sea, Alex! ¡Este hijo de puta está mintiendo! —Me giro para ordenarle a Beni que se calle de una maldita vez, sin embargo, antes de que pueda darme cuenta de sus intenciones, noto como su mano roza mi cintura al quitarme la pistola—. ¡Ahora vas a decir la verdad! —grita desquiciado mientras apunta al tal Gustavo.

—¡Mierda, Beni! ¡Baja la puta pistola! —ordeno.

Sacude la cabeza y sorbe con fuerza por la nariz. Reconozco los síntomas. Está tan colocado que no es capaz de razonar. Lo sé porque yo ya lo he vivido más veces de las que puedo recordar.

—¡¿Por qué la atacaste?! ¡¿Te crees muy valiente?! ¡¿Cómo te atreves a tocarla, perro?!

—Yo no… —El chico alza ambas manos y me mira a mí en busca de ayuda.

Bufo, y estoy a punto de estirar el brazo para arrebatarle la pistola al inconsciente de mi hermano cuando escucho la detonación. Abro mucho los ojos y entonces el cuerpo del chico cae

hacia delante.

—¡¿Qué demonios has hecho?! —bramo, y con un movimiento rápido le arrebato el arma.

Beni mira con fijeza hacia el suelo, donde un charco de sangre empieza a rodear la cabeza ladeada del tal Gustavo. Me agacho a su lado y lo giro para comprobar si sigue vivo. Tiene los ojos abiertos y un agujero en la frente. Está muerto.

Capítulo 32

Alex

¿Cómo es posible que todo se haya descontrolado tanto en solo unos segundos? Miro a Beni con los ojos muy abiertos y él vuelve a sorber por la nariz con fuerza.

—Fue él —susurra con la respiración acelerada—. El clan Z protege a los suyos.

Mascullo una maldición y me enderezo. Varios hombres se acercan, alertados por el sonido del disparo. Estoy a punto de darle un jodido puñetazo a Beni y enviarlo yo mismo a su cama de una patada en el culo cuando alguien sale por la puerta principal de los establos. Lo reconozco, es un hombre de mediana edad que ya trabajaba para nosotros antes de que mi padre muriera. Lo que me llama la atención es su forma de mirarme, con… ¿miedo? Ladeo la cabeza, observándolo con atención, y en cuanto doy un paso hacia él sale corriendo a toda velocidad.

—Hijo de perra… —siseo entre dientes antes de arrancar tras él.

Escucho las pisadas de varios hombres siguiéndome mientras corro lo más rápido que puedo. Noto como las gotas de sudor recorren mi espalda. «¿Cómo es posible que un viejo sea tan veloz?». Estoy a punto de alcanzarlo, pero el muy cabrón se cuela entre dos barracones y empieza a ascender por una escalera de mano que lleva al tejado. Me detengo en la base y, sin aliento, miro hacia arriba. Pongo un pie en el primer peldaño y, antes de que pueda llegar al segundo, retrocedo, tomo una bocanada profunda y apoyo la espalda contra la pared. «¡¿Por qué siempre tienen que huir a sitios altos, joder?!».

—¿Señor Urriaga? —El grupo de hombres que me seguía se detiene a mi lado y uno de ellos me observa, frunciendo el ceño.

—¡¿Qué mierda estáis mirando?! ¡Subid a por él! —ordeno a gritos. Enseguida se ponen en marcha. Un par empieza a ascender por la escalera y el resto se dispersa alrededor del barracón para rodearlo y dejarlo sin escapatoria—. ¡Lo quiero vivo! —añado mientras intento serenarme.

En pocos minutos, regresan con el viejo escurridizo sujeto por ambos brazos. No se resiste, aunque debe haberlo hecho antes porque tiene un corte en la ceja y la sangre cubre su rostro de forma parcial. Al llegar a mi lado, hago una señal a mis hombres y ellos lo empujan. Cae de rodillas frente a mis pies y me acerco para tirar de su pelo y mirarlo a la cara.

—Yo no he hecho nada, señor Urriaga —lloriquea.

—Entonces, ¿por qué huías?

—Yo… Yo… Vi a Gus muerto y creí que vendrían a por mí.

—¡¿Por qué?! —gruño, obligándolo a levantarse.

Lo hace con dificultad. Traga saliva con fuerza y junta ambas manos para suplicar.

—No hice nada malo, señor —repite.

Lo sujeto por el cuello y lo miro directo a los ojos. Está aterrado, pero he aprendido a distinguir cuando alguien me miente, más aún si es un jodido cobarde.

—¿Cómo te llamas? —Aflojo un poco el agarre en su cuello para que pueda contestar.

—Al… —Carraspea con los ojos abiertos como platos—. Alberto —responde con un hilo de voz.

—Muy bien, Alberto. Ahora vas a decirme por qué atacaste a mi esposa hace dos noches.

—Yo no… —Antes de que pueda terminar la frase, clavo mi puño en su estómago.

Intenta doblarse sobre sí mismo, pero no se lo permito. Vuelvo a darle otro puñetazo en el mismo sitio y pego mi rostro al suyo.

—¿Te gusta cómo se siente? ¿Te divertiste manoseándola? —Agarro una de sus manos, la retuerzo y escucho el chasquido que emite su muñeca al romperse. El muy hijo de puta grita de dolor, pero vuelvo a golpearle en el estómago. Estoy a punto de repetir la misma operación con la otra mano. No volverá a tocarla nunca más.

—¡Lo siento! —grita antes de que pueda romper su otra muñeca. Empieza a llorar con fuerza y niega con la cabeza—. Sé que solo tenía que matarla, pero creí que no importaba si antes… Lo siento mucho, señor Urriaga. Fui un hombre leal a su padre durante muchos años. No me mate, se lo suplico.

Retrocedo un par de pasos temblando de furia y lo miro, frunciendo el ceño.

—¿Por qué querías matarla? —No contesta. Solo gimotea de nuevo de rodillas en el suelo, sujetándose la mano rota contra el pecho. Chasqueo la lengua, perdiendo la paciencia, saco mi pistola y la pego a su frente—. Tienes dos malditos segundos para contestar —siseo.

—¡Fueron sus órdenes! —grita aterrado—. Sabina me dijo que usted lo había ordenado.

Pestañeo un par de veces y noto como alguien me toca el hombro. Al girarme, veo a Rai a mi lado con el rostro descompuesto y la frente perlada en sudor.

—¡¿Qué demonios ha pasado?! Gus está muerto.

Respiro hondo por la nariz y vuelvo a apuntar a la cabeza de Alberto.

—Después te lo explico. Lleva a Beni a su habitación. Yo tengo que ocuparme de un asunto. —Aprieto el gatillo y el cuerpo sin vida del hijo de puta que se atrevió a intentar violar a Angy cae a plomo sobre la tierra árida.

Antes de que pueda replicar, ya estoy dando zancadas largas en dirección al barracón donde vive Sabina. No me molesto en llamar a la puerta. Solo la abro y ella me sonríe desde el sofá.

—Alex, amor, no sabía que vendrías hoy. —Repara en mi mano, en la pistola que empuño, y su sonrisa desaparece—. ¿Qué ocurre? He escuchado un par de disparos. Creí que los chicos estaban practicando.

—No han sido los chicos —mascullo, caminando hacia ella. Se pone en pie e intenta forzar una sonrisa, pero solo le sale una mueca extraña—. He acabado con el imbécil que enviaste a matar a Angy.

La preocupación y el miedo brillan en su mirada. Respira profundo por la nariz y se muerde el labio inferior con nerviosismo.

—Se merece morir. Después de todo lo que te hizo… —Alzo la mano y le apunto a la cabeza —. Alex, ¿qué estás haciendo? —inquiere con voz temblorosa—. Tú mismo dijiste que ibas a matarla. Yo solo quería… —Antes de que pueda terminar la frase, ya he apretado el gatillo por

segunda vez hoy.

Su sangre salpica mi rostro cuando uno de sus ojos revienta al ser perforado por una bala. Bajo la pistola y me limpio con el dorso de la mano.

—Es mía. Solo yo puedo decidir si vive o muere —susurro, mirando su cadáver a mis pies.



Capítulo 33

Angy

Cinco años atrás

Hace una semana que Alex no me dirige la palabra. Su enfado está durando más de lo habitual. He intentado hablar con él, no para disculparme, ya que no creo haber dicho ni hecho nada malo. Sería una jodida locura plantearme siquiera la posibilidad de tener un hijo con él, pero el muy cabezota no puede o quiere entenderlo. En fin… Si lo que pretende es seguir enfurruñado, que lo haga. Tarde o temprano se le pasará y todo volverá a la normalidad, así es como nosotros funcionamos. Sé que no solo yo lo echo de menos. Cualquiera de estas noches se meterá en mi habitación y no necesitaremos palabras para saber que todo está bien.

Camino por el pasillo de la casa principal, esquivando a varias personas cargadas con cajas, sillas, mesas y vajilla. Hoy es el cumpleaños de Leonardo Urriaga, sesenta y dos malditos años. El ambiente que se respira en la finca es de celebración. Esta noche dará una fiesta por todo lo alto. Yo no creo que asista, lo único que tengo que celebrar es que falta un jodido año menos para que el hijo de puta muera y al fin seamos libres. Alex jamás se marchará mientras siga existiendo la amenaza sobre sus hermanos. Soy consciente de todos los esfuerzos que hace para ocultar sus paraderos a Urriaga. Se comporta como el hijo y heredero perfecto, pero, en el fondo, solo lo soporta porque sabe que es la única forma de proteger a Gabriel y los demás.

—¡Maldita cría! ¡Ya te he dicho que te largues de aquí! —escucho los gritos, que vienen del interior de la cocina, y echo a correr.

Al llegar, encuentro a Samuel sujetando a Maya por el brazo. La pobre chiquilla lo mira aterrada mientras intenta cubrirse el rostro al darse cuenta de que está a punto de ser abofeteada. Ni siquiera lo pienso antes de abalanzarme hacia ellos, agarro un pequeño cuchillo para carne que hay sobre la encimera e intercepto la mano de Samu justo antes de que llegue a tocar la mejilla de Maya, al mismo tiempo, alzo el cuchillo y coloco la punta bajo su barbilla.

—¿Y si te metes con alguien de tu tamaño? —siseo, clavando mi mirada en la suya.

Maya corre a esconderse detrás de mí y suelto la mano de Samu para apretarla más contra mi espalda. La expresión de sorpresa dura muy poco en su rostro, el muy cabrón enseguida esboza una sonrisa burlona y relaja su postura.

—Acabas de ponerme muy cachondo, Angelita —susurra con tono provocativo.

Ladeo la cabeza y esta vez soy yo la que sonríe.

—¿Quieres que llamemos a Alex y se lo dices a él? —Pego más el filo del cuchillo a su piel —. Apuesto a que no tardará ni diez segundos en arrancarte la lengua por tu comentario.

Como ya esperaba, su sonrisa se desvanece de inmediato y alza ambas manos a modo de disculpa. Alex es el hijo del jefe y heredero del cártel. Nadie se atreve a joder con lo que le pertenece, y eso me incluye a mí.

—¿Puedes apartar ese cuchillo? Ya me he afeitado hoy —masculla. Inspiro hondo por la nariz y bajo el brazo, aunque no suelto el cuchillo. Samuel se toca la barbilla y me muestra sus dedos teñidos de sangre. Le he hecho un pequeño corte. Bien, no me arrepiento—. Es curioso, no veo a tu marido por aquí. Es más, últimamente no está en ningún lugar cerca de ti. —Recupera la sonrisa maliciosa mirándome a los ojos—. ¿Problemas de nuevo?

—Eso no es asunto tuyo —escupo.

Estoy a punto de retroceder para marcharme con Maya, pero su siguiente comentario me detiene.

—Tienes razón, pero sí es asunto de Urriaga.

Frunzo el ceño y aferro la empuñadura del cuchillo con más fuerza.

—¿De qué carajos hablas? —inquiero.

Se toma unos segundos antes de contestar, y cuando lo hace tiene en su rostro una expresión de satisfacción y burla que me encantaría borrar con un jodido puñetazo. Nunca me ha gustado Samu. Crecimos juntos, pero él es… Ni siquiera existe una palabra para definir el pedazo de mierda con piernas en el que se ha convertido; aunque ya de niño apuntaba maneras, logró superar mis expectativas.

—Anoche la cagó en un trabajo —comenta sin perder la sonrisa—. Perdimos a varios hombres por su culpa.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—¡Vamos, Angelita! —Odio que me llame así. Él lo sabe, y por eso lo hace—. ¿Crees que Urriaga es estúpido? Cada vez que vosotros dos os peleáis, Alex se convierte en un imbécil. Está distraído, irascible y salta a la mínima. Se vuelve descuidado, y el viejo ha decidido castigarlo por ello. —Su sonrisa se convierte en una mueca maliciosa y da un paso en mi dirección—. Aunque, a decir verdad, hace un rato no me pareció que su castigo le desagradara. Estaba muy bien acompañado en el sótano. Dos rubias…. —Hace un gesto con sus manos, imitando unos pechos grandes, y sacude la cabeza de un lado a otro.

—Mientes —siseo entre dientes—. No sé qué mierda pretendes contándome esto, pero no me lo creo.

Un paso más y acerca su rostro al mío. Me mantengo firme, mostrando que no le temo, y no dejo que note lo mucho que sus palabras acaban de joderme la mente. «Alex está en el sótano». Respiro profundo y apago esa voz en mi cabeza. No es cierto. Da igual que estemos distanciados, Alex no es así.

—Puedes ir a verlo por ti misma, Angelita. —Baja la mirada a mis labios e inhala con fuerza —. Solo tienes que ir al sótano.

«Nunca». Sé lo que ocurre allí, todo el mundo está enterado. Llevan a esas chicas, las maltratan, las violan, las usan y torturan. Jamás descenderé ni uno solo de esos escalones. Hacerlo sería darle permiso a todos los cabronazos que acuden allí a diario para que hagan lo mismo conmigo. No importa quién sea yo. En el sótano no existen las reglas. Todas las mujeres ahí abajo son tratadas como objetos que usar para el placer y disfrute de Urriaga y los hombres del cártel.

—Lárgate —siseo con rabia.

Samu retrocede un par de pasos y se fija en las manos de Maya, que rodean mi cintura desde atrás.

—No te encariñes con la cría. Sabes tan bien como yo que es carne de sótano. Si alguien no se la carga antes, acabará allí abajo, igual que su madre, aunque no tendrá tanta suerte. Urriaga no moverá un solo dedo por ella. —Mueve la cabeza para verla y me apresuro a cubrirla con mi cuerpo—. Aún es muy pequeña. No me gustan tan tiernas. —Se lame los labios y su mirada se oscurece—. Gritan demasiado cuando las follas, pero en cuatro o cinco años…

—Eres un puto enfermo. —Alzo de nuevo el cuchillo y Samuel suelta una carcajada ronca mientras retrocede.

—¿Un enfermo? Solo soy un aficionado al lado de tu querido maridito. Él sí sabe cómo pasarlo bien. Si no me crees, ya sabes lo que tienes que hacer.

—¡Fuera, joder! —grito, dando un paso hacia él con el cuchillo en alto.

Vuelve a reír y me rodea para dirigirse a la salida. No lo pierdo de vista, me giro para seguir ocultando a Maya con mi cuerpo mientras lo observo alejarse.

—Nos vemos esta noche en la fiesta, Angelita. —Se gira a medias y vuelve a ladear la cabeza para intentar ver a Maya—. Y a ti, pelirroja, te veré en el sótano tarde o temprano.

Me trago una maldición al escucharlo reír de nuevo mientras abandona la cocina y dejo el cuchillo sobre la encimera con un golpe seco. Maya sale de su escondite y me mira con curiosidad, y algo de temor también.

—¿Por qué voy a ir al sótano? —pregunta con su voz aguda y aniñada.

Respiro hondo e intento borrar de mi mente la imagen de la pequeña en ese lugar. No voy a permitirlo. La sujeto por la cintura y la alzo para dejarla sentada sobre la encimera.

—Tú nunca vas a ir allí, ¿entendido? Recuerda bien lo que siempre te digo, no debes acercarte ni a la puerta.

—Lo sé —susurra con gesto serio.

Este no es lugar para ella. Tengo que buscar la forma de sacarla de aquí.

—Mantente alejada de Samuel. Cuando lo veas, sal corriendo y búscame.

—Está bien, Angy.

Cierro los ojos y hago verdaderos esfuerzos para tranquilizarme. No quiero asustar aún más a la pobre niña. Fuerzo una sonrisa y toco la punta de su nariz con mi dedo índice.

—¿Quieres un trozo de pastel de chocolate de Jacinta?

—Es para la fiesta. —Mira a un lado y a otro y acerca su rostro al mío—. Si se entera se enfadará —susurra para que solo yo pueda escucharla.

—Entonces, me encargaré de que no se entere —digo en su mismo tono.

La niña ríe, y tras besar su mejilla, la bajo de la encimera y nos dirigimos al frigorífico.

∞∞∞

Media hora después, tras haber esperado a que Maya se comiera su tarta y acompañarla a su dormitorio, deambulo por la casa sin poder quitarme de la cabeza las palabras de Samu. Sigo pensando que solo quiso molestarme con sus mentiras. Alex jamás haría algo así, y no me refiero solo a tirarse a otra. Prometió que no volvería a mirar a otra mujer y confío en él, pero incluso aunque lo hiciese… No creo que pueda perdonar una infidelidad, sin embargo, lo que más me dolería sería saber que él le ha hecho daño a alguna de esas chicas. Ellas no están ahí por su propia voluntad. Los desgraciados que acuden a lo que Urriaga ha apodado como «la sala del placer», es una maldita jaula donde mujeres son violadas a diario. Si Alex ha participado en eso… Sacudo la cabeza de un lado a otro y, sin ser consciente de a dónde me dirijo, acabo mirando con fijeza hacia la puerta de acceso al sótano. Está ahí, a menos de cinco metros, y es posible que Alex… Bufo con fuerza y empiezo a retroceder. No puede ser cierto.

Estoy a punto de dar media vuelta cuando la puerta se abre, veo a Rai salir sonriendo de oreja a oreja, al verme se detiene, y entonces aparece él, gira la cabeza en mi dirección y mi corazón deja de latir. No respiro, mirando sus ojos azules de manera interrogante. Quiero que venga hacia mí y me explique el motivo por el que acaba de salir del sótano, pero no se mueve. Nos mantenemos la mirada durante varios segundos, entonces sus labios se estiran formando una sonrisa maliciosa y veo como acerca las manos a su cinturón y termina de abrochárselo.

«¡Hijo de puta! ¡Lo ha hecho!». Me escuecen los ojos y un nudo de angustia oprime mi garganta. Tengo ganas de gritar, de golpearlo. ¿Cómo ha podido hacer algo así? La forma en la que sigue sonriendo sin apartar la mirada de la mía me da la respuesta que busco. «Para lastimarme». Inspiro hondo por la nariz y alzo la barbilla. ¿Eso es lo que quiere? No voy a darle el gusto. Me obligo a sonreír con descaro y empiezo a caminar hacia él sin dejar de mirarlo a los ojos. No me detengo, solo paso a su lado y sigo avanzando con la espalda recta y pasos firmes.

«Adelante, pero recuerda que en el momento en el que decidas meter tu polla en otra mujer, daré por hecho que yo puedo hacer lo mismo». Las palabras que dije hace solo unos días resuenan en mi cabeza como una jodida campana. «Voy a mostrarte lo que se siente, Alex Urriaga».



Capítulo 34

Angy

En la actualidad

Cierro el cuento y me levanto de la cama para arropar bien a Lucas. Tras jugar con él un rato y explicarle por enésima vez que no sé cuándo podremos volver a casa, al fin logré tranquilizarlo y se quedó dormido antes de que terminara la primera página. Suspiro y muevo el cuello de un lado a otro bajo la mirada atenta de Jacinta. Ha estado sentada junto a la puerta desde que Rai me sacó del despacho. Le ordenó que me vigilara. No sé qué ha pasado hoy. Escuché disparos desde el despacho, pero cuando pregunté, Rai se negó a contarme nada, aunque lo noté extraño, algo nervioso tal vez.

Me giro sobre mí misma y saco el cuchillo que robé de la mesa hace ya varios días de la cinturilla de mi pantalón, abro el cajón de la mesita de noche y lo introduzco en su interior, después lo cubro con el cuento infantil y vuelvo a cerrarlo. Hoy es la gran noche. He pasado todo el día buscando la forma de mover todo el dinero que estoy a punto de robarle a Samuel. Bueno, en realidad, esos fondos le pertenecen a Gabriel ahora, a él y a su organización, pero van a ser mi vía de escape.

Todo está preparado. Durante los últimos dos días he estado aflojando los tornillos de la reja que cubre la ventana de mi cuarto de baño. Con solo un tirón podré escapar de allí en mitad de la madrugada. Después entraré en la casa por la puerta de la cocina, sin ser vista, vendré a por Lucas y el cuchillo y saldremos juntos de la finca antes de que nadie pueda echarnos de menos.

Aún tengo que conseguir que Rai no me espose esta noche. Usaré la baza de la pena. Estoy dolorida, eso es cierto. Los movimientos bruscos me obligan a doblarme por el dolor en el costado, sin embargo, pienso exagerarlo para que Rai me permita dormir sin ataduras solo por hoy.

Mi plan tiene muchas fisuras, y tampoco estoy segura de ser capaz de huir de la finca con un niño pequeño sin ser descubierta. Lo más sencillo es que cualquier guardia nos intercepte, pero al menos debo intentarlo. Si logro salir, solo necesitaré tener acceso a un ordenador o teléfono inteligente para transferir todo el dinero de las cuentas a varias carteras de criptomonedas y nadie jamás logrará dar con nosotros.

Doy la vuelta y dirijo mi mirada a Jacinta. Ya no me trata tan mal como antes, aunque dista mucho de ser la mujer cariñosa y atenta que me daba golosinas a escondidas cuando era una niña.

—Deja que duerma toda la noche. Está agotado. —Miro a mi pequeño y sonrío un poco, acariciando su cabello oscuro.

Yo misma le pedí no hace mucho que vigilara a Lucas de madrugada al menos un par de veces. Es muy inquieto mientras duerme y siempre termina destapándose y cogiendo frío, no obstante, no quiero cruzarme con Jacinta cuando venga a por él esta noche. A pesar de su odio hacia mí, no me gustaría tener que lastimarla.

—Lo haré —susurra, y me giro para mirarla. Está observando como mi pequeño duerme—. Maya también se movía mucho al dormir.

—Y no ha perdido la costumbre —comento. Abre la boca, como si estuviese a punto de hablar, niega con la cabeza y vuelve a cerrarla—. ¿Hay algo que quieras decirme, Jacinta? —inquiero, estrechando mi mirada sobre ella.

Inspira hondo por la nariz y acomoda su melena corta y blanquecina antes de responder.

—Lo que hiciste estuvo muy mal, Angy. Las consecuencias de tus actos fueron desastrosas. Se perdieron muchas vidas. —Suspira y clava su mirada en la mía—. Eran hermanos, hijos y algunos también padres, y ahora ya no están.

—No entiendo qué quieres decir —mascullo.

—¿De verdad creíste que Alex se quedaría quieto? A ti te perdonó la vida, te dejó marchar, pero se volvió loco, muchacha. Tras tu partida, dedicó cada segundo a dar caza a todo aquél que hubiese visto ese maldito vídeo. —Cierro los ojos con fuerza y contengo el aliento. Cuando los vuelvo a abrir, la mirada de Jacinta ha cambiado, es mucho más dura y acusatoria—. Ni siquiera le importó que no aparecieran en él. Solo haberlo visto fue suficiente para que Alex los eliminara, y a algunas mujeres también. El viejo Urriaga tuvo que interceder y llegué a pensar que ordenaría ejecutar a su propio hijo por la forma en la que se estaba comportando. Todo eso sucedió por tu culpa.

Me cruzo de brazos y arqueo una ceja en su dirección.

—¿Hay un gran «pero» en tu discurso o solo estás recriminándome mis errores por pura diversión? —quiero saber.

Jacinta vuelve a suspirar y dirige su mirada a mi rostro.

—Como ya he dicho, tu comportamiento fue horrible, hiciste daño a muchas personas, empezando por Alex, pero me alegra que alejaras a la pequeña Maya de este lugar. Estoy segura de que a tu lado ha sido mucho más feliz de lo que hubiese sido aquí en la finca.

—No sé si fue más feliz, pero sí estuvo segura. Ahora ha regresado al lugar al que pertenece, junto a su madre.

—Gracias a ti también —susurra entre dientes.

Jacinta le tomó mucho cariño a Maya durante sus primeros años. Siempre he pensado que esta mujer tiene un don para tratar a los niños. Sé que jamás se casó. Se hizo cargo de Rai cuando su madre falleció y siempre lo ha tratado como a un hijo.

Nos quedamos en silencio un buen rato. Se supone que alguien ya debería haber venido a buscarme. Una idea ilumina mi mente. Si logro que sea Jacinta la que me lleve a mi dormitorio… Ella no tiene las llaves de las esposas. Puedo hacerme la dormida para cuando Rai venga a atarme al cabecero, será más sencillo convencerlo de que no lo haga si ve que estoy tranquila y medio inconsciente por el cansancio.

—Estoy agotada. Quiero irme a la cama.

Jacinta niega con la cabeza y se mueve para cubrir la puerta con su cuerpo.

—Rai dijo que volvería a por ti. No puedo dejarte salir.

—Jacinta, he pasado todo el día con un dolor horrible. Necesito dormir. No saldré corriendo, si es eso lo que te preocupa. —Estiro mi brazo para señalar a Lucas—. Jamás dejaría atrás a mi hijo. Eso lo sabes, ¿verdad?

Parece dudar. Mira a Lucas y después a mí otra vez. Chasquea la lengua y se hace a un lado.

—Está bien. Te acompañaré a tu habitación y después le diré a Rai que vaya a verte.

Asiento, y tras besar la frente de Lucas, salgo del dormitorio y espero a que ella me siga. Caminamos por el pasillo en silencio. La habitación de Lucas está muy alejada de la mía, en la punta opuesta de la casa. Sé que no es algo casual. Alex es un hombre inteligente, sabe que no iré a ningún lado sin mi hijo. No obstante, que mi pequeño duerma tan cerca de la cocina es algo que me beneficia.

A medida que seguimos avanzando escucho unas voces que van subiendo de volumen. No tardo en reconocerlas, pertenecen a Alex y a Rai. Creo que provienen del despacho en el que he pasado todo el día encerrada. Trato de ralentizar el paso para entender qué dicen, pero Jacinta lo nota y tira de mi brazo para obligarme a continuar. Pasamos justo por delante de la puerta del despacho, está entreabierta y desde tan cerca puedo escucharlos a la perfección.

—¿Tenía familia? —pregunta Alex.

Su tono de voz es neutro, aunque reconozco la forma en la que arrastra las palabras. Lo conozco bien. Está borracho, para no variar.

—¿Gustavo? Sí, una hermana y un hermano. Sus padres murieron hace un par de años.

Me pongo alerta. ¿Por qué hablan de Gus?

—Encárgate de que no lo pasen mal. No van a tener un cuerpo que enterrar, pero al menos… —Dejo de escuchar, el ensordecedor ruido de la sangre acumulándose en mis oídos no me lo permite.

Solo soy consciente de que ya no estoy caminando cuando siento que Jacinta tira de mi brazo con fuerza, sin embargo, esta vez no sigo avanzando. Doy media vuelta y retrocedo un par de pasos antes de abrir la puerta del despacho de golpe.

—¡¿Lo has matado?! —exclamo.

Alex se gira con el ceño fruncido. Lleva un vaso en la mano a medio beber y un cigarrillo

entre los labios.



Capítulo 35

Angy

¡¿Qué demonios haces tú aquí?! —grita Rai, caminando hacia mí—. Dije que iría a buscarte. —Me sujeta del brazo, pero me libro de su agarre con un movimiento brusco, haciendo que mi dolorido costado se resienta, y entro en el despacho.

Alex le da una última calada a su cigarro antes de apagarlo, bebe lo que supongo que es tequila de un solo trago y deja el vaso sobre la mesa de madera.

—Te he hecho una maldita pregunta. ¿Has matado a Gus? —inquiero con los puños apretados.

No contesta, solo ladea la cabeza y su mirada se intensifica. Entonces me fijo en las gotas de sangre que salpican parte de su rostro, el lateral de su cuello, su camisa gris e incluso la porción tatuada de su pecho que está al descubierto. Me parece ver que incluso el anillo que cuelga de su cuello brilla con manchas color carmesí.

—La sacaré de aquí —dice Rai, e intenta volver a agarrarme.

Lo empujo con fuerza y me acerco aún más a Alex. Casi grito, no sé si de dolor o frustración.

—Claro que sí —siseo contra su rostro—. Eres un maldito hijo de puta. —Siento cómo las lágrimas desbordan mis ojos—. ¿Cómo pude pensar alguna vez que hay algo bueno en tu interior? —Sorbo por la nariz y nuevas lágrimas recorren mis mejillas—. Tuviste que hacerlo, ¿verdad? La única persona que valía la pena en esta mierda de sitio, la única que me tendió su mano, y tú lo has matado porque no soportas sentirte inferior.

—¡Cállate, Angy! —me ordena Rai—. Por tu propio bien, no digas ni una sola palabra más.

Vuelve a sujetarme del brazo y, cuando intento liberarme, solo logro hacerme daño. Hago una mueca de dolor con los labios y lo fulmino con la mirada.

—¡Suéltala! —gruñe Alex.

—La llevaré a su habitación.

—He dicho que la sueltes. —Su tono y la mirada asesina que le lanza no da opción a réplica. Rai libera mi brazo y retrocede un par de pasos—. Fuera de aquí —ordena.

—Yo… Lo siento mucho —escucho que dice Jacinta a mi espalda.

Dos segundos, o quizá menos, eso es lo que tarda Rai en llevársela y cerrar la puerta del despacho. En cuanto estamos a solas, Alex regresa su mirada a mi rostro y se cruza de brazos.

—Ahora explícame por qué debería sentirme inferior a un miserable peón. —Su voz es grave y sigue arrastrando las palabras.

Lo miro a los ojos mientras sorbo por la nariz, temblando de pura rabia.

—Gus tiene… —Aprieto los labios y niego con la cabeza—. Tenía algo que tú jamás tendrás.

—¿El qué? —inquiere, arqueando una ceja.

—Corazón. —Me acerco aún más y clavo mi dedo índice en el centro de su pecho—. Aquí dentro no hay nada.

Alza la barbilla y sus ojos azules brillan con furia contenida.

—Corazón —repite en un susurro. Se gira y camina con lentitud hacia el mueble bar, se sirve otro tequila y, tras beberlo de un solo trago, me mira de nuevo—. Dime, durante todas esas horas que pasasteis juntos, ¿te mostró algo más que su corazón? No sé, ¿su polla tal vez?

Cierro los ojos, y cuando vuelvo a abrirlos me seco las mejillas de un manotazo mientras esbozo una falsa sonrisa.

—Eres patético —mascullo.

Su mirada, la postura de su cuerpo, sus puños apretados… Todo en él es una amenaza explícita. Debería sentir temor, pero no lo hago. Ahora mismo solo tengo ganas de gritarle, de golpearlo e insultarle. Un paso, dos y lo tengo justo frente a mí, sosteniendo mi barbilla con una mano, apretándola mientras pega su rostro al mío.

—Repite eso —sisea con rabia.

Llevada por un impulso, y tomándolo por sorpresa, agarro su muñeca y la aparto con un tirón contundente. Ignoro el dolor en mi costado y levanto la cabeza.

—Das pena, Alex. ¿En serio has matado a una persona por celos?

—Ángela… —me advierte con la mandíbula tensa.

—¿Sabes qué es lo peor? Que ni siquiera te das cuenta de lo idiota que te ves. Me amenazas, me torturas obligándome a trabajar hasta el agotamiento, me insultas y maltratas, pero por mucho que lo intentas, eres incapaz de dejar de quererme.

Durante unos segundos se queda callado. Su pecho sube y baja con violencia.

—Nunca lo he negado —admite, sorprendiéndome.

Trago saliva con dificultad y niego con la cabeza.

—Era un buen hombre. Solo intentó ayudarme.

Su mano regresa a mi rostro, pero esta vez no me aprieta, solo sujeta mi barbilla con firmeza y me obliga a mirarlo a los ojos.

—¿A cambio de qué? —inquiere.

—¡Nada, joder! No todos los hombres son unos desgraciados como tú. ¿No te sientes inferior? Pues deberías porque… —Su boca cubre la mía antes de que pueda terminar la frase.

Durante unos segundos intento apartarlo, pero uno de sus brazos se enrosca alrededor de mi cintura, me inmoviliza y su lengua encuentra una abertura por la que acceder al interior de mi boca. Un roce y su sabor, eso es suficiente para que deje de resistirme. Me aferro con fuerza a sus hombros e ignoro el latigazo de dolor en mi costado cuando me alza en peso para sentarme sobre la mesa. Abro las piernas sin apartar mi boca de la suya. Nuestras lenguas batallan y se enroscan, bailan juntas y al unísono, provocando que la temperatura de mi cuerpo ascienda en cuestión de segundos. Alex se acomoda entre mis piernas, sus manos acarician mi cintura, levantan mi camiseta y tocan mi piel.

Aparto mi boca de la suya y contengo un gemido cuando sus dedos ásperos arañan la parte baja de mi espalda. Su boca recorre mi mandíbula, dejando un rastro de saliva hasta el cuello, lo mordisquea y lame mientras desliza una mano hacia mi pecho, agarra uno de mis senos y lo amasa sin ningún tipo de cuidado. Un grito ronco rasga mi garganta, no estoy segura si es de deseo o de dolor, tal vez una mezcla de ambas. Arqueo la espalda y él me atrae más hacia su cuerpo para rozar su erección contra mi centro por encima de la ropa.

—Eres y siempre serás mi jodida perdición —susurra sin aliento contra mi piel.

No soy capaz de contestar. Él también es la mía, lo ha sido desde la primera vez que puso sus labios sobre los míos y me reclamó como suya. No importa el tiempo que pase, ni el daño que podamos hacernos, sé que moriré amándolo, deseándolo, sintiendo por él más de lo que nunca nadie podrá entender. En mi lugar, cualquier otra mujer estaría huyendo, yo iba a hacerlo, estaba convencida de ello hace solo unos instantes, y ahora… Ahora solo quiero que entre en razón y deje de castigarnos a ambos, que perdone mis errores igual que yo sé que puedo perdonar los suyos. Otra oportunidad. Sí, eso es lo que deseo.



Capítulo 36

Alex

Se supone que no iba a volver a ceder, pero aquí estoy, mordiendo su cuello mientras ella gime con cada roce de mi erección en su sexo. ¿Cómo voy a poder resistirme a sus benditas manos recorriendo mi pecho? ¡Es imposible, joder! La única manera de no volver a caer en la tentación es metiéndole un jodido tiro en la frente. La sola imagen de Angy muerta me produce escalofríos. Me aparto un poco y observo su rostro, enmarcado por el cabello castaño que cae en ondas sobre sus hombros, esos ojos verdes tan expresivos, sus pestañas largas, la nariz afilada, los labios gruesos y enrojecidos por mis besos… ¡Santo Cristo! Jamás voy a poder librarme de ella. No importa si vive o muere, si está aquí a unos centímetros de mí o al otro lado del mundo, Angy siempre será el amor de mi vida, la única persona capaz de ponerme de rodillas.

Tomo una respiración profunda y ella intenta besarme de nuevo, pero la detengo. No solo estoy cediendo, una parte de mí me grita que deje ya de castigarla y busque la manera de retenerla a mi lado, sin embargo, no tardo en recordar su traición, y ese niño… Aún no me han dado los resultados de los análisis.

—Dime la verdad, Ángela —susurro, sujetando su rostro entre mis manos.

—¿Qué verdad? —pregunta con la respiración acelerada.

—El mocoso, ¿es mío?

Sus ojos se cierran y una bocanada de aliento golpea mi rostro al exhalar con fuerza. Necesito

que sea sincera conmigo, que me dé una maldita razón para no seguir adelante con esta venganza que tanto nos está lastimando a ambos.

—Siempre tienes que joderlo todo —masculla, abriendo los ojos. Sopla un mechón de su pelo y una de sus manos acaricia mi mejilla con suavidad—. Déjalo ya, Alex. ¿Querías castigarme? Bien, ya lo has hecho. Soy plenamente consciente del daño que te hice. ¿Qué más quieres de mí?

—Que sufras —siseo con la mandíbula apretada. Intenta apartarse, pero la sujeto con más fuerza y pego mi frente a la suya—. Quiero que sientas lo que es que te destrocen y te humillen.

Su empujón me toma por sorpresa. Retrocedo un par de pasos y Angy baja de la mesa, haciendo una mueca de dolor con los labios.

—Eres un jodido hipócrita —escupe—. Tienes el descaro de decir que yo te humillé y te destrocé, pero si mal no recuerdo, fuiste tú el que dio el pistoletazo de salida. —Se cruza de brazos y frunce el ceño, mirándome con rabia—. ¿Qué es lo que de verdad te molesta, que haya jugado al juego que tú inventaste o haya mejorado sus reglas?

Sus palabras son como un látigo recorriendo cada centímetro de mi piel. Ni siquiera se arrepiente. Solo busca excusas para justificar su traición. La ira se apodera de mí. Vuelvo a cogerla por la cintura, la giro y la empujo contra la mesa.

—¿Quieres saber qué es lo que se siente? —Se revuelve, pero la mantengo inmovilizada con un brazo mientras con el otro enciendo la pantalla del ordenador y muevo el ratón. Encuentro el archivo que busco y clico sobre él. Enseguida empieza a reproducirse el vídeo que destruyó todo lo que nos unía.

Angy

Intento apartar la mirada, pero Alex me sujeta la nuca y me obliga a seguir mirando. Su pecho está pegado a mi espalda, puedo notar el golpeteo veloz de su corazón y también su respiración en mi cuello. Inspiro hondo por la nariz y trago saliva con fuerza.

—Ni se te ocurra cerrar los putos ojos —escupe con rabia, con la barbilla apoyada sobre mi hombro.

Presto atención a las imágenes que se van sucediendo en la pantalla. Soy yo, es el nombre de Alex tatuado en mi espalda. Estoy tumbada sobre una cama, desnuda y con el trasero elevado. Un hombre se acerca por detrás, la imagen le corta la cabeza, no puedo distinguir quién es. También está desnudo. Agarra su miembro erecto y lo masajea con la mano unos segundos antes de penetrarme por detrás, yo gimo en alto y él se ríe. Se suceden más risas, hay más hombres en la habitación. Uno de ellos aparece en cámara, tampoco se le ve la cara, se sienta delante de mí, al borde del colchón y tira de mi cabeza hacia su entrepierna mientras el de detrás acelera la cadencia de sus embestidas.

—Apágalo —pido con un hilo de voz. He pasado cinco malditos años intentando sacar esas imágenes de mi cabeza. No necesito volver a verlo.

—De eso nada. Vas a verlo hasta el final. Vas a quedarte a ver cómo un puñado de hijos de puta te follan por todos los agujeros, cómo se corren sobre ti. —Sus dedos se clavan en la parte posterior de mi cuello y acerca más mi rostro a la pantalla—. Quiero que veas lo mismo que veo yo cada vez que cierro los malditos ojos. ¿Lo escuchas bien o tengo que subirle el volumen?

—Alex, basta ya —mi tono es de auténtica súplica.

—Basta ya —repite mis palabras, y noto como todo su cuerpo tiembla de rabia—. Eso mismo

digo yo cuando escucho ese sonido en mis pesadillas. Cuando te escucho gemir de placer y a ellos… —Se queda callado y el brazo que rodea mi cintura me aprieta con más fuerza. Me está haciendo daño en el costado, pero no me quejo. Solo aprieto los dientes y aguanto el dolor porque, en el fondo, sé que él está sufriendo aún más que yo con todo esto—. Todos están muertos. Los maté uno por uno y ahora es tu jodido turno.

Siento como afloja un poco su agarre y aprovecho el momento para revolverme, me giro a medias y lo empujo con fuerza para apartarlo de mí.

—¡Si vas a matarme, hazlo de una maldita vez! —exclamo, alzando la voz.

Alex abre un cajón de su escritorio con rapidez y saca una pistola de su interior, alza el brazo y me apunta a la cabeza.

—Debí hacerlo hace cinco años.

Doy un paso hacia él, agarro el cañón de la pistola y lo coloco en el centro de mi pecho. Alzo la barbilla de manera desafiante y busco su mirada.

—Se acabaron las amenazas. Estoy harta de esta mierda. Si no eres capaz de olvidar el pasado, solo tienes dos opciones: Me matas o dejas que me marche, pero no voy a seguir siendo tu saco de boxeo por más tiempo.

—Yo decido lo que vas o no vas a ser. Yo ordeno y tú obedeces.

—¡No soy tu jodida perra! —grito.

Sus comisuras se elevan, creando una sonrisa maliciosa, y se encoge de hombros.

—Y, sin embargo, aquí estás, abriéndote de piernas para mí en cada ocasión que encuentras. Eres peor que una perra.

—¡Entonces mátame de una vez, maldita sea!

—Solo responde a mi pregunta. ¡¿El mocoso es mi hijo?! —Se acerca más, el cañón de la pistola se clava en mi piel—. ¡Contesta! —brama.

—¡No lo sé! —vocifero, perdiendo los nervios—. ¡¿Eso es lo que querías escuchar?! No tengo ni puta idea de quién es el padre de Lucas. Ya has visto el vídeo, me follé a tantos hombres que cualquiera de ellos podría serlo. —Su rostro se convierte en una máscara de ira y rabia, su mirada se oscurece e incluso me parece escuchar el rechinar de sus dientes. Tomo una respiración profunda y niego con la cabeza—. Existe la posibilidad de que sea tuyo, pero no más que de cualquiera de esos tipos.

—Hija de puta.

En un movimiento rápido, baja la pistola y su mano rodea mi cuello. Me aprieta, pero no lo bastante como para dejarme sin respiración. Alzo las manos para sujetar su muñeca, pero antes de llegar a hacerlo, las dejo caer a cada lado de mi cuerpo y solo lo miro a los ojos. Estoy harta de pelear. Se acabó. Si no está dispuesto a darnos otra oportunidad, va a tener que matarme o dejarme ir. Mi castigo termina esta noche.

—¿Qué vas a hacer, Alex? ¿Piensas golpearme? —Ladeo un poco la cabeza y sonrío de manera burlona.

—Voy a matarte —sisea.



Capítulo 37

Angy

Sé que lo estoy llevando al límite, y eso es justo lo que pretendo. No podemos seguir así. Sé que no va a matarme, lo supe en el momento en el que curó y vendó mis manos; pude ver la preocupación en su mirada, la forma en la que actuó… Aún está ahí, me sigue amando, y si hasta ahora no he puesto más empeño en huir es porque una pequeña parte de mí cree que merece ser castigada, mantiene la esperanza de que cuando Alex acabe con esta especie de vendetta, recapacitará y podremos arreglar lo nuestro. Sin embargo, después de lo de hoy, no creo que eso vaya a suceder. Todavía está demasiado herido, es incapaz de razonar.

—Adelante, nadie te lo impide. —Su rostro se enrojece, los músculos de su mandíbula y cuello se tensan y una vena gruesa sobresale en su frente—. No vas a hacerlo, ¿verdad? —Lo empujo con fuerza por el pecho y logro apartarlo de mí. Su mano abandona mi cuello y empiezo a caminar hacia la salida.

—¡¿Dónde demonios crees que vas?! —brama, sujetándome por el brazo ya cerca de la puerta.

Me giro y clavo mi mirada furiosa en la suya.

—A buscar a mi hijo y largarme de aquí —espeto.

—Tú no vas a ningún lado. —Tira de mi brazo y noto como su pecho sube y baja con violencia—. Vas a quedarte conmigo hasta que yo decida que he tenido suficiente, y después te mataré.

Sin poder evitarlo, suelto una carcajada que logra enfurecerlo aún más.

—¿Otra amenaza? Esto ya roza lo ridículo. Has tenido muchas oportunidades para matarme, y aquí sigo. —Tiro de mi mano y consigo recuperarla—. Cuando tengas las agallas para admitir tu parte de culpa en todo lo que pasó hace cinco años, esfuérzate un poco en buscarme y, tal vez entonces, podamos arreglar esta mierda. Ahora me largo.

Intento salir de nuevo, pero su mano golpea la puerta de madera maciza para impedir que la abra.

—Hay cosas peores que la muerte —susurra en un tono tan grave y bajo que un escalofrío recorre mi columna vertebral.

Giro el rostro para mirarlo y lo único que encuentro en sus ojos es rabia, ira y el más puro y desgarrador sufrimiento.

—Suéltame, Alex —pido con un hilo de voz.

—No. —Me aparta de la puerta y la abre con la mano que tiene libre.

Empieza a tirar de mí hacia fuera, y aunque intento oponer resistencia, él es más fuerte y no tarda en sacarme a rastras del despacho.

—¡¿Qué demonios haces?! —grito.

Alex sigue avanzando y tirando de mí por el pasillo.

—Vamos a jugar con tus reglas mejoradas —farfulla sin mirarme.

Dejo de oponer resistencia cuando el dolor en mi costado se vuelve casi insoportable, pero entonces me doy cuenta de a dónde nos dirigimos. Alex se detiene frente a la puerta del sótano y la abre de un tirón.

—No —susurro, clavando los pies en el suelo y tratando de retroceder—. Ya está bien. No puedes llevarme ahí abajo. —Mi voz tiembla de puro terror.

Al fin me mira y soy consciente de que eso es justo lo que pretende hacer. No solo está borracho, la ira, la rabia y todo el resentimiento que lleva dentro lo tienen desquiciado.

—Puedo hacer lo que yo quiera. —Me sujeta la barbilla con fuerza y clava sus ojos furiosos en los míos—. Esta es mi casa y tú eres mi jodida mujer, para bien o para mal.

Solo me da tiempo a negar con la cabeza antes de que él se agache, clave su hombro en mi cadera y el mundo se vuelva del revés cuando me carga sobre su hombro. Empieza a descender los escalones empinados mientras yo grito, lo insulto y pataleo con fuerza.

Alex

Ignoro los golpes de sus puños en mi espalda, sus gritos e insultos y solo termino de bajar los escalones. El sonido de la música no es demasiado alto. Varios de mis hombres se ponen en pie al verme llegar, pero paso de largo y me dirijo al fondo de la sala. Hoy no hay mujeres aquí abajo, solo están los chicos bebiendo, drogándose y jugando a las cartas. Me detengo junto a la pared de piedra y bajo a Angy de mi hombro. No la miro a la cara mientras forcejeo con ella para apretar uno de los grilletes metálicos justo por encima de las esposas que rodean su muñeca.

—¡Alex, no puedes hacer esto! —exclama con voz temblorosa.

Agarro su otra mano y la fuerzo hasta que está pegada a la pared para enganchar el otro grillete. Entonces retrocedo un par de pasos y sonrío, ladeando la cabeza.

—Aquí es a donde perteneces. Ahora sí eres una perra, encadenada a la pared.

—Alex, por favor —su tono es de súplica.

Estoy tan furioso, tan jodidamente cabreado que apenas soy capaz de escucharla. «Va a sufrir lo mismo que yo». Sigo retrocediendo de espaldas mientras ella mira a los hombres que empiezan a acercarse.

—Señor, ¿quiere que nos marchemos? —pregunta uno de ellos.

Me giro y lo sujeto por el hombro.

—No, al contrario, os he traído un regalo para esta noche. —Frunce el ceño y dirige su mirada a Angy.

—Alex, ya has dejado clara tu postura, ahora sácame de aquí.

La ignoro y tomo una respiración profunda. Estiro el brazo y la señalo sin mirarla.

—Es toda vuestra.

—Señor, es su esposa —señala otro de mis chicos.

—Estamos en el sótano, ¿verdad? Aquí no hay reglas. —Me atrevo a mirarla y ella niega con la cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —susurra—. Cariño, te lo suplico, no me dejes aquí.

Aparto la vista de inmediato y me giro. Una mirada a mis chicos, eso es más que suficiente para que sepan lo que tienen que hacer.

—Divertíos con ella —escupo las palabras sobre mi hombro y camino hacia las escaleras con rapidez.

—¡Alex! ¡Alex, vuelve aquí! ¡No puedes hacerme esto! —escucho sus gritos, pero no me giro. Solo me concentro en subir un escalón y después otro y otro más—. ¡Apártate de mí! ¡Joder! ¡Alex! ¡Alex! —Llego a la cima y tomo una respiración profunda.

Siento cómo mi pecho se contrae de dolor y un nudo de angustia se instala en mi garganta al escucharla. Apoyo la espalda contra la pared y me dejo caer al suelo. Las lágrimas recorren mis mejillas mientras sigo oyendo sus gritos, cómo pide ayuda y lucha contra la media docena de hombres a los que yo mismo la he entregado. Cubro mis orejas y un sollozo rasga mi garganta. «Esto es lo que se merece. Necesito que entienda lo que se siente. Que vislumbre al menos una pizca de toda la humillación por la que yo tuve que pasar».

—¡¿Qué le estás haciendo a mamá?! —Abro los ojos y veo al mocoso frente a mí, vestido con un pijama y descalzo—. ¡¿Por qué grita?!

Mira hacia la entrada del sótano y está a punto de ir hacia allí cuando Jacinta aparece corriendo y se lo impide.

—Lucas, tienes que volver a la cama.

—¡No! —El crío se revuelve mientras los gritos de Angy se siguen escuchando en el piso inferior—. ¡Están haciendo daño a mamá!

Me levanto de un salto y sujeto al crío por los hombros. Me lanza un puñetazo al estómago y después una patada. Lo zarandeo, y sin importarme que tanto él como Jacinta me vean llorar, agarro su rostro y clavo mi mirada en la suya.

—Algún día vas a querer matarme por lo que le estoy haciendo a tu madre, y juro que no opondré resistencia —digo sin aliento.

Un nuevo grito de ayuda resuena en el pasillo y cierro los ojos con fuerza.

—Ayúdala —me pide el crío, apretando mi camiseta entre sus puños cerrados. Una lágrima solitaria recorre su mejilla y noto como si alguien me estuviese pisoteando las entrañas. Creí que ya sabía lo que era el sufrimiento de verdad, pero estaba equivocado, esto, lo que estoy sintiendo ahora mismo… ¡Santo Cristo, no voy a superarlo!—. Por favor, haz algo —suplica de nuevo.

Intento llenar de aire mis pulmones, pero no lo logro del todo. Empujo al chico hacia Jacinta y me seco las mejillas con el dorso de la mano.

—Llévatelo, Jacinta —ordeno.

Ella lo aprieta contra sus piernas mientras el chiquillo llora y patalea, y me mira con reprobación.

—Jamás pensé que te convertirías en tu padre, muchacho. Supongo que es verdad que la sangre llama. —Hace una mueca con los labios cuando un nuevo grito llega hasta nosotros—. Vamos, Lucas —susurra, y empieza a arrastrarlo por el pasillo.

—¡No! ¡Mamá! ¡Mamá!

Me llevo las manos a la cabeza y tiro de mi pelo en todas direcciones mientras hago verdaderos esfuerzos por seguir respirando. Los gritos se apagan y me cubro el rostro con las manos, volviendo a llorar como un jodido niño pequeño. Es posible que haya dejado clara mi postura, pero las consecuencias… Angy jamás me perdonará.



Capítulo 38

Angy

Estoy completamente inmovilizada. Mis manos sujetas por grilletes con una gruesa cadena anclada a la pared de piedra y mis piernas… Después de la primera patada que solté, uno de estos hijos de puta no me ha dejado moverlas ni un solo centímetro. Aun así, sigo removiéndome, serpenteando con mi cuerpo para esquivar las manos de dos hombres que intentan rasgar mi ropa. Los siento por todas partes, en mis pechos, en mis muslos, amasando mi trasero. Uno de ellos me sujeta el rostro e intenta besarme, pero logro darle un cabezazo y vuelvo a gritar.

—¡Alex! ¡Ayúdame!

—¡Maldita zorra! —El que acabo de golpear me empuja con fuerza.

Jadeo al sentir como mis costillas doloridas golpean la pared y todo el aire abandona mis pulmones. Ya no puedo gritar. Apenas soy capaz de moverme y respirar. De cualquier forma, está claro que no voy a lograr nada con mis gritos. Giro el rostro hacia un costado y cierro los ojos con fuerza. Escucho el sonido de mi ropa al rasgarse y más manos se deslizan sobre mis pechos, mi abdomen y más abajo.

«Él me ha dejado aquí. Me ha regalado a sus hombres, tal como hacía Urriaga cuando se cansaba de sus mujeres». Consigo inspirar por la nariz y noto como las lágrimas mojan mis mejillas.

—Joder, quiero follarla ya. Quítale los pantalones y ábrele las piernas.

Me atrevo a hacer un nuevo esfuerzo. Aprieto los dientes y me muevo de un lado a otro. No voy a rendirme. Si estos cabrones quieren un pedazo de mí, van a tener que luchar por él.

Las manos que estaban a punto de bajarme los pantalones se detienen cuando logro alcanzarlo con la rodilla. Me empujan de nuevo contra la piedra, otra punzada de dolor, aunque esta vez consigo arquearme para que mi costado no impacte de lleno en la pared. Libero mis piernas a base de patadas y consigo ver más allá de los cuerpos semidesnudos y sudorosos que me rodean.

—¡Dejadlo ya! —grita un chico joven. Está a unos metros de distancia observando lo que me hacen sus compañeros con gesto nervioso—. Es la esposa del señor Urriaga.

—¡Cállate, idiota! —exclama el mismo al que le he dado un cabezazo. Lo sé porque un hilo fino de sangre cae del interior de su nariz. Se aparta un poco mientras otros dos me sujetan las piernas, y se limpia la sangre con el dorso de la mano—. Ya has escuchado al jefe, en el sótano no hay reglas. Él mismo nos ha entregado a su mujer.

No me permito pensar en el significado de sus palabras. Alzo la barbilla de manera desafiante y lo miro directamente a los ojos.

—Eres un hijo de puta. ¿Esta es la única forma en la que puedes echar un polvo? Lo entiendo, con esa cara… —Deslizo la mirada hacia abajo—. Apuesto a que tienes una polla minúscula.

Sé que mi estrategia no es la mejor. Provocar a seis hombres que están a punto violarme, *a priori*, no parece buena idea, pero mi única intención es ganar tiempo. Aún no sé para qué, no obstante, necesito tiempo.

—Voy a disfrutar follándome esa boca sucia. —Sonríe socarrón y no tarda en desabrocharse los pantalones. Trago saliva con fuerza al ver su miembro ya erecto; mi mirada debe darle una pista del miedo que siento en estos instantes porque vuelve a reír—. No es tan pequeña, ¿verdad? —Se acerca más y coloca su mano en mi sexo, por encima del pantalón. Aprieta con los dedos e inspira profundo—. Esto va a ser increíble. Conozco tu fama. He visto el vídeo. —Sus dedos profundizan más y, por más que me remuevo, soy consciente de que no hay manera de escapar.

—No apruebo esto. No pienso participar. El señor Urriaga dijo… —escucho la voz del chico más joven, aunque el rostro del que sigue manoseándome no me permite verlo.

—Entonces, lárgate de aquí —lo corta otro de ellos.

—Eso. —Restriega su miembro contra mi muslo mientras sujeta mi rostro con una mano y lame mi mejilla—. Vete y deja que los mayores nos divirtamos —susurra contra mi piel.

«Mierda, no voy a poder salir de esta». El pensamiento que cruza mi mente me hace cerrar los ojos. Un sollozo sube por mi garganta, y de nuevo intento apartar el rostro cuando su boca se dirige a la mía. Casi puedo sentir su aliento sobre mis labios; de pronto, una detonación me sobresalta. El sonido del disparo aún reverbera contra las paredes de piedra cuando una nueva detonación se hace eco, y después otra y otra más. El hijo de puta retrocede un par de pasos, muevo la cabeza para ver qué es lo que está ocurriendo y suena otro disparo, él se gira y otra detonación estalla. Noto como un líquido caliente y espeso golpea mi rostro y cierro los ojos por puro instinto. Cuando los vuelvo a abrir, con las piernas temblorosas y el corazón latiendo a toda velocidad, lo veo a él. Alex está en el centro de la sala, rodeado por los cadáveres de los cabrones que han estado a punto de violarme, con la pistola en alto y la mirada perdida. Se gira al notar la presencia de alguien a su derecha.

—¡No la he tocado, señor! —El chico alza ambas manos con expresión de auténtico terror—. Intenté impedir que ellos lo hicieran, lo juro.

—¡¿Qué carajos…!? —La voz de Rai atrae la atención de Alex. Me mira a mí y después a los cadáveres que hay en el suelo—. Mierda, sabía que esto acabaría pasando. ¡Fuera, chico! —ordena, y el muchacho enseguida echa a correr escaleras arriba.

Alex baja la pistola y mantiene la cabeza gacha mientras su pecho sube y baja con violencia. Yo casi he perdido la capacidad de seguir respirando. Me mantengo viva a base de pequeñas inspiraciones por la nariz y exhalo muy despacio por la boca. Siento alivio porque Alex ha venido a por mí, pero también ira, rabia y un odio desgarrador y amargo que me obliga a tragar con fuerza para no vomitar. «Él me ha hecho esto».

Alex

No he sido de capaz de quedarme arriba. Sus gritos, o más bien la ausencia de ellos, fue más de lo que pude soportar. Ni siquiera tomé la decisión de bajar las escaleras, mi cuerpo se movió por puro impulso, y entonces la vi, rodeada por ellos, con los ojos cerrados mientras ese hijo de puta intentaba meterle la lengua en la boca. Disparé primero a los dos que tenían sujetas sus piernas, después a otro que solo observaba mientras se meneaba la polla con la mano y, por último, esperé a que el que estaba sobre ella se girara y le metí un jodido balazo en la cabeza. Aún no sé si hice bien en dejar escapar al más joven, tal vez deba ir a por él y terminar el trabajo, pero una parte de mí sabe que algún día lo necesitaré vivo. Tomo una respiración profunda y me atrevo a mirarla. Tiene la camiseta desgarrada, sus pechos apenas cubiertos por el sujetador están expuestos al igual que su vientre amoratado. Surcos profundos rodean sus muñecas por haber luchado para liberarlas de los grilletes, pero lo peor es su mirada, esos ojos verdes cargados de odio y rabia que me miran con fijeza.

«¿Qué he hecho?». La pregunta resuena en mi mente, dejándome aún más aturdido de lo que ya estaba. «Jamás va a perdonarme esto. Lo sé». Doy un paso en su dirección y Angy alza la barbilla con la mandíbula tensa y los dientes apretados.

—Mátame. —Su voz no es más que una mezcla entre susurro y gruñido. Me detengo y contengo la respiración—. Levanta tu puta pistola y dispárame a mí también.

Bajo la vista a la mano con la que aún sostengo la pistola. Podría hacerlo, apretar el maldito gatillo y acabar con toda esta angustia y sufrimiento de una vez por todas.

—Yo puedo hacerlo por ti, si eso es lo que quieres —escucho la voz de Rai a mi espalda y siento su mano en mi hombro—. Deja ya de torturarla, hermano.

Exhalo con fuerza y vuelvo a mirar a Angy. ¿De verdad puedo seguir viviendo en un mundo donde ella no exista? Encuentro la respuesta a esa pregunta en forma de punzada de dolor justo en el centro de mi pecho. Es como una garra que intenta rasgar mi carne de dentro hacia afuera. «No, no puedo». Aparto la mirada y doy media vuelta.

—Suéltala y llévala a su habitación —ordeno, empezando a caminar hacia las escaleras.

—Alexandro Urriaga —su voz me detiene antes de que pueda subir el primer escalón. Tomo una respiración profunda y la garra afilada se clava aún con más fuerza—. No sé cómo ni en qué momento, pero voy a matarte por esto, lo prometo. —Mis ojos se cierran y contengo el grito que está a punto de subir por mi garganta.

Vuelvo a abrir los ojos y me concentro en seguir caminando, un escalón tras otro hasta llegar a la cima. Atravieso el pasillo con la mirada nublada por las lágrimas no derramadas y ni siquiera me molesto en secar las que ya han caído sobre mis mejillas. Solo entro en el despacho unos segundos, el tiempo suficiente para hacerme con una botella de tequila y me dirijo a mi

habitación.

Hasta hoy aún había una mínima esperanza, pero tras lo que he hecho se ha esfumado. Ahora sí la he perdido para siempre. Durante el resto de la noche solo bebo, fumo y me maldigo a mí mismo. Al final me he convertido en lo que siempre he odiado.

Sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra el lateral de la cama, doy un trago largo a la botella, el licor se derrama por mi barbilla y empapa mi camisa. Ni siquiera me molesto en limpiarlo. Solo miro el techo y esbozo una sonrisa triste.

—Estarías orgulloso de mí, papá. Al fin soy un Urriaga de verdad —murmuro, y sigo bebiendo hasta perder la consciencia.



Capítulo 39

Angy

He sido incapaz de pegar ojo en toda la noche, y no solo tiene que ver con el dolor en mi costado o en mis magulladas muñecas. Tras encerrarme en mi habitación, Rai me dejó sola unos momentos para ducharme y cambiarme de ropa. En la ducha, ahí fue el primer lugar donde me derrumbé, mientras el agua caliente bañaba mi cuerpo no pude hacer otra cosa que sollozar en silencio, en parte de alivio, pero también de tristeza por lo que he perdido, por lo que jamás volverá a ser. Si existía cualquier esperanza de que Alex y yo volviéramos a estar juntos, tras lo que ocurrió anoche, lo que él me hizo, se ha desvanecido para siempre. El hombre que yo amo jamás hubiese permitido que otro pusiese sus manos sobre mí. Me da igual si llegó a tiempo para impedir que me violaran. ¡Él me puso en esa situación, joder! ¡Me regaló! No, ya no hay vuelta atrás. Sé que viviré el resto de mi vida amándolo, no obstante, se acabó, y esta vez para siempre.

Cuando Rai regresó, estaba tan agotada física y mentalmente que ni siquiera le pedí que no me esposara. Él no dijo nada, ni una sola palabra, aunque en su mirada pude ver cierta expresión de lástima. Se marchó enseguida y yo me quedé acurrucada sobre la cama, y sí, volví a derrumbarme. Derramé las lágrimas que ya creía agotadas, maldije a Alex una y otra vez; solo cuando el sol inundó la habitación fui capaz de serenarme y empezar a pensar con claridad.

Ahora más que nunca debo salir de aquí. Ya no hay nada que me retenga en este lugar. Estoy intentando trazar un nuevo plan cuando la puerta de mi dormitorio se abre de golpe. Me incorporo en la cama haciendo muecas de dolor y mi mirada va a parar a unos ojos azules

entrecerrados. Alex me observa bajo el marco con gesto serio. Lleva puesto un pantalón vaquero oscuro y una camisa azul. Su pelo, más largo por arriba que por los costados, está húmedo y no se ha afeitado. Carraspea y enseguida aparta la mirada.

—Alguien quiere verte —susurra, y se hace a un lado.

Enseguida veo como Lucas llega corriendo, se sube a la cama de un salto y se abalanza sobre mí. Aguanto la punzada de dolor en mis costillas y lo abrazo con fuerza con el brazo que tengo libre. Beso su cuello, su mejilla y su cabeza de manera repetida mientras lo estrecho contra mi pecho.

—Ayer por la noche te escuché gritar —dice acelerado justo después de apartarse un poco para mirarme a la cara. Sus ojos azules se estrechan y observan mi rostro con preocupación—. ¿Qué te pasaba, mami?

Alzo la vista al escuchar los pasos de Alex acercándose. Lo miro de reojo, se detiene al borde de la cama, estira sus brazos, y tras sacar las llaves del bolsillo delantero, suelta la esposa del cabecero y la enrosca alrededor de mi muñeca. Intento retirar mi mano, pero la sostiene y desliza el dedo índice por encima de la marca azulada que dejó el grillete en mi piel. Su leve caricia envía un cosquilleo por todo mi brazo. «No, Angy. Se acabó». Con un tirón contundente, recupero mi mano y acomodo a Lucas sobre mi regazo. Le dedico toda mi atención a él, ignorando la presencia de Alex. No voy a preguntarme por qué ha decidido traerlo a mi habitación. No, pensar en ello sería abrir una pequeña rendija al lugar de mi mente en el que tengo que mantener encerrados estos sentimientos de mierda que solo me han traído sufrimiento y desgracias.

—Solo estaba jugando, cielo —respondo a su pregunta con una sonrisa ensayada, y aunque parece dudar, la acepta como buena y se inclina hacia mí para recostar su cabeza en el hueco de mi cuello.

—¿Cuándo vamos a volver a casa? Echo de menos a Maya.

Suspiro, y aunque noto como la sombra de Alex se mueve por la habitación, no lo miro ni una sola vez.

—Vaquero, ya hemos hablado de esto. Maya está con su mamá. Yo también la extraño, pero tenemos que dejar que ella se adapte a su nueva vida.

—Hoy podrás verla —dice Alex, sorprendiéndome.

Lucas frunce el ceño y gira la cabeza en su dirección con la velocidad de un látigo. Abre la boca para decir algo, pero enseguida la cierra, haciendo un mohín con los labios, y me mira a mí.

—Mamá, pregúntale al hombre malo si vamos a volver a casa con Maya. Yo no le hablo.

Casi me echo a reír por su gesto airado con la barbilla en alto y los labios apretados.

—Mocoso, ve a desayunar —masculla Alex tras resoplar con fuerza.

Me muerdo la lengua para no decirle que puede meterse sus órdenes por el culo en lo que refiere a mi hijo. No, ni siquiera vale la molestia. No voy a pelear ni llevarle la contraria. Al fin y al cabo, solo tengo que esperar un poco más y muy pronto Lucas y yo nos largaremos de aquí y no tendré que volver a verlo.

—Ve, Vaquero —susurro, besando la frente de mi hijo.

—Pero…

—Ahora, Mocoso. Tu madre enseguida se reunirá contigo en el comedor.

Le ajusto su sombrero sobre la cabeza y le guiño un ojo antes de dejar que se marche. Lucas pasa junto a Alex con la espalda estirada, los hombros hacia atrás y la barbilla en alto.

—Me voy porque quiero, no porque tú me mandes —farfulla, y sale de la habitación.

Tras unos segundos de silencio, Alex vuelve a hablar.

—Nadie puede negar que sea hijo tuyo —comenta. No contesto. Sigo mirando hacia mis manos, que reposan en mi regazo. Lo escucho exhalar con fuerza y vuelve a la carga—. ¿No vas a decir nada?

«No, hijo de puta. Prefiero estar callada porque, si abro la boca, te daré razones para que me pegues un tiro». Respiro hondo y contengo toda la rabia en mi interior, la empujo hacia lo más profundo de mí para poder usar un tono neutro y sin pizca de emoción.

—Te agradecería que no le hagas promesas a Lucas que no vas a cumplir, como lo de montar a caballo y ahora ver a Maya. Vierte tu odio en mí, pero él es solo un niño. No juegues con sus ilusiones.

Un nuevo resoplido y noto cómo se acerca mientras juego con la uña sobre un borde de la esposa en mi muñeca.

—¿Ni siquiera vas a mirarme, Angy? —su voz grave y ronca llega a mí como un susurro.

Cierro los ojos y contengo el aliento. Me temo que mantener mi carácter bajo control va a ser más difícil de lo que imaginé, pero ese es el plan y pretendo ceñirme a él. Cero emociones, cero réplicas. Seré la perra obediente en la que él tanto se empeña en convertirme, y antes de que pueda darse cuenta me habré largado. Alzo la cabeza y mi mirada va a parar a sus ojos. Hay algo en ellos que llama mi atención. ¿Arrepentimiento tal vez? ¿Culpa? Como si eso fuese a servir de algo.

—¿Qué quieres? —Estrecha la mirada y su pecho se mueve de arriba abajo con respiraciones profundas. Me esfuerzo en que la mía sea fría y carente de cualquier emoción. Solo una vacía y sin vida. En eso es en lo que él me ha convertido.

Su nuez se mueve al tragar saliva con fuerza y aparta la vista.

—Haz una maleta. Nos vamos a Phoenix un par de días.

Me contengo para no fruncir el ceño. «¿Qué mierda vamos a hacer en Phoenix?», quiero preguntar, pero no lo hago.

—Bien —susurro, regresando la mirada a mi regazo.

Escucho un nuevo bufido y, tras un rato en silencio, habla otra vez.

—Gabriel se casa. Nos ha invitado a la boda. —«Dudo que se haya molestado en invitarme a mí». Una vez más, mantengo la boca cerrada—. ¿Me has escuchado?

—Sí. Tendré la maleta lista en pocos minutos.

—Bien. Salimos después de desayunar.

No respondo, y tras un suspiro profundo, lo escucho caminar hacia la salida y después el sonido de la puerta al cerrarse. Solo después de que se ha ido alzo la cabeza y maldigo en voz baja, aunque enseguida soy consciente de que lo del viaje puede ser la oportunidad perfecta para huir.

Esbozo una sonrisa maliciosa mientras un nuevo plan se va formando en mi cabeza. Estar cerca de Gabriel puede ser mi mejor baza. Es el jefe, ni siquiera Alex puede ir en su contra, y si consigo ponerlo de mi parte… Sí, creo que voy a tener que desempolvar mis dotes de

negociadora muy pronto.



Capítulo 40

Alex

Me duele la cabeza. Entre la resaca, la falta de sueño y el jodido mocoso parloteando sin parar durante todo el trayecto, siento como si una manada de elefantes me hubiera pisoteado el cráneo. Mantengo la vista fija en la carretera, a mi lado, uno de mis hombres conduce el todoterreno y Angy y el crío viajan en la parte trasera. Beni y Rai nos siguen en otro vehículo a poca distancia.

No tenía claro lo de asistir a la boda, sin embargo, después de lo que ocurrió anoche necesitaba salir de la finca. La culpa me está matando, y el hecho de que Angy ni siquiera me mire no ayuda. En realidad, no sé si prefiero su desprecio, porque la alternativa es todo ese odio y rabia que desprenden sus ojos, su postura, todo su cuerpo.

—¿Falta mucho? —vuelve a preguntar el mocoso por enésima vez.

Exhalo con fuerza y giro la cabeza hacia atrás para fulminarlo con la mirada.

—Los mismos veinte jodidos minutos que la última vez que preguntaste, hace solo treinta segundos —siseo, perdiendo la paciencia.

Me arrepiento de inmediato del tono que acabo de usar al ver como el crío se encoge y se pega más a su madre. Angy me mira, y por un segundo creo que va a decir algo. «Vamos, hazlo. Ponme en mi lugar». Abre la boca y vuelve a cerrarla, abrazando a su hijo. «Mierda». Me giro de nuevo hacia delante y me pinzo el puente de la nariz.

No sé qué demonios estoy haciendo o qué pretendo con este viaje. La verdad es que no lo

pensé demasiado. Gabriel me despertó a primera hora de la mañana, quería saber si al final asistiría o no a la boda. Estaba tan confuso y frustrado que me tomé su invitación como una maldita señal del universo para despejar mi mente. Voy a aprovechar estos dos días para tomar una decisión. Tengo claro que la situación en la finca con Angy ha llegado al límite. No puedo seguir torturándola y castigándola, no después de lo que pasó anoche. Mis únicas dos opciones son dejarla marchar o… Echo un vistazo por el retrovisor y la observo mientras ríe bajito de algo que le dice el mocoso. ¿Podría olvidar y perdonar lo que hizo? ¿Podría perdonarme ella a mí por lo que yo le he hecho? Se supone que ahora ya estamos en paz. Ella me humilló y traicionó y yo le he pagado con la misma moneda. Entonces, ¿por qué me siento como un pedazo de mierda?

Llegamos a la mansión que Gabriel tiene en Paradise Valley cerca del mediodía. Salgo del todoterreno y echo un vistazo a la fachada de la casa, sus grandes ventanales del suelo al techo y arquitectura moderna. El hijo de puta ha sabido montárselo bien. Varios hombres se acercan enseguida, y me miran con cautela antes de ayudar a Rai a sacar nuestro escaso equipaje de los vehículos. Arqueo una ceja en dirección a uno de ellos y noto que retrocede asustado. Su temor no es infundado. No hace mucho entré en esta misma casa disparando a todo aquel que se cruzó en mi camino.

Giro la cabeza a mi derecha en busca de Angy y la encuentro agachada frente al crío, sonríe mientras le coloca el ridículo sombrero de vaquero en la cabeza. Al darse cuenta de mi escrutinio, enseguida se endereza y tensa la mandíbula, como si mi sola presencia le resultara un incordio. Contengo un bufido y camino hacia las escaleras de piedra blanca que llevan a la puerta principal. Beni no tarda en unirse a mí en la cima, después llega Rai y, por último, Angy y el crío.

Miro de reojo a mi hermano pequeño. No hemos hablado de lo que pasó ayer. Mató a un hombre inocente. Estaba tan borracho y colocado que perdió por completo el sentido de la realidad. Reconozco los síntomas. Yo mismo he estado sumido en ese estado en varias ocasiones y sé de primera mano que a la mañana siguiente, con la mente despejada, no resulta sencillo lidiar con el peso de tus propios actos.

Antes de que pueda llamar a la puerta, esta se abre y Luna nos recibe con una expresión hastiada y poco amistosa. Lleva un pequeño apósito sobre la nariz, regalito de *Rhyzaya*, que aún se está curando.

—Has venido —masculla. Hace un barrido con la mirada y pone los ojos en blanco—. Y no vienes solo. Qué divertido. —Da media vuelta y se mete en la casa, dejando la puerta abierta.

Rai y yo nos miramos y él sonríe, encogiéndose de hombros.

—Luna siendo Luna —susurra, y la sigue.

Me hago a un lado y espero a que Angy pase delante. Ella no me mira, solo sigue caminando con el crío cogido de la mano. Ya casi me han sobrepasado cuando él tropieza y está a punto de caer de bruces. Estiro un brazo y lo sujeto por la parte trasera de la camiseta antes de que pueda golpear el suelo. Angy se apresura a enderezarlo y, con gesto preocupado, se inclina para quedar a su altura.

—Vaquero, ¿estás bien? ¿Te has hecho daño? —El niño niega con la cabeza y me mira a mí, arrugando los labios.

—Dile al hombre malo que no necesito que me ayude —farfulla.

Inspiro hondo por la nariz y me contengo para no decirle que la próxima vez dejaré que se abra la puta cabeza por bocazas. Ahora resulta que le ha dado por llamarme «hombre malo».

¡Maldita sea, sabe cuál es mi nombre! Parece como si, de alguna manera, se hubiese aliado con su madre para hacerme sentir como una jodida escoria.

—Vamos, cielo. —Angy tira de su mano y siguen avanzando hacia el interior de la casa.

No me molesto en cerrar la puerta. Que lo haga otro. No estoy aquí para ser el puto mayordomo de nadie. Los sigo hasta la enorme sala de estar de techos altos y muebles de diseño. Aún no he puesto un pie en el interior cuando el mocoso empieza a gritar.

—¡Maya! —Sale corriendo en dirección a la niña pelirroja y la abraza con fuerza.

Mientras Angy también se acerca a ella, la besa y empieza a hablarle en susurros, yo miro alrededor y hago una mueca de disgusto. Todos están aquí reunidos. Gabriel, su futura esposa, Oscar, Luna, Arturo y *Ryzhaya*. Bueno… Vanessa, Ness o como demonios sea que se llame. Beni apenas masculla un saludo fugaz antes de retirarse; Rai, sin embargo, se pone cómodo en uno de los sofás, como si estuviese en su casa.

—Bienvenido, Alex —saluda Lagos, rodeando los hombros de su mujer con el brazo.

Esbozo una sonrisa petulante y me cruzo de brazos.

—¿Me echabais de menos, cabrones? —Mi hermano pone los ojos en blanco y los demás me ignoran.

—Os estábamos esperando para comer —señala Bailey.

Tengo que admitir que la mujer con la que Gabriel ha decidido pasar el resto de su vida me cae bien. Tiene agallas y no se deja mangonear por nadie, me lo demostró la primera vez que la vi. La pillé intentando sacar a Zarco de la finca. Nuestro padre me envió a capturarlo con un puñado de hombres. Eran demasiados, y no pude hacer otra cosa que seguir sus órdenes. Lo que ella no sabe es que ese día, en ese preciso momento, mi intención no era otra que liberarlo.



Capítulo 41

Alex

Angy se acerca con la niña pegada a su costado y el pequeño gruñón pululando a su alrededor, riendo y saltando de emoción. Dice algo que no soy capaz de entender y ella suelta una carcajada profunda y ronca. Contengo el aliento y la observo como en un trance extraño e inquietante. Es la mujer más hermosa y genuina que he visto en mi vida, y cuando ríe… ¡Santo Cristo, esa risa puede iluminar toda una ciudad! Me alegra comprobar que su desprecio y desdén lo tiene reservado solo para mí, ya que no tarda en saludar a todos los presentes con amabilidad y educación.

—¿Vamos a comer de una maldita vez? Me muero de hambre —se queja Luna.

Bailey le lanza una mirada poco amistosa y niega con la cabeza, como si estuviese a punto de saltar sobre ella, pero ni siquiera mereciera la pena el esfuerzo. Todos se ponen en pie, y al pasar a mi lado, Gabriel se detiene y aprieta mi hombro con su mano.

—Tenemos que hablar de Vargas y Samu —susurra para que solo yo lo pueda escuchar. Mantengo mi pose chulesca e imperturbable y asiento—. Después —añade, y sigue caminando para reunirse con su mujer.

Luna se acerca a Angy y cruzan un par de palabras. Nunca han sido amigas íntimas ni nada de eso, pero cuando ambas vivían en la finca pasaban bastante tiempo juntas. Angy le enseñó a Luna todo lo que sabe sobre ordenadores, informática, *hackeo* y todas esas mierdas que yo nunca me he molestado en entender. Todos seguimos a mi hermano hacia el suntuoso comedor, con una

mesa ovalada tan grande que podría albergar a un equipo de fútbol a la perfección. Empiezan a tomar asiento. Rai se acomoda entre Oscar y Luna. Al otro lado de la mesa, el mocoso no se separa de Maya y a su derecha se sienta Angy. Yo ocupo el lugar que queda vacío entre Lagos y mi esposa.

Entre conversaciones banales y poco profundas, nos sirven los primeros platos. Angy se dedica a hablar con los dos niños; parece estar contenta por ver a la cría. Algo lógico ya que, hasta hace unas semanas, ella actuaba como su madre.

Aún no hemos llegado a los postres cuando la charla empieza a cobrar más transcendencia. Rai saca el tema de Samuel y no puedo evitar alzar la vista hacia Luna. Mantiene la cabeza gacha y el ceño fruncido. Odia a su hermano, y no la culpo por ello.

—¿Y Sandoval? —pregunto, cambiando el rumbo de la conversación.

Zarco se inclina hacia atrás en su silla; por supuesto, es la que preside la mesa. El muy cabrón no pierde ninguna oportunidad para demostrar que es él quien tiene el poder.

—Sigue en el sótano.

Escucho un tintineo y por el rabillo del ojo veo que una copa de vino blanco se vuelca, derramando todo su contenido sobre el mantel. Angy masculla una maldición y empieza a secarlo con su servilleta.

—Espera, te ayudo —dice Ness, y se estira para ocuparse del desastre.

Regreso la mirada a Zarco y este bufa, negando con la cabeza.

—No conseguimos sacarle nada más, ni el paradero de Samu, del dinero… Absolutamente nada.

—Me estoy quedando sin lienzo en el que trabajar —comenta Oscar de forma distraída mientras continúa comiendo—. Si lo fuerzo más lo mataré.

Lagos carraspea y todos lo miramos.

—¿Podemos no hablar de esos temas delante de los niños? —pregunta con gesto serio, y justo después se sube las gafas por la nariz con el dedo índice.

Zarco esboza una sonrisa y asiente. Queda claro que el santurrón de Arturito se está tomando muy en serio su nueva tarea de padre. Echo un vistazo al mocoso. Lleva el sombrero colgado en la parte alta de la espalda y ríe de algo que le dice Maya. Su cabello oscuro está revuelto y le brillan los ojos de felicidad. Tal vez sea mi hijo. Lo sabré pronto y, al contrario de Lagos, yo no estoy tan seguro de ser capaz de hacer bien ese trabajo. Lo más probable es que acabe siendo un padre horrible, como el mío.

—Bonita pulsera —Luna señala la muñeca de Angy. Se refiere a las esposas.

Ella abre la boca, vuelve a cerrarla sin decir nada y me mira a mí un segundo, antes de encogerse de hombros y seguir comiendo como si nada.

—Me la regaló mi querido maridito. —Su tono es ácido y cortante, pero no levanta la vista de su plato—. Él sí sabe cómo tratar a una mujer.

Luna sonríe de manera maliciosa y señala con el dedo su otra muñeca.

—Por las marcas y cardenales, se nota que le dais bastante uso.

Esta vez Angy sí la mira, y su expresión es la imagen misma del más puro cinismo cuando contesta.

—Son bastante útiles, al menos para él. Ya sabes, una forma de mantenerme controlada. Si lo

molesto, solo me encadena a cualquier lugar como una buena perrita.

Hija de puta… Zarco arquea una ceja en mi dirección de manera interrogante. Lo ignoro. No tengo por qué darle explicaciones de lo que hago o no con mi mujer. No obstante, no pierdo la oportunidad de replicar ante su comentario.

—Tal vez te regale una mordaza a juego —siseo entre dientes.

Gira el rostro hacia mí. Sus ojos verdes brillan de furia. «Vamos, di algo. No te calles ahora. Una respuesta cortante. Un comentario mordaz. ¡Lo que sea, joder!». Respira hondo por la nariz y aparta la mirada para seguir comiendo en silencio. «Mierda».

Angy

Tras el almuerzo, Gabriel, Lagos y Alex se retiran para hablar en privado y Ness me invita a subir a la zona donde ella y Lagos viven, en la misma casa, pero es como un pequeño apartamento de dos dormitorios que les da algo más de intimidad. A pesar de no estar bajo la vigilancia de Alex ni de Rai, que desapareció nada más terminar de comer, no tengo ninguna intención de salir huyendo. Sé que no lograría salir de los terrenos que rodean la mansión sin que me pillaran. Al contrario de la finca, aquí hay cámaras de seguridad por todos lados, pude verlas nada más llegar, desde el coche, y después en el interior de cada estancia que he pisado a excepción del apartamento en el que me encuentro. Luna siempre fue una buena alumna. Me alegra saber que está poniendo en práctica todo lo que le enseñé. Lo cierto es que, incluso si no hubiese tanta seguridad, dudo que pudiese marcharme sin más. Al fin y al cabo, estamos en mitad del puto desierto de Arizona.

Observamos desde la puerta de la habitación cómo Maya y Lucas juegan y ríen a carcajadas. Se echaban de menos. Nunca antes habían estado tanto tiempo separados. Ness no habla demasiado, aunque sí me explica que van a mudarse pronto. Gabriel pretende construir un par de casas en el mismo terreno para que sus hombres de confianza puedan tener más independencia. Parece como si intentara convencerme de que busca lo mejor para su hija.

—Ness, no tienes por qué justificarte —comento en voz baja para que los niños no me escuchen.

Ella suspira y le da pequeños tirones a su camiseta de manga larga. He visto sus cicatrices durante el almuerzo, no creo que intente ocultarlas de manera consciente, pero después de lo que le tocó vivir, entiendo que no se sienta cómoda mostrándolas frente a desconocidos. Ella estuvo en el sótano, y no solo eso, Alex me contó de dónde procedía. Hijos de puta. ¿Cómo pueden hacerle algo así a una niña?

—Lo sé —dice, agachando la mirada—. Tú has cuidado de Maya durante toda su vida. La sacaste del alcance de Urriaga, le diste todo el cariño de una madre. No quiero que pienses que tus esfuerzos han sido en vano. Voy a cuidarla, Angy. No permitiré que nunca nadie la lastime.

—De eso no me queda duda. —Esbozo una sonrisa sincera y dirijo la mirada al lugar donde la niña sigue jugando con Lucas—. Es especial. Un poco rebelde y cabezota. Lo siento si eso no te gusta, pero ha heredado el carácter de los Urriaga.

Ness exhala con fuerza y asiente.

—Eso ya lo he notado. Apenas deja que me acerque.

—Dale tiempo. Aunque intenté prepararla para ello, no es fácil adaptarse a que toda su vida haya cambiado de un día para el otro.

—Te echa de menos, a ti y a Lucas.

—Lo sé, nosotros a ella también, pero así son las cosas.

—Lagos me pidió que no te dijera nada, pero debo hacerlo. ¿Crees que es posible que podáis quedaros aquí una temporada? A Maya le vendría bien y, para ser sincera, a mí también.

Aprieto los labios y niego con la cabeza. «Ahora, Angy. Paso uno: Poner a todos de tu parte y en contra de Alex».

—Él no lo permitirá —susurro.

—¿Él? —Ness frunce el ceño, confusa—. ¿Te refieres a Alex?

—Sí, Alex. Aún no ha terminado conmigo.

Se queda en silencio unos segundos, supongo que asimilando lo que acabo de decir, antes de volver a hablar.

—Dijo que te mataría.

—Bueno, ha encontrado formas mucho más creativas de hacerme pasar por un infierno —replico, y le muestro mis muñecas amoratadas.

—¿Eso te lo ha hecho él? —Echo un vistazo fugaz en dirección a los niños y, de forma disimulada, alzo un poco la camiseta para dejar mi costado al descubierto—. ¡Joder! —exclama en voz baja—. ¿Estás bien? ¿Te ha golpeado?

Sonrío por dentro. Esa era justo la reacción que esperaba. Estoy a punto de empezar mi segundo acto, ese donde dejo a Alex como poco menos que un miserable y desgraciado maltratador, cuando somos interrumpidas por Arturo.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta, y rodea la cintura de Ness por detrás, atrayéndola hacia su cuerpo.

Los veo juntos y contengo una sonrisa de satisfacción. Me alegra saber que no ha cambiado, sigue siendo el mismo chico amable, atento y cariñoso de siempre. Me pregunto por qué no pude yo fijarme en un hombre como él. No, yo tenía que enamorarme del mayor hijo de puta que he conocido. ¿Por qué? ¿Qué nos pasa a algunas mujeres con los chicos malos? Una caída de ojos, una sonrisa traviesa y se nos mojan las bragas. ¡Es una mierda!



Capítulo 42

Alex

Mi dolor de cabeza no ha hecho más que aumentar. He pasado toda la tarde soportando el tono arrogante y autoritario de Gabriel. Me tiene al borde de un jodido ataque de nervios. Todo iba bien mientras hablamos sobre Samu, Vargas y el inquilino que vive en su sótano, no obstante, la conversación empezó a molestarme en cuanto tocamos temas como futuros negocios, la reactivación de la infraestructura del cártel al otro lado de la frontera y los muchos cambios que el hijo de puta de mi hermano quiere llevar a cabo en lo que se supone que es mi territorio.

Arturo se marchó hace ya varias horas y Rai aún no ha vuelto de hacer el encargo que le ordené. Eso nos deja a nosotros dos solos, sin lograr ponernos de acuerdo en nada y con demasiado aire cargado y tenso a nuestro alrededor. Antes de hacer alguna estupidez que pueda lamentar, decido dar por terminada la reunión. Después de lo que ocurrió anoche, no he querido presionar a Angy con el tema del dinero, sin embargo, no me va a quedar más remedio que hacerlo. Lo necesito para sacarme a Gabriel de encima. Si tengo que aguantar una más de sus frases paternalistas es probable que acabe rompiéndole la cara de un puñetazo, y eso… Bueno, eso empezaría una jodida guerra que sé que no puedo ganar. Tengo a los hombres, pero no el dinero para pagarles.

Salgo del despacho de un humor de perros y, al pasar por la cocina, me encuentro con Oscar. Lleva una bandeja con un cuenco repleto de una masa viscosa y grumosa. Hago una mueca de asco al verla.

—¿Se supone que eso es comida? —inquiero, deteniéndome a su lado.

—Para Sandoval. Le damos lo justo para que no se muera de inanición, pero eso no significa que vaya a disfrutar del sabor.

—Ya veo —mascullo, y arrugo la nariz. Huele horrible—. ¿Vas a hacerle una visita? —Oscar asiente—. Te acompaño.

—No sé si… —Frunce el ceño y mira sobre mi hombro.

Giro la cabeza y descubro a Gabriel detrás de mí, este cabecea ante la pregunta silenciosa de Oscar.

—No estaba pidiendo permiso, joder —siseo con la mandíbula apretada.

Mi hermano aprieta mi hombro y me tenso de pies a cabeza.

—Relájate, Alex. Lo que menos me apetece es montar una escena justo la noche antes de mi boda. —Pasa a mi lado y se marcha.

Tomo una respiración profunda y me obligo a serenarme. No me conviene un enfrentamiento directo, al menos, no por el momento.

—¿Vienes? —pregunta Oscar.

Asiento y lo sigo. Atravesamos una puerta que lleva a lo que parece ser un cuarto de la colada, después otra puerta más y empezamos a descender los escalones que llevan al sótano. Al contrario que en la finca, no hay muebles bonitos y suelos enmoquetados. Parece ser una antigua bodega con paredes desnudas que han reconvertido en una jodida zona de aislamiento y tortura. ¡Tienen celdas, joder! Giro la cabeza y descubro varias mesas repletas de herramientas y hojas afiladas.

—¿La habitación de invitados? —pregunto en tono burlón.

Oscar deja la bandeja sobre una de las mesas y me mira sonriendo.

—Este es mi patio de juegos —afirma.

Su tono y la forma en la que sus ojos brillan de pura maldad casi consiguen que me cague en los pantalones. Oscar no es alguien a quien me gustaría enfrentarme, y no solo por su altura y corpulencia. Yo estoy fuerte, pero a su lado parezco un caniche en comparación a un rottweiler. Es una mole de músculos desde la cabeza hasta los pies. Sin embargo, verlo en acción es aún más aterrador. Se convierte en una bestia, un animal salvaje sin ningún control sobre sus propios actos. Incluso de adolescente, una vez presencié cómo mató a un hombre partiéndole el cuello como si fuese una ramita seca y endeble.

Dejo de mirarlo y me doy cuenta de que, al fondo, encerrado en una de las celdas está Sandoval, o al menos deduzco que es él, ya que su rostro está tan hinchado y desfigurado que apenas puedo reconocerlo. Camino despacio, con las manos en los bolsillos. Está sentado en una silla metálica con los pies y las manos atados. Su ropa está rota y manchada de sangre seca. Me fijo en sus manos y contengo una arcada, no le quedan dedos en la izquierda y la otra parece completamente rota.

—No bromeabas al decir que casi no queda nada de él —murmuro.

Oscar no contesta, pero Sandoval parece escucharme. Fija su mirada en mí y abre la boca. Esta vez no puedo evitar hacer una mueca de asco. No tiene dientes. Muestra sus encías desgarradas y ensangrentadas y yo retrocedo un par de pasos.

—Por eso la papilla —señala Oscar. Abre la puerta de la celda con una mano, en la otra lleva

el bol con la comida—. Te traigo la que puede ser tu última cena, hijo de puta.

Sandoval espera paciente a que Oscar libere su mano derecha y empieza a comer con ella, gimiendo de dolor por el movimiento. Al terminar, yo ya tengo el estómago tan revuelto que dudo que pueda probar bocado durante la cena. Se lame los dedos uno a uno, y con la barbilla goteando lo que sea que acaba de comer, vuelve a mirarme.

—El traidor —su voz suena débil, y al carecer de dientes no vocaliza bien.

—¿Te están tratando bien, Héctor? —pregunto en tono burlón. Sonrío y echo un vistazo alrededor—. No es un hotel de cinco estrellas, pero creo que este lugar es perfecto para ti.

El muy hijo de puta vuelve a mostrar las encías destrozadas, como si estuviese riendo.

—Pobre niño. Siempre intentado ser como su padre. —Termina de lamerse los dedos bajo mi atenta mirada y la de Oscar y se recuesta en la silla con un suspiro—. ¿Has encontrado ya a tu putita? —Todo mi cuerpo se tensa como la jodida cuerda de una guitarra—. Ese sí es un buen coño, apretado, dulce… —Cierra los ojos y estira los labios, inspirando hondo por la nariz—. Una de mis mejores folladas, sin duda.

Oscar me intercepta justo cuando estoy a punto de entrar en la celda. ¿Es posible que…? No. Angy jamás se acostaría con un cerdo como Sandoval. Siempre lo ha detestado.

—No entres en su juego —dice Oscar en tono cortante—. Solo quiere que lo mates. No le des el gusto. Aún puede sernos de utilidad.

—Por supuesto que sí. Buscáis el dinero y yo sé dónde está y cómo recuperarlo. —Retrocedo con manos temblorosas y la respiración acelerada—. Fuiste a buscarla, ¿verdad? —Ríe de nuevo —. Claro que lo hiciste. Mientras me desangraba te escuché decir que sabías dónde estaba. ¿La has matado tal como prometiste? —Su mirada se clava en la mía y vuelve a reír—. Por supuesto que no. Siempre te dejaste dominar por esa zorra. ¿Está aquí ahora?

—Vámonos, Alex. —Oscar intenta desplazarme, pero no se lo permito. Sigo mirando a Sandoval con rabia.

—Quiero hacer un trato. —Oscar se gira, frunciendo el ceño—. Os daré el dinero si a cambio puedo disfrutar de una buena mamada de Angy. —Soy incapaz de contenerme. Aparto a Oscar de un empujón, entro en la celda y estampo mi puño en su rostro.

—¡Mierda! ¡Solo te está provocando! ¡¿Es que no lo ves?! —Oscar me sujeta desde atrás cuando intento golpearlo de nuevo.

Sandoval escupe sangre y su pecho se sacude por la risa.

—Está bien, me conformaré con verla un rato. ¿Queréis el dinero? Bien, le diré a ella dónde está.

—Ignóralo, Alex. Salgamos de aquí.

Espero a que Oscar cierre la puerta de la celda, y casi me saca a rastras del sótano. No quiero creer en lo que ha dicho ese desgraciado, sin embargo, tengo que admitir que una parte de mí duda. Es inevitable. Si pudo engañarme con todos esos tipos, tal vez… ¡Maldición! Sé que no voy a poder quitármelo de la cabeza.



Capítulo 43

Angy

Durante la cena, Arturo no me quita la vista de encima. Supongo que su esposa le ha contado la conversación que tuvimos esta tarde e intenta comprobar por él mismo si es verdad que estoy tan lastimada. En realidad, el costado está mucho mejor. Jacinta me dio unos analgésicos y solo me duele cuando hago esfuerzos o me río fuerte, y dudo que eso vaya a ocurrir.

Me centro en comer con ganas. Todo está delicioso y es el primer día en semanas que tengo el estómago lleno de verdad. A mi lado, Lucas parlotea sin parar con Maya. Se le ve agotado. No ha estado quieto ni un segundo en todo el día.

—Mamá, ¿puedo dormir con Maya? —pregunta de pronto, sorprendiéndome.

Lo miro sin saber qué contestar. Ni siquiera estoy segura de dónde nos vamos a quedar. Poco después de llegar, Bailey, la mujer de Zarco, con quien no he tenido la oportunidad de cruzar más que un par de palabras, nos informó de que nuestro equipaje ya estaba en las habitaciones, pero no tengo ni idea de dónde están ni con quién va a dormir Lucas.

—Cielo, no sé…

—Sí —la respuesta de Alex me hace mirarlo frunciendo el ceño.

¿Quién demonios se cree? No tiene ninguna autoridad sobre mi hijo. Abro la boca para reclamarle su intromisión, y puedo ver como una de sus comisuras se estira al darse cuenta de lo que estoy a punto de hacer. «Es lo que quiere, Angy. No le des el jodido gusto». Cierro la boca

de golpe y aparto la mirada.

—Puede quedarse en el apartamento con nosotros —intercede Arturo.

Fuerzo una sonrisa y asiento.

—Mientras los críos duermen, los adultos podemos trasladarnos a la sala de juegos. Necesito una copa —comenta Luna.

—No creo que sea buena idea emborracharme la noche antes de mi boda —farfulla Gabriel.

Luna empieza a quejarse y a llamarlos aburridos cuando la mayoría está en desacuerdo con su plan. Solo Rai parece tener ganas de montarse una fiesta a pocas horas del evento que nos ha traído hasta aquí.

—A mí me gustaría descansar —anuncio.

—Por supuesto —responde Bailey—. Subiendo por la escalera gira a la izquierda, es la tercera puerta de la derecha.

Asiento y aparto la silla para ponerme en pie. Ni siquiera me molesto en mirar en dirección a Alex mientras abandono el comedor acompañada por Arturo, Ness y los dos niños. Me acompañan a encontrar mi dormitorio y esperan en la puerta mientras yo cojo algo de ropa para Lucas. Les pido que me avisen si hay algún problema y después se marchan.

En cuanto me quedo sola, exhalo con fuerza y, de forma instintiva, mi mirada va a parar al cabecero de la cama. Es de madera, no hay barrotes, pero sí unas aberturas o huecos en los que poder enganchar la esposa. Sacudo mi muñeca, haciendo que el metal choque entre sí, y hago una mueca con los labios. «Ni siquiera esta noche me voy a librar». Ahora entiendo por qué la mochila con la ropa de Alex está en esta habitación. No tardará en venir a recogerla y dejarme bien atada al cabecero para que no pueda ir a ningún lado.

Decido aprovechar el poco tiempo que me queda para darme una ducha caliente. Me visto con una camiseta larga y me meto en la cama. Aún no he terminado de poner la cabeza sobre la almohada cuando la puerta se abre y Alex entra en la habitación. Lleva tres portatrajes colgados del brazo, dos grandes y uno más pequeño. Los deja sobre la cómoda y se gira para mirarme.

—Le pedí a Rai que fuese a la ciudad a comprar algo de ropa para la boda. Espero haber acertado con la talla. —Se me queda mirando, y tras darse cuenta de que no voy a decir nada, suspira y se pinza el puente de la nariz—. ¿Vas a seguir sin hablarme?

Su pregunta me toma por sorpresa. Mi primer impulso es hacerle un corte de manga y mandarlo al infierno, pero logro contenerme y solo me encojo de hombros.

—Tu mochila está junto al escritorio. Estoy cansada, así que te agradecería que te marcharas cuanto antes.

—¿A dónde? —inquiere, frunciendo el ceño.

—A tu dormitorio.

Esboza una sonrisa ladeada y extiende los brazos para señalar el espacio a su alrededor.

—Ya estoy en él —afirma.

Mis ojos se abren hasta el nacimiento del pelo.

—¿Vas a dormir aquí? —Asiente, estirando su sonrisa—. ¿Dónde?

—Justo ahí. —Señala con el dedo el lugar vacío a mi lado en la cama—. ¿Algo que objetar? —«¡Mucho, joder!». Inspiro hondo y vuelvo a encogerme de hombros—. En ese caso, voy a darme una ducha. Volveré enseguida.

En cuanto la puerta del baño se cierra, me dejo caer de espaldas sobre el colchón y maldigo en voz baja.

—¿En serio? —pregunto, mirando al techo—. Si existes, tienes que estar pasándolo en grande a mi costa ahí arriba.

Alex

Creí que una ducha de agua caliente me vendría bien, pero solo ha logrado que me sienta aún más cansado. Estoy deseando acostarme y… ¡Maldición! Voy a dormir en la misma cama que Angy. Aún no sé qué bicho me picó para pedirle a Gabriel que nos alojara en la misma habitación. Supongo que en ese momento me sentía tan culpable por lo que hice anoche que solo estaba pensando en una manera de estar más tiempo con ella para, de alguna forma, ganarme su perdón. Bueno, aún sigo sintiéndome como una mierda, pero dudo que pasar toda la noche compartiendo un espacio tan reducido con mi esposa me ayude a cambiar eso. Solo lograré despertarme aún más confuso y con dolor de huevos, lo intuyo.

Tras tomar una respiración profunda, salgo del baño y la encuentro tumbada boca arriba sobre el colchón. No me mira mientras me muevo por la estancia con solo una toalla rodeando mis caderas. Me acerco al escritorio y, junto a él, en el suelo encuentro la mochila con mi ropa. Saco un pantalón de algodón y me lo pongo sin molestarme en cubrir mi desnudez. Angy se gira hacia un lado, y una vez vestido, me doy la vuelta y empiezo a caminar hacia el lateral de la cama que ella no está ocupando. Aparto la manta y me introduzco en el interior de las sábanas.

Muevo la cabeza para mirarla y descubro que ha vuelto a girarse y está estirando su mano derecha hacia mí, exponiendo su muñeca amoratada y parcialmente cubierta por las esposas.

—Átame de una vez para que pueda dormir —masculla sin mirarme.

Sus palabras son como cuchillas afiladas, y no porque esté cabreada o molesta, ese es el maldito problema, que parece no sentir nada. No hay ninguna emoción en su rostro y su tono de voz también es sereno y pausado. «Esta no es mi Angy».

—Esta noche no —murmuro tras suspirar.

Alza la vista. Hay una pequeña chispa de sorpresa en sus ojos.

—¿Vas a arriesgarte a dormir a mi lado sin inmovilizarme? Podría aprovechar para matarte sin que puedas defenderte.

Frunzo el ceño y sonrío por dentro. Ira. Bien, esa puedo manejarla. Es mejor que tanta inexpresividad y falta de emociones.

—No hay ningún arma en la habitación, Ángela.

Su mirada se estrecha sobre mí y lo veo, esa sonrisa petulante y maliciosa que es capaz de ponerme de rodillas a sus pies. Aún estoy intentando averiguar qué es lo que trama cuando se abalanza sobre mí. Sus manos rodean mi cuello. Se mueve rápido, demasiado. No soy capaz de reaccionar y logra sentarse sobre mí sin dejar de apretar mi garganta con todas sus fuerzas. Noto cómo me corta el suministro de aire, sin embargo, no me muevo. Solo dejo que saque toda esa rabia que ahora sí puedo ver en sus ojos verdes. Tenso el cuello y aguanto todo lo que puedo sin respirar. Angy jadea por el esfuerzo, su rostro se contrae y arruga mientras aprieta y aprieta y sigue apretando. Cuando ya me queman los pulmones y mi cuerpo comienza a sacudirse por la falta de oxígeno, tomo la decisión de detenerla. Sujeto su cintura con ambas manos y nos giro a ambos. Quedo sobre ella, y no tardo en apartar sus manos de mi garganta y subirlas a la fuerza

para colocarlas sobre su cabeza.

—Mi ángel demoniaco —susurro, respirando de forma violenta para recuperar el aliento.

—¡Eres un hijo de puta! —sisea, revolviéndose para que la libere.

Mantengo sus manos pegadas al cabecero y aprisiono su cuerpo con el peso del mío.

—Lo sé. —Pego mi frente a la suya y bebo de su aliento. Su olor, la forma en la que su cuerpo se adapta al mío a la perfección… ¡Santo Cristo! No creo que pueda contenerme—. Quiero follarte —dejo escapar con un hilo de voz.

Angy deja de forcejear y clava su mirada en la mía.

—Como se te ocurra tocarme, te juro que… —Antes de que pueda terminar la frase ya la estoy besando.

Al principio no responde, pero tampoco se resiste. Deslizo mi lengua entre sus labios cerrados, pidiendo permiso para entrar mientras me acomodo entre sus piernas. Mi erección aprieta furiosa contra la tela del pantalón. Pasan varios segundos, y entonces ella suspira y abre la boca. Nuestras lenguas se encuentran y se mueven la una contra la otra. Encajo mi cadera entre sus muslos y me muevo despacio, dejando que mi dureza la acaricie justo en el centro. Ni siquiera sé cuánto tiempo pasamos besándonos hasta que me aparto un poco. Busco su mirada de nuevo. Ya no hay rabia en sus ojos, tampoco indiferencia, solo deseo, pasión apenas contenida y una desesperación punzante que manda al traste con cualquier pizca de autocontrol que aún pudiese albergar.

Aflojo el agarre en sus muñecas, deslizo las manos por la parte interna de sus brazos, las axilas y al fin llego a sus pechos. Angy sigue manteniendo los brazos estirados sobre su cabeza cuando pellizco uno de sus endurecidos pezones mientras sigo meciéndome despacio contra su sexo.

—Tú también quieres esto —digo con una exhalación.

—No creas ni por un segundo que cambia algo —murmura justo antes de gemir.

Esbozo una sonrisa ladeada y lamo sus labios, después su barbilla y luego su cuello. Angy gira la cabeza para darme mejor acceso y siento sus manos deslizándose sobre mi espalda. Cierro los ojos y disfruto de cada bendito roce de su piel contra la mía. Sus uñas se clavan en mis hombros y un gemido ronco sale de mi garganta. Muerdo su cuello en respuesta, y con un movimiento rápido, me incorporo y tiro de su camiseta hacia arriba. Se la quito por la cabeza y sus pechos quedan expuestos. Se me hace la boca agua solo de mirarlos. Tan perfectos como siempre. Ella misma empuja mi cabeza hacia ellos. Sonrío contra su piel y me meto un pezón en la boca. Lo acaricio con la lengua, aprieto despacio con los dientes y lo libero. Repito lo mismo con el otro antes de empezar a descender, dejando un rastro de saliva por su abdomen.

Ni siquiera me molesto en quitarle las bragas, solo muerdo un lado cerca de su cadera, tiro con ambas manos y escucho como la costura se rasga. Escucho a Angy maldecir en voz baja mientras todo su cuerpo tiembla de puro deseo.

—Mírame —ordeno. Me ignora, así que clavo los dientes en el interior de su muslo para llamar su atención—. Mírame, Ángela. —Esta vez obedece, aunque no parece muy contenta—. Ódiame, detéstame, siente asco por mí si quieres, pero no vas a volver a comportarte como si yo te fuese indiferente.

—¿Y qué pasa si de verdad lo eres? —pregunta, clavando su mirada en la mía.

Sonrío de nuevo y niego con la cabeza.

—Esto no es indiferencia, Ángel. —Deslizo mi lengua por su centro húmedo y caliente y su sabor invade mi paladar. Intento apartarme de su sexo para mirarla de nuevo, pero sus manos sobre mi cabeza me lo impiden—. Entendido —mascullo justo antes de enterrar mi boca en él.



Capítulo 44

Angy

No sé qué estoy haciendo y, para ser sincera, no quiero averiguarlo. Se supone que iba a mantenerme impasible, que no cedería, y aquí estoy, con las piernas abiertas mientras Alex hunde su lengua en mi sexo. «Era inevitable». Aparto ese pensamiento y cierro los ojos con fuerza. Sé que se siente culpable, y si esta es su manera de disculparse, no seré yo quien se lo impida. No obstante, no significa que vaya a cambiar nada. Aceptaré esta noche como una jodida despedida. No tuve la oportunidad de tenerla hace cinco años, pero ahora sí. Mañana todo será distinto. Voy a cambiar las reglas del maldito juego de una vez por todas.

Pierdo el hilo de mis pensamientos cuando dos de sus dedos se introducen en mi interior. Gimo y Alex vuelve a lamerme, mordisquearme y chuparme con voracidad. Echo la cabeza hacia atrás, estirándome, como si la tensión pudiese protegerme de la divina tortura que es su boca. Sus dedos abandonan mi sexo y su lengua asciende hasta mi ombligo. Clava sus rodillas en el colchón para continuar subiendo, y deja un reguero de saliva entre mis pechos. Me recorre el cuello y la barbilla hasta llegar a mi boca. Siento su miembro rozar mi centro y la excitación aumenta aún más. No sé en qué momento se ha quitado el pantalón, y tampoco me importa. Lo necesito dentro de mí.

Con un gruñido, se introduce en mi interior centímetro a centímetro, ensanchándome, haciéndome gemir con fuerza. Contengo el aliento, y esta vez soy yo la que busca su boca con la mía. Alex se detiene por completo al llegar al fondo y los brazos, que sostienen todo su peso, tiemblan y se tensan aún más.

—¿Cómo lo quieres? —pregunta, apartando su boca. Su tono es tan grave y profundo que reverbera contra mis huesos. Busca mi mirada y esboza esa sonrisa de chico malo que casi hace que me corra de puro gusto. No contesto, pero lo que sea que ve en mis ojos le da la respuesta que busca—. Lo supuse —masculla, y se retira casi por completo antes de arremeter contra mí con una embestida brutal que me hace aullar de placer.

Sus caderas cobran vida, se mueven de delante hacia atrás mientras su lengua invade mi boca una vez más. Lo siento por todas partes: en mi boca, en mi sexo, en mis pechos. Me aferro con fuerza a su espalda y clavo mis uñas en su piel. Alex deja de besarme para jadear en voz alta y acelera la cadencia de sus embestidas. Es rápido, duro, brutal e increíblemente maravilloso. Casi no soy capaz de respirar. Me concentro solo en el placer, en recibir todas y cada una de sus estocadas. El dolor en mis costillas queda opacado por todo el placer que recorre mi cuerpo.

—¡Santo Dios! —exclamo cuando roza un punto tan dentro de mí que parece como si estuviese atravesándome.

Otra vez esa sonrisa de malote, y pega su frente húmeda por el sudor a la mía sin dejar de moverse.

—Deja que Dios se ocupe de sus asuntos, Ángel. De ti me encargo yo.

Deslizo las manos por sus hombros y enredo los dedos en su pelo oscuro y revuelto. Alex resuella contra mi cuello y me muerde con fuerza. El pinchazo de dolor desencadena mi orgasmo. Me estremezco, todo mi cuerpo se rebela y se sacude al llegar al clímax.

—¡Alex! —grito.

—Mierda. —Se detiene de golpe, y antes de que pueda adivinar sus intenciones, me gira con un movimiento brusco y se coloca a mi espalda. Suelto un quejido bajo cuando mis costillas doloridas se resienten, pero no me aparto ni intento evitar lo que sé que está a punto de ocurrir.

Sus manos me sujetan la cintura y tiran de ella hacia arriba. Vuelvo a sentir su miembro, duro como una jodida barra de acero, paseándose por mi hendidura. Alex mordisquea mi hombro, después la parte posterior de mi cuello y vuelve a clavarse en mi interior, una vez, otra y otra más. Apenas logro soltarme del primer orgasmo y ya noto que un segundo se va fraguando en mi bajo vientre. Sus manos tocan mi pelo, lo recogen hacia atrás mientras su pelvis golpea mis nalgas a una velocidad rítmica y constante. Siento como envuelve mi melena alrededor de su puño y tira de ella. Echo la cabeza hacia atrás y me sujeto con fuerza al cabecero para no salir disparada con cada uno de sus golpes de cadera.

—¡Alex, joder! —exclamo al borde del orgasmo.

—Eso es precisamente lo que estoy haciendo —sisea, hundiendo sus dedos en mi cintura con tanta fuerza que estoy segura de que me va a dejar marcas. Una punzada de dolor recorre mi costado cuando vuelve a tirar de mi pelo y me obliga a enderezarme. Mi espalda queda pegada a su pecho y escucho su respiración acelerada junto a mi oído—. ¿Por qué lo hiciste? —Se hunde aún más profundo y cierro los ojos con fuerza—. ¡Maldita sea, Ángela! Habría dado mi vida por ti. ¿Por qué tuviste que joderlo todo?

Apoyo la parte posterior de mi cabeza en su hombro y un gemido ronco rasga mi garganta. Sus palabras torturadas penetran en mi mente justo cuando mi segundo clímax llega a su punto álgido. Alex se impulsa un par de veces más en mi interior y él también se corre con un gruñido profundo y clavando sus dientes en mi hombro.

Alex

Me quedo muy quieto mientras intento recuperar el aliento. Mi pecho sube y baja con violencia. Aún sigo enterrado en su interior y con mis dientes pegados a su hombro. Abro la boca despacio y beso la marca de mordedura que he dejado en su piel. Por primera vez en cinco malditos años siento como si el mundo hubiese vuelto a girar. Esto, ella, nosotros… Suelto su cintura y Angy se desploma boca abajo sobre el colchón, con la respiración acelerada y el cuerpo tembloroso.

—No recordaba lo bueno que era —la escucho susurrar de manera entrecortada.

Tomo una respiración profunda y acomodo mi pelo revuelto pasándome la mano por la cabeza. Yo sí que lo recordaba; cada día, cada hora, cada maldito minuto y segundo de estos cinco años lo he echado de menos. Me dejo caer de espaldas a su lado y cierro los ojos. Su aroma está por todos lados. Siento su sabor en mi paladar, el de su boca y el de su sexo. Me humedezco los labios y exhalo con fuerza.

Angy se mueve, gira la cabeza en mi dirección y me atrevo a mirarla. No soy capaz de descifrar la expresión de su rostro. Estira un brazo y coloca la mano en el centro de mi pecho. Mueve los dedos despacio, en una leve caricia que termina justo sobre la cicatriz que tengo en el pectoral izquierdo. Alza la cabeza para poder verlo bien y yo contengo el aliento. En el lugar donde estaba su nombre tatuado ahora solo hay un pedazo de piel arrugada. La tinta es apenas un borrón ininteligible.

—Lo quemé —susurro con un hilo de voz.

La punta de su dedo índice repasa uno de los bordes irregulares de la cicatriz y su mirada se oscurece. Hay algo parecido a la tristeza en ella, también culpa. Aparta la mano y gira la cabeza hacia el otro lado para huir de mí. Me encantaría poder decirle que todo va a estar bien, que de alguna manera lograremos superar esto y volver a ser los que éramos, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta. El silencio invade cada rincón de la habitación y poco después escucho su respiración pesada; decido que ya he tenido suficiente tortura por una noche, así que me levanto, me pongo el pantalón de algodón y una camiseta y salgo de dormitorio.



Capítulo 45

Angy

Al amanecer Alex no está. No sé en qué momento se ha ido, pero me alegro de que así sea. Al menos tengo un poco de tiempo para asimilar todo lo que ocurrió anoche. Me permito pensar en ello mientras me ducho, solo esos minutos. Su boca, sus manos, su sabor… Fue como si el tiempo no hubiese pasado. Disfruté cada maldito segundo. No recordaba lo bueno que era el sexo entre nosotros, como mi cuerpo se deshace ante sus caricias demandantes. Supongo que ha sido una despedida a la altura de lo que hemos vivido porque si algo tengo claro es que no va a volver a ocurrir. Hoy mismo, después de la ceremonia, hablaré con Gabriel. Cuente o no con su ayuda, ni Lucas ni yo volveremos a la finca.

Cubierta con solo una toalla, salgo del baño y me siento aliviada al descubrir que no hay nadie en el dormitorio. Me acerco al escritorio y solo veo dos portatrajes. Uno de ellos contiene un traje de niño azul claro, una camisa blanca y una corbata infantil con dibujos de caballos, revólveres y sombreros de vaquero.

Se me escapa una sonrisa. Lucas la va a adorar. No quiero pensar en el hecho de que Alex haya contado con los gustos de mi hijo para escoger su ropa. Abro el otro portatrajes y me sorprendo al ver un vestido en color gris plata. Toco la prenda sedosa y la saco para colocarla frente a mi cuerpo. Es entallado, con escote en palabra de honor y largo hasta los pies, donde se ancha creando una especie de cola corta. Dos porciones de tela están parcialmente cubiertas de brillantes. No recuerdo haber visto nunca un vestido tan hermoso.

En el suelo encuentro varias cajas apiladas que no estaban ahí anoche. En una de ellas hay

unos zapatos de tacón en color negro; en otra unos zapatos azul oscuro para Lucas y en la última un conjunto de ropa interior de encaje y varios estuches con maquillaje sin estrenar.

—Has pensado en todo, hijo de puta —murmuro para mí.

Me visto y me maquillo rápido. Al verme al espejo casi no soy capaz de reconocerme. Hacía mucho tiempo que no usaba un vestido. «Cinco años», resuena en mi mente. Cierro los ojos y me permito recordar ese fatídico día. Se supone que nada de eso debería haber pasado. Solo era una fiesta más, el cumpleaños de Leonardo Urriaga. Estaba tan cabreada... Quería lastimar a Alex, hacerle sentir lo mismo que yo cuando lo vi salir del sótano. Bailé mucho, bebí aún más y a la mañana siguiente mi vida se derrumbó. Sacudo la cabeza y me obligo a mantener los recuerdos encerrados en lo más hondo de mi mente. Ahora nada de eso importa. Alex ha cambiado. El odio, la ira y el resentimiento lo han convertido en un hombre sin escrúpulos, alguien capaz de entregarme a sus hombres para que hagan conmigo lo que quieran.

Cojo la ropa y los zapatos de Lucas y salgo de la habitación. Con cada paso que doy mis tacones repiquetean en el suelo de granito oscuro y pulido. Casi he terminado de atravesar el largo pasillo cuando escucho una maldición. Me detengo de golpe y frunzo el ceño.

—¡Mantén la calma, joder! —Giro la cabeza hacia una puerta que parece entreabierta. Asomo la cabeza y veo a Bailey, con su vestido de novia de encaje blanco, caminando de un lado a otro de la habitación. Parece muy nerviosa. No sé si hago algún ruido o detecta mi presencia por puro instinto. Se da la vuelta y exhala con fuerza—. Eres tú —susurra, y hace una mueca con los labios.

—Lo siento. Ya me iba. —Hago el amago de girarme, pero su voz me detiene.

—¡No, espera! —Vuelvo a mirarla—. Entra, por favor —pide hiperventilando.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que estoy teniendo un jodido ataque de ansiedad —responde de manera entrecortada.

Paso al interior del dormitorio y dejo la ropa sobre la cama antes de acercarme a ella.

—Respira hondo por la nariz, contén el aire en tus pulmones unos segundos y suéltalo despacio por la boca.

Hace lo que le digo, una vez y después otra, y otra más mientras la observo y la animo en silencio a continuar.

—Gracias —susurra ya más tranquila. Se lleva las manos a la cabeza y resopla con fuerza—. No sé qué estoy haciendo. Hace solo unos meses estaba sola, en mi vida, aislada de cualquiera que pudiese hacerme daño y ahora… ¡Dios santo! ¡Estoy a punto de casarme con un mafioso! ¿Qué se supone que debo sentir?

—¿Me preguntas a mí? —Asiente, y me encojo de hombros—. Yo no soy la persona indicada para darte consejos sobre ese tema. Aún hoy no sé por qué demonios acepté casarme con Alex.

—No me ayudas —masculla entre dientes—. Es muy pronto. Casi no nos conocemos.

—Eso deberías haberlo pensando un poco antes de estar a dos horas de decir «sí quiero» —suelto sin poder evitar esbozar una sonrisa burlona. Me cruzo de brazos bajo su atenta mirada—. También puedes probar lo del matrimonio, y si te cansas de él, solo pégale un tiro. He oído que eres una excelente tiradora.

Su mirada furiosa se clava en la mía.

—Ahora entiendo lo que Alex vio en ti. Sois iguales. Ambos tenéis ese jodido humor

retorcido que resulta tan irritante —sisea cabreada.

Se me escapa una carcajada y me encojo de hombros.

—Lo siento, no puedo evitarlo, pero ahora estás más centrada en contenerte para no arrancarme la cabeza que pensando en saltar por la ventana para huir, ¿verdad?

—Lo de la ventana no funciona. Lo probé nada más llegar a esta casa y me cogieron, y eso que no había tanta seguridad como ahora. Creo que eso es algo más que me tiene desquiciada. Demasiada gente alrededor todo el tiempo.

—¿Han aumentado la seguridad hace poco? —inquiero, arqueando una ceja.

—Sí, desde que el tal Samuel amenazó con matar a Zarco. Ahora hay guardias armados en cada metro de la propiedad. —Vuelve a mirarme, frunciendo el ceño—. ¿Alex no te ha dicho nada?

Sacudo la cabeza con gesto divertido y alzo mi muñeca derecha para mostrarle las esposas.

—Solo soy su prisionera. No me da explicaciones. Ladra órdenes y yo intento esquivarlas como puedo, pero nada más.

—¿En serio? —Asiento, y ella ríe—. Entonces lo que no eres capaz de esquivar es que sea tan rudo durante el sexo, ¿no?

—¿Cómo dices? —inquiero, atragantándome con las palabras.

Bailey echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Tienes una marca de mordedura en el hombro y anoche tus gemidos se escucharon en toda la casa. —Noto como mis mejillas arden, aunque intento que no se note lo nerviosa que me acabo de poner.

¡Esto es malo, joder! Si todos saben lo que pasó anoche entre Alex y yo, ese relato que tenía preparado de mujer desvalida y maltratada no servirá para nada.

—No es lo que piensas —murmuro.

—Tranquila, no pienso nada. Supongo que lo de la posesividad y testosterona a raudales debe ser cosa de familia. Tampoco es algo que me extrañe. Estoy a punto de casarme con su hermano. —Sus ojos brillan al decir esas últimas palabras; por un momento, me olvido de mis propios dramas y vuelvo a sonreír.

—Bailey, vas a estar bien. Puede que ahora temas lo que te depare el futuro, pero por experiencia te aseguro que esa sensación de euforia y felicidad que sientes cuando Gabriel está cerca es algo por lo que vale la pena arriesgarse a sufrir.

Veo como abre la boca para decir algo, pero alguien toca a la puerta y nos giramos para ver de quién se trata. Beni está de pie en la entrada del dormitorio, vestido de forma muy elegante, con traje y corbata. Lleva puesta una prótesis en el brazo derecho. Mira a Bailey y sonríe de oreja a oreja.

—Estás preciosa —susurra.

—Ven aquí. —Bailey estira su mano y él camina hacia ella sin perder la sonrisa, la abraza y después se queda mirando las mangas cortas de su vestido. Desliza el dedo índice por el encaje, entrecerrando los ojos—. ¿Te gusta?

Beni retrocede un par de pasos y carraspea antes de hablar.

—Sí, es muy bonito. —Enseguida se gira hacia mí y algo en su mirada me resulta extraño. No sé qué es, pero no tarda en desaparecer—. Tú también estás muy guapa, Angy.

—Gracias —susurro.

—Me envía Zarco. Está perdiendo la cabeza en vuestra ala privada —le dice a su futura cuñada.

Bailey pone los ojos en blanco y chasquea la lengua, contrariada.

—Solo ha sido una noche. Aunque no sé por qué me sorprendo, lo extraño es que no haya aparecido en mitad de la noche para llevarme de vuelta como el bruto que es.

—Son los genes Urriaga —comenta Beni, encogiéndose de hombros, con media sonrisa.

Bailey me mira y asiento, dándole la razón al muchacho. La paciencia no es una virtud de los Urriaga, y por mucho que Gabriel reniegue de su apellido, no puede hacer lo mismo con la sangre que le corre por las venas.

—Debo irme. Lucas aún no se ha vestido porque yo tengo su ropa. —Recojo las prendas que están sobre la cama y vuelvo a mirar a la novia—. Todo va a estar bien, ya lo verás. Te deseo que seas muy feliz en tu matrimonio.

—Lo mismo digo —replica, arqueando una ceja de forma divertida.

—No pidas imposibles —mascullo, y me despido con la mano antes de salir de la habitación.



Capítulo 46

Alex

La muy perra me está ignorando. Nada más verla salir al jardín, donde ya está todo listo y decorado para la ceremonia, intenté acercarme a ella, pero ni siquiera se dignó a mirarme. Lo peor es que no soy capaz de apartar los ojos de ella. Cuando elegí ese vestido por la página web de la boutique supe que estaba hecho para ella, y no me equivocaba. Angy vestida con vaqueros ajustados y camiseta es preciosa, pero hoy… ¡Santo Cristo, solo puedo pensar en arrinconarla en cualquier lugar oscuro y arrancarle ese vestido con los dientes, joder! «Y la ropa interior», me recuerda una voz en mi cabeza. Inspiro hondo por la nariz y bebo un trago largo de agua fría para calmar la calentura que provoca en mí la simple imagen de Angy con solo la ropa interior que yo mismo elegí para ella cubriendo su cuerpo. Es una puta tortura.

Alguien golpea mi hombro cuando estoy bebiendo otro trago y casi me atraganto. Limpio un par de gotas que se han escurrido por mi barbilla y giro la cabeza para fulminarlo con la mirada. Lagos solo sonríe y se mete las manos en los bolsillos con gesto relajado.

—¿Resaca? —pregunta sin rodeos.

Gruño y vuelvo a beber. Anoche, después de lo que fue un más que memorable polvo con mi esposa, decidí que la mejor forma de aclarar mi mente sería tomarme un par de copas. Bueno, no fue una gran idea, eso seguro. Cuando estaba borracho se me ocurrió regresar a la habitación. No sé qué pretendía hacer. ¿Pedirle perdón por ser un cabrón desgraciado que fue incapaz de hacerla feliz? ¿Follarla de nuevo? ¿Suplicarle que me ayude a olvidar el pasado para que volvamos a estar juntos? No hice nada eso. Al entrar en la habitación y verla profundamente dormida, solo

me senté a su lado y pasé las horas observándola en total silencio. Me marché cuando ya estaba amaneciendo, tras darme una ducha sin hacer apenas ruido y vestirme. Poco después volví para dejar las cajas de la *boutique* y me fui de nuevo a hurtadillas.

—¿No tienes nada que hacer, Arturito? —murmuro en tono burlón—. Llevas demasiado tiempo alejado de tu rusa. Ten cuidado, no vaya ser que alguien más listo y guapo te la robe.

—¿Ese alguien eres tú?

Esbozo media sonrisa y me encojo de hombros. No voy a desperdiciar la oportunidad para meterme con él. Disfruto sacando a los demás de sus casillas, y el pequeño Lagos lo está pidiendo a gritos.

—No diría que no a una buena mamad…

—Termina esa frase y te daré un puñetazo en la cara —me corta.

Me tomo su amenaza como lo que es, un arrebato que yo mismo he provocado, y solo vuelvo a sonreír.

—Arturito —chasqueo la lengua varias veces, negando con la cabeza—, te noto nervioso. ¿Temes que tu querida mujercita prefiera alguien con la sangre más caliente que tú?

—Te aseguro que esa no es una de mis preocupaciones —sisea entre dientes—. ¿Sabes por qué?

—No, pero apuesto a que vas a decírmelo, ¿cierto?

—Porque yo sé tratarla como se merece. Jamás se me ocurriría ponerle un dedo encima.

Pierdo la sonrisa y clavo mi mirada en la suya.

—¿Crees que yo sí?

Esboza una falsa sonrisa y se sube la montura de las gafas con el dedo índice.

—Angy tiene cardenales por todos lados. Le mostró a Ness su costado, y te aseguro que mi esposa no es de las que se impresionan con facilidad.

—Y tanto tú como tu… esposa habéis deducido que he sido yo quien se lo ha provocado, ¿verdad? —inquiero con aparente calma, aunque por dentro estoy rabioso.

—¿No es así? —Me encojo de hombros—. ¡Maldita sea, Alex! Ni siquiera has tenido la decencia de quitarle las esposas, aunque sea solo para celebrar la boda de tu hermano. La tratas como a una basura. No sé qué fue lo que pasó para que estés tan furioso con ella, pero piensa bien lo que estás haciendo. ¡Es Angy! Habéis estado locos el uno por el otro desde niños.

Tomo una respiración profunda y aprieto los puños, listo para meterle una jodida paliza si no se calla de una maldita vez.

—Es curioso, no creo que nada de lo que ocurra entre mi mujer y yo sea tu puto problema —siseo entre dientes.

Arturo resopla y vuelve a negar con la cabeza.

—Estás cometiendo el mayor error de tu vida. Lo tienes todo para ser feliz: una mujer preciosa que te ama, un hijo…

—Puede que ese crío ni siquiera sea mío —suelto sin poder evitarlo.

Un nudo de angustia se instala en mi garganta en cuanto las palabras salen de mi boca. Creo que eso es lo que peor llevo de toda esta situación. A estas alturas, pienso que tal vez podría perdonarle su traición, pero si el mocoso no es mío… ¿Cómo voy a mirarlo todos los días del

resto de mi vida y no pensar en lo que me hizo su madre?

—¿Cómo dices?

Exhalo con fuerza y alzo la vista.

—Lo que has escuchado. Cabe la posibilidad de que el chiquillo no sea hijo mío.

Arturo estrecha su mirada y una arruga aparece en su entrecejo.

—Te engañó. Por eso estás tan rabioso, ¿verdad? No soportas que otro hombre la haya tocado. —Se cruza de brazos y una sonrisa petulante aparece en su rostro—. ¿Sabes que es lo que pienso…?

—No. ¿Sabes qué es lo que pienso yo? —lo corto. Me pego más a él y clavo mi mirada furiosa en la suya, intentando controlarme—. Pienso que deberías comerme los huevos, pero por detrás, con esa nariz respingona de sabelotodo bien enterrada en mi culo. —Nos miramos desafiándonos durante un rato largo y es él quien retrocede, por su jodido bien—. Solo voy a decir esto una vez, Arturo: no te metas donde nadie te lo ha pedido.

Me giro con intención de marcharme, pero me sujeta por el brazo. Contengo el impulso de golpearlo y solo lo miro con rabia.

—No hace mucho alguien me dio un buen consejo. A veces, lo que más deseamos está justo delante de nuestras narices y somos incapaces de verlo. —Suspira y me suelta, pero no soy capaz de moverme—. Un apellido o la sangre que corre por nuestras venas no define quiénes somos, lo que sí lo hace son nuestros actos. ¿Qué carajos importa quién ha engendrado a ese niño? Tú tienes la oportunidad de convertirte en su padre. No seas imbécil y aprovéchala, o acabarás arrepintiéndote.

—No. Te. Metas —siseo, pegando mi rostro al suyo.

Alza ambas manos y vuelve a retroceder. Resoplo con fuerza y me marcho casi a la carrera. El nudo en mi garganta desciende con cada una de mis zancadas hasta instalarse en el centro de mi pecho. ¡Me ahogo, joder! Casi no puedo respirar. Me acerco a una de las mesas y me sirvo un vaso de tequila, lo bebo de un solo trago y estoy llenándolo de nuevo cuando algo o alguien choca contra mí, haciéndome derramar todo el líquido sobre la chaqueta de mi traje.

—Perdón —dice una voz aguda a mi espalda.

—¡Maldición! —exclamo, y me sacudo para que no me llegue a la camisa.

Dejo el vaso sobre la mesa con un golpe contundente y me giro, frunciendo el ceño. Maya me mira con los ojos muy abiertos y gesto asustado.

—Ha sido sin querer —murmura en voz baja.

Inspiro hondo por la nariz, pero no logro que mis pulmones se llenen de aire. Veo al mocoso a su lado. Da un paso adelante, como si intentara proteger a la niña de mí.

—Largo —ordeno con la mandíbula tensa y los dientes apretados.

Maya sale corriendo despavorida de inmediato. Me pinzo el puente de la nariz y me dejo caer en una de las sillas. Mi pecho sube y baja con violencia. No sé qué demonios me pasa. ¿Es un infarto? Me duele el jodido pecho como si un elefante me estuviese pisoteando. Me concentro en respirar despacio por la nariz y soltar el aire por la boca. Las palabras de Arturo se repiten en mi cabeza una vez: «No seas imbécil y aprovéchala, o acabarás arrepintiéndote»; y otra: «No seas imbécil»; y otra más: «Acabarás arrepintiéndote».

—¿Por qué eres tan malo? —la pregunta consigue sacarme del bucle infinito y tortuoso en el

que se han convertido mis pensamientos. Alzo la cabeza y descubro a Lucas, mirándome con el ceño fruncido y los puños apretados. Exhalo con fuerza y noto como las lágrimas amenazan con salir en tropel de mis ojos. «¡Quiero que sea mío, joder!»—. Te he hecho una pregunta. ¿Por qué eres tan malo? —Alza la barbilla de manera desafiante, y soy incapaz de dejar de mirarlo.

Respiro un par de veces más y al fin logro coger algo de oxígeno. Cierro las manos y las coloco sobre mis muslos para evitar que sigan temblando antes de responder. Me inclino hacia delante y hablo, mirándolo directo a los ojos.

—Porque nadie nunca me ha enseñado a ser de otra manera —susurro con un hilo de voz mientras noto como una lágrima solitaria recorre mi mejilla.

El crío ladea la cabeza, como si estuviese examinándome, y da un paso hacia mí y después otro más. Extiende su mano y seca mi mejilla húmeda, mordiéndose el labio inferior.

—Mamá es la persona más buena del mundo. Ella puede enseñarte a ser mejor —murmura, apartando la mano. Vuelve a fruncir el ceño y me señala con el dedo índice—, pero tienes que dejar de estar enfadado y gritando todo el tiempo o no funcionará.

Pestañeo y más lágrimas se derraman. El dolor en mi pecho se afloja y un sentimiento al que soy incapaz de poner nombre me llena por completo. «Tiene que ser mío. Tiene que ser mío». Contengo un amago de sonrisa y apoyo la espalda en el respaldo alto de la silla mientras me seco las mejillas con ambas manos. Después vuelvo a mirar al crío, que aún sigue plantado frente a mí con gesto serio.

—Fuera, Mocoso —Arruga más el entrecejo—. He dicho que te largues. Ahora —ordeno. Chasquea la lengua y pone los ojos en blanco antes de alejarse corriendo en la misma dirección por la que se fue Maya hace solo unos instantes.

En cuanto me quedo solo, soy consciente de que el dolor y la sensación de ahogo han desaparecido y ya no me tiemblan las manos. Alzo la mirada de nuevo y a lo lejos veo a Angy, me está mirando con fijeza mientras Oscar le dice algo. Trago saliva con fuerza y me pongo en pie. «Al menos tengo que intentarlo», pienso mientras camino hacia ella con decisión.



Capítulo 47

Alex

Cinco años atrás

La música se escucha desde antes de siquiera entrar en la finca. Ya ha amanecido y algunos hombres aún siguen celebrando el cumpleaños de mi padre. Lo más probable es que muchos se hayan trasladado al sótano en algún momento de la noche para disfrutar de la compañía de las mujeres que están retenidas allí abajo. «Enfermos». No soy capaz de entender el placer que puedan sentir forzando a esas pobres chicas.

El todoterreno se detiene frente a la puerta de la casa y no tardo en salir. Me cruzo con varios muchachos, la mayoría de ellos están borrachos. Mi intención es ir directo al dormitorio de Angy. Tenemos que resolver esta situación de una vez. Hace más de una semana que la ignoro. Me dolió su rechazo a tener una familia conmigo. Conozco mis defectos. Sé que no soy la persona más paciente y amable del mundo, pero ¡Maldita sea, ella me conoce mejor que nadie! Que no me agraden los críos no quiere decir que si tengo uno propio no vaya a cuidarlo y protegerlo.

Tomé distancia durante unos días para tranquilizarme y no empeorar la situación, pero después de lo de hoy necesito hablar con ella. Vi cómo me miró cuando salía del sótano. La decepción, el dolor… Fue un arrebato. No lo pensé demasiado. La vi allí y quise lastimarla, igual que ella lo hizo conmigo, y qué mejor forma que hacerle pensar que acababa de follar con alguna de las mujeres de allí abajo. Me arrepentí de inmediato y después quise buscarla, pero mi padre

me envió a hablar con uno de nuestros socios y no he podido regresar hasta ahora.

Estoy a punto de entrar en la casa alguien grita mi nombre. Me giro y veo a Rai corriendo hacia mí. No pudo acompañarme hoy a la reunión porque tenía un encargo propio. Frunzo el ceño. No tiene buena cara.

—¿Qué pasa? —inquiero antes siquiera de que pueda detenerse frente a mí. Toma un par de respiraciones profundas y me mira con… ¿Lástima?—. Habla de una maldita vez —ordeno.

—Tienes que ver algo, amigo —masculla, y me tiende su teléfono.

Giro la pantalla hacia mí. Hay un vídeo pausado.

—¿Qué es esto? —Rai no responde. Hace un gesto con la cabeza en dirección al aparato.

Toco el cristal y empieza a reproducirse mientras escucho como Rai sigue hablando.

—Algunos hombres han estado enviándoselo entre ellos. Se supone que lo grabaron esta noche.

En el vídeo veo una cama, enseguida la reconozco como la de la habitación que está en el sótano. Hay una mujer desnuda sobre ella, boca abajo, y a su alrededor varios hombres a los que no se les ve la cara.

—¿Qué es lo que se supone que tengo que ver? —mascullo, quitándole importancia.

Es común que los chicos graben lo que pase en el sótano. No les sirve con ser unos violadores de mierda, también se jactan de ello pasándose los vídeos.

—La chica, Alex —susurra mi amigo.

Estrecho la mirada sobre ella y dejo de respirar. «No puede ser». Quien esté grabando se acerca más para tener una perspectiva completa de su trasero y veo mi nombre tatuado en la parte baja de su espalda. No necesito más confirmación. Es Angy. Tal vez debería dejar de mirar, pero soy incapaz de apartar mis ojos de la pantalla durante los más de diez minutos que dura la grabación. Me obligo a ser testigo de cómo cinco o tal vez seis hijos de puta se follan a mi mujer de todas las formas posibles. Cuando el último de ellos está a punto de terminar, mueven la cámara de nuevo y apuntan directo al rostro de Angy. Es imposible que no sea ella. ¡La estoy viendo, joder! Son sus ojos, su nariz, y es su maldita boca la que engulle la polla del tipo que no tarda ni dos segundos es correrse.

—¿Estás cansada, preciosa? —pregunta uno de ellos. Angy cierra los ojos y asiente con la cabeza—. No te duermas aún. Hay una jodida fila de hombres deseando tomar un pedazo de ti. —La grabación se detiene y cierro los ojos con fuerza.

Rabia, dolor, humillación, ira… Todos los sentimientos se entremezclan, haciéndome temblar de forma descontrolada. Lanzo el teléfono al suelo y lo pisoteo una y otra y otra vez mientras grito improperios y maldigo. Me giro y sujeto a Rai por el cuello de la camiseta.

—Encuentra a los hijos de puta que han hecho esto y tráemelos. Los quiero vivos.

—Alex, no se les ve la cara. Va a ser casi imposible…

—¡Hazlo de una maldita vez! —bramo, perdiendo el control.

Saco la pistola de la cintura de mi pantalón y me adentro en la casa. Paso antes por el sótano. No encuentro a Angy allí. La habitación está vacía, aunque sigue oliendo a sexo, tabaco y alcohol. Un grupo de hombres ríen y se burlan mientras miran la pantalla de un teléfono. Ni siquiera me molesto en preguntar. Antes de que puedan darse cuenta, ya están muertos. Recojo el aparato del regazo de uno de ellos y le disparo una vez más en la cabeza.

Aún más rabioso, vuelvo a ascender a la planta principal sujetando con una mano la pistola y en la otra el teléfono en el que sigue reproduciéndose el vídeo. Todo aquel con el que me cruzo se aleja de mí como si fuesen conscientes del estado en el que me encuentro. No me molesto en tocar a la puerta de su dormitorio. La abro de un tirón y la encuentro durmiendo en su cama, desnuda.

—¡Eres una maldita zorra! —grito, y azoto la puerta con todas mis fuerzas.

El estruendo la despierta. Se incorpora y abre mucho los ojos, repasa la habitación con la mirada y sacude la cabeza de un lado a otro.

—¿Alex? ¿Qué mierda…? —Le lanzo el teléfono. Golpea su hombro y hace una mueca de dolor antes de cogerlo y levantar la vista de nuevo hacia mí con el ceño fruncido—. ¿A qué viene esto? ¿Te has vuelto loco? —Alzo la pistola y le apunto a la cabeza. Sus ojos se abren mucho y me mira con sorpresa—. ¿Qué haces?

—¡Mira el puto teléfono! —le ordeno a gritos.

Parece dudar unos segundos, y al fin agacha la cabeza y observa el aparato. Toca la pantalla y me doy cuenta de que yo lo he visto sin volumen. Ahora se escuchan los gemidos, el sonido de succión… Quito el seguro de la pistola y Angy alza la vista de inmediato.

—Pero qué mierda… —susurra, y su garganta se mueve al tragar saliva. Como si la muy idiota jamás esperara que la hubiesen grabado.

—¡¿Mierda?! ¡¿Eso es todo lo que tienes que decir?! ¡Te has follado a…! ¡¿Cuántos han sido, joder?! ¡¿Lo sabes siquiera?!

—Alex, cariño. Yo no…

—¡Un carajo cariño! —Me acerco más y coloco el cañón de la pistola en su frente.

—¿Vas a matarme? —pregunta con un hilo de voz.

Estiro el otro brazo y la agarro por el cuello mientras desplazo el cañón hacia su sien.

—¿Por qué? —gruño entre dientes.

—Tú empezaste —susurra.

—¡¿Esta es tu maldita forma de vengarte?! —Suelto su garganta y sacudo la cabeza de un lado a otro.

—Alex…

—¡Cállate! —Acaricio el gatillo. Solo tengo que ejercer una mínima presión sobre él y todo habrá acabado.

Contengo el aliento y escucho su respiración acelerada mientras aparto la mirada. Flexiono el dedo, y justo cuando sé que se va a producir la detonación, soy consciente de lo que estoy a punto de hacer. «No puedes vivir en un mundo en el que ella no exista», resuena en mi mente, y desvío la mano. La bala pasa a su lado y se aloja en la pared del fondo, junto a la ventana

Vuelvo a mirarla. Sigue desnuda, de rodillas sobre el colchón. Sus ojos se abren y puedo ver en ellos el más absoluto terror.

—No me has matado —murmura sin aliento en tono de sorpresa.

—Por ahora. Nadie jode a un Urriaga —gruño. Tiro de su brazo y la obligo a ponerse de pie. Me acerco a la cómoda, y tras abrir el cajón, agarro varias prendas y se las lanzo a la cara—. ¡Lárgate de aquí! No quiero volver a verte.

—¿A dónde voy a ir? —pregunta llorando.

No dejo que sus lágrimas me ablanden. Si tengo que seguir mirándola, sé que voy a terminar lo que he empezado.

—Ese es tu puto problema —mascullo. La sujeto de nuevo por el brazo y tiro de ella hacia la puerta, la abro y la empujo al exterior, desnuda y con la poca ropa que yo le he dado entre sus brazos—. Vete de aquí, Ángela. Huye y escóndete porque algún día iré a por ti y, cuando te encuentre, te mataré. —Cierro la puerta y camino de un lado a otro de la habitación, bufando como un jodido toro a punto de embestir.

Las lágrimas se acumulan tras mis párpados y dejo que un grito salga directamente desde mi pecho. Rujo con todas mis fuerzas y vuelvo a coger la pistola. Coloco el cañón en mi barbilla y cierro los ojos. Mi vida no tiene ningún sentido sin ella. Gabriel, Beni, Arturo, Oscar, Luna… Todos se han ido y yo sigo estancado en esta mierda de sitio para protegerlos. Cada día tengo que ver y hacer cosas que me repugnan, y mi único consuelo era que Angy, mi ángel demoniaco, estaba a mi lado. La esperanza de que algún día pudiéramos alejarnos juntos de esta porquería y crear nuestra propia familia era lo único que me mantenía cuerdo. Ahora ya no está y solo me queda la rabia y el dolor. Respiro profundo y bajo la pistola. Si eso es todo lo que tengo, pienso sacarle provecho, empezando por acabar con los malditos hijos de puta que se han atrevido a tocar a mi mujer.

Me seco las mejillas de un manotazo, salgo de la habitación como un vendaval, atravieso toda la casa y me encuentro a Rai en el exterior. Viene hacia mí enseguida y me mira con cautela.

—¿Has dejado que se vaya?

—Dime que tienes sus nombres —siseo, ignorando su pregunta.

—Nadie va a hablar, Alex. Se protegen los unos a los otros. Tampoco los culpes a ellos.

—¡Se han follado a mi esposa! —gruño entre dientes.

—¡Sí, en el sótano! Ahí abajo no hay reglas, ya lo sabes. Si ella decidió ir…

—¡Me importa una mierda! —Empiezo a caminar hacia dos guardias que están a varios metros. Escucho a Rai resoplar y sus pasos a mi espalda. Por su propio bien, no me detiene cuando llego junto a ellos y disparo a uno en la cabeza. El otro me mira y alza ambas manos—. ¿Quiénes son los del vídeo? —inquiero con una calma que en realidad no siento.

—No lo sé, señor Urriaga. Yo estuve toda la noche… —Antes de que pueda terminar la frase cae al suelo sin vida.

—¡Mierda! ¿Vas a matar a todos los hombres del cártel?

Me doy la vuelta y clavo la mirada en Rai.

—Empezaré por unos cuantos. Cuando los inocentes sepan que tienen la misma posibilidad de morir que los culpables a los que protegen, verás como hablan.

—Alex, tu padre no va a permitirlo.

—Que venga a impedírmelo —susurro mientras camino en busca de una nueva víctima.



Capítulo 48

Angy

En la actualidad

Algo ha pasado. Alex actúa de forma muy extraña. Estuvo hablando con Arturo un momento y después se alejó y empezó a beber. Lo observo desde unos metros de distancia. Es extraño verlo vestido con traje y corbata, pero le quedan increíbles. Maya y Lucas pasan a su lado corriendo, la niña tropieza y choca contra él. Estoy a punto de ir hacia ellos al verlo girarse con gesto agresivo. No sé qué dice, pero Maya se marcha a toda prisa, y entonces él se sienta y entierra su rostro entre las manos.

—No va a hacerle nada —murmura Oscar a mi lado. Él también lo está vigilando.

No respondo, solo sigo mirando. Lucas da un paso en su dirección con los puños apretados y Alex alza la cabeza y lo mira con fijeza. Estoy demasiado lejos para escuchar lo que dicen. Mi hijo cambia su postura, parece relajarse, y algo dentro de mí se destensa cuando lo veo acariciar el rostro de Alex con suavidad. Unos segundos después vuelve a su postura rígida y se aleja.

—¿Qué le habrá dicho? —murmuro para mí, pero lo bastante alto como para que Oscar me escuche.

Oscar me responde, pero no entiendo lo que dice porque justo en ese instante la mirada de Alex y la mía coinciden. Ladeo la cabeza al darme cuenta de que está viniendo hacia mí. Camina con lentitud y decisión. Mi primer impulso es huir. No creo estar lista para hablar con él, no después de lo que ocurrió anoche entre nosotros. No obstante, mis piernas parecen haber perdido

la capacidad de moverse. Contengo el aliento y espero a que se acerque más y más. Casi ha llegado a mi lado cuando noto la mano de Oscar sobre mi brazo. Alex se detiene y giro la cabeza en dirección a Oscar.

—Ya va a empezar —comenta, y señala con la cabeza el pequeño altar rodeado de flores y tules en color crema en el que se va a desarrollar la ceremonia. Zarco ya está allí, de pie y moviéndose de un lado a otro con impaciencia—. ¿Vienes? —pregunta.

Miro de nuevo a Alex y su ceño fruncido y asiento. Sin saberlo, Oscar acaba de darme la salida que tanto necesitaba. Doy media vuelta y, tras exhalar con fuerza, ambos caminamos a la par. Intercepto a Lucas y me lo llevo conmigo. Nos sentamos en las sillas que hay frente al altar. Mi pequeño vaquero está muy ilusionado. No parece el mismo niño que era en la finca, y eso es porque aquí tiene a Maya, puede moverse con libertad por todos lados y disfruta jugando y riendo sin preocupaciones. Poco después, noto como alguien se sienta a mi lado. No necesito girarme para saber que es él, puedo notar su presencia, oler su perfume e incluso escuchar su respiración lenta y pausada.

Tras una ceremonia corta y amena, y el beso de rigor, que dura más tiempo de lo que se puede considerar decoroso, Gabriel y su recién estrenada esposa nos invitan a tomar asiento alrededor de la enorme mesa que hay instalada en el centro del jardín, bajo una carpa decorada de manera preciosa.

No participo demasiado en las conversaciones. Gabriel y Bailey parecen haber entrado ya en modo luna de miel porque apenas se quitan las manos de encima para comer un par de bocados. Besos fugaces, sonrisas cómplices, caricias sutiles y otras no tanto, ya que, aparte de los dos niños, dudo que haya alguien aquí que no se esté dando cuenta de lo que hacen por debajo de la mesa. Alex parece haber recuperado su humor ácido habitual. Entre él y Luna se dedican a provocar e irritar a todos los demás con comentarios poco apropiados y bromas pesadas.

—El Monstruo —llama a Oscar por su apodo y después señala a Arturo—, del Lago —dirige su dedo índice a la esposa de este último —, Ness. —Suelta una carcajada y no tarda en beber un par de vasos de tequila casi sin respirar—. Sois un puto chiste.

—A nadie le importa lo que pienses —farfulla Arturo, fulminándolo con la mirada.

—Lagos, hay que admitir que esta vez ha tenido gracia —comenta Bailey sonriendo.

Alex agacha la cabeza, como si estuviese haciendo una reverencia en su dirección.

—Muchas gracias, cuñadita. Al menos hay alguien aquí con sentido del humor.

Contengo las ganas de poner los ojos en blanco. ¿Es que no se dan cuenta de que esa fachada de graciosillo es solo un mecanismo de defensa para que no profundicen en sus verdaderos sentimientos? Alex Urriaga, siempre provocando, burlándose y bromeando. Finge que nada puede afectarle. Nunca lo han visto triste, deprimido o pletórico de pura felicidad. Eso es lo que él tanto se empeña en ocultar y solo yo soy capaz de distinguir, incluso en su tono de voz.

A mi izquierda, Lucas le muestra su corbata a Maya. Como ya esperaba, la adoró nada más verla, y no es porque sea mi hijo, pero está realmente guapo con el traje y la camisa a juego. Por supuesto, lleva el sombrero en la cabeza.

—¿A qué viene tanta obsesión por los vaqueros? —pregunta Luna desde el otro lado de la mesa.

Parece ser un comentario casual, solo por mera curiosidad, sin embargo, conociéndola, es imposible que no me tense de pies a cabeza. Lucas empieza a contarle con su habitual desparpajo

que adora todo lo que tenga que ver con caballos, *cowboys* y el Oeste mientras la mayoría lo observan sonriendo.

—Solo me falta la pistola —dice mi pequeño, terminando su explicación—. Me la dejé en casa. —Me mira a mí y sus ojos azules brillan con fuerza—. Mamá, cuando volvamos estará allí, ¿verdad? No quiero perderla.

Esbozo una falsa sonrisa. No sé qué contestar. Estoy segura de que jamás volveremos a nuestro antiguo apartamento en Nueva York, pero no puedo decírselo, y menos delante de toda esta gente, en especial del hombre al que pertenece la mano que justo en este instante se posa sobre mi muslo. Doy un respingo, sin embargo, no lo miro. Sus dedos se mueven despacio sobre la tela sedosa del vestido hasta mi rodilla y después vuelve a subir. ¿Qué demonios pretende? Y lo que más me importa, ¿por qué mi cuerpo reacciona a su tacto encendiéndose como una jodida antorcha? Imagino esos dedos deslizándose hacia el interior de mi muslo, rozando mi…

—Yo puedo prestarte la mía —dice Luna, interrumpiendo el rumbo de mis pensamientos, gracias a Dios.

Aparto la mano de Alex con un gesto brusco y clavo mi mirada en Luna.

—Pon un arma cerca de mi hijo y no habrá cirujano capaz de reconstruirte la nariz —le advierto.

Bailey escupe el champán que estaba bebiendo y se atraganta, haciendo reír a todos los demás.

—No te enfades con Luna —me dice Rai, que está sentado justo a su lado. Estira su brazo y lo coloca sobra sus hombros—. Ya sabes cómo es, tiene una lengua indomable. —Por la forma en la que la mira no queda duda de que la noche pasada Alex y yo no fuimos los únicos en montar una fiesta privada.

—Ya que estamos todos aquí… —Bailey se levanta y le extiende su mano a Gabriel, que la coge sin dudar y sonríe, abrazando a su mujer por la cintura.

—¡¿Has dejado que te preñe?! —exclama Luna.

Bailey le lanza una mirada poco amistosa y la señala con el dedo índice.

—Juro que, como no cierres esa bocaza, la próxima vez que te partan la cara no moveré ni un solo dedo para ayudarte —sisea.

Luna se encoge de hombros y sonríe de oreja a oreja como la zorra provocadora y mezquina que siempre ha sido.

—¿Qué ocurre? —inquiere Beni.

Bailey recupera la compostura y mira a Oscar.

—Ayer proveché que aquí vuestro amigo y jefe me dio la noche libre para hacer algo por mi cuenta.

—¿El qué? —masculla Gabriel, perdiendo la sonrisa.

Se da la vuelta y aparta su cabello antes de mirar sobre el hombro.

—Baja un poco el vestido, a la altura del omoplato.

Gabriel duda, echa un vistazo en dirección a Oscar y su mirada se ilumina.

—No lo has hecho —susurra.

—Yo solo cumplo órdenes de la jefa —responde este último, encogiéndose de hombros.

Gabriel hace lo que su esposa le ha pedido y deja al descubierto un tatuaje cubierto por un apósito de plástico transparente. Es la letra Z. Enseguida la gira y la besa delante de todos.

—Yo también quiero uno —dice Ness.

Lagos abre mucho los ojos y la abraza por los hombros. Besa su sien y señala a Oscar con el dedo.

—Ya sabes, amigo.

—Estaré encantado de hacerlo.

—¿Puedes tatuarme algo a mí también? —suelto sin pensar.

Todas las miradas van a parar a mí.

—Claro. ¿Qué quieres?

—Algo grande, lo bastante como para cubrir otro tatuaje, en mi zona lumbar.

—Sin problema. Me dices qué te apetece y puedo hacer algunos diseños.

—Si le pones un solo dedo encima a mi mujer, te arrancaré la cabeza —escucho la amenaza de Alex, y me quedo muy quieta esperando la reacción de Oscar.

El nerviosismo se palpa en el aire. Nadie dice nada. Dudo que incluso Gabriel se haya atrevido nunca a amenazar a su amigo de manera tan directa. Oscar no es alguien con quien se pueda joder. Eso es algo que yo misma pude comprobar. Cada vez que recuerdo el cuerpo destrozado… ¡Dios santo, se me pone la piel de gallina! Oscar lo evalúa con la mirada, ladea la cabeza y asiente, arrancando un suspiro generalizado.

—Lo hablaremos en otro momento —masculla en voz baja.

Esta vez Alex tiene el buen criterio de no decir nada, al menos no a él directamente. Siento su aliento cerca de mi cuello.

—No vas a quitarte mi jodido nombre del cuerpo, Angy —susurra en mi oído antes de alejarse.

La conversación coge otro rumbo y los recién casados no tardan en dirigirse a la pista de baile, los siguen Arturo y Ness y, por último, Luna y Rai. Beni y Oscar desaparecen en el interior de la casa mientras los niños vuelven a corretear de un lado a otro del jardín bajo la estricta vigilancia de los guardias de seguridad armados que se asoman por los balcones y ventanas de la planta superior.

—¿Bailas conmigo? —suelta Alex tras un buen rato, en el que he puesto todo mi empeño en ignorar su presencia.

Giro la cabeza con extrema lentitud y arqueo una ceja de manera interrogante.

—¿Me lo estás preguntando? Si puedo elegir…

—No puedes —me corta. Toma una bocanada profunda y vuelve a hablar—. Baila conmigo —esta vez su tono es firme y demandante. Me lo está ordenando.

Tras contener un bufido, me levanto y espero a que él haga lo mismo. Extiende su mano, pero no la cojo. Solo echo a andar hacia la improvisada pista de baile bajo otra carpa, donde cuatro músicos tocan piezas actuales y algunos clásicos. Al llegar, me giro y Alex rodea mi cintura con su brazo para atraerme hacia él. Por puro instinto, coloco mis manos sobre su pecho cubierto solo por la fina camisa de color blanco. No lo miro a los ojos mientras empezamos a movernos con lentitud, de un lado a otro. Subo más las manos para dejarlas en sus hombros y clavo la vista en los tatuajes que asoman bajo el cuello de la camisa entreabierta y más abajo, donde su anillo de

bodas cuelga de una fina cadena plateada.

Ninguno dice nada durante un buen rato. La canción se termina y empieza otra, y después otra más. Me tenso aún más al sentir sus dedos acariciando la parte baja de mi espalda.

—¿Qué estás haciendo? —susurro sin poder contenerme.

No contesta. Solo besa la parte alta de mi cabeza y suspira antes de apartarse un poco. Coge mi mano derecha, y tras sacar la llave de su bolsillo, abre las esposas y las guarda. Me atrevo a alzar la mirada con gesto confuso. Toco mi muñeca. Me siento rara sin el peso de las esposas, sin escuchar su tintineo cuando muevo el brazo. Supongo que ya me había acostumbrado a ellas.

—Tómatelo como una disculpa —murmura, volviendo a abrazarme por la cintura.

Lo detengo, colocando las manos en su pecho y ejerciendo fuerza para sacármelo de encima.

—Explícate. Estás actuando de forma muy extraña. ¿A qué viene todo esto, Alex? —Respiro hondo y clavo mi mirada en la suya—. ¿Por qué? —inquiero.

Abre la boca y vuelve a cerrarla de inmediato. Se muerde el labio inferior con nerviosismo y su aliento golpea mi rostro cuando vuelve a hablar.

—Porque en cinco malditos años no he sido capaz de dejar de quererte. —Me atrae hacia su cuerpo y pega su frente a la mía—. Estás en mi sangre, latiendo en mi jodido corazón. No puedo matarte porque te necesito como el puto oxígeno y ni siquiera me planteo la posibilidad de dejarte marchar. Solo me queda una opción, Angy, y es poner todo de mi parte para olvidar el pasado contigo a mi lado.



Capítulo 49

Alex

Ya está hecho. Acabo de exponer mi parte más vulnerable, esa que tanto me esfuerzo en ocultar al mundo. Contengo el aliento y siento como mi corazón retumba con fuerza en el interior de mi pecho. Angy sigue mirándome con los ojos muy abiertos, dejo que retroceda un paso, expectante. Necesito que reaccione, que diga algo de una vez, pronto, antes de que sufra un jodido infarto por los nervios.

—Me quieres —susurra con un hilo de voz, como si esperara una confirmación.

Exhalo con fuerza y asiento. Sus labios se estiran muy despacio, y como si estuviese viendo una jodida película en cámara lenta, echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada profunda. Me tenso de pies a cabeza, y esta vez soy yo el que se aleja de ella un par de pasos.

—¿De qué demonios te ríes? —siseo con la mandíbula tensa y los dientes apretados.

Tarda un momento en serenarse, aunque no pierde la sonrisa burlona e incrédula.

—De ti y tu sentido de la oportunidad. Llevo soñando con escucharte decir esas palabras desde… —Sacude la cabeza de un lado a otro y su sonrisa se desvanece—. Siempre. Justo tenías que decirlas ahora, ¿verdad? En serio, eres la persona más inoportuna que he conocido.

—Eso no significa que no sea verdad —mascullo.

—¿Que me quieres? —pregunta, arqueando una ceja. Vuelvo a asentir—. Alex, tú no sabes querer a nadie, ni siquiera a ti mismo. —Sus palabras con como dagas afiladas clavándose en mi pecho. Retrocede aún más y un brillo malicioso ilumina su mirada—. No obligas a trabajar hasta

la extenuación a alguien que quieres —afirma, alzando la voz. Miro alrededor y soy consciente de que todos han dejado de bailar y nos están observando, pero eso no la detiene—. No matas de hambre a alguien que quieres, Alex —pronuncia las palabras con rabia—. No humillas y maltratas a alguien que quieres, y mucho menos se la entregas a tus hombres para que hagan con ella lo que les apetezca —escucho un jadeo ahogado a mi espalda. Creo que ha sido Bailey, sin embargo, no me giro para comprobarlo. Angy se acerca a mí, con la mandíbula apretada y la barbilla en alto, y clava su dedo índice en mi pecho—. ¡Ni siquiera te atrevas a decir que me quieres, maldito hijo de puta!

Con los ojos muy abiertos por su arrebato, la observo unos segundos y entonces lo veo, deja que su melena castaña le cubra el rostro y esboza media sonrisa dedicada en exclusiva a mí. «¡Hija de puta!». Pestañeo un par de veces y siento como mi sangre se calienta de pura rabia. Aplaudo de forma irónica y esbozo una falsa sonrisa.

—El mejor papel de tu puta vida —digo en voz alta—. A veces olvido lo lista que eres. Lo tenías planeado desde que llegamos aquí, ¿verdad? Te dedicaste a mostrar los hematomas y representar el perfecto papel de víctima.

—Alex, no creo que sea el momento —masculla Gabriel, acercándose.

—¡No te metas en esto! —siseo, señalándolo con el dedo a modo de advertencia sin apartar la mirada de Angy—. ¿Crees que estos idiotas van a ayudarte? ¿Crees que te librarán de tu castigo? —Agarro su brazo con fuerza y tiro de él para pegarla a mí—. ¡Eres mía, joder! Para bien o para mal, hasta que la puta muerte nos separe.

—¡Suéltala! —escucho el grito de Oscar, y antes de que pueda darme cuenta lo tengo encima. Me empuja para alejarme de Angy, y por puro instinto saco mi pistola y lo apunto a la cabeza. Su mirada se oscurece y mueve el cuello de un lado a otro con extrema lentitud—. No quieres provocarme, Alex —susurra en tono grave y amenazador.

Sonrío de nuevo y echo un vistazo en dirección a Angy sin dejar de apuntarlo.

—Ya te ha salido un defensor. ¿A este también te lo has follado o es el próximo en tu lista? —Su rostro palidece y suelto una carcajada—. Ya que estás aireando los trapos sucios, tal vez quieras contarles a todos lo zorra que eres. Cómo dejas que cualquiera te folle y lo grabe, incluso el puto Sandoval ha tenido un pedazo de ti, ¿verdad? —Sus ojos se abren como platos. Estoy tan furioso, me siento tan humillado y utilizado…. ¿Lo que pasó anoche entre nosotros era parte de su plan también? ¡Maldición! He dejado que vuelva a meterse en mi cabeza—. No me mires así. Él mismo me lo dijo.

Abre la boca para responder, pero es interrumpida por Beni, que llega corriendo.

—¡Nos atacan! —grita, y todos lo miramos—. ¡Están matando a los guardias!

Un segundo de estupor generalizado y entonces empiezan las detonaciones. Se escuchan cerca, demasiado. Miro hacia la puerta de acceso al interior de la casa y veo a varios hombres armados viniendo hacia nosotros.

Angy

Me siento atrapada en una jodida película de acción. En cuanto empezaron los disparos, Alex me arrastró tras una mesa y empezó lo que solo puedo definir como una batalla bélica encarnecida y sangrienta. No sé de dónde han salido estos tipos, pero si tengo que apostar, lo hago por Samuel. El tiempo no tarda en darme la razón. Su voz se escucha entre las detonaciones.

—¡Matadlos a todos y buscad a mi padre! —ordena.

El corazón me late con tanta fuerza que es posible que me atraviese el pecho de un momento a otro. Solo puedo pensar en Lucas y Maya. ¿Dónde están? La última vez que los vi jugaban alrededor de la pista de baile, pero pueden estar en mitad del fuego cruzado. Los disparos cesan un instante y aprovecho para asomar la cabeza y buscarlos con la mirada. Veo a Lagos y a Ness a poco menos de tres metros, ocultos tras una mesa volcada al igual que nosotros. Doy gracias al cielo y a quien decidió que los muebles exteriores fuesen metálicos y robustos y no de madera barata, y también a que los mafiosos no se despeguen de sus pistolas ni siquiera en una boda. Logro ver una cabellera pelirroja cerca de Ness justo cuando Alex tira de mí hacia abajo y una bala pasa a mi lado, casi rozando mi cabeza. Al menos Maya está a salvo.

—¡¿Qué mierda haces?! —exclama con la respiración acelerada.

—¡No veo a Lucas! —Traga saliva con fuerza y su mandíbula se tensa aún más.

—Estará bien. Es un chico listo. Lo más probable es que se haya escondido al escuchar los disparos.

—Tengo que ir a buscarlo —afirmo.

Alex masculla una maldición y se asoma para disparar un par de veces antes de esconderse de nuevo.

—Iremos a por él, pero no podemos arriesgarnos a que nos maten.

—¡Es mi hijo, Alex! —grito desesperada—. No puedo quedarme aquí sin hacer nada.

—Estamos haciendo algo, sobrevivir. No servirá de nada hacerse el héroe. No podemos ayudarlo si estamos muertos, ¿lo entiendes?

Intento serenarme y asiento con los puños apretados.

—Dame una pistola —pido.

Alex vuelve a asomarse y dispara un par de veces más.

—¿Crees que tengo un jodido arsenal en la bragueta? ¡Estamos en una boda, joder! No esperaba tener que usar el arma.

Veo una sombra por el rabillo del ojo y me giro deprisa. Un tipo pasa a nuestro lado. Antes de que pueda notar nuestra presencia, le quito la pistola a Alex y le disparo en el pecho. Cae al suelo y me arrastro para coger su arma, después regreso tras la protección de la mesa y le devuelvo a Alex la suya.

—Ya no me hace falta —mascullo ante su mirada sorprendida—. ¿Qué? He pasado toda mi vida rodeada de mafiosos. Sé defenderme sola.

Me parece verlo esbozar una sonrisa fugaz y después asiente.

—Apunta a la cabeza. No les des la oportunidad de presentar batalla.

Vuelvo a asentir y durante un buen rato nos defendemos con todo. Son bastantes, pero conseguimos abatirlos uno por uno. Gabriel es el primero en salir de su escondite y, con él, Bailey empieza a acabar con algunos hombres usando un jodido mantel a modo de arma. Los inmoviliza, los usa de escudo ante las balas de sus compañeros y después solo los estrangula y deja que caigan al suelo, muertos; o tal vez solo inconscientes.

En cuanto empezamos a quedarnos sin munición, no nos queda más remedio que hacer lo mismo. Mientras Alex, Oscar, Gabriel, Luna, Beni y Bailey pelean con los puños y cualquier objeto que se encuentran, yo busco a Lucas. Ness sigue escondida, abrazando a Maya contra su

pecho. Llego al lado de ellas y me agacho para que me vean.

—¿Dónde está Lucas? —le pregunto a Maya.

La niña me mira asustada y se abraza con más fuerza a su madre.

—Se fue a la cocina.

Miro hacia la puerta que da acceso al interior de la casa y resoplo con fuerza. Hay demasiados hombres cubriendo esa zona. No lograría pasar sin que me mataran antes.

—¡Un movimiento más y el niño muere! —La voz de Samuel acalla todas las voces y sonidos que nos rodean.

Me incorporo despacio y siento como mi corazón se detiene al ver a Lucas con una pistola pegada a su sien.



Capítulo 50

Alex

Lucas mantiene la mandíbula apretada y la espalda rígida. Sé que intenta hacerse el valiente, pero está tan aterrado como yo en estos momentos. Angy se acerca deprisa, lleva un cuchillo para carne en la mano que ni siquiera sé de dónde ha sacado. Se dirige a Samu, pero consigo detenerla e inmovilizarla. Todos se han quedado muy quietos. Beni jadea de dolor y por el rabillo del ojo veo como Bailey da un par de pasos en su dirección y presiona la herida de bala que tiene en el hombro. Los demás parecen estar bien. Solo con rasguños y pequeños golpes sin importancia.

—Quieta —susurro en su oído—. Mantén la calma.

—Angelita, qué ganas tenía de verte —canturrea Samu—. Acércate más. Tu pequeño bastardo te echa de menos. —Angy se revuelve entre mis brazos. No quiero dejarla ir, pero sé que no voy a conseguir contenerla mucho más tiempo, así que la suelto y solo la sigo—. Hasta ahí —ordena Samuel, y al ver que ella no pretende detenerse, vuelvo a sujetarla. Esta vez no se resiste. Es lista. Sabe que ahora mismo no debe llevarle la contraria al hijo de puta que está apuntando a su hijo con una pistola.

—Déjalo ir —susurra con un hilo de voz.

Samuel la ignora y desliza la mirada por todo su cuerpo.

—No has cambiado nada. Sigues siendo una belleza. —El cabrón sonríe de oreja a oreja, y con la mano que tiene libre se toca la entrepierna—. Se me ha puesto dura al recordar lo bien que

se siente al estar dentro de ti.

Mi brazo se tensa alrededor de su cintura. Varios hombres empiezan a desarmarnos. Sé que no tengo demasiado tiempo. Si me quitan mi pistola, no podré hacer nada por el mocoso, sin embargo, tampoco puedo pasar por alto su declaración. «Samu también», resuena en mi cabeza.

—¿Hay alguien a quien no te hayas tirado? —siseo con la boca muy cerca de su oreja.

Angy no responde. Solo sigue mirando con fijeza a Samuel. Todo su cuerpo tiembla de miedo, de rabia o tal vez una mezcla de ambas. Samu suelta una carcajada y sacude la cabeza de un lado a otro sin dejar de comérsela con los ojos.

—No lo recuerdas, ¿verdad? Es lógico. Estabas tan drogada que lo raro sería que lo hicieras. ¿Quieres que te cuente lo que pasó la noche de la fiesta?

¿Drogada? No, eso es imposible. Angy nunca se ha metido nada. Se enfadaba conmigo si se enteraba de que había fumado un puto porro. ¿A qué demonios está jugando Samu? Un pensamiento fugaz ilumina mi mente y trago saliva con fuerza. «¿La drogaron en contra de su voluntad?».

—Solo quiero que sueltes a mi hijo —responde Angy con un tono en apariencia calmado, pero yo sé que no hay nada de tranquilo en ella.

—Tu hijo —masculla Samuel, y aprieta el cañón de la pistola contra la cabeza del crío con más fuerza—. También puede ser mío. Esa noche me corrí dentro de ti varias veces. —Esboza una sonrisa macabra y se encoge de hombros—. Aunque no fui el único. ¿De verdad no sientes ni un poquito de curiosidad por saber cómo acabaste en el sótano? Es una historia divertida.

—Me importa una mierda. Suelta a mi hijo, Samuel. Si me quieres a mí, me tendrás, pero deja que él se marche.

—A ti ya te he tenido. No me importaría repetir, pero eso implicaría correr un riesgo innecesario. —Desvía la mirada hacia Gabriel y su sonrisa de perturbado se ensancha—. Vengo a por ti, Zarco. —Después mira a Luna—. Y tú, hermanita. ¿De verdad creíste que podrías huir toda la vida?

—Aquí me tienes, hijo de puta —sisea mi hermano con los puños apretados, cubriendo a Luna con su cuerpo.

Veo como uno de sus hombres se acerca para desarmarme y no lo pienso demasiado, me giro deprisa y le vuelo la cabeza. Después apunto a Samuel.

—Una mala decisión —dice el cabrón, cogiendo al chico por la cintura y elevándolo para usarlo a modo de escudo.

—¡Alex, baja el arma! —grita Angy, pero la ignoro. Sé que, si lo hago, matará a Lucas, y no puedo permitirlo.

—Voy a darte la oportunidad de que te vayas de aquí de una pieza. —Me acerco más y él retrocede. Solo le quedan un par de hombres en pie. Si logro desarmarlo, los demás los reducirán y todo habrá acabado—. Suelta al chico y lárgate.

—No lo creo —murmura, y mira sobre mi hombro.

Antes de que pueda ser consciente de lo que está pasando, siento el frío metálico de una pistola en mi nuca.

—Haz caso a tu mujer, amigo, y baja el arma —dice Rai. Es él quien me está apuntando.

—Hijo de puta —mascullo entre dientes.

—Lo siento. Te dije que mataras a la perra. No podía arriesgarme a que supieras que yo también me la follé aquella noche.

Escucho golpes y un disparo, y descubro que entre Oscar y Lagos han logrado reducir a los dos hombres que le quedaban a Samuel. Esbozo una sonrisa petulante y vuelvo a mirar al hijo de puta.

—Te has quedado sin apoyo, cabrón. Ahora suelta al chico y lárgate antes de que te vuele la cabeza.

Samuel pierde su sonrisa de suficiencia y mira a un lado y a otro buscando una salida.

—Lo siento, Rai. Estás solo —masculla, y antes de que pueda reaccionar, lanza al crío con fuerza y sale corriendo.

Aprovecho el momento para girarme sobre mí mismo mientras sujeto el cañón de la pistola de Rai, lo aparto de mi cabeza y golpeo su nariz con mi frente. Miro solo un instante hacia atrás para ver a Angy arrodillada frente al crío, que sangra por un golpe en la cabeza y parece inconsciente.

—¡Lucas! ¡Lucas, despierta! —grita desesperada.

Bailey acude en su ayuda de inmediato y Lagos y Oscar corren tras Samuel. Me giro de nuevo, e hirviendo de rabia, me dirijo al que hasta hace solo unos momentos consideraba mi amigo y hombre de confianza.

—Lo siento, Alex. Fue tu padre… —No dejo que termine de hablar. Lo sujeto por el cuello de la camisa y empiezo a golpear su rostro con la culata de la pistola. Escucho los chasquidos de sus huesos al romperse, pero no me detengo hasta que deja de moverse.

—¡No vas a morirte aún, hijo de puta! —grito, y tiro de su pelo para que me mire con el único ojo que es capaz de abrir—. ¡¿La drogasteis para violarla?!

—Tu padre… —gime, y escupe un chorro de sangre que va a parar a mi camisa.

Dejo que caiga al suelo y lo apunto con la pistola.

—Dile de mi parte que algún día nos encontraremos en el infierno y pagará por esto —mascullo antes de dispararle en la cabeza.

Doy media vuelta, llevando las manos a la cabeza, y busco a Angy. La veo de rodillas junto a Bailey, que parece estar tratando de despertar al niño.

—Va a estar bien —susurra, y el rostro de Angy es el fiel reflejo del alivio.

Trago saliva con fuerza y me doy cuenta de que estoy llorando. ¡No me engañó! ¡No me traicionó, joder! Fue una víctima, y yo… Yo la he castigado por ello. Doy un paso en su dirección y su cabeza se alza. Nuestras miradas colisionan y frunce el ceño.

—Es culpa tuya. Ni Lucas ni yo tendríamos que estar aquí —dice rabiosa.

Se pone en pie y empieza a caminar hacia mí. Dejo que llegue a mi lado y estiro mi mano para acariciar su mejilla.

—Yo… —Tomo una respiración profunda y niego con la cabeza cuando más lágrimas se precipitan por mis mejillas en forma de cascada—. Lo siento mucho. No sabía… Perdóname.

Siento un dolor punzante en el vientre y bajo la mirada con sorpresa. El cuchillo de carne que sostenía está enterrado en mi cuerpo. «Angy acaba de apuñalarme». La miro de nuevo con los ojos muy abiertos y ella pega más su rostro al mío.

—Juré matarte, hijo de puta.

—Ángel… —susurro incrédulo.

Se aparta y sostengo la empuñadura para contener la hemorragia. La sangre tibia se escurre entre mis dedos y cae al suelo a chorros. Angy me mira con odio y esboza una sonrisa arrogante.

—Yo sí cumplo mis promesas.



Capítulo 51

Angy

Lucas está bien, eso es lo único que me importa. Lo observo mientras duerme en una de las habitaciones de invitados de la mansión de Gabriel. Lleva un vendaje en la cabeza que le hizo Bailey. Me dijo que tenía que mantenerlo vigilado esta noche, pero va a recuperarse enseguida. El golpe fue aparatoso. Me estremezco al recordar la sangre que aún ensucia mi vestido. Por un momento creí que el hijo de puta de Samuel lo había matado y casi pierdo la cabeza. No quiero pensar en todo lo que dijo, y tampoco en lo que hice después. «Has apuñalado a Alex».

Sacudo la cabeza y suspiro cuando la puerta del dormitorio se abre y Bailey entra acompañada por Ness. Gabriel, Arturo, Luna y Oscar no se han apartado de mi lado y del de Lucas en ningún momento. El precioso vestido de novia de Bailey también está salpicado de sangre, completamente arruinado.

—No entiendo cómo es posible que tenga más trabajo ahora que cuando pasaba todo el día en una ambulancia —masculla, y Gabriel se acerca a su lado y la abraza.

—¿Cómo están? —pregunta tras apartarse unos centímetros, pero sin dejar de tocarla.

—Me ha costado un poco sacarle la bala a Beni. Estaba alojada en un sitio complicado, pero va a recuperarse.

—¿Y Alex? —inquiere Arturo.

Contengo el aliento y Bailey dirige su mirada en mi dirección.

—Está bien. El corte era profundo, pero le he hecho un buen remiendo. Tuve que sedarlo porque intentó salir de la enfermería varias veces.

—¿Te hizo algo? —inquiere su marido, frunciendo el ceño.

Bailey sonríe y niega con la cabeza.

—Soy muy capaz de manejarlo por mi cuenta, pero gracias por la preocupación.

«Va a recuperarse». No sé qué pensar al respecto. Una parte de mí se alegra y la otra solo quiere ir a buscarlo y terminar el jodido trabajo que he empezado. Todo esto es culpa suya, que Lucas esté en una cama con la cabeza abierta es culpa suya. Nosotros estábamos bien en Nueva York. ¿Por qué tuvo que ir a buscarnos?

Gabriel viene hacia mí, se agacha y se cruza de brazos, observándome.

—No debí permitir que Alex te llevara con él.

Estrecho mi mirada sobre él y me encojo de hombros.

—¿Qué podrías haber hecho tú? —inquiero.

—Lo mismo que voy a hacer ahora. Escoge cualquier lugar del mundo, donde sea que quieras vivir, y te enviaré allí. Alex jamás sabrá dónde te encuentras. No volverás a saber de él, de todos nosotros. —Exhala con fuerza y se rasca la mandíbula, cubierta de barba corta—. Ya has pasado por mucha mierda. Te mereces vivir una vida tranquila junto a tu hijo de ahora en adelante.

—¿Y Samu? ¿Qué te hace pensar que no vendrá a por mí para joderos a vosotros? —pregunto.

El muy hijo de puta logró escapar. Tenía un coche esperándolo fuera de la casa, y ni Arturo ni Oscar lograron alcanzarlo antes de que se marchara. Sandoval está muerto. Sus hombres lo encontraron y le metieron una bala en la cabeza. La intención de Samu nunca fue rescatar a su padre. Quiso silenciarlo para que no dijese nada sobre el paradero del dinero que le han robado al cártel y, de paso, acabar también con Gabriel y los suyos para apoderarse de su organización. Lo tenían todo muy bien planeado, y Rai los ayudaba desde dentro. Eso no lo vi venir. Todo el tiempo estuvo de su parte. Tal vez el ataque que sufrí en la finca haya sido cosa suya. Tenía miedo de que yo recordara lo que pasó aquella noche de hace cinco años y su implicación en lo que me hicieron.

Sacudo la cabeza de un lado a otro para borrar de mi mente esos pensamientos. Ahora mismo no creo ser capaz de lidiar con esa información.

—Encontraremos la manera de recuperar el dinero y se quedará sin la protección de Vargas y de sus hombres. Solo es cuestión de tiempo —responde Arturo.

Inspiro hondo por la nariz y me pongo en pie. Este es el momento que tanto he esperado. Mi futuro está a punto de decidirse y no voy a quedarme impasible. Estoy harta de huir. Ha llegado la hora de alzar la cabeza bien alta y presentar batalla.

—Yo puedo conseguir ese dinero —anuncio.

Gabriel frunce el ceño, mirándome con intensidad.

—¿Qué necesitas? —inquiere.

Estiro el brazo con la palma hacia arriba y esbozo media sonrisa.

—Un teléfono con conexión a internet y treinta segundos.

—Si es tan sencillo, ¿por qué no lo has hecho antes? —inquiere reticente.

—Porque darle a Alex lo que me pedía podía significar el fin de mi vida. Gané tiempo. Mi intención era hablar contigo hoy, después de la boda.

Gabriel duda, puedo notarlo en la expresión de su rostro, pero acaba accediendo y me tiende su teléfono. Enseguida entro en los portales bancarios con las credenciales que he memorizado y transfiero todos los fondos a distintas carteras de criptomonedas a mi nombre. Al terminar, le devuelvo el aparato y sonrío, adoptando su misma postura con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Y bien? ¿Dónde está el dinero? —inquiere.

—Dije que podía recuperarlo, no que fuese a entregártelo —respondo, encogiéndome de hombros.

Su mirada se oscurece y adopta una postura rígida y defensiva.

—¿Acabas de jugármela? —sisea entre dientes.

—¿De verdad creíste que Alex te daría ese dinero? Eres más listo que eso, Gabriel. Él pretendía quedárselo. Yo solo me estoy cubriendo las espaldas.

—Hija de puta —masculla Luna, que había permanecido al margen de la conversación hasta este momento.

—Creo que me merezco una compensación.

—Son demasiados millones de compensación, ¿no te parece? —La voz de Gabriel es grave y amenazante.

—Yo estoy de acuerdo con ella —intercede Bailey. Su marido se gira, frunciendo el ceño, y ella alza la barbilla de manera desafiante—. No solo la violaron y humillaron los hombres de Urriaga, su hijo, el cabrón de tu hermano, también la ha hecho pasar por un jodido infierno. Es justo que el dinero del mismo cártel que le arruinó la vida sea su salvoconducto.

—También podemos amenazar con matar a tu hijo si no lo devuelves —comenta sonriendo Luna.

Me giro con un movimiento rápido y le lanzo un puñetazo directo a la nariz. Escucho el chasquido y enseguida empieza a sangrar.

—Te lo advertí —siseo, señalándola con el dedo índice.

—¡Joder! —grita—. ¡Me ha roto la nariz!

Bailey bufa con fuerza y se acerca a ella.

—Mi trabajo nunca se acaba en esta casa —masculla, y le sujeta la cabeza hacia atrás para detener la hemorragia—. Aprende a mantener tu bocaza cerrada, Luna, o acabarás sin tabique. Vamos a la enfermería para que te eche un vistazo. —Tira de su brazo hacia la salida y aprovecho para echar un vistazo a Lucas. Sigue durmiendo. Supongo que los medicamentos son lo bastante fuertes como para que el quejido de Luna no lo haya despertado. Antes de abandonar la habitación, Bailey se gira y mira a su marido, frunciendo el ceño—. Arregla esto de una maldita vez. Estoy agotada.

Él asiente y, en cuanto se marchan, se gira de nuevo hacia mí.

—El dinero entonces —farfulla entre dientes—. ¿Eso es lo que quieres?

Lo pienso unos instantes y niego con la cabeza. «No más huir y esconderse».

—También quiero la finca. Estoy dispuesta a trabajar para ti, o más bien contigo. Ocuparé el puesto de Alex al otro lado de la frontera y seré tratada como tu igual, no como una empleada.

Él sonríe de manera irónica y niega con la cabeza.

—Estás loca. ¿Pretendes hacerte cargo tú sola del cártel? Aunque aceptara esa absurda proposición, estás pasando por alto un par de detalles. Para empezar, esa finca no solo es mía. Nos pertenece a Beni, Alex, Maya y a mí por igual. Todos somos hijos de Urriaga, para bien o para mal.

—Maya es una niña —intercede Ness, dando un paso al frente—. Estoy segura de que, si tuviese la capacidad de decidir, aceptaría que Angy se quedara con su parte. Al fin y al cabo, si no fuese por ella, probablemente estaría muerta o algo peor.

—¿Nos hemos vuelto idiotas de repente? —murmura Gabriel, abriendo mucho los ojos. Resopla y me mira de nuevo—. Muy bien, eso te deja a ti con una parte de cuatro. Incluso aunque yo decidiera cederte la mía, Beni y Alex seguirían teniendo la mitad.

—Casi —le corrijo—. En realidad, la mitad de la parte de Alex ya es mía. De algo tiene que servirme seguir casada con él, ¿no?

—Dudo que Beni se oponga a esto —comenta Arturo.

Gabriel lo mira confundido.

—¿Tú también estás de acuerdo con esta locura?

Su mano derecha se encoge de hombros y asiente.

—Si me das a escoger entre el desquiciado de tu hermano y Angy, prefiero que sea ella la que se encargue de nuestros negocios en México. —Me mira a mí y esboza una sonrisa tímida—. Solo por las agallas que está mostrando al ponerte en esta situación ya se lo merece.

—Estamos obviando que las cosas en Sonora son muy distintas a este lado de la frontera. Los hombres jamás aceptarán que una mujer los dirija. Van a comérsela.

—Yo puedo ayudarla —dice Oscar, colocándose a mi lado—. Me mudaré a la finca y me encargaré de que todos la respeten como su nueva jefa. —Gira la cabeza en mi dirección y asiente—. Te lo debo —susurra.

Gabriel se frota el rostro con ambas manos y empieza a moverse de un lado a otro de la habitación. Todos lo observamos durante un buen rato, en el que parece estar librando una batalla consigo mismo. Entonces se detiene frente a mí y exhala con fuerza.

—Muy bien, tú ganas. Eres consciente de que estando en la finca no voy a poder evitar que Alex vaya a buscarte, ¿verdad? Porque será lo primero que haga en cuanto se recupere.

Respiro hondo y asiento, esbozando una sonrisa maliciosa.

—Cuento con ello. Es más, lo estaré esperando con ansias.



Capítulo 52

Angy

Hace dos días que regresamos a la finca. Muchos de los hombres del cártel decidieron marcharse en cuanto les dimos la noticia de que ahora yo estoy al mando. Ya lo esperaba, y me alegra que se hayan retirado sin hacer ruido. Si no son capaces de aceptar que una mujer dé las órdenes, pueden irse al diablo.

Apenas he tenido tiempo para descansar. Lucas ya está casi bien. Lleva un pequeño apósito en la frente, pero ha recuperado por completo toda su vitalidad. Vuelve a ser el chico risueño, inquieto y activo de siempre.

Carraspeo antes de dar un paso al frente y echo un vistazo alrededor. Oscar se ha situado justo a mi derecha. Su ayuda está siendo primordial. Que esté aquí conmigo demuestra que cuento con el apoyo del Clan Z para llevar a cabo mi tarea de liderar la organización a este lado de la frontera. Hemos decidido reunir a todo el servicio, la gran mayoría mujeres, en la sala de estar para mantener la misma conversación con ellas que con el resto de empleados. Quien no se sienta a gusto con los nuevos cambios que estoy implementando, podrá marcharse de inmediato.

—¿Dónde está Sabina? —pregunto al no verla entre la veintena de personas que me rodean.

Dora y Jacinta se miran, y es esta última la que se dirige a mí.

—¿No te lo han dicho, muchacha? Sabina está muerta. —Frunzo el ceño, confusa—. Ella fue la que envió a Alberto a por ti en los establos. Alex le voló la cabeza al enterarse.

Mi expresión de sorpresa debe ser notable. «Alberto… Con razón su voz se me hizo familiar».

Un momento… ¿Por qué Alex mataría a su amante para defenderme? ¿Tal vez para demostrar su poder? Nadie jode con un Urriaga, eso es algo que todos aquí deberían saber, y llevarle la contraria o hacer algo a sus espaldas significa la muerte. Exhalo con fuerza y me recompongo.

—Bien. En ese caso, me ahorro tener que echarla a patadas. ¿Alguien más quiere hacerme el favor? —Miro alrededor. Nadie dice una sola palabra. Fijo la mirada en Dora y me cruzo de brazos—. Voy a darte la oportunidad de tomar la mejor decisión para ti.

—Angy… —Carraspea y niega con la cabeza—. Perdón. Señora Urriaga. —Arqueo una ceja a modo de advertencia. Jamás usaré ese apellido—. ¿Chávez? —Asiento, y ella suspira—. No tengo a dónde ir.

—Dora, si quieres quedarte es tu decisión, pero te advierto que corres el riesgo de que yo te trate de la misma forma que tú hiciste conmigo. No es agradable, te lo aseguro —siseo.

Parece pensarlo unos segundos y agacha la cabeza.

—Iré a recoger mis cosas —señala.

Asiento y espero a que se marche antes de repasar con la mirada a todos los demás. No voy a malgastar ni un solo instante de mi vida en recordar todas las maldades que me hizo pasar no hace mucho.

—¿Alguien quiere seguir su ejemplo? Mi intención es que todos los que trabajen en esta casa se sientan a gusto y, por supuesto, espero que cumplan mis órdenes sin oponer resistencia. Quien no se vea capaz de hacerlo, puede retirarse. —Nadie se mueve, así que doy por terminada la reunión con una palmada sonora—. Bien, volved al trabajo.

Todos se dispersan y me giro para mirar a Oscar, que observa cada uno de mis avances sin interferir de no ser necesario.

—Lo estás haciendo genial, Angy. En poco tiempo tendrás el control del cártel en tus manos.

—Y tú podrás regresar a Estados Unidos, ¿no?

Echa un vistazo alrededor y se mete las manos en los bolsillos, encogiéndose de hombros.

—Creo que voy a quedarme por aquí un tiempo. Me vendrá bien tomar algo de distancia de… —Se queda callado a media frase y sacude la cabeza de un lado a otro—. Da igual. Esto me gusta. Si no te importa, me gustaría mudarme a mi antigua cabaña.

Su petición me sorprende. Creí que no querría volver nunca allí. Ese fue el lugar donde lo encontré aquel día cubierto de sangre y vísceras tras… En fin. Si eso es lo que quiere, no seré yo la que se oponga.

—Por supuesto. ¿Algo más que tratar de manera urgente? Estoy deseando darme una ducha caliente y dormir al menos doce horas.

Oscar esboza una de sus poco habituales sonrisas.

—Solo un asunto más. Esta tarde llegaron un par de chicos. Dicen que Rai los mandó mudarse aquí, obviamente antes de que… —Hace un gesto, deslizando el dorso del dedo pulgar por el cuello, y esta vez soy yo la que ríe—. La mayor de los dos mencionó algo de su hermano que ha muerto, un tal Gustavo.

Tomo una respiración profunda y asiento. Yo fui testigo de la conversación que tuvo Alex con Rai después de que mataran a Gus. Alex pretendía hacerse cargo de sus hermanos. Lo más probable es que le ordenara a Rai que los trajera a la finca.

—Sí, sé quiénes son. Llévame con ellos. Les buscaré un lugar donde puedan instalarse.

Alex

Sentado en la parte trasera del todoterreno que conduce uno de los hombres de mi hermano, creo que se llama Pablo, no soy capaz de dejar de mirar la pantalla de mi teléfono. Al fin he recibido los resultados del laboratorio y no sé qué demonios hacer con esta información. Respiro hondo y vuelvo a leer por enésima vez la misma línea. El ADN del mocoso y el mío coinciden en un noventa y nueve por ciento, por lo tanto, es más que seguro que sea su padre.

Aparto la vista del aparato un instante al notar que el vehículo se detiene frente al enorme portalón que divide los terrenos de la finca en la que nací y crecí. Gabriel y Bailey no me han permitido venir antes. Los muy hijos de puta me mantuvieron encerrado en una habitación durante dos putas semanas. Según ellos, debía recuperarme antes de poder viajar. Por supuesto, no estuve de acuerdo. Nada más despertar, tras ser sedado a traición por mi cuñada, quise buscar a Angy. No tenía ni idea de dónde estaba. Creí que seguía en la mansión. No fue hasta ayer que mi hermano vino a verme y me contó lo que había ocurrido en mi ausencia. Ángela se la jugó con el dinero. Tengo la mala costumbre de subestimarla, y estoy seguro de que llevaba planeando quedárselo desde el principio. No sé si cabrearme o estar jodidamente orgulloso de ella. Estando cautiva y en desventaja, ha logrado hacer ella sola lo que yo llevo intentando desde que me puse del lado de Gabriel y los suyos. Ahora es la nueva jefa del cártel de Sonora y ya he sido advertido de que debe seguir siendo así. Si hago algo en su contra para recuperar el poder que me ha arrebatado, Gabriel vendrá a por mí con todo. Lo que él no sabe, y tampoco me he molestado en explicarle, es que no pretendo recuperar nada más aparte de a mi mujer y a mi hijo.

El vehículo se detiene por completo y un guardia se acerca. Abro la ventanilla solo un poco para que pueda verme y enseguida se tensa.

—Abre —ordeno.

Mira a un lado y a otro y niega con la cabeza, haciendo una mueca con los labios.

—Señor Urriaga, lo siento, pero debo informar antes de su llegada.

Su respuesta me sorprende. Aprieto los puños y respiro hondo por la nariz. Debí haberlo supuesto. Ahora es Angy la que manda, y va a presentar batalla. A disgusto, asiento y dejo que se aleje para llamar por teléfono. Ya estoy planeando otra forma de entrar en la finca en caso de que se niegue a dejarme pasar cuando el guardia regresa. Parece menos tenso.

—Adelante —dice, golpeando el techo del vehículo con la mano un par de veces. Hace una señal en dirección a su compañero y este abre la puerta para dejarnos entrar.

—Interesante —murmuro para mí mientras Pablo vuelve a poner en marcha el todoterreno.

Recorremos la pista de tierra hasta el final y nos detenemos justo delante de la puerta principal de la casa. Me toco el abdomen aún dolorido mientras salgo del coche. Todavía no estoy recuperado del todo. Me quedan unos cuantos puntos, pero al menos ya soy capaz de moverme sin que la herida me tire tanto. Recojo la mochila con mi equipaje de la parte trasera y, cuando me giro de nuevo hacia la casa, la veo allí, de pie frente a la puerta, tan hermosa como siempre, con su melena ondulada castaña suelta, un vaquero ajustado, botas, camiseta de tirantes blanca y chaleco marrón. Me observa desde su posición con los brazos tatuados cruzados sobre el pecho mientras yo camino en su dirección. Me detengo a solo unos pocos metros y dejo escapar todo el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

—Hola —susurro. Angy arquea una ceja y esboza media sonrisa burlona, pero no dice nada —. Tenemos que hablar.

Alza la barbilla de manera desafiante, y cuando creo que va a empezar a gritar e insultarme, solo da media vuelta y se mete en la casa, dejándome plantado como una estatua en la entrada. Suspiro y me pinzo el puente de la nariz. «Me temo que esto va ser mucho más difícil de lo que pensaba, aunque al menos no me ha echado a patadas, así que me lo tomaré como una pequeña victoria».



Capítulo 53

Alex

La sigo hasta mi despacho. Bueno, técnicamente ahora le pertenece, y se encarga de dejármelo claro al tomar asiento en el que, hasta no hace mucho, era mi sillón. Casi sonrío al verla recostada contra el respaldo y con el mentón en alto. «Una puta reina en su trono». No espero a que me dé permiso para sentarme al otro lado del escritorio. Dejo la mochila en el suelo a mis pies y disimulo una mueca de dolor con un suspiro cuando la herida de mi vientre se tensa con el movimiento.

Durante unos segundos solo nos miramos en silencio. Las palabras se atascan en mi garganta. Hay tantas cosas que quiero decirle… «Perdón. Te amo. Lucas es mi hijo. Deja que te compense todo el daño que te hice», sin embargo, es ella la que habla primero.

—Estás vivo —murmura, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Así es. La próxima vez vas a tener que clavarla más profundo. —Esbozo una sonrisa traviesa—. Yo puedo enseñarte a hacerlo.

Aunque su rostro se mantiene inexpresivo, puedo notar como un brillo divertido ilumina su mirada al entender el doble sentido de mis palabras, aunque enseguida se inclina hacia delante y adopta una postura tensa, colocando los codos sobre la mesa.

—¿Qué quieres, Alex?

«A ti», quiero decir, pero solo me encojo de hombros.

—Ni siquiera intentes fingir que no sabías que vendría —mascullo.

—No lo hago. En realidad, te estaba esperando. —Una chispa de esperanza nace en mi interior. Angy abre uno de los cajones del escritorio y saca de su interior una carpeta, la hace deslizarse sobre la mesa para dármelos y vuelve a recostarse en el sillón—. Firma esos documentos y puedes irte.

Frunzo el ceño, confuso. No me molesto en preguntar a qué se refiere, solo abro la carpeta y mis ojos se abren hasta el nacimiento del pelo al leer el primer párrafo, en putas mayúsculas y negrita: ***DISOLUCIÓN MATRIMONIO MUTUO ACUERDO***.

—Estás loca si crees que voy a firmar esta mierda —siseo, cerrando la carpeta con violencia.

—No tienes demasiadas opciones —señala, encogiéndose de hombros.

—No estoy de acuerdo contigo —replico—. Esta es mi casa, tú eres mi esposa y… —Estoy a punto de soltarlo, pero me callo, saco mi teléfono del bolsillo y trasteo en él unos segundos antes de dejarlo sobre la mesa, girado hacia ella—. Prefiero que lo veas por ti misma.

—¿Otro vídeo? —Aunque su tono suena sarcástico, le tiembla la voz.

Me tenso de pies a cabeza y exhalo con fuerza.

—Es algo bueno, Ángela. Solo échale un vistazo.

Suspira y coge el aparato. Tras revisarlo unos segundos, me lanza una mirada poco amistosa.

—¡¿Le has hecho una prueba de ADN a mi hijo a mis espaldas?! —exclama.

—Es obvio que sí. Tienes en tu mano los resultados. Es mío.

Lanza el teléfono sobre la mesa y resopla con fuerza.

—Eso ya lo sabía.

—¡¿Cómo?! —Vuelve a encogerse de hombros—. Dijiste que…

—Sé lo que dije, pero incluso sin recordar nada de lo que ocurrió la noche de la fiesta, quiero pensar que ya estaba embarazada. —Se queda callada unos instantes y respira hondo—. Además, solo un idiota no se daría cuenta de que Lucas es una jodida calcomanía tuya, para mi desgracia.

—Entonces, siempre lo has sabido —murmuro alucinado. Angy asiente—. ¡¿Por qué no me lo dijiste, joder?! —exclamo, perdiendo los nervios.

Se inclina hacia delante y me señala con el dedo índice.

—Para empezar, no me levantes la voz. ¿Crees que soy imbécil? Estabas esperando la confirmación para meterme un jodido balazo en la cabeza.

Consigo calmarme y busco su mirada de nuevo.

—Sabes que jamás hubiese sido capaz de matarte, Angy. No digo que no lo deseara. Me dejé dominar por mi propio orgullo, pero nunca te lastimaría, creo que eso lo he demostrado. ¿Cuántas veces te he encañonado? ¿Dos? ¿Tres? Y todas ellas fui incapaz de presionar el gatillo.

—Pero sí pudiste entregarme a tus hombres para que me violaran, ¿verdad? —escupe con desprecio.

Cierro los ojos y exhalo una gran bocanada antes de mirarla de nuevo.

—Se supone que no deberían haberte tocado —confieso. Frunce el ceño y aprovecho para inclinarme yo también hacia delante, acercando mi rostro al suyo—. Fue un montaje. Hablé el día anterior con unos cuantos de mis chicos. Les dije que en algún momento querría darte un susto. —Trago saliva con dificultad y me muerdo el labio inferior. Mis ojos escuecen al recordar a esos hijos de puta manoseándola—. Confié en que supieran controlarse. Me equivoqué y te

pido perdón por ello, pero nunca fue mi intención que ellos… —Sacudo la cabeza de un lado a otro y pestañeo rápido para contener las lágrimas—. Me conoces. ¿De verdad crees que podría soportar que alguien te tocara? Me volví loco cuando bajé y vi lo que te estaban haciendo. Solo tenían que asustarte, nada más.

—Como excusa es una puta mierda. Puedes hacerlo mejor que eso —dice, apartándose.

—¿No me crees? —Niega con la cabeza—. Entonces pregunta.

—¿A quién? Te los cargaste a todos. —Sonrío, y por su expresión sé que acaba de darse cuenta de que su afirmación no es cierta—. ¿A qué estás jugando, Alex? ¿Lo dejaste vivo a propósito?

—Sinceramente, no lo sé. Creo que sí. De manera inconsciente, supe que necesitaría que alguien confirmara mi versión para que algún día pudieras llegar a perdonarme.

—¿Y quién me dice a mí que no lo has amenazado para que diga lo que tú le has ordenado?

Resoplo con fuerza y me pinzo el puente de la nariz antes de responder.

—Envía a tu nuevo protector. Estoy seguro de que el muchacho cantará como un pajarito si le aprieta un poco. No se atreverá a mentir si Monstruo lo amenaza.

Angy parece pensarlo unos instantes, después se pone en pie y se dirige a la puerta.

—No te muevas de aquí —exige mientras la abre.

—Tranquila, es como si estuviese en mi casa —replico en tono burlón.

Angy

Dice la verdad. El muy cabrón planeó que sus hombres me dieran un susto. Lo ha confirmado el único que salió del sótano con vida. Oscar ni siquiera tuvo que apretarle demasiado. Solo tenerlo delante, mirándolo con esos ojos desquiciados e inyectados en sangre, fue suficiente para que se meara en los pantalones y confesara la verdad. Solo tenían que simular que iban a violarme, pero tenían órdenes estrictas de no tocarme. Por eso, él se negó e intentó hacer cambiar de parecer a los demás, no obstante, estaban tan borrachos y drogados que no atendieron razones.

Tomo una respiración profunda antes de entrar de nuevo en el despacho. No sé cómo sentirme al respecto. Una parte de mí se alegra de que Alex no haya sido capaz de hacerme eso, sin embargo, no puedo obviar el hecho de que fue él quien me puso en esa situación, y todo por no ser capaz de contener su propio orgullo y ego herido.

—Eres un hijo de puta —siseo tras pasar al interior, y azoto la puerta con violencia.

El cabrón se gira a medias y esboza una sonrisa petulante.

—Creí que eso era algo que ya teníamos claro. —Le da una calada a su cigarrillo y exhala una gran bocanada de humo—. Ahora, ¿podemos olvidar toda esa mierda y hablar de nosotros?

Me contengo para no dejar caer la barbilla hasta la base del cuello. ¡¿En serio?!

—Nosotros —repito, y él asiente. Me acerco despacio y solo me detengo a menos de un metro de donde sigue sentado—. No hay un nosotros, Alex. Creí que lo de la demanda de divorcio lo dejaba claro, pero por lo que veo no terminas de entender el mensaje.

Veo como se pone en pie con lentitud, y aunque me siento tentada a retroceder, no lo hago. Dejo que se acerque hasta que solo unos centímetros separan nuestros cuerpos.

—Sabías perfectamente que no aceptaría firmar esa mierda —susurra muy cerca de mis labios.

—En realidad, tenía la esperanza de que lo hicieras y acabáramos de una vez por todas con esto.

—¿Esto? —inquiere, arqueando una ceja.

Suspiro, y esta vez sí retrocedo un par de pasos para tomar algo de distancia. El hijo de puta sonríe. Sabe lo que hace.

—Sí, esto. —Señalo con un gesto de mi mano el espacio vacío entre nosotros—. ¿No estás cansado de esta relación tóxica y dañina que mantenemos desde que éramos solo unos críos?

Pierde la sonrisa de golpe y frunce el ceño.

—Dices eso porque estás cabreada y dolida, y sé que tienes razones para ello, pero…

—¡No hay peros, Alex! —grito, perdiendo la paciencia—. ¡Estoy harta! No quiero seguir así. ¿Qué es lo que quieres para marcharte y dejarme en paz?

Toma una respiración profunda y se cruza de brazos con la mandíbula tensa y los dientes apretados.

—No voy a irme. Llama a Gabriel si quieres y que él mismo venga a sacarme de aquí a la fuerza, pero te advierto que uno de los dos acabará muerto.

Suspiro y aparto la mirada. Había contemplado que esa fuese su reacción. No puedo buscar la ayuda de Gabriel para esto. Necesito que me respete, y para ello debo encargarme de la situación yo sola.

—Muy bien. Esta casa también es tuya, así que no puedo echarte, pero yo sigo siendo la líder del cártel. Me importa un carajo si eso te gusta o no. —Doy un paso hacia él y clavo la mirada en la suya—. Voy a decirte lo mismo que al resto de empleados de la finca. Si estás dispuesto a seguir mis órdenes, eres bienvenido, si no es así, vete de una maldita vez.

Se queda inmóvil unos segundos y una sonrisa empieza a dibujarse en su rostro.

—Muy bien, jefa. Tú ordenas y yo obedezco. ¿Qué quieres que haga?

¡Mierda! ¡¿De verdad acaba de aceptar quedarse bajo mis órdenes?! Me toma todo mi autocontrol no dejar que la sorpresa que siento se refleje en mi rostro. Carraspeo y, tras dar media vuelta, empiezo a caminar hacia la salida.

—Empieza por los establos. Desde que Gus no está, se han convertido en un jodido estercolero. —Lanzo las palabras sobre mi hombro y abro la puerta con un tirón.

—No vas a ponerme las cosas fáciles, ¿verdad? —escucho su pregunta, pero no me detengo ni me giro.

—Nunca —respondo ya fuera del despacho.

Alex suelta una carcajada, y por más que intento evitarlo, ese sonido se mete en mi jodida piel y reverbera contra mis huesos. Me estremezco y sigo caminando, pero logro escuchar lo último que dice.

—Es una suerte que me gusten los retos.



Capítulo 54

Alex

Llevo diez putas horas palando mierda de caballo. Me duelen las manos y estoy seguro de que se me ha saltado algún punto porque tengo sangre seca pegada a la camiseta en la zona de la herida, aun así, no me detengo hasta que todas las cuadras están completamente limpias. Entiendo su punto. Quiere pagarme con la misma moneda, y si eso es lo que necesita para perdonarme, lo haré encantado. He tomado la firme decisión de no volver a dejarme dominar por mi orgullo. ¿Me quiere humillado? ¿Postrado a sus pies? Me tendrá. Haré cualquier cosa que me pida, seré paciente, pero eso no significa que no vaya a seguir intentando un acercamiento.

Me detengo a descansar sobre un fardo de paja, y mientras me seco el sudor de la frente, escucho un carraspeo, alzo la cabeza y veo a Angy a pocos metros, con los brazos cruzados y el hombro apoyado en la pared de manera relajada.

—¿Vienes a echarme una mano? —pregunto sonriendo.

No responde, solo arruga la nariz y se acerca, aunque no demasiado.

—¿Has terminado?

Me levanto haciendo una mueca de dolor y su mirada va a parar a mi abdomen. Frunce el ceño y hago un gesto con mi mano para restarle importancia.

—Se habrá saltado algún punto, pero no es nada grave.

—Lávate y cúrate eso antes de cenar.

Esbozo una nueva sonrisa, esta es más provocativa y socarrona.

—¿Preocupada por mí, Ángel?

—Ni un poquito.

—Creí que no me dejarías comer nada hasta mañana.

Angy suspira y niega con la cabeza.

—Esa es la diferencia entre tú y yo. No soy una hija de perra retorcida y sin sentimientos. Los alimentos no se le niegan a nadie.

Respiro hondo por la nariz y asiento.

—Eres mejor persona que yo, eso no es ninguna novedad, pero me merezco toda la mierda que quieras verter sobre mí, Angy. Lo aceptaré.

—Está bien saberlo —masculla, y me parece ver un amago de sonrisa en su rostro—. Sube los fardos de paja al altillo antes de irte.

Alzo la cabeza y miro el lugar, a donde solo se puede acceder subiendo por una escalera de mano. Frunzo el ceño y trago saliva con fuerza, regresando la vista a Angy.

—¿Hablas en serio?

La muy perra se encoge de hombros y ni siquiera se molesta en contener su sonrisa maliciosa.

—Lo aceptarás, ¿recuerdas? —Señala la escalera con la barbilla—. Sube. —Niego con la cabeza. No puede hacerme esto. Se me seca la boca con solo pensar en estar ahí arriba—. Alex, puedes hacerlo ahora con solo yo mirándote o mañana, rodeado por varios de los trabajadores de la finca, pero vas a subir esos fardos, lo sabes.

Me muerdo la lengua para no pegarle cuatro jodidos gritos, y tras exhalar con fuerza, agarro uno de los fardos con una mano y me acerco a la escalera. Subo primero una pierna, me sostengo con la única mano que me queda libre y después el otro pie. Voy ascendiendo poco a poco, casi en cámara lenta. A mitad de camino cometo el error de mirar hacia abajo. Se me nubla la vista y empiezo a hiperventilar. Estoy paralizado. Mi corazón late tan fuerte que es posible que reviente en cualquier momento.

—Eso de que no eres una hija de perra retorcida y sin sentimientos… —Cierro los ojos y me concentro solo en respirar. Estoy teniendo un maldito ataque de pánico—. ¡Mierda, Angy! ¡Voy a morir aquí, maldita sea!

Noto sus manos en la parte baja de mi espalda, sujetándome para que no me caiga.

—Suelta el fardo y desciende.

—Puedo hacerlo —mascullo.

—Alex, ya has demostrado que eres un idiota, ahora baja de ahí.

Decido hacerle caso, ya que la otra opción sería pasar toda la noche intentando ascender los escasos dos metros que me quedan hasta llegar al altillo. Bajo despacio y con cuidado, y cuando mis pies vuelven a estar sobre el suelo, me giro y le lanzo una mirada poco amistosa.

—¿Satisfecha?

—Aburrida —contesta con expresión apática.

—Siento que mi espectáculo no haya sido lo bastante divertido para ti.

Espero a que replique, pero no lo hace, solo da media vuelta y se dirige a la salida.

—Te espero en el comedor, y dúchate antes, apestas a mierda de caballo.

Antes de que pueda decir nada más, ya se ha ido. Mascullo una maldición y vuelvo a mirar hacia arriba. Tampoco está tan alto, pero Angy sabe con exactitud qué botones tocar para dejarme en mal lugar. Conoce todos mis defectos y debilidades y estoy seguro de que no va a perder la oportunidad de usarlas como arma en mi contra.

Tras pasar por mi dormitorio para lavarme y cambiarme de ropa, me dirijo al comedor. Observo a las cinco personas que rodean la mesa. En la cabecera, ocupando el lugar que hasta hace poco me pertenecía, está Angy, a su derecha Oscar y justo delante el mocoso. «Mi hijo». Contengo el aliento y me centro en él. Angy tiene razón: es igualito a mí. Su pelo, sus ojos, incluso algunas expresiones en su rostro como cuando se cabrea y aparece una vena azulada en su frente. Como siempre, habla sin parar, moviendo las manos frente a su rostro. Deslizo la mirada hacia los dos desconocidos que están a su lado. Un niño de doce o trece años y una adolescente. Ambos tienen el cabello castaño y se parecen mucho. Deduzco a simple vista que son hermanos.

Angy parece notar mi presencia, alza la vista de su plato y arquea una ceja en mi dirección. Sigo caminando y tomo asiento junto a Oscar.

—¿Qué hace aquí el hombre malo? —pregunta Lucas, frunciendo el ceño.

Le guiño un ojo y mi corazón se acelera. «¡Es mío, joder!». No me avergüenza admitir que lo he echado de menos estas dos semanas. Ya me había acostumbrado a sus comentarios impertinentes.

—¿Me extrañabas, Mocoso?

—Ni un poquito —responde, negando con la cabeza.

Ruedo los ojos, y al mirar a Angy descubro que está sonriendo de manera disimulada. Puede que en el físico se parezca a mí, pero el carácter… Oh, Señor, ¡ese lo ha sacado de su madre!

—¿Quiénes son tus amigos? —pregunto para intentar seguir la conversación mientras me sirvo una buena porción de carne asada.

El chico se encoge, como si quisiera esconderse; la muchacha me mira con la barbilla en alto. Me fijo en sus ojos, uno de ellos es oscuro y el otro claro. Su rostro me resulta familiar.

—Ellos son Nacho y Lina. Se han mudado aquí con nosotros —dice Angy. Arqueo una ceja, interrogante—. Los hermanos de Gus —aclara.

Mierda, lo había olvidado. Le pedí al traidor de Rai que los trajera a la finca. Sin su hermano, se han quedado solos. Pensaba instalarlos en una de las cabañas; por lo visto, Angy ha decidido dejar que se queden en la casa principal. Asiento y seguimos comiendo en silencio. Oscar se retira nada más terminar. Angy no deja de llamarle la atención a Lucas para que deje de parlotear y termine su cena, no obstante, el crío parece estar demasiado sobreexcitado.

—Jacinta hará un pastel y podremos tomar muchos refrescos —le explica a su nuevo amigo.

El chico, Nacho, que he descubierto que también tiene el mismo rasgo característico en los ojos que su hermana, aunque de forma más sutil, solo asiente y sonríe un poco. Parece mucho más tímido y retraído que el pequeño torbellino que no deja de avasallarlo.

—¿Qué se celebra? —pregunto para intentar que me incluyan en la conversación.

No sé cómo, pero voy a lograr ganármelo. Ahora mismo, para él solo soy «el hombre malo», el mismo que lo separó de su madre, que la hizo llorar y ser infeliz durante semanas, sin embargo, estoy dispuesto a poner todo de mi parte para demostrarle que soy digno de ser su padre.

El chico vuelve a fruncir el ceño, parece que va a responder, pero solo me ignora y sigue hablando con su nuevo amigo.

—No se lo digas. Él es malo —farfulla—. Además, no está invitado a mi fiesta de cumpleaños.

¿Cumpleaños? Dirijo mi mirada en dirección a Angy en busca de su confirmación, pero ella solo se encoge de hombros y esboza una falsa sonrisa. No va a ayudarme con el crío, eso seguro.

—Vaquero, si ya has acabado, corre a lavarte y acuéstate ya. Aún faltan dos meses para tu cumpleaños. Es pronto para empezar a planear la fiesta —dice Angy.

—Yo también me voy a dormir —murmura la muchacha. ¿Lina? Y se pone en pie. Toca el hombro de su hermano y este se levanta enseguida—. Buenas noches.

Lucas se despide de ellos con una enorme sonrisa y sacudiendo la mano, después se acerca a su madre y la besa en la mejilla.

—Métete en la cama. Iré enseguida a arroparte —le dice ella.

Lucas me mira a mí y me saca la lengua antes de marcharse del comedor. Sonrío y niego con la cabeza. «Voy a ganarme tu confianza, mocoso. Eso es un hecho».



Capítulo 55

Alex

En cuanto nos quedamos a solas, aparto mi plato vacío y observo a Angy mientras se levanta y se dirige al mueble bar de madera oscura y maciza que cubre toda una pared de la estancia. Saca una botella de tequila de su interior y se sirve un vaso. No regresa a la mesa, solo bebe en silencio pequeños sorbos e ignora mi presencia.

—¿No vas a invitarme? —pregunto para llamar su atención.

Se acerca y deja la botella en la mesa frente a mí.

—Supongo que un vaso no es suficiente para ti —masculla.

—En realidad, he decidido no beber tanto. —Arquea una ceja de manera interrogante—. Nunca tomo buenas decisiones cuando estoy borracho.

Ríe y niega con la cabeza.

—No te engañes, Alex. Sobrio tampoco lo haces. ¿Habías bebido cuando acabaste con la vida de Gus? ¿Eres consciente de las consecuencias que tienen tus actos? Esos dos chiquillos se han quedado solos en el mundo a causa de uno de tus arrebatos.

Suspiro y me recuesto en la silla, pinzándome el puente de la nariz.

—No fui yo quien lo mató —confieso.

—Ya, claro. —Chasquea la lengua, y tras beber el resto de licor de su vaso, lo deja sobre la mesa y da media vuelta para marcharse.

—Fue Beni. —Al escuchar mi declaración, se gira de nuevo con el ceño fruncido.

—¿Beni? —Asiento—. ¿Por qué? Gus era un buen hombre. Solo intentaba sacar adelante a su familia.

—Esa mañana, él me acompañó a los establos. Estaba buscando al tipo que te atacó. Beni había pasado toda la noche en el sótano. Estaba borracho y colocado. De alguna forma, se obcecó con la idea de que Gustavo había sido el culpable del ataque, perdió el control y lo mató.

Sus ojos se cierran y se peina el cabello hacia atrás con una mano.

—Ese chico tiene problemas serios, y la influencia de Rai solo ha empeorado la situación.

—Lo sé —susurro. Me levanto y camino hacia ella. Una de sus cejas se eleva al darse cuenta de que sigo avanzando, pero no retrocede. Me detengo a solo unos centímetros de su cuerpo y busco su mirada—. ¿Cuál es la próxima tortura que tienes planeada para mí? ¿Vas a encerrarme en el sótano?

Sonríe y sacude la cabeza de un lado a otro.

—Eso no sería un castigo. Apuesto a que te encantaría. Debes tener muy buenos recuerdos de ese lugar. Es una pena que ya no exista.

—¿Cómo dices? —inquiero confuso.

—En cuanto regresé a la finca, lo primero que hice fue prenderle fuego al sótano. Disfruté mucho viendo como ese maldito sitio ardía hasta los cimientos.

—Podrías haber quemado toda la casa.

—Lo pensé. Es más, una parte de mí deseaba que ocurriera. —Echa un vistazo alrededor y suspira—. Estas paredes han sido testigo de demasiado sufrimiento. Tengo ganas de echar abajo la jodida casa y reconstruirla desde cero.

—Hazlo. —Sonrío y me acerco aún más—. Aunque no todo lo que pasó aquí fue malo.

—¿No? —Niego—. ¿Conoces a alguien que haya sido feliz en esta casa?

—Yo —susurro, y estiro mi mano para tocar su mejilla—. A pesar de todas las peleas, de las discusiones, de esos momentos en los que deseábamos matarnos el uno al otro, fui jodidamente feliz contigo, Ángela.

Antes de que mi mano puedo tocar su piel, se aparta y me empuja despacio para apartarme.

—Atrás —sisea.

Aunque me siento decepcionado por su rechazo, no me resisto. Retrocedo un par de pasos y respiro profundo. Angy me mira frunciendo el ceño, como si no esperara esa reacción por mi parte.

—Tú ordenas y yo obedezco. Así es como funciona, ¿no?

Asiente y se cruza de brazos sin apartar la mirada de la mía.

—Me sorprende que estés siendo tan razonable. ¿Qué es lo que tramas, Alex?

—Nada. Solo intento recuperar tu confianza.

—No pierdas tu tiempo. Nada de lo que hagas o digas va a cambiar lo que hiciste. Da igual si tu intención solo era asustarme, me dejaste sola, en el sótano, con un montón de pervertidos, borrachos y ebrios. ¿Tienes la menor idea de cómo me sentí? —Cada una de sus palabras se clavan en mi pecho como una jodida daga afilada—. Claro que no. Tú no sabes lo que es sentirse impotente, creer que esos hijos de puta van a violarte, golpearte e incluso matarte y no poder

hacer nada para evitarlo. Incluso aunque pudiera obviar todas tus ofensas, tus maltratos, que me mantuvieras esposada como un animal todas las noches, que me apartaras de mi hijo… —Toma aire y niega con la cabeza—. Que me dejaras allí, que te importara una mierda lo que pudieran hacerme esos tipos es algo que nunca, y grábatelo bien en ese cerebro desquiciado y perturbado que tienes, nunca voy a poder perdonarte.

Trago saliva para bajar el nudo de angustia que se ha instalado en mi garganta y agacho la mirada. Ni siquiera sé qué decir. Lo que hice no tiene justificación posible.

—Créeme, yo tampoco voy a perdonármelo —susurro con un hilo de voz—. La imagen de esos hijos de puta tocándote… —Sacudo la cabeza para intentar apartar ese recuerdo—. Eso es algo que me perseguirá en mis pesadillas hasta el día en que me muera.

—¿Por qué bajaste? —pregunta, sorprendiéndome—. Si todo estaba planeado, ¿por qué decidiste bajar al sótano?

Bufo con fuerza y me encojo de hombros.

—No lo soporté. Escuchaba tus gritos desde arriba, tu desesperación, y aunque creí que se estaban cumpliendo mis órdenes y solo te intimidaban, cuando dejé de oírte fui consciente de que había cruzado una línea y jamás podría volver atrás.

—Al menos eres consciente de ello —murmura, creo que para sí misma.

—Angy. —Sujeto su barbilla con dos dedos y alzo su rostro. Esta vez no se aparta—. Sé que merezco un castigo. Vierte sobre mí toda esa mierda que te corroe. Lo soportaré.

—No hagas eso. —Retrocede un paso y mi mano cae—. Yo aguanté todas tus majaderías, tus ofensas y maltratos por creer que merecía ser castigada. —Niega con la cabeza—. No abras esa puerta, Alex. Te aseguro que no es agradable.

—Tú no hiciste nada malo.

—Ya, bueno, eso no lo sabía —contesta, encogiéndose de hombros.

—¿Quieres hablar sobre lo que pasó esa noche? —Niega con la cabeza de manera rotunda—. Si en algún momento cambias de idea, yo estaré aquí. No pienso irme a ningún lado.

—Para mi desgracia —masculla, rodando los ojos.

Esbozo una sonrisa y meto las manos en mis bolsillos delanteros. Me digo a mí mismo que solo es un gesto chulesco y arrogante, aunque la verdad es que necesito meter las manos en algún lugar que no sea su cuerpo, que es lo que más deseo en estos momentos.

—Supongo que lo de esposarme a la cama no es una opción para ti, ¿verdad? —Arquea una ceja, y ensancho aún más mi sonrisa—. Tengo las esposas en mi dormitorio, y te aseguro que no opondré resistencia.

—Buenas noches, Alex —murmura, dando media vuelta para marcharse.

—Descansa y sueña conmigo —digo cuando casi se ha ido.

Sin girarse de vuelta, alza el dedo corazón en el aire y desaparece por la puerta del comedor. Suelto una carcajada y me sirvo un vaso de licor, negando con la cabeza y con gesto divertido. «Voy a derribar todas tus jodidas barreras, Ángel. No me detendré hasta lograrlo».



Capítulo 56

Angy

Dos meses después

¡Un poni! ¡Un puto poni! Cuando creí que Alex no podría sorprenderme más, aparece en la pequeña fiesta de cumpleaños de mi hijo con un jodido poni. ¿En qué demonios está pensando? Por supuesto, Lucas no tarda en acercarse. Está pletórico, no cabe en sí de tanta felicidad. Lo observo desde unos metros de distancia. La mirada de Alex y la mía coinciden, y él solo se encoge de hombros y sonríe. Tengo que admitir que se está esforzando mucho por pasar tiempo con Lucas.

Creí que, al venir aquí, se comportaría como el bruto e insensible hombre que siempre ha sido. Un elefante en una cacharrería, mangoneando y tratando mal a los demás solo para demostrar su poder, pero no ha sido así en absoluto. Me preparé para las peleas, para la lucha constante, sin embargo, su actitud ha sido complaciente y sumisa. Cumple mis órdenes sin rechistar. Trabaja de sol a sol como un empleado más, y aunque varias veces ha intentado acercarse a mí, solo he necesitado una mirada para que retroceda. Incluso cuando le ordeno realizar tareas para complacer a la perra mala que vive en mí como subir al altillo aun sabiendo el pánico que siente por las alturas, ayudar a las mujeres con las tareas de la casa o seguir las directrices de cualquiera de los peones, Alex no se niega. No sé qué pensar al respecto. Temo que se esté conteniendo y en cualquier momento explote. Supongo que eso es lo que desea una parte de mí, necesito que demuestre que sigue siendo el mismo cabrón de siempre para no flaquear, porque lo voy a hacer. Si continúa comportándose así, sé que es cuestión de tiempo que

pase.

La fiesta no termina hasta bien entrada la noche. Nos saltamos la cena, ya que hemos pasado toda la tarde atiborrándonos de dulces. Después de acostar a Lucas, me encierro en el despacho con Oscar para planear el día siguiente. Él ha estado ausente estos últimos días, y con ausente me refiero a fuera de la finca. Empezó a actuar de forma extraña hace un par de días y simplemente desapareció. Regresó esta mañana con la noticia de que es posible que tengamos una pista del paradero de Vargas. Nuestra mayor prioridad, aparte de encontrar nuevos proveedores, que eso es algo que ya tenemos bien encaminado, es coger a Samuel. Sigue ahí fuera, en algún lugar. Ahora, sin dinero, lo más probable es que no cuente con el apoyo del bolivariano, no obstante, es posible que sepa en qué lugar se esconde la rata. Mañana iremos a averiguarlo.

—Entonces, ¿todo ha estado tranquilo en mi ausencia? —pregunta, bebiendo de su vaso.

Hago lo mismo, y tras vaciarlo, lo dejo sobre la mesa y noto como el licor abrasa mi garganta al tragar.

—Sin complicaciones —respondo, y vuelvo a rellenar nuestros vasos.

—Ya no me necesitas aquí. Los hombres te respetan como a su nueva jefa, incluso están actuando con Alex como si fuese un empleado más.

—Ya, no creo que eso dure demasiado —mascullo antes de beber de nuevo.

—¿Te está dando problemas?

—No, y eso es lo que me preocupa. Se comporta de forma muy extraña.

—He visto el anillo —comenta sonriendo.

Asiento. Hace ya unas cuantas semanas que Alex usa su anillo de bodas. No he querido preguntar nada al respecto, y él tampoco ha hecho ningún comentario, pero es raro. Me inquieta no saber por dónde va a salir.

—Tengo la sensación de estar a punto de presenciar la erupción de un volcán. Va a ocurrir, solo es cuestión de tiempo y de la cantidad de fuego que se acumule en su interior.

—Avísame cuando creas que eso vaya a pasar para estar lejos de aquí —dice, y tras beber el último trago, se levanta y estira sus voluminosos brazos.

—Gracias por todo, Oscar. No podría haber logrado nada de esto sin ti.

—No te quites méritos. Tú eres el cerebro y yo el músculo. Hacemos un buen equipo. —Asiento de acuerdo y veo que se acerca a la puerta. Antes de salir, se gira a medias y vuelve a mirarme—. Nunca te lo he preguntado. ¿Dónde está?

Respiro hondo por la nariz. Sé con exactitud a qué se refiere. No he querido sacar el tema, pero sabía que tarde o temprano tendríamos que hablar de esto.

—En el interior de un barril de cemento, hundido en el río —respondo sin abandonar su mirada.

Oscar aprieta los labios y asiente.

—El lugar que se merece. Gracias. —Antes de que pueda responder ya se ha ido.

Me quedo sola un rato más. Sigo bebiendo hasta que noto un ligero mareo y decido irme a dormir. Mañana a primera hora iremos a por Vargas, y quiero tener la mente clara. Mi intención es pasar antes por la habitación de Lucas para comprobar si sigue bien arropado. Me sorprende encontrar la puerta entreabierta. Frunciendo el ceño, asomo solo la cabeza en el interior y veo a Alex sentado en la mecedora junto a la cama de Lucas, tiene un muñeco de Buddy, el personaje

de *Toy Story*, entre sus manos y solo mira con fijeza a mi hijo. Lo observo sin hacer ruido. Pasan varios minutos, y entonces se pone en pie, se acerca más a la cama, tira de las mantas para arroparlo bien y se inclina para besarlo en la frente.

—Buenas noches, mocoso —susurra, y se gira hacia mí.

Consigo apartarme de la puerta antes de que pueda verme, con el corazón latiendo a toda velocidad y la garganta cerrada; camino casi a la carrera hacia mi dormitorio. Me encierro en él y apoyo la espalda contra la puerta, dejando que todo el aire que ni sabía que estaba conteniendo abandone mis pulmones. «¿Por qué hace esto?». Cierro los ojos y escucho sus pasos por el pasillo. «No lo hagas, Angy. No cedas. Tienes que mantenerte firme». Para no variar, ignoro la voz de la razón y, cuando lo escucho pasar frente a mi puerta, la abro de un tirón.

Alex se detiene y estrecha su mirada sobre mí. No sé si es el alcohol que recorre mis venas o que la escena que acabo de presenciar ha logrado ablandarme, pero antes de que pueda darme cuenta, estoy abriendo más la puerta, me hago a un lado y muevo la cabeza en un gesto claro de invitación a que entre. Él frunce el ceño, sin embargo, como ya es costumbre en las últimas semanas, obedece ante mi orden silenciosa y pasa al interior de la habitación. Me giro para cerrar la puerta, y cuando vuelvo a mirarlo está esbozando una sonrisa, esa que tanto me afecta. Carraspeo y me cruzo de brazos.

—¿En qué puedo ayudarte, jefa? —pregunta. Su tono es grave y ronco, y me hace cosquillas en zonas muy erógenas de mi cuerpo.

—De rodillas —ordeno.

La sorpresa brilla en su mirada. Alza el mentón y respira de forma lenta y pausada. Desciende hasta el suelo sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Vas a obligarme a suplicar perdón?

Esta vez soy yo la que sonrío. Muevo mi mano y la coloco sobre su cabeza, hundo los dedos en su pelo y disfruto de la forma en la que su expresión cambia en cuanto se da cuenta de lo que pretendo.

—Vas a hacer algo mucho más interesante que suplicar, Alex —susurro, empujando su rostro hacia mi entrepierna.

Alex

Creí que todos mis esfuerzos, que todas las veces que he tenido que controlar mis impulsos para no abalanzarme sobre ella durante estos últimos dos meses estaban siendo en vano, pero aquí estoy, en su habitación, de rodillas, hundiendo mi nariz en su sexo aún cubierto, empalmado como un puto adolescente y disfrutando de cada roce de sus dedos en mi cuero cabelludo, y lo mejor de todo es que ha sido ella quien me ha buscado a mí. Justo a tiempo, porque ya había tomado la decisión de cambiar de actitud. Le he dado tiempo suficiente para que se calme, para que pueda comprobar que estoy siendo sincero y solo quiero recuperarla, pero se acabó.

Desabrocho el pantalón y, mientras lo arrastro hacia abajo por sus piernas junto a la ropa interior, hundo mi lengua en su ombligo. Su cuerpo se tensa. Al levantar la mirada compruebo que tiene los ojos cerrados y se está mordiendo el labio inferior, expectante por lo que está a punto de suceder. Mi polla se aprieta contra la cremallera de los vaqueros pidiendo atención, pero decido ignorarlo. Esto es solo para ella, para demostrarle que juntos somos perfectos.

—Apuesto a que logro que te corras en tiempo récord —susurro contra su abdomen.

Angy rueda los ojos y hunde sus dedos en mi pelo una vez más, acercándome más a su entrepierna. Sonrío de manera ladina y levanto una de sus piernas para colocarla sobre mi hombro. Un suspiro sale de su boca cuando beso el interior de su muslo. Deslizo la lengua por su piel en dirección a su ingle y después a su sexo.

—Oh, mierda —susurra, exhalando y tirando de mi cabello cuando doy con el punto exacto y lo rodeo con mi lengua—. ¡Santo Cristo, Alex!

Sus caderas empiezan a moverse contra mi boca mientras yo sigo chupando, lamiendo y mordiendo cada rincón de su sexo. Pronuncia unas palabras ininteligibles en un susurro ronco y alzo la mirada sin dejar de frotar mi lengua contra su carne palpitante. Ver como se descontrola y deshace del todo delante de mis ojos hace que sea consciente de su vulnerabilidad. Está cabreada conmigo, realmente furiosa y dolida por todas las canalladas que le hice, tan enfadada que con toda probabilidad una parte de ella quiera enrollar la pierna alrededor de mi cuello y estrangularme, pero al menos está dejándome hacer algo, que es, de muchas maneras, mucho más íntimo que follarla. Soy yo el que está de rodillas, sí, sin embargo, me está cediendo todo el control. Yo decido cómo y en qué momento va a correrse.

—Podría devorarte entera —digo, desviando mi boca hacia un lado y mordiendo el hueso de su cadera. Está tan mojada y caliente, sabe tan bien…

—Cállate de una vez —farfulla entre dientes, y vuelve a empujar mi rostro contra su sexo.

Sonrío por su tono de desesperación; hundo dos dedos en su interior y tiro de su cadera con la otra mano para animarla a encontrar su propio ritmo conmigo. Sus caderas se mueven de nuevo, despacio al principio, apretándose contra mi mano y mi boca, y después más rápido. Puedo notar cómo se tensan las piernas, el abdomen y las manos, que siguen sobre mi cabeza. Jadea y sus movimientos se vuelven errantes y un poco salvajes.

Quiero morderla y chuparla aún más, enterrar mis dedos en lo más hondo y volverla loca. Levanto de nuevo la mirada por si estoy siendo demasiado brusco. No quiero lastimarla, pero la expresión en su rostro muestra cualquier cosa menos dolor. Placer, sí, por supuesto, y locura y desenfreno junto a un deseo arrollador. Angy grita, sus piernas tiemblan y un gruñido sale de los más profundo de su garganta mientras se deshace contra mis dedos y mi boca.

Con cuidado, bajo su pierna de mi hombro y me incorporo despacio. Sus ojos están cerrados mientras respira de manera acelerada con la parte posterior de la cabeza apoyada contra la puerta. Rodeo su cintura con un brazo y sus preciosos ojos verdes se abren y me miran.

—Deliciosa —susurro, y lamo el dedo índice y pulgar de la mano que tengo libre.

Una de sus comisuras se estira solo un par de milímetros, ni siquiera puede ser considerado un amago de sonrisa, pero está ahí y sé que la he provocado yo. Bajo mi rostro hacia el suyo, ya casi puedo sentir el calor de sus labios contra los míos cuando ella vuelve a hablar.

—Gracias por el orgasmo. Ahora márchate. —Me detengo y retrocedo unos centímetros, con el ceño fruncido.

—¿Hablas en serio? —Pone las manos en mi pecho y me empuja despacio para apartarme. Dejo que lo haga, a regañadientes—. ¿De verdad vas a dejarme así? —Señalo el enorme bulto que provoca mi erección y se encoge de hombros.

—Estoy segura de que puedes ocuparte tú solo del asunto. Apuesto a que ahora te arrepientes de haber matado a tu puta.

Exhalo con fuerza y niego con la cabeza.

—De lo único que me arrepiento es de haber sido tan imbécil como para pensar que podrías haberme traicionado. —Tomándola por sorpresa, la atraigo hacia mí y la beso. No profundizo demasiado, solo me dedico a saborear sus labios, mordisquearlos y lamerlos. Después me aparto y exhalo con fuerza—. Buenas noches, Ángela. Espero que duermas bien. —La aparto un poco de la puerta y la abro—. Más relajada al menos —añado.

La muy perra sonríe de manera burlona y señala mi entrepierna.

—Suerte tú también con tu pequeño problema.

—No es pequeño, pero eso tú ya lo sabes. —Le guiño un ojo, y antes de que pueda replicar, salgo de la habitación y cierro la puerta a mi espalda.



Capítulo 57

Angy

Quien le pasó la información a Oscar le mintió, o simplemente se arrepintió y puso a Vargas sobre aviso porque en la casa que se supone que debería estar no había nadie. Durante las más de dos horas que dura el trayecto en coche desde Agua Prieta a Nogales, Oscar se comporta de forma muy extraña. Permanece mirando por la ventanilla todo el rato y susurrando palabras ininteligibles. Le pregunto varias veces si se encuentra bien, pero no contesta, creo que ni siquiera me escucha.

No insisto demasiado. Supongo que cada uno lidia con sus propios demonios como puede. Los míos llevan atormentándome unas cuantas semanas. No soy capaz de dejar de pensar en lo que ocurrió la noche de la fiesta hace cinco años. Intento recordar algo, lo que sea, pero es como si una neblina espesa y oscura opacara todos mis recuerdos. Me vi en ese vídeo y de verdad creí que me había acostado con esos tipos por mi propia voluntad. Llevo culpándome por ello demasiado tiempo, y ahora no sé bien cómo lidiar con esta nueva situación.

Llegamos a la finca, y antes de que el vehículo se detenga, Oscar abre la puerta y sale a toda prisa. Lo sigo e intento descubrir qué le ocurre, pero por la mirada que me lanza sé que algo no va bien.

—Oscar, tranquilo —susurro, soltando su brazo y alzando ambas manos para que pueda ver que no pretendo hacerle daño.

Mira a un lado y a otro y sacude la cabeza con fuerza.

—Me habla desde dentro —sisea. Se cubre el rostro con ambas manos y grita a todo pulmón —. ¡Cállate! ¡No quiero!

Un grupo de hombres nos rodea, los mismos que nos han acompañado a buscar a Vargas; les hago una señal con la mano para que no se acerquen.

—Está en tu cabeza. No hay ningún peligro —intento hablar de la forma más tranquila y serena que soy capaz, pero no funciona.

—¡Se burla de mí, joder! —Mira a su izquierda, como si en realidad hubiese alguien a su lado, y resopla con fuerza—. ¡Vete! ¡No hay nada para ti! Solo es carne y piel podrida.

Siento la mano de alguien sobre mi hombro, y al girarme descubro que es Alex. No lo vi esta mañana. Oscar y yo nos fuimos al amanecer. Me fijo en sus dedos largos, que aprietan mi hombro, los mismos que hace solo unas horas estuvieron en mi interior, y todo mi cuerpo se estremece. Ni siquiera he tenido tiempo para pararme a pensar en ello.

—Retrocede —susurra con la mirada fija en Oscar. Este lo mira de vuelta y mueve el cuello de un lado a otro con los ojos entrecerrados y la frente rígida—. Oscar, amigo, no lo hagas —pide.

—Eres como él. Sois iguales. —Mira de nuevo a su izquierda y esboza una sonrisa espeluznante que logra ponerme la piel de gallina—. ¡Díselo tú! —exclama—. Un Urriaga más. Todos deben ir al infierno.

Se abalanza sobre Alex y lo agarra del cuello. Este lo golpea en el rostro, un puñetazo directo a su mandíbula, pero es como si le hubiese hecho una caricia. Sigue apretando su garganta más y más. Le grito que se detenga, varios hombres tiran de él e intentan apartarlo de Alex, pero no logran moverlo ni un centímetro. Cuando soy consciente de que el rostro de Alex ya está empezando a volverse azul, recuerdo algo que Luna solía decirle a Oscar cuando eran niños y él se cabreaba, empezaba a golpear cosas y destrozarlo todo a su alrededor.

—Vamos a cazar mariposas —digo, colocando mi mano sobre su muñeca, la que rodea el cuello de Alex. Logro atraer su mirada. Pestañea un par de veces y lo suelta—. Eso es. ¿Quieres ir a cazar mariposas, Oscar?

Asiente, sin embargo, enseguida cabecea de un lado a otro y resopla con fuerza.

—Tú no eres ella. No está aquí. —Sus ojos se vuelven brillantes y traga saliva con fuerza—. No quiere estar en ningún lugar cerca de mí. Algún día la mataré. ¿Lo entiendes?

Por el rabillo del ojo veo que Alex intenta recuperarse, tosiendo y jadeando en busca de oxígeno.

—Lo entiendo. Puedo llamarla si quieres. —Niega de manera rotunda. Su pecho sube y baja de manera violenta.

—No puedo protegerla, nunca he podido hacerlo. —Clava la mirada en sus palmas y sorbe por la nariz—. Son las manos de un monstruo. Encadéname. —Da un paso hacia mí y yo retrocedo—. Enciérrame, Angy. No dejes que la lastime. —Cuando creo que va a seguir avanzando hacia mí, se detiene, da media vuelta y sale corriendo, como si el mismísimo diablo lo estuviese persiguiendo.

—Seguidlo, pero no os acerquéis demasiado —ordeno, y varios hombres corren tras él a toda prisa.

Con el corazón acelerado, me acerco a Alex y lo ayudo a ponerse en pie. Aún sigue respirando de manera agitada.

—Mierda, tiene demasiada fuerza —comenta con voz afónica, y hace una mueca de dolor.

Alzo su barbilla y echo un vistazo a su cuello. No dudo de que le saldrán hematomas bastante feos. Antes de que pueda decir nada, Lucas sale corriendo de la casa y se acerca a nosotros. Nacho viene con él. Estas últimas semanas se han vuelto inseparables, Sinceramente, no sé cómo un chico tan callado, tranquilo y retraído es capaz de seguirle el ritmo a mi hijo. Sin embargo, me siento más tranquila sabiendo que está con él. Nacho es un chico muy responsable y juicioso, al igual que su hermana. La vida no los ha tratado bien. Cuando llegaron a la finca estaban sucios, hambrientos y asustados. Me alegra poder colaborar en algo para mejorar su situación. Se lo debo a Gus. Él siempre fue muy bueno conmigo.

—Mamá, ¿podemos ir a ver a Timo? —me pregunta, mencionando al poni que Alex le regaló ayer.

—Vaquero, no es un buen momento —respondo. Aún me tiemblan las piernas tras el encuentro con Oscar.

—No vamos a entrar en la cuadra. Lo acariciaremos desde fuera —insiste—. Vamos, *porfis, porfis, porfis*…

—Está bien —cedo. Respiro hondo y señalo a Nacho con el dedo índice—. No dejes que se meta en líos. —El chico asiente y esboza una sonrisa tímida.



Capítulo 58

Angy

Enseguida se marchan y acompaño a Alex al interior de la casa. Entramos por la puerta de la cocina y nos encontramos a Jacinta pululando alrededor de los fogones.

—¿Qué ha pasado? —pregunta al ver que Alex se toca la garganta. Ya empiezan a aparecer las marcas de dedos en color oscuro.

—Oscar —murmuro a modo de explicación.

—Ese chico algún día acabará como su madre —masculla, y corre a coger un poco de hielo del congelador. Al regresar, ella misma le levanta la barbilla y se lo coloca en la base del cuello —. ¿Te duele, muchacho?

—No demasiado —responde él, y le sonríe de manera cariñosa.

Jacinta suspira y aparta la mirada. Abre la boca para decir algo y vuelve a cerrarla.

—¿Pasa algo? —inquiero, frunciendo el ceño por su actitud tan extraña.

—Sí. Bueno, yo… —Suspira, y deja que Alex se ocupe de sujetar la bolsa de hielo antes de mirarme—. Ángela, te estoy muy agradecida por permitir que me quedara aquí después de como te traté cuando llegaste. Lucas es un niño increíble, y he aprendido a quererlo como si fuese mi propio nieto.

—Él también te tiene mucho cariño, Jacinta —comento sonriendo.

—Sí, lo sé, y por eso quiero ser sincera contigo. No me siento bien ocultándote esto.

—¿De qué hablas? —pregunta Alex con un hilo de voz.

Jacinta toma una bocanada profunda y clava su mirada en la mía.

—Yo siempre supe lo que te habían hecho en la fiesta de cumpleaños del señor Urriaga. —Su declaración me toma por sorpresa. Retrocedo un par de pasos, abriendo mucho los ojos, y ella empieza a sollozar—. Lo siento mucho, niña. Intenté impedirlo.

—¿Por qué? —pregunto con un nudo de angustia en la garganta—. ¿Por qué, durante todo este tiempo, no dijiste nada?

—Quise hacerlo, pero el señor Urriaga… Él fue quien lo planeó todo. —Se gira hacia Alex, que tiene los puños apretados y la mandíbula tensa—. Se dio cuenta de que Angy te distraía. Quiso apartarte de ella, pero si él mismo la echaba o la mataba, tú jamás se lo perdonarías. Solo lograría ponerte en su contra. Le ordenó a Samuel y a Rai que se encargaran de todo. Ellos la drogaron y después la llevaron al sótano. Los hombres que salían en el vídeo…, no sabían nada. Solo se aprovecharon de la situación.

—Mi padre lleva muerto meses. —Alex golpea la encimera con la bolsa de hielo, que se abre y se desparrama por todo el suelo de la cocina—. ¡Maldita sea, dejaste que tratara a Angy como una basura! ¡Viste lo que le hacía y permaneciste callada! Si hubieses dicho la verdad…

—No podía —solloza la anciana, y se cubre el rostro con las manos justo en el momento en el que Alex saca su pistola y la apunta a la cabeza.

—¿Por qué? —sisea Alex con rabia.

Ella sorbe por la nariz y lo mira aterrada.

—Si descubrías que Rai estaba implicado… Ibas a matarlo, Alex. No podía permitirlo. No por mi culpa. Crie a ese chico como si fuese mi propio hijo. Él no era como vosotros, no tenía unos padres que velaran por su seguridad. Me tocó a mí hacerlo.

—Y no te sirvió de nada, de todos modos, le reventé la puta cabeza de un disparo, igual que voy a hacer contigo. —La mujer vuelve a sollozar, cubriéndose el rostro. Suspiro y me coloco frente a ella, justo frente a la pistola—. ¿Qué demonios haces, Angy? ¡Apártate! Voy a matar a esta perra.

—No vas a hacerlo. —Sujeto la pistola por el cañón y lo obligo a bajarla. Jacinta sigue llorando a mi espalda—. Intentaba proteger a su hijo.

—Rai no era su jodido hijo —replica cabreado.

—Para ella sí. A mí también me cabrea. Nada de esto es justo, pero si estuviese en su lugar, habría hecho lo mismo para proteger a Lucas. ¿Tú no? —Parece pensarlo unos segundos, y resopla con fuerza antes de guardarse la pistola en la cinturilla del pantalón.

—No confío en ella cerca de nuestro hijo —sisea entre dientes.

Arqueo una ceja por la forma en la que se ha referido a Lucas, pero él parece no notarlo siquiera.

—Me marcharé si eso es lo que queréis —dice Jacinta.

Me giro con los brazos en jarras y niego con la cabeza.

—No. Vuelve al trabajo. Ya hablaremos de esto en otro momento.

Enseguida se marcha bajo la atenta mirada de Alex, que sigue temblando de rabia.

—Tengo ganas de ir tras ella y meterle una bala en la cabeza —masculla.

—Lo sé, pero con eso no resolverás nada. Pudo haberse callado la verdad y no lo hizo. —Me froto la frente y bufo con fuerza—. Estoy agotada, y dentro de un rato tengo que hablar con tu hermano por teléfono. Entre dirigir todas las operaciones, mantener a los hombres bajo control y mover todo el dinero del Clan Z, casi no sé lo que es dormir seis horas seguidas.

—¿Por qué me cuentas esto? —inquiere sorprendido.

Lo miro y vuelvo a resoplar.

—Me temo que estoy desperdiciando tus capacidades limpiando mierda de caballo. Con Oscar fuera de combate, voy a necesitar ayuda.

—¿Y me la pides a mí? —Esboza una sonrisa socarrona y pongo los ojos en blanco.

—Si no quieres, puedo llamar a Gabriel y pedirle que envíe a alguien.

—Ni se te ocurra. Ahora mismo debes demostrarle que eres perfectamente capaz de sacar adelante el cártel sin su ayuda, es primordial para ganarte su respeto y confianza.

—Lo sé, pero toda esta mierda empieza a superarme. Ni siquiera sé qué estoy haciendo. Lo mío son los ordenadores y sistemas de seguridad, no dirigir.

—Pues para no ser lo tuyo lo estás haciendo realmente bien. —Alza mi barbilla y me mira a los ojos—. Ve a darte una ducha caliente y duerme un par de horas. Yo me encargo de todo lo demás.

—Pero Gabriel…

—Vete, Ángela —repite, empujándome hacia la salida.

—Está bien. Avísame si pasa algo, lo que sea. —Asiente y me marcho.



Capítulo 59

Alex

Gabriel descuelga la llamada al tercer tono. Me toco el cuello aún dolorido y carraspeo antes de hablar.

—Hola, cabrón.

—¿Alex? ¿Por qué me llamas tú? Angy… —No lo dejo terminar.

—Angy está descansando y, mientras tanto, yo estoy al cargo.

Hay unos segundos de silencio y lo escucho resoplar.

—¿Qué pasa con Oscar? ¿Por qué no me ha llamado él?

—Está fuera de combate —respondo.

—¿Qué le pasa?

—¡Está loco, joder! Eso ya lo sabías.

—¡Mierda! Por algo no estaba de acuerdo en que se marchara. ¿Ha lastimado a alguien?

—Solo mi orgullo. El hijo de puta casi me estrangula.

—El mundo no te echaría de menos —replica, aunque puedo notar un deje divertido en su tono de voz—. Necesito hablar con Angy. Tú no me sirves para nada.

—Ya te he dicho que está descansando. Le diré que te llame después.

—Alex, llévale el puto teléfono —ordena.

Frunzo el ceño y respiro hondo para contener las ganas que tengo de mandar a mi querido hermanito al diablo.

—Te llamará después. Adiós. —Corto la llamada y, tras apagar el aparato, lo lanzo al interior de uno de los cajones del escritorio.

Si mi hermano cree que puede mangonear a mi mujer a su antojo, se equivoca. Puede que ella sea la jefa ahora, pero ¡sigue siendo mi esposa, carajo! No dejaré que nadie la presione ni le diga lo que tiene que hacer.

Después de cerciorarme de que Oscar está encerrado en su cabaña, regreso a la casa principal y decido hacerle una visita a Angy en su habitación, solo para ver si se encuentra mejor. Abro la puerta sin llamar y me sorprende no encontrarla en la cama. Hace más de una hora que la vi en la cocina. Se supone que debería estar durmiendo a estas alturas. Entro en el dormitorio y escucho el agua de la ducha correr. Mi primer impulso es entrar, pero logro contenerme y me obligo a caminar hacia la salida, sin embargo, cuando estoy a punto de marcharme, escucho un pequeño quejido, algo parecido a un sollozo; sin pensarlo demasiado, me meto en el baño.

El calor y la neblina de vapor caliente golpean mi rostro en cuanto doy un paso al interior. Puedo ver la silueta de Angy a través de la mampara de la ducha de cristal traslúcido. Escucho un nuevo sollozo y la abro de un tirón. Angy está bajo el chorro de agua caliente, con la frente apoyada en los azulejos mientras su espalda se sacude por el llanto. Al notar mi presencia, se gira un poco y clava sus ojos enrojecidos en los míos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sorprendida, y sorbe por la nariz.

—¿Por qué lloras? ¿Qué te ocurre?

Exhala con fuerza y niega con la cabeza.

—Vete, Alex, no es un buen momento.

Me planteo acatar su orden, eso es lo que he estado haciendo las últimas semanas. Ella manda y yo obedezco, sin embargo, la simple idea de dejarla aquí sola, llorando y sufriendo… ¡Maldita sea, no voy a hacerlo! Me saco la camiseta por la cabeza y empiezo a desabrocharme el cinturón mientras pateo las botas para alejarlas.

—¡¿Qué se supone que estás haciendo?! —exclama Angy—. ¡Alex, deja de desnudarte, joder!

Me bajo los pantalones y, tras deshacerme de la ropa interior y los calcetines, entro en la ducha.

—¿Qué te pasa? —Enmarco su rostro con mis manos y la obligo a mirarme—. ¿Qué ocurre, Ángela? Me estás asustando como el jodido demonio.

Suspira y apoya su espalda contra la pared, dejando que el agua caliente le golpee el rostro y borre el rastro de sus lágrimas.

—No sé qué sentir —masculla con un hilo de voz—. Me han violado, Alex. Se supone que debería estar traumatizada o algo así, pero no lo estoy porque no recuerdo nada de lo que pasó. Intento hacer memoria, y no hay nada, ni un solo recuerdo.

—¿Preferirías recordarlo? —pregunto con cautela.

Ella se encoge de hombros y vuelve a sollozar.

—He pasado cinco malditos años culpándome. Solo pretendía hacerte daño. Bebí y bailé con muchos de esos hombres. Quería que te lo contaran, que sintieras lo que era ser traicionado, hasta que, de pronto, el mundo se apagó, y cuando se volvió a encender estaba desnuda en mi

cama y tú me gritabas.

—Mierda —farfullo, cerrando los ojos con fuerza—. Lo siento tanto, Ángel —susurro, y vuelvo a mirarla—. Si pudiese volver atrás, haría todo de forma distinta. Bueno, casi todo. No me arrepiento de haber cazado y matado a esos hijos de puta.

Toma una respiración profunda y niega con la cabeza.

—Supongo que debería sentirme afortunada por no recordarlo. Solo tengo las imágenes de ese vídeo. Creí que, de alguna manera, había accedido a ello estando borracha y que mi mente decidió borrarlo para protegerme a mí misma. Esa fue la única explicación que encontré. No sabía lo de la droga.

—No tenías por qué saberlo —murmuro, y acaricio su mejilla con suavidad—. Ni siquiera se te ocurra culparte por ello. Fueron esos hijos de puta los que te… —Exhalo con fuerza y pego mi frente a la suya—. Tú estás viva y ellos muertos. Solo falta Samu, y te aseguro que no descansaré hasta verlo con un agujero de bala en la cabeza. —Hago una pausa y me alejo un poco para mirarla a los ojos—. No me acosté con nadie ese día en el sótano —confieso.

—¿Cómo dices? —Niega con la cabeza—. Yo te vi saliendo de allí mientras te abrochabas el cinturón.

—Soy idiota. —Chasqueo la lengua y suspiro—. Mi padre me envió allí abajo, pero te prometo que no toqué a ninguna mujer. Cuando te vi delante de la puerta, estaba tan cabreado que solo quise hacerte daño.

Frunce el ceño y vuelve a cabecear de un lado a otro.

—Tienes razón. Eres idiota.

—Una vez te prometí que no volvería a mirar a otra mujer y lo he cumplido. Bueno… —Hago una mueca y me rasco la nuca—. Hasta que te fuiste no hubo nadie más.

Nos quedamos un buen rato en silencio, solo mirándonos a los ojos. Sé que me cree. Si no fuese así, ya estaría echándome a patadas. Entrelazo mis dedos con los suyos y ella mira mi mano, frunciendo el ceño.

—¿Por qué estás usando tu anillo de bodas?

Respiro hondo y sonrío.

—La pregunta es… ¿Dónde está el tuyo?

—Lo vendí —responde de inmediato.

—No lo hiciste. —Estrecho mi mirada sobre ella y, al verla asentir, soy consciente de que dice la verdad.

—Me echaste de aquí con las manos vacías. Solo tenía la poca ropa que llevaba puesta. Caminé dos días hasta llegar al pueblo más cercano. Estaba hambrienta y aterrada porque creí que me seguirías para matarme. —Cierro los ojos y trago saliva con fuerza cuando la culpa me atenaza la garganta—. El anillo era lo único de valor que tenía, así que lo vendí para poder comer y comprarme un teléfono. Con él conseguí algo más de dinero, un pasaporte falso y un billete a Estados Unidos.

—Supongo que no de manera legal —murmuro, mirándola de nuevo.

—¿Cómo crees que he sobrevivido durante cinco años? No tengo experiencia en ningún trabajo. Usé las herramientas que tenía en mis manos. Si sacas pequeñas cantidades de cuentas bancarias, algo insignificante, no se dan cuenta, pero muchas pequeñas cantidades son

suficientes para que una mujer y dos niños puedan vivir de manera cómoda.

—Eres demasiado lista para mi propio bien —susurro, y estoy a punto de besarla, pero me aparta y niega con la cabeza.

—No estoy de humor para esto, Alex —masculla.

—¿Para qué? —Arquea una ceja y frunzo el ceño—. ¿Se te hace tan raro que quiera estar contigo sin necesidad de que haya sexo de por medio? —Mira hacia abajo, donde mi miembro erecto reposa contra su muslo, y yo hago lo mismo—. Oh, eso… Ignóralo. Estás desnuda y mojada, y esa cosa tiene cerebro propio. —Angy suelta una carcajada y no puedo evitar admirarla con un nudo en la garganta. «Vivo únicamente para escuchar ese bendito sonido»—. Date la vuelta —pido tras carraspear. Vuelve a arquear la ceja y esta vez sonrío—. Vamos, no voy a metértela a traición, solo date la vuelta y deja que cuide de ti por una vez.

Puedo notar su reticencia, pero al fin se gira y apoya su frente contra los azulejos, adoptando la misma posición en la que estaba cuando yo llegué. Durante un buen rato me dedico a lavar su pelo, enjabonar su cuerpo y masajear sus hombros y espalda con esmero y cuidado. Tengo que tirar de todo mi autocontrol para no propasarme, y más aún cuando empieza a gemir bajito mientras mis dedos presionan su nuca y cuello. Tras aclarar su cabello, se gira y coloca sus manos sobre mi pecho. Dejo que me empuje hasta que mi propia espalda golpea la pared. Angy deposita un beso en la base de mi cuello y jadeo.

—Creí que no estabas de humor —murmuro, sujetando su cintura con ambas manos.

Noto como sus dientes raspan mi piel y su mano desciende por mi vientre hasta alcanzar mi miembro erecto.

—Has pasado más de media hora calentándome. ¿Qué esperabas?

—Solo intentaba hacerte sentir mejor —siseo cuando su puño se cierra alrededor de mi polla y la mueve de arriba abajo con lentitud.

—Ahora me toca a mí. —Se deja caer de rodillas, y me pongo aún más duro si es posible.

—Eso no es necesario…

—Alex, cierra el pico.

—No voy a quejarme si es lo que quier… ¡Oh, santo Cristo! —exclamo al notar su boca engulléndome.

Angy

Se supone que debería estar alejándome de Alex y, sin embargo, le estoy haciendo una jodida mamada en la ducha. La palabra «contradictorio» es un puto eufemismo para definir mis pensamientos y sentimientos de las últimas semanas.

Lamo su tronco hasta la punta y vuelvo a engullirlo por completo. Lo noto sacudirse en el interior de mi boca y sus manos sujetan mi cabeza con firmeza. Deslizo mi mano por su vientre cuando sus caderas comienzan a moverse y entra y sale de mi boca cada vez más rápido, entre gemidos y jadeos ahogados por el agua de la ducha.

—Mi ángel demoniaco —sisea, y tira de mí para ponerme de pie.

Su boca cae sobre la mía y mi espalda golpea la pared mientras acaricia mis pechos con violencia. No está siendo cariñoso ni dulce, y tampoco lo esperaba. Es Alex Urriaga en estado puro. Agresivo, demandante, apasionado y jodidamente increíble. Una de sus rodillas abre mis

piernas e introduce dos dedos en mi interior de golpe. Me veo obligada a romper nuestro beso para poder gemir en alto y su boca ataca mi cuello.

—A la mierda los preliminares —susurro, y con un pequeño salto rodeo sus caderas con las piernas.

Alex sonríe de esa forma que me vuelve loca y vuelve a besar mi cuello.

—Impaciente —farfulla, y me muerde despacio.

Yo mismo meto la mano entre nuestros cuerpos y guío su erección a mi entrada. Un pequeño empujón es suficiente para hacerme gemir de nuevo cuando su miembro se abre paso, ensanchándome con una punzada de delicioso dolor. Al llegar al fondo, Alex me mira a los ojos con la mandíbula tensa y los dientes apretados.

—Tan húmeda. —Sale de mí y vuelve a arremeter hacia delante con las caderas, robándome el aire de los pulmones—. Tan caliente. —Repite el mismo procedimiento y un grito involuntario rasga mi garganta tras su embestida—. Tan jodidamente mía. —Me besa de nuevo.

Nuestros dientes chocan y empieza a martillear dentro y fuera de mí a un ritmo vertiginoso. Cada estocada es más fuerte y certera que la anterior. Apenas soy capaz de recordar cómo seguir respirando mientras el placer se tensa segundo a segundo en mi bajo vientre.

—¡Alex! —grito para que sepa que ya casi estoy.

—Lo sé, Ángel —farfulla, y acelera aún más la cadencia de sus embestidas.

—Más —pido.

En solo unos segundos estoy gritando de placer; el mundo entero desaparece cuando el orgasmo recorre todo mi cuerpo. Alex se mueve un par de veces más y también alcanza su propia liberación mordiendo mi hombro.

—Nadie nunca ha amado a otra persona más de lo que yo te amo a ti, Ángela —susurra contra mi cuello sin aliento. Alza la cabeza para mirarme—. Puede llevarme años, pero voy a lograr que confíes en mí de nuevo. Es una promesa.

Tomo una respiración profunda y aparto la mirada. «Estoy jodida. Muy, muy jodida».



Capítulo 60

Alex

He hecho algo mal. Lo supe en el mismo instante en el que Angy me aparto y salió de la ducha como alma que lleva el diablo. Apenas tardé unos segundos en secarme y vestirme de nuevo con mi ropa antes de salir tras ella, pero no he tenido el valor de preguntarle qué es lo que ocurre. Temo que su respuesta sea que ella no me ama a mí. Han pasado cinco años, y sí, está claro que seguimos teniendo una química brutal. Me desea, no obstante, sus sentimientos… No, no pueden haber cambiado. Sigue siendo Angy, yo sigo siendo yo. Somos inevitables. Tomo una respiración profunda y espero a que se vista por completo antes de acercarme.

—¿Podemos hablar sobre esto o vas a salir huyendo de nuevo?

Se gira y niega con la cabeza.

—No puedes pedirme nada. No tienes derecho a hacerlo.

—De hecho, no lo estoy haciendo. —Me acerco aún más y la sujeto del brazo.

Se sacude y se gira, clavando su mirada en la mía.

—Vete —ordena.

Sí, es una jodida orden, clara, concisa y que va a acatar su puta madre. Me pego más a ella y sujeto su barbilla con una sola mano mientras con el brazo libre rodeo su cintura para pegarla a mi cuerpo.

—Ha sido divertido lo de que juegues a la jefa conmigo. No me importaría seguir haciéndolo,

pero vas a dejar de usarlo para alejarme, ¿entendido? —Antes de que pueda contestar, la estoy besando de nuevo. Hundo mi lengua en su boca y deslizo la mano hasta la base de su cuello, lo aprieto solo un poco y la empujo para apártala unos centímetros—. Esto es lo que somos, Angy. Insúltame, golpéame, haz lo que sientas que debes hacer, pero no voy a seguir permitiendo que me eches de tu lado.

—Hijo de… —Antes de que pueda acabar la frase, la puerta de la habitación se abre y Nacho nos mira desde el pasillo con gesto asustado—. ¿Qué demonios…?

—¡Angy, tienes que venir conmigo! —exclama—. Lucas está colgado y se va a caer.

—¡¿Dónde está?! —inquiere ella, alzando la voz.

—En los establos. Lanzó su muñeco, quería cogerlo y… —No termino de escuchar lo que dice.

Paso a su lado corriendo. Atravieso toda la casa y salgo de ella para dirigirme a los establos. Ni siquiera sé cómo soy capaz de ir tan rápido. Al llegar, me detengo frente a la puerta, me resbalo en el suelo de tierra seca y estoy a punto de caer, pero consigo mantener el equilibrio.

—¡Ayuda! —Lucas grita desesperado mientras se aferra con ambas manos al borde del altillo.

La escalera está tumbada en el suelo. Mi corazón se detiene. Si cae desde esa altura, podría… Ni siquiera puedo pensarlo.

—¡Sujétate fuerte! —grito, y cojo la escalera. La coloco a su lado en vertical y, sin ni siquiera pensarlo, empiezo a ascender los escalones de dos en dos. Logro alcanzarlo justo cuando una de sus manos resbala y está a punto de precipitarse hacia el suelo. Lo empujo contra mi pecho y aferro mi brazo alrededor de su cuerpo con firmeza—. Ya está, mocoso. Ya todo ha pasado —susurro sin aliento.

—¡Lucas! —Angy grita, y solo entonces soy consciente de su presencia; también del lugar en donde me encuentro. Se me nubla la vista y sacudo la cabeza de un lado a otro, apretando al crío con más fuerza para que no se me resbale—. ¡Mierda, no mires abajo, Alex!

—Tarde —musito, y trago saliva con fuerza. Empiezo a descender despacio y con paso firme. Tardo más de lo que debería, pero al fin logro pasarle el niño a su madre y me dejo caer hasta que mis pies vuelven a estar sobre el suelo—. ¿Está bien? —pregunto mientras ella lo abraza con fuerza.

—Sí. —Coge al chico en brazos y se acerca a mí. Agacha la cabeza y pega su frente a mi pecho, respirando con dificultad—. Casi me muero del susto.

Rodeo su cintura con un brazo y el otro lo alzo y acaricio el pelo oscuro de mi hijo. El pánico que sentí al verlo ahí colgado… No quiero tener que pasar por eso nunca más.

—Yo también —murmuro con una exhalación.

Angy alza la cabeza y su mirada busca la mía. No sé qué es lo que ve en mis ojos que la hace sonreír. «Pánico. El más absoluto terror. Eso es lo único que puede haber en ellos».

—Algún día serás un gran padre, Alex Urriaga —dice, sorprendiéndome.

Sonrío de oreja a oreja y la atraigo más hacia mí.

—Solo si tú me lo permites.

Dejo de respirar mientras ella me mira a los ojos con fijeza. Después suspira y su sonrisa se ensancha.

—Ya hablaremos de eso más tarde. Aún no te lo has ganado, y no pienses ni por un instante

que te cederé mi puesto. Vas a seguir siendo un empleado más.

—Seré lo que tú quieras mientras me permitas estar a tu lado. —Toco de nuevo la cabeza de Lucas y suspiro—. A vuestro lado.

—Voy a hacer que te arrepientas de esas palabras —replica.

—No espero menos de ti —digo antes de pegar mis labios a los suyos.

FIN



Epílogo

Angy

Un año después

No puede ser. No puede estar pasando esto de nuevo. Miro las dos rayas que parecen burlarse de mí desde el lavamanos y contengo un grito de frustración. ¿Cómo puedo ser tan imbécil? Una vez puede ser un accidente, dos ya es estupidez pura y dura.

La puerta del baño se abre de golpe y Alex entra, frunciendo el ceño. Me apresuro a esconder tras mi espalda el palito antes de que pueda verlo.

—¿Se puede saber qué haces encerrada aquí? Te estamos esperando desde hace veinte minutos. Lucas se va a poner a abrir los regalos sin ti.

—Entra y cierra la puerta.

Su mirada se estrecha sobre mí, pero hace lo que le pido.

—¿Qué ocurre? Me estás asustando.

Me tomo unos segundos para pensar en lo que estoy a punto de hacer. Nuestra relación dista mucho de ser ideal. Alex sigue durmiendo cada noche en su habitación, menos las que termina convenciéndome para quedarse en la mía, sin embargo, hasta ahora he ido con el freno de mano puesto. Una parte de mí no confía en él; a pesar de haber demostrado con creces que está arrepentido, algo me frena. «Miedo». Supongo que es eso. Temo que vuelva a romperme el corazón.

—¿Recuerdas que el mes pasado te dije que había olvidado tomar los anticonceptivos? —Asiente.

—Fue solo un día, ¿no?

—Sí, pero por lo visto tienes unos espermatozoides muy listos.

—Espera. Estás diciendo… —Saco la prueba de embarazo y se la muestro—. Santa mierda —susurra con los ojos muy abiertos.

—Lo sé. Yo pensé justo lo mismo. —La dejo sobre el lavamanos y me cubro el rostro con ambas manos—. No debí dejar que me pusieras un dedo encima, joder. ¿Qué demonios vamos a hacer ahora?

No responde durante un buen rato, así que decido mirarlo de nuevo. Tiene el ceño fruncido y la mandíbula tensa.

—Haremos lo que tú quieras. Sé que nunca has querido tener un hijo conmigo, y lo respeto. Preferiría que no fuese así, que ahora mismo estuvieses feliz y celebrando que vamos a volver a ser padres, pero me he ganado tu desconfianza a pulso y solo me queda estar a tu lado y apoyarte en la decisión que tomes.

Pestañeo un par de veces, sorprendida por su declaración.

—¿Quién eres tú y dónde has metido a Alex?

Exhala con fuerza y se encoge de hombros.

—Lo estoy conteniendo, Ángel. Créeme, ahora mismo está gritando y arañando mi pecho desde dentro para que lo deje salir, igual que cada maldita vez que me echas de tu cama o cuando me apartas sin motivo.

—Supongo que tú también vas con el freno de mano puesto —murmuro para mí.

—Si eso es lo que debo hacer para estar a tu lado, seguiré tirando del jodido freno. No voy a perderte de nuevo.

Sonrío, y acude a mi mente el recuerdo de todas esas noches en las que Alex se queda hasta tarde jugando con Lucas en su habitación. A mi hijo le costó mucho menos que a mí confiar en él. La complicidad entre ellos es palpable. Alex lo adora y daría la vida por él. Ni siquiera tuvimos que tener esa importante conversación. Lucas es demasiado listo, dedujo que Alex era su padre y lo trata como tal. «Es un buen padre». Esa revelación me deja sin aliento. Niego con la cabeza y mis ojos se inundan de lágrimas.

—Vamos a tener un bebé —digo sonriendo mientras noto como mis mejillas se humedecen.

—¿Vamos a tener un bebé? —pregunta sin aliento. Asiento confirmando, y tira de mí para abrazarme—. ¡Gracias a Dios! No sé qué habría hecho si hubieses dicho que no.

Aparto el rostro de su pecho para mirarlo a los ojos y sus dedos se encargan de secar mis mejillas.

—Trae tus cosas a mi habitación. Se acabaron los frenos. —Rodeo su cuello con los brazos y deposito un beso fugaz en sus labios—. Te amo, Alex, y te quiero a ti, por completo, sin que tengas que contenerte en todo momento para no disgustarme.

Su pecho se hincha y traga saliva con fuerza.

—Ahora vas a repetir eso. No, vas a gritarlo mientras te follo —masculla, arrinconándome contra la pared.

—La fiesta…

—¡Que se joda la puta fiesta! Celebraremos el cumpleaños del mocoso el año que viene. —Va a besarme, pero se detiene y frunce el ceño—. ¿Lo de nada de frenos incluye que me devuelvas mi puesto en el cártel?

—Ni lo sueñes —suelto con una carcajada.

—Lo supuse. Tendré que seguir trabajando en ello entonces. —Su boca se pega a la mía y el jodido mundo desaparece a nuestro alrededor.

Sé que acabaré devolviéndole el liderazgo del cártel, aunque pienso mantenerlo al menos unos meses más. Alex puede ser insistente cuando se lo propone, y cabezota, y malhumorado, y un jodido hijo de perra, pero yo lo amo así, con todos sus defectos. Al fin y al cabo, siempre he tenido claro que lo mío no son los chicos buenos de los cuentos, yo prefiero al villano, al oscuro y seductor, el que es capaz de arrastrarte al mismísimo infierno.



Epílogo Extra

Alex

Dos años después

El teléfono suena en algún lugar de la habitación y me muevo de un lado a otro sin perder de vista al torbellino con piernas que es mi hija. Logro encontrarlo y descuelgo la llamada.

—Trae tu culo aquí, cabrón —dice mi hermano a modo de saludo.

Bufo y corro a coger a la niña antes de que se tire de la cama. La dejo correteando por el suelo y me centro en la llamada.

—¿Qué mierda quieres ahora, Gabriel?

—Quiero que vengas a conocer a tu sobrina. —Me quedo quieto y sonrío—. Nadia acaba de nacer y es la bebé más hermosa que vas a ver en toda tu maldita existencia.

Echo un vistazo en dirección a mi hija y niego con la cabeza, aunque sé que él no puede verme.

—Permíteme dudarlo. Tengo justo aquí a la niña más hermosa que he visto nunca.

—Eso es porque aún no conoces a la mía —replica—. Y eso me lleva a lo primero que dije. Trae tu puto culo aquí cuanto antes.

—Siento llevarte la contraria, hermanito. Bueno, en realidad, no siento una mierda, pero no voy a poder ir. Angy lleva dos semanas trabajando más horas de las que debería porque no eres capaz de llevar la contabilidad de tus putos clubes sin su ayuda, y, en cuanto termine, pienso

encerrarme con ella en una habitación hasta que no pueda ni caminar.

—La contabilidad puede esperar y tu rabo también. Venid aquí. Quiero celebrar el nacimiento de mi primera hija con toda mi familia.

Me quedo callado. No estoy acostumbrado a estas jodidas conversaciones sentimentalistas, y mucho menos con mi hermano. Carraspeo y la puerta se abre. Lucas entra en la habitación con su sombrero de vaquero sobre la cabeza y con el rostro enterrado en la dichosa maquinita de videojuegos que le tiene frito el cerebro. Mi hija grita y la busco por toda la habitación.

—Mierda, he perdido a la niña —susurro, dando vueltas sobre mí mismo.

—¡¿Qué?! ¿Cómo demonios pierdes a una niña que anda como un pato?

—Dices eso porque no la has visto gatear. Es veloz la muy… —Vuelve a gritar y me agacho para mirar debajo de la cama. Respiro aliviado al verla. Me mira, sonriendo, con sus ojos azules brillantes—. Liz, vuelve aquí.

—No —balbucea, y pongo los ojos en blanco.

Me estiro para alcanzarla, pero la muy traviesa solo se ríe a carcajadas y escapa de mí.

—Mocoso, ayúdame a levantar el colchón —pido.

—Alex, ¿me estás escuchando? —pregunta Gabriel. Aún sigo con el teléfono pegado a la oreja y lo he estado ignorando—. Quiero a Oscar de vuelta, ¿entendido? Lo necesito aquí.

—Sí, está bien. Hablaré con Angy y saldremos por la mañana. Enhorabuena. Adiós. —Corto la llamada, y tras lanzar el teléfono sobre la mesita de noche, me cruzo de brazos y miro con fijeza a Lucas—. Mocoso, te estoy hablando.

Alza la mirada con gesto hastiado y se encoge de hombros.

—Solo dile que salga, papá. No es tan difícil.

—¿Quieres probar?

Bufa con fuerza y deja la máquina sobre el colchón. Se coloca a mi lado y esboza una sonrisa socarrona, imitando mi postura con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Lizeth, ven. Tengo un helado. ¿Quieres?

—*Queo*. *Queo*. *Queo* —se escucha, y enseguida asoma de debajo de la cama su cabeza de pelo oscuro. La cojo en brazos y beso sus mejillas regordetas mientras ella ríe a carcajadas—. Helado —pide, poniendo sus manos en mi rostro.

—Sí, vamos a por helado. Mocoso, ¿quieres uno? —Asiente y frunce el ceño. Sigo su mirada para saber qué ha llamado su atención y mis ojos se abren como platos al ver las esposas que usamos anoche Angy y yo colgadas del cabecero de la cama—. Eso no es…

—No quiero saberlo —me corta, girando sobre sus talones y dirigiéndose a la salida.

—Gracias a Dios —murmuro para mí.

Logro que Liz se calme comiendo un helado. Son un jodido vicio para ella. Puede engullir todos los que pille a su alcance, hasta llegar al punto de vomitar. Dejo a los chicos bajo la vigilancia de Jacinta y voy en busca de Angy. Necesito un segundo de paz de toda la locura en la que se ha convertido mi vida desde que mi hija nació, y eso solo puede dármelo la mujer que teclea a toda velocidad sentada tras la mesa del despacho. Al notar mi presencia, alza la mirada y suspira.

—Te lo devuelvo. Quédatelo. No puedo seguir ocupándome de todo. Necesito un descanso —

suena desesperada.

Sonrío y me acerco despacio. Rodeo la mesa y me coloco a su espalda. Empiezo a masajear sus hombros con delicadeza y ella echa la cabeza hacia atrás y gime de gusto.

—Has tardado demasiado. ¿De verdad tienes que llevarme siempre al límite por pura cabezonería?

—Sí —susurra, y, aunque no puedo ver su rostro, sé que está sonriendo.

—¿Por qué?

—Porque quiero y porque puedo.

Me inclino hacia delante y mordisqueo su cuello. Su mano va a parar a mi cabeza y acaricia mi pelo con suavidad.

—Vas a llevarme a la locura, Ángel.

—No me culpes. Tú ya naciste así. —Muerdo su cuello con más fuerza, y ella suelta un grito y ríe a carcajadas.

—¿Estás lista ya para retirarte? —Toma una respiración profunda y su cabeza se mueve de arriba hacia abajo—. A partir de hoy, yo me encargo de los negocios. Lo has hecho bien, pero lo tuyo son esas mierdas. —Señalo el ordenador con la cabeza y ella vuelve a asentir.

—No seas condescendiente conmigo, idiota. Ambos sabemos que solo he sido el arma, tú eres quien la empuña. El cártel ha llegado hasta aquí porque tú lo has estado dirigiendo desde la sombra. —Me quedo callado, y ella hace girar la silla y me mira, frunciendo el ceño—. Ahora es cuando tú dices que también es mérito mío y que he hecho un gran trabajo.

—No voy a mentir —replico, encogiéndome de hombros.

—¡Hijo de puta! —exclama, poniéndose en pie—. Retiro lo dicho. No te devolveré una mierda.

—¿A dónde vas? —pregunto divertido mientras ella camina hacia la salida a grandes zancadas.

—A ver a mis hijos y lejos de ti o corro el riesgo de lanzarte algo a la cabeza.

—¡Angy! ¡Angy! —Sale del despacho y suelto una carcajada. Me acomodo en el que acaba de volver a ser mi sillón y muevo las manos sobre los reposabrazos con una sonrisa satisfecha—. He tardado tres malditos años en conseguirlo, pero ahora todo está en su lugar.

Apoyo la cabeza y pienso en todas las cosas que cambiaría en mi vida. No ha sido fácil llegar hasta aquí, y aún nos queda mucho camino que recorrer. Samuel sigue ahí fuera, acechando. No se ha dado por vencido y puede que jamás lo haga. Tendremos que cazarlo, pero mientras tanto pienso disfrutar del ahora, de mi familia, de mis dos maravillosos hijos y la mujer que he amado desde que era solo un niño. Aquí, ahora, en este instante, todo es jodidamente perfecto.

Agradecimientos

Hemos llegado al final de la tercera entrega del Clan Z y solo puedo decir gracias. Gracias por el cariño y el apoyo que recibo a diario, por esos mensajes por redes sociales, por hacer de este proyecto, que iba a ser solo uno más, algo especial y único.
Sin duda, esta serie se está convirtiendo en una de las mejores experiencias de mi vida y eso es gracias a compañeras, Bookstagramers, Booktokers, Lectoras cero, familia, amigos y, sobre todo, a vosotrs que leéis mis hitorias y me ayudáis a cumplir mis sueños.

Millones de Gracias.

Proxima parada.... Oscar. ¿Os apetece contagiaros de su locura?

Ya está disponible la preventa en Amazon. Link

Mientras esperas a que llegue Oscar, te recomiendo que leas Princesa de Polvo y Sangre ya que los protagonistas aparecerán en la próxima entrega de la serie Clan Z.



Consíguela clicando aquí.